

EL ALFABETO DEL CRIMEN



SUE GRAFTON



Lorna Kepler era guapa y obstinada, una solitaria a quien le gustaba coquetear con el peligro. Puede que muriera por esta razón. El caso es que, cuando encontraron su cadáver, estaba tan descompuesto que nadie pudo averiguar si había fallecido de muerte natural o no, y se archivó el caso. Sólo la madre, Janice Kepler, seguía interesada y convencida de que su hija había sido víctima de un crimen cuyo anterior autor permanecía en libertad.

Cuando Kinsey le abrió la puerta de Investigaciones Millhone, no sabía que se vería arrastrada al infierno de los crímenes impunes, en los que sólo un pacto con el diablo puede apaciguar los inquietos fantasmas de las víctimas y liberar a los vivos que aquéllas han abandonado. Grafton lleva aquí a Kinsey a una zona sombría, profundamente turbadora, en la que los asesinos andan sueltos, sin remordimientos ni castigo.



Sue Grafton

K de Kinsey

El alfabeto del crimen - 11

ePub r1.1
Titivillus 26.01.15

Título original: *K is for killer*
Sue Grafton, 1994
Traducción: Antonio-Prometeo Moya
Diseño original de cubierta: LaNane
Adaptación de cubierta: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Mary Lawrence Young y el equipo:
Richard, Lori, Taylor, Lawrence y Mary Taylor;
y los perros, naturalmente:
Sadie y Halley, Toto y Emmy
Oz, Bob Dee, Lily y Tog;
y los gatos:
Yukio, Ace, Karmin y Kit,
y el queridísimo *Charmin*, al que echo de menos

AGRADECIMIENTOS

La autora desea agradecer la inapreciable ayuda recibida de las siguientes personas: Steven Humphrey; Susan Aharonian, supervisora de procesamiento, y JoAnn Fults, de Cater Water Treatment Plant; Larry Gillespie, juez de instrucción de Santa Barbara; teniente Terry Bristol, de la Comisaría del Sheriff del Condado de Santa Barbara; agente Tom Miller, del Departamento de Policía de Santa Barbara; Jody Knoell, del Wells Fargo Bank; Michael Creek, KMGQ; Hildy Hoffman, secretaria del alcalde y de la junta municipal del Ayuntamiento de Santa Barbara; Tokie Shynk, enfermera diplomada, y personal sanitario del Cottage Hospital de Santa Barbara; Bobbie Kline, enfermero, cirujano y director de la sala de urgencias del Cottage Hospital de Santa Barbara; y Craig Wertz, de Kleen Pools, Santa Barbara.

La definición jurídica de homicidio es «muerte violenta que una persona causa a otra de manera ilegítima». A veces se incluye la expresión «con intencionalidad» para diferenciar el asesinato de las múltiples formas con que las personas se quitan la vida entre sí; las guerras y las ejecuciones es lo primero que nos viene a la cabeza. En el plano jurídico, «con intencionalidad» no quiere decir necesariamente con odio o animadversión, sino que más bien se refiere al deseo consciente de infligir heridas graves o de causar la muerte. En términos generales, el homicidio criminal es un asunto personal e íntimo, dado que casi todas las víctimas mueren a manos de parientes, amigos o conocidos. En mi opinión, motivo de más para mantener las distancias.

En Santa Teresa, California, se resuelve alrededor del ochenta y cinco por ciento de los homicidios criminales, esto significa que se identifica y detiene al agresor, cuya culpabilidad o inocencia queda entonces en manos de los tribunales. Las víctimas de los homicidios sin resolver vienen a ser como difuntos revoltosos: personas que viven en un limbo propio, en un estado entre la vida y la muerte, inquietas, insatisfechas y con ganas de liberarse. Esta es una idea caprichosa para una persona como yo, poco dada a dejarse llevar por la fantasía, pero se me ocurre que estas almas mantienen una relación estrecha y turbadora con las personas responsables de su muerte. He hablado con agentes de Homicidios que han tenido fantasías parecidas, agentes obsesionados por víctimas que parecen habitar entre nosotros, inflexibles en su deseo de venganza. En la nebulosa región en que la vigilia se confunde con el sueño, en ese pesado instante que precede a la inmersión de la mente en lo que hay debajo de la consciencia las oigo murmurar en ocasiones. Lloran por sí mismas. Canturrean la nana de los asesinados. Susurran el nombre de sus agresores, de los hombres y mujeres que siguen vagando por el mundo de los vivos, inidentificados, sin que nadie les acuse ni los castigue, sin arrepentirse. En noches así no duermo bien. Me quedo despierta, con el oído atento, en espera de percibir una sílaba, una frase; esforzándome por distinguir el nombre de un asesino cuando el conventículo^[1] pasa lista. El asesinato de Lorna Kepler acabó por afectarme de este modo, aunque no conocí los detalles de su muerte hasta meses después.

Era un domingo de mediados de febrero y se me habían hecho las tantas mientras me entretenía, como otra doña Virtudes, pormenorizando los gastos y los ingresos de la declaración de Hacienda. Había llegado a la conclusión de que ya era hora de afrontar las cosas como una persona adulta, en vez de meterlo todo en una caja de zapatos y dárselo a mi gestor en el último momento. El muy cascarrabias. Todos los años me echa un rapapolvo y yo tengo que jurarle que me reformaré, voto que me tomo en serio hasta que se abre el periodo de la declaración y entonces

me doy cuenta de que tengo la economía más desorganizada que el cubo de la basura.

Estaba sentada a la mesa, en el bufete donde tengo el despacho. La noche era fría de acuerdo con los parámetros de California, lo que quiere decir que hacía unos diez grados centígrados. Era la única persona que había en el bufete y estaba envuelta en un halo de luz cálida y somnifera, mientras la oscuridad y el silencio reinaban en las oficinas restantes. Acababa de prepararme una cafetera para contrarrestar la narcolepsia que me asalta cuando se trata de asuntos pecuniarios. Tenía la cabeza apoyada en la mesa y escuchaba el tranquilizante gorgoteo que produce el agua cuando pasa por el depósito del café. Ni siquiera el aroma del selecto grano yemení bastaba para despejarme la modorra. Cinco minutos más y estaría flotando en la ionosfera, soltando un hilo de baba sobre el papel secante y recogiendo con la mejilla derecha mensajes escritos al revés.

Oí un golpe en la puerta de servicio y levanté la cabeza con la oreja orientada en aquella dirección, como un perro alerta. Eran casi las diez en punto y no esperaba a nadie. Me incorporé, abandoné la mesa y salí al vestíbulo. Pegué la cabeza a la puerta de servicio, que da directamente al pasillo exterior. Volvió a oírse el golpe, mucho más fuerte.

—¿Sí? —dije.

Me respondió la voz amortiguada de una mujer.

—¿Es aquí Investigaciones Millhone?

—Está cerrado.

—¿Cómo dice?

—Un momento. —Puse la cadena de seguridad, entreabrí la puerta y miré quién era.

Tenía cuarenta y muchos y vestía como una vaquera de ciudad: botas, tejanos descoloridos y camisa de ante, y llevaba encima bisutería suficiente para abrir una tienda. Tenía el pelo algo rizado, teñido del color de la sangre seca y le caía suelto casi hasta la cintura.

—Disculpe si la molesto, pero en el directorio de abajo pone que en estas oficinas hay un detective privado. ¿Está en su despacho, por casualidad?

—Más o menos, señora —dije—, pero no son horas de oficina. ¿No puede volver mañana? Con mucho gusto le concertaré una cita en cuanto consulte la agenda.

—¿Es usted su secretaria?

Su rostro bronceado era un óvalo irregular, arrugas profundas a ambos lados de la nariz y cuatro arrugas entre los ojos, en el punto donde coincidían las rayas negras con que se había reconstruido las depiladas cejas. Había utilizado el mismo lápiz afilado para sombrearse los párpados, aunque no advertí que llevara maquillaje en ningún otro sitio. Procuré no parecer irritada, dado que la confusión es frecuente.

—Yo soy el detective —dije—. Investigaciones Millhone. Mi nombre de pila es Kinsey. ¿Me ha dicho usted el suyo?

—No, no se lo he dicho, perdone. Soy Janice Kepler. Pensará usted que soy tonta de remate.

«Mujer, tanto como *de remate*», pensé. Alargó la mano para que se la estrechara, pero advertí que la abertura de la puerta era demasiado reducida. Retiró la mano.

—Nunca habría imaginado que fuera usted una mujer. He visto muchas veces el rótulo de Investigaciones Millhone en el vestíbulo de la calle. Es que voy una vez a la semana a hacer terapia de grupo en el piso de abajo. En más de una ocasión he pensado hacerle una visita, pero supongo que no tenía valor suficiente. Ya iba a marcharme hoy cuando he visto la luz desde el aparcamiento. Espero que no le importe. Tengo que ir a trabajar y dispongo de poco tiempo.

—¿En qué trabaja? —pregunté a modo de subterfugio.

—De encargada en la Cafetería Frankie; está en la parte norte de State Street. Tengo el turno de once a siete, por eso me viene mal concertar citas diurnas. Por lo general me acuesto a las ocho de la mañana y no me levanto hasta media tarde. Aunque sólo me dejara contarle lo que me ocurre, para mí ya sería un gran desahogo. Si resulta que no es el trabajo que usted suele hacer, le agradecería que me recomendase a otra persona. Necesito ayuda, pero no sé adónde dirigirme. Que sea usted mujer tal vez facilite las cosas. —Las cejas pintadas se alzaron en un doble arco de súplica.

Titubeé. Terapia de grupo, me dije. ¿Alcohol? ¿Drogas? ¿Dependencia conyugal? Me tentaba la idea de averiguar si estaba como un cencerro. El pasillo que tenía detrás estaba vacío y tenía un aire soso a causa de la bombilla amarillenta que colgaba del techo. El bufete de Lonnie Kingman ocupa toda la tercera planta, excepción hecha de los dos lavabos, que son públicos; en una puerta hay una C, en la otra una S. Siempre cabía la posibilidad de que tuviese a dos compinches del género C acechando en el retrete, en espera de recibir la señal de atacarme. El objeto de la presunta agresión se me escapaba. El poco dinero que me quedaba iban a quitármelo los funcionarios de Hacienda a punta de bolígrafo.

—Aguarde —dije.

Cerré la puerta, saqué la cadena de la guía y abrí de par en par. Entró con aire vacilante, con una bolsa marrón de papel arrugado en los brazos. Se había puesto un perfume de los que marean y cuyo olor recordaba al serrín y a la grasa que se pone a los artículos de cuero. Daba la impresión de sentirse incómoda y se comportaba con una intranquila mezcla de vergüenza y aprensión. La bolsa de papel marrón parecía contener papeles.

—Tenía esto en el coche. No me gustaría que creyera que lo llevo encima continuamente.

—Me hago cargo —dije. Me dirigí a mi despacho con la mujer pisándome los talones. Le indiqué una silla y vi que al sentarse dejaba la bolsa de papel en el suelo. Cogí otra silla. Imaginaba que si nos sentábamos con la mesa de por medio tendría ocasión de ver a cuánto ascendían mis deducciones por gastos profesionales y esto no era asunto suyo. Personalmente soy una experta en leer al revés y pocas veces dudo en meterme donde no me importa—. ¿Qué clase de terapia de grupo? —pregunté.

—Para padres de personas asesinadas. Mi hija murió en abril. Se llamaba Lorna Kepler. La encontraron en la casa que tenía junto a la misión.

—Ah, sí —dije—, lo recuerdo, aunque tengo entendido que no se aclaró del todo la causa de la muerte.

—Yo no opino lo mismo —dijo con acritud—. No sé cómo murió, pero estoy tan segura de que la asesinaron como de que estoy aquí sentada. —Alzó la mano y se puso detrás de la oreja un mechón suelto de pelo—. La policía no encontró ningún sospechoso e ignoro si habrá habido más suerte en el tiempo transcurrido. No sé quién me dijo que cada día que pasa se reducen las posibilidades, he olvidado el porcentaje.

—Por desgracia, es verdad.

Se inclinó, rebuscó en la bolsa de papel y sacó un portarretratos.

—Esta es Lorna. Puede que la viese entonces en los periódicos.

Me tendió la foto, la cogí y observé a la joven. No era una cara de las que se olvidan. Era una veinteañera de pelo negro peinado hacia atrás y que le caía en cascada hasta media espalda. Tenía

los ojos de color avellana claro y un poco rasgados; cejas oscuras que se arqueaban con limpieza; boca grande; nariz recta. Vestía una blusa blanca con un pañuelo blanco y largo que le daba varias vueltas al cuello; una chaqueta azul marino y unos tejanos azules descoloridos ceñían su complexión delgada. Miraba a la cámara con fijeza, sonriendo ligeramente y con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Estaba apoyada en una pared empapelada con rosas trepadoras sobre fondo blanco. Le devolví la foto sin saber qué decir.

—Es muy guapa —murmuré—. ¿Cuándo se la hicieron?

—Hace cosa de un año. Tuve que convencerla. Era la menor. Acababa de cumplir veinticinco años. Quería ser modelo, pero le salió mal.

—Tuvo que tenerla usted muy joven.

—A los veintiuno —dijo—. A Berlyn la tuve a los diecisiete. Me casé por ella. Estaba de cinco meses y gorda como un tonel. Aún sigo con su padre, cosa que sorprende a todo el mundo, incluso a mí. A la mediana la tuve a los diecinueve. Se llama Trinny. Es un encanto. Cuando tuve a Lorna estuve a punto de morir, pobrecita. Me levanté una mañana, la víspera del día señalado, y me puse a echar sangre. No sabía qué pasaba. Sangre por todas partes. Como si tuviese un río entre las piernas. Nunca he visto nada parecido. El médico creía que íbamos a morirnos las dos, pero salimos adelante. ¿Tiene usted hijos, señorita Millhone?

—Llámemme Kinsey —dije—. No estoy casada.

Sonrió.

—Que quede entre nosotras: Lorna era mi preferida, seguramente porque siempre fue un problema. Como es lógico, esto no se lo diría a ninguna de las otras. —Guardó el portarretratos—. En fin, sé lo que es tener el corazón destrozado. Puede que parezca una mujer normal, pero soy una zombi, una muerta en vida y quizás un poco chiflada. Ahora voy a esta terapia de grupo..., me lo sugirieron y pensé que podría ayudarme. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que me aliviase el sufrimiento. Mace, mi marido, asistió a unas cuantas sesiones y lo dejó estar. No soportaba lo que contaban los demás, no soportaba tanto sufrimiento comprimido en una habitación. Lo que él quiere es alejarlo, librarse de él, quedar limpio. Yo creo que es imposible, pero son cosas de las que no se puede discutir. A cada uno lo suyo, como suele decirse.

—Yo ni siquiera alcanzo a imaginármelo —dije.

—Ni yo sabría describirlo. Es el infierno. Ya no somos personas normales. Te matan a una hija y desde ese mismo momento eres de otro planeta. No hablas el mismo idioma que los demás. Incluso los que asistimos a la terapia de grupo parece como si hablásemos dialectos diferentes. Cada cual se aferra a su dolor como si hubiese una licencia especial para sufrir. No puede evitarse. Todos creemos que nuestro caso es el peor que se conoce. El asesinato de Lorna no se ha resuelto y en consecuencia creemos que nuestra angustia es más intensa. En otras familias pasa igual. Pongamos que atraparon al asesino y que estuvo en la cárcel unos años. Ahora está otra vez en libertad y la familia tiene que seguir adelante sabiendo que circula por ahí un individuo que fuma tabaco, que bebe cerveza, que se lo pasa bien los sábados por la noche mientras el hijo está muerto. O sabiendo que el asesino está en prisión y que estará allí el resto de su vida, pero seguro y confortable. Con tres comidas al día y vestido con ropa limpia. Puede que incluso esté en el pabellón de la muerte, aunque en realidad no morirá. Prácticamente no se ejecuta a nadie, salvo que el condenado pida la ejecución. ¿Y por qué tendría que hacerlo? Hay un montón de abogados blandengues que saben arreglar estas cosas. El sistema se ha organizado para mantenerlos a todos

con vida mientras nuestros hijos están muertos para siempre.

—Es muy doloroso —dije.

—Sí. No me atrevería a decirle lo mucho que duele. Me siento en la habitación del piso de abajo, oigo lo que cuentan los demás y no sé qué hacer. No reduce mi sufrimiento, pero por lo menos forma parte de algo. Sin la terapia de grupo, la muerte de Lorna se disipa. Como si a nadie le importara. La gente ni siquiera habla ya de ella. Todos los que estamos allí sufrimos y por eso no me siento al margen. No estoy aislada de los demás. Lo que pasa es que nuestras heridas emocionales se han abierto de manera distinta. —Desde que había empezado a hablar lo había hecho de forma casi expeditiva y la mirada que me dirigió entonces se me antojó más dolorosa por ello mismo—. Le cuento todo esto porque no quiero que crea que estoy loca..., bueno, no más de lo que en realidad estoy. Te matan a una hija y es lógico que te coma la rabia. Unas veces te recuperas y otras no. Lo que le digo es que sé que estoy obsesionada. Pienso en el asesino de Lorna más de lo que debiera. Quienquiera que lo hiciera, quiero que lo castiguen. Quiero terminar con esto de una vez. Quiero saber por qué lo hizo. Quiero decirle en la cara lo que hizo con mi vida el día que arrebató la de mi hija. La psicóloga que nos orienta dice que necesito encontrar una forma de recuperar la energía. Dice que es mejor volverse loca que amargarse. En fin. Por eso he venido. Creo que ahí está el meollo.

—En actuar —dije.

—Desde luego. No sólo en hablar. Estoy harta de hablar. No conduce a ninguna parte.

—Pues si quiere que la ayude tendrá que hablar un poco más. ¿Le apetece un café?

—Ya lo sé. Sí, gracias. Solo, por favor.

Llené dos tazas, puse una nube de leche en la mía y no empecé las preguntas hasta que volví a sentarme. Agarré el cuaderno que tenía en la mesa y me hice con un bolígrafo.

—Detesto obligarla a revivirlo todo otra vez, pero necesito conocer los detalles, por lo menos todos los que usted sepa.

—Entiendo. Creo que por eso he tardado tanto en venir. Lo he contado ya por lo menos seiscientos veces y ninguna ha sido más fácil que la anterior. —Sopló el café y tomó un sorbo—. Qué rico. Y fuerte. Detesto el café flojo. No sabe a nada. Bueno, déjeme recapacitar antes de decir nada. Creo que lo que debería usted comprender en relación con Lorna es que era una criatura independiente. Todo lo hacía a su aire. No le importaba lo que pensasen los demás ni creía que lo que ella hiciera fuese asunto del prójimo. Había sufrido asma de pequeña y acabó faltando mucho a clase, por eso nunca le fue bien en el colegio. Era más lista que el hambre, pero casi siempre estaba indispuesta. La pobre era alérgica a casi todo. Tenía pocos amigos. No podía pasar la noche en casa de otras chicas porque, por lo visto, o tenían animales o había polvo, moho y demás inconvenientes. Superó muchos de estos problemas cuando creció, pero siempre había que darle medicamentos por un motivo u otro. Hago hincapié en ello porque creo que influyó mucho en su posterior forma de ser. Era antisocial, cabezota e individualista. Tenía un ramalazo de soberbia y creo que era porque se había acostumbrado a estar sola y a hacer lo que se le antojaba. Puede que yo la malcriara hasta cierto punto. Los hijos intuyen cuándo tienen poder para poner nerviosos a los padres y comprobarlo acaba convirtiéndolos en pequeños déspotas. Lorna no sabía complacer a los demás, ignoraba lo que era la negociación cotidiana. Era una persona estupenda y muy generosa cuando quería, pero no lo que podríamos llamar una chica simpática o afectuosa. —Hizo una pausa—. Pero me he desviado de la cuestión. Quería hablarle de otra cosa; y lo haré cuando

me acuerde. —Frunció el entrecejo entre parpadeos y comprendí que consultaba una especie de agenda interior. Transcurrieron unos instantes de silencio mientras apurábamos el café. Por fin, su memoria emitió un timbrado y se le iluminó la cara mientras añadía—: Ah, sí. Disculpe. —Se removió en la silla y reanudó la historia—. Los medicamentos contra el asma a veces le producían insomnio. Todo el mundo cree que los antihistamínicos producen somnolencia, y es así, desde luego, pero no el sopor profundo que necesitamos para descansar normalmente. A ella no le gustaba dormir. Incluso de mayor aguantaba en ocasiones con tres horas nada más. Creo que le daba miedo acostarse. Por lo visto, la posición horizontal le acentuaba los jadeos. Acabó acostumbrándose a vagar de noche, cuando todo el mundo dormía.

—¿Con quién estaba? ¿Tenía amistades o se iba sola por ahí?

—Aves nocturnas como ella, imagino. Una era un pinchadiscos de la radio, un sujeto que está en una emisora de frecuencia modulada que emite música de jazz toda la noche. No me acuerdo de su nombre, pero seguro que lo conoce si se lo digo. Y estaba además una enfermera que trabaja de noche en el St. Terry. Serena Bonney. Lorna trabajaba en realidad para el marido de Serena en la planta depuradora.

Tomé nota mental de todo aquello. Tendría que hacer averiguaciones sobre ambos si me decidía a intervenir.

—¿Qué clase de trabajo hacía?

—Bueno, era un empleo por horas... cosas administrativas para el Ayuntamiento, de una a cinco. Ya sabe, mecanografiar, archivar, coger el teléfono. Se pasaba en pie la mitad de la noche y si le convenía, se quedaba durmiendo hasta tarde.

—Veinte horas semanales no es mucho —dije—. ¿Cómo se las arreglaba para vivir?

—Pues vivía por su cuenta. En esa cabaña que hay detrás de la finca de no sé quién. No era ningún palacio y pagaba poco de alquiler. Un par de habitaciones y el cuarto de baño. Puede que antiguamente fuera el cobertizo de algún jardinero. No estaba protegida contra la humedad. Carecía de calefacción central y la cocina no merecía este nombre, sólo tenía un microondas, una encimera de dos fuegos y un frigorífico que parecía una caja de zapatos. Ya sabe a qué me refiero. Tenía electricidad, agua corriente, teléfono y pare usted de contar. Habría podido adecentarla, pero no quería molestarse. Le gustaba la sencillez, según decía, y además, no iba a ser para toda la vida. El alquiler era prácticamente simbólico y lo único que al parecer le preocupaba. Le gustaba la intimidad de que gozaba allí y la gente se acostumbró a dejarla en paz.

—Pues no parece que fuera un ambiente libre de alergias —observé.

—¿Sabe usted? Lo mismo decía yo. Claro que por entonces estaba bastante bien. Las alergias y el asma eran más temporales que crónicos. A veces pasaba una crisis: después de hacer ejercicio, o cuando se resfriaba, o si estaba en tensión. La cuestión es que no quería vivir cerca de otras personas. Le gustaba la sensación de estar en el bosque. La finca no era tan grande..., un par de hectáreas y un camino de grava de dos carriles que pasaba por la parte trasera. Supongo que allí se sentía aislada y en paz. No quería vivir en casas de vecinos, con inquilinos por todas partes, ruidos, golpes y música a todo volumen. No era una persona sociable. Ni siquiera saludaba cuando se cruzaba con otros. En fin, así era ella. Se mudó a la cabaña y allí se quedó a vivir.

—Ha dicho usted que la encontraron en la cabaña. ¿Cree la policía que murió en aquel lugar?

—Yo sí lo creo. Como le he dicho, no la descubrieron hasta pasado cierto tiempo. La policía cree que unas dos semanas, a juzgar por su estado. Yo había hablado con ella un jueves por la

noche y me dijo que se marchaba. Supuse que quería decir aquella misma noche, pero no fue así, al menos que yo recuerde. No sé si recordará usted que la primavera se retrasó el año pasado; había mucho polen en el aire y sus alergias se reactivaron. El caso es que me llamó para decirme que iba a estar fuera de la ciudad durante dos semanas. Que se tomaba unas vacaciones y se iba a las montañas a ver la nieve que quedase. Cuando sufría sólo podía consolarse en los lugares donde se practica el esquí. Dijo que me llamaría al volver. Fue la última vez que hablé con ella.

Yo ya me había puesto a tomar notas.

—¿Cuándo fue eso?

—El diecinueve de abril. Descubrieron el cadáver el cinco de mayo.

—¿Adónde había ido? ¿Le dijo el lugar concreto al que iba?

—Habló de las montañas, pero no me dijo dónde exactamente. ¿Cree usted que tiene importancia?

—Lo he preguntado por curiosidad —contesté—. Abril me parece un mes tardío para ver nieve. Si se dirigía a otra parte, puede que fuese una excusa. ¿Le dio la impresión de que ocultaba algo?

—Lorna no era de las que daban detalles. Mis otras dos hijas, cuando se van de vacaciones, se sientan con el resto de la familia y todos nos ponemos a consultar folletos de viaje y propaganda hotelera. Sin ir más lejos, Berlyn ha ahorrado para hacer un viaje y no paramos de decirle que en vez de emprender ese crucero podría considerar otras ofertas. En mi opinión, la mitad de la gracia de un viaje está en la fantasía que se le echa. Lorna decía que basta fomentar las expectativas para que la realidad nos desengañe. No contemplaba las cosas desde el mismo punto de vista que los demás. En cualquier caso, como no me llamaba, imaginaba que estaba fuera de la ciudad. No es que llamara a menudo, y tampoco nosotros teníamos ningún motivo para ir a su casa si estaba fuera. —Titubeó con incomodidad—. La verdad es que me siento culpable. Creo que se nota por la cantidad de explicaciones que le doy. No quiero que dé la sensación de que no me importa.

—A mí no me da esa sensación.

—Gracias. Quería a esa criatura más que a la vida misma. —Le despuntaron unas lágrimas, casi a modo de reflejo, y advertí que parpadeaba para enjugárselas—. Bueno, quien finalmente se presentó en la casa fue una persona para la que Lorna había trabajado un tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—Perdón. Serena Bonney.

Miré las notas que había tomado.

—¿La enfermera?

—Exacto.

—¿En qué había trabajado Lorna para ella?

—Se ocupaba de su casa. De vez en cuando cuidaba del padre de la señora Bonney. Según tengo entendido el anciano no se encontraba bien y la señora Bonney no quería dejarlo solo. Creo que estaba haciendo los preparativos para irse de la ciudad y quería hablar con Lorna antes de hacer las reservas. Lorna no tenía contestador automático. La señora Bonney la llamó varias veces y al final decidió dejarle una nota en la puerta de la casa. Cuando llegó, se dio cuenta de que algo andaba mal. —Se interrumpió de pronto, no a causa de la emoción, sino de las imágenes desagradables que la conversación evocaba sin duda. Al cabo de dos semanas, el cadáver tenía que presentar un aspecto inenarrable.

—¿Cómo murió Lorna? ¿Llegó a establecerse la causa de la muerte?

—He ahí la cuestión. Hasta ahora no se ha sabido. Estaba boca abajo en el suelo, en ropa interior, y la ropa de hacer deporte al lado. Supongo que estuvo corriendo y que se desnudó para darse una ducha, pero no daba la impresión de que la hubieran agredido. Siempre cabe la posibilidad de que sufriera un ataque de asma.

—Pero usted no lo cree.

—No, no lo creo. La policía tampoco lo creyó.

—¿Hacía ejercicio? Resulta sorprendente a juzgar por lo que me ha contado hasta ahora.

—Bueno, le gustaba estar en forma. Sé que a veces, después de hacer ejercicio, se quedaba casi sin aliento y se ponía a jadear, pero tenía un inhalador de esos y por lo visto le era útil. Si hubiese sufrido un ataque de aviso, habría dejado de esforzarse y reanudado el ejercicio cuando se sintiese mejor. Los médicos no querían que se comportase como una inválida.

—¿Y la autopsia?

—Tengo el informe aquí —dijo, señalando la bolsa de papel.

—¿No había ninguna señal de violencia?

Negó con la cabeza.

—No sé cómo decirlo. Creo que, a causa de la descomposición, al principio ni siquiera estaban seguros de que fuese ella. La identificaron cuando compararon las radiografías de la dentadura.

—Tenía entendido que el caso se había calificado de homicidio.

—Bueno, sí. Se consideró defunción sospechosa, aunque sin establecerse la causa de la muerte. Se investigó como si fuese un homicidio, pero no se sacó nada en claro. Ahora creo que han abandonado el caso. Ya sabe usted cómo ocurren estas cosas. Aparece un caso nuevo y se dedican a él.

—En ocasiones no hay información suficiente para encontrar nada en una situación así. Lo cual no significa que no se esfuercen.

—No, si lo comprendo, pero no puedo aceptarlo.

Me di cuenta de que había dejado de mirarme a los ojos y noté que la intuición me reptaba murmurando por el espinazo. Hacía rato que la miraba fijamente, asombrada de su patente inquietud.

—Janice, ¿hay algo que no me haya dicho?

Las mejillas comenzaron a encendersele como si se hubiera tragado una bombilla.

—Iba a decírselo en este mismo momento.

Metió la mano en la bolsa de papel marrón y sacó una cinta de vídeo en un estuche sin distintivos que puso en el borde de la mesa.

—Nos enviaron esta cinta hace cosa de un mes —dijo—. Aún no sé quién la mandó ni con qué fin, salvo causarnos molestias. Mace no estaba en casa. La encontré en el buzón envuelta en papel corriente de color marrón y sin remitente. Abrí el paquete porque tenía nuestro nombre en el dorso. La llevé al interior y la puse en el magnetoscopio. No sé qué pensaba sobre su contenido. Una cinta sobre algún programa de televisión o la boda de alguien. Casi me muero cuando la vi. Era una indecencia y en ella aparecía Lorna, tan real como la veo a usted. No pude reprimir un grito. La saqué del aparato y la tiré inmediatamente a la basura. Como si me hubiera quemado. Me entraron ganas de lavarme las manos en el fregadero. Pero cambié de idea al instante. Porque la cinta podía ser una prueba. Podía tener alguna relación con el motivo por el que la mataron.

Me adelanté.

—Antes de continuar, permítame aclarar un punto. ¿Era la primera vez que tenía usted noticia de ello? ¿No sabía que Lorna estuviese metida en una cosa así?

—De ningún modo. Yo estaba anonadada. ¿Pornografía? En absoluto. No obstante, cuando me di cuenta de lo que era, me puse a pensar si no la habrían metido a la fuerza.

—Explíquese —dije.

—Puede que la hubiesen chantajeado. O que la obligaran. Por lo que sé, trabajaba de confidente para la policía, pero la policía jamás lo habría admitido.

—¿Y usted cómo lo sabe? —Por primera vez me dio la sensación de que aquella mujer desvariaba y me puse a observarla con cautela.

—Pues porque en ese caso podríamos presentar una demanda, por eso lo sé. Si la mataron mientras estaba de servicio, podríamos echarnos sobre la policía.

Yo no daba crédito a mis oídos.

—Janice, estuve dos años en el cuerpo de policía de Santa Teresa. Son profesionales serios. No contratan los servicios de ningún aficionado. ¿Para investigar actos inmorales? Me cuesta creerlo.

—No he dicho que la contrataran. No he acusado a nadie, puesto que eso sería calumnia, difamación o ambas cosas a la vez. Yo me limito a contarle lo que pudo ocurrir.

—¿Y qué pudo ocurrir?

Pareció titubear mientras se lo pensaba.

—Bien. Puede que estuviera a punto de denunciar a quien hiciese la grabación.

—¿Con qué objeto? En la actualidad no es ilegal hacer películas pornográficas.

—¿Y no podría ser la tapadera de otra cosa? ¿De otra clase de delitos?

—Pues claro que podría, pero detengámonos un instante y deje que represente el papel de abogado del diablo. Dice usted que la causa de la muerte quedó sin establecer, lo que significa que la oficina del forense fue incapaz de decir con seguridad de qué murió su hija. ¿Correcto?

—Sí, así es —dijo a regañadientes.

—¿Cómo sabe que no sufrió un infarto o algo por el estilo? Con todas las alergias que tenía, cabe la posibilidad de que muriera de choque anafiláctico. No digo que se equivoque, pero sin pruebas es como saltar al vacío.

—Entiendo. Imagino que le tiene que parecer a usted una locura, pero sé lo que me digo. A mi hija la mataron. Estoy totalmente convencida, pero nadie me hace caso, ¿qué puedo hacer entonces? Voy a decirle algo más: mi hija tenía mucho dinero cuando murió.

—¿Cuánto?

—Unos quinientos mil dólares en acciones y obligaciones. Tenía un poco metido en una cuenta bancaria, pero el grueso lo tenía en acciones bursátiles. Además, tenía cinco o seis cuentas corrientes. ¿De dónde lo había sacado?

—¿De dónde cree usted?

—Puede que se tratara de un pago. Para que no hablase.

Observé a la mujer para evaluar su capacidad de razonamiento. Primero había dicho que a su hija la habían chantajeado o coaccionado. Luego había sugerido que era culpable de extorsión. Dejé a un lado el asunto por el momento y me concentré en otra cosa.

—¿Cómo reaccionó la policía al ver la cinta? —Silencio sepulcral—. ¿Janice? —añadí.

Tenía la determinación pintada en las facciones.

—No les di la cinta. Ni siquiera se la enseñé a Mace; se habría muerto de vergüenza. Lorna era la niña de sus ojos. Si hubiera sabido lo que Lorna había hecho, habría cambiado para siempre. —Cogió la cinta y volvió a meterla en la bolsa de papel, cuya parte superior dobló protectoramente.

—¿Y por qué no se la enseñó a la policía? Habría abierto una nueva vía de investigación...

Negó con la cabeza.

—No, señora. Ni hablar. Por nada del mundo la habría enseñado. Sé lo que me hago. Es el último recuerdo que tenemos de ella. Sé que parece manía persecutoria, pero me han contado casos parecidos. Pruebas que no gustan y que desaparecen por arte de magia. Se ve la causa y resulta que se ha volatilizado. Punto y aparte, fin del capítulo. No confío en la policía. He ahí la cuestión.

—¿Y por qué confía en mí? ¿Cómo sabe que no estoy compinchada con la policía?

—Tengo que confiar en alguien. Quiero saber cómo se metió en este..., en este asunto del cine porno..., si es el motivo por el que la mataron. Pero no estoy acostumbrada. No puedo retroceder en el tiempo y deducir lo que ocurrió. No sé hacerlo. —Tragó una profunda bocanada de aire y cambió de actitud—. Pero pensé que si contrataba los servicios de un detective, a esta persona no tendría inconveniente en enseñarle la cinta. Supongo que ahora me toca preguntarle si quiere colaborar, porque si usted no acepta, tendré que buscar a otra persona.

Medité unos segundos. Desde luego, el asunto me interesaba. Pero no estaba segura de que hubiese posibilidades de salir airosa.

—Una investigación así entrañará muchos gastos. ¿Está usted preparada para afrontarlos?

—No habría venido a verla si no lo estuviese.

—¿Está de acuerdo su marido?

—No le entusiasma la idea, pero sabe que estoy decidida.

—Muy bien. Pero antes de firmar ningún contrato quisiera saber algo más. Tengo que convencerme de que voy a serle útil. De lo contrario, yo perdería mi tiempo y usted su dinero.

—¿Hablará con la policía?

—No voy a tener más remedio —dije—. Al principio, tal vez de manera oficiosa. Lo decisivo es que necesito información y si consigo que la policía coopere, se ahorrará usted un buen fajo de billetes.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo—, pero también tiene que entender usted otra cosa. Sé que está convencida de que la policía de aquí es competente, y se lo admito, pero todo el mundo comete errores de vez en cuando y ocultarlo es propio de la naturaleza humana. No quiero que su decisión sobre si puede ser útil o no dependa de la actitud de la policía. Lo más probable es que piensen que estoy como un cencerro.

—Oiga, señora, estoy capacitada para tomar mis propias decisiones. —Noté un pinchazo en el cuello y miré el reloj. Era hora de cerrar la tienda y largarse. Le dije que me diera la dirección de su casa, su teléfono y el teléfono de la cafetería, y tomé nota de todo—. Veré lo que puedo averiguar —añadí—. Mientras tanto, ¿por qué no me deja la cinta? Me gustaría entrar en calor. El taxímetro no empezará a contar mientras no firmemos el contrato.

Bajó los ojos para mirar la bolsa de papel que tenía junto a sí, pero no hizo ningún movimiento.

—Sí, supongo que sí. No quisiera que nadie más viese la cinta. Si Mace y las niñas supieran lo que contiene, se les rompería el corazón.

Me llevé la mano al pecho y la levanté acto seguido.

—Tendrán que pasar por encima de mi cadáver —dije. No me pareció oportuno recordarle que la pornografía es comercio. Sin duda había miles de copias en circulación. Guardé el cuaderno de notas en el maletín y cerré la tapa. Me levanté e hizo lo propio; se apoyó la bolsa en la cadera antes de entregármela—. Gracias —dije. Cogí la cazadora y el bolso de mano, puse ambas cosas encima de la bolsa de papel y cargué con todo mientras apagaba las luces. Me siguió por el vestíbulo y me observó con intranquilidad mientras cerraba con llave. Me volví a mirarla—. Tendrá usted que confiar en mí. De lo contrario no tiene sentido que emprendamos nada juntas. —Asintió y advertí lágrimas en sus ojos.

—Espero que recuerde que Lorna no era realmente lo que parece.

—Lo recordaré —dije—. Me pondré en contacto con usted en cuanto sepa algo. Entonces trazaremos un plan de acción.

—De acuerdo.

—Otra cosa. Tendrá que contarle a Mace lo de la cinta. No tiene por qué verla, pero debería saber que existe. Quiero que entre nosotros tres haya sinceridad absoluta.

—De acuerdo. La verdad es que esconderle cosas nunca me ha deparado ningún bien.

Nos separamos en el aparcamiento de doce plazas que hay en la parte trasera del edificio y me dirigí a casa.

Ya en mi barrio, tuve que dar la vuelta a la manzana hasta que encontré un sitio para dejar el

coche, aunque no era muy católico. Cerré el coche y recorrí a pie el trecho que faltaba, llevando la bolsa como si volviera de una tienda de comestibles. La noche era dulce y apacible. Los árboles oscurecían la calle, entrelazando las ramas y formando una bóveda irregular. Las escasas estrellas que veía eran como esquirlas de hielo colgadas del firmamento. El océano rugía a una manzana de distancia. Percibía el olor de la sal, semejante al que produce el fuego de leña, en el aire inmóvil de la noche. Las luces de la calle se reflejaban en la ventana del altillo de mi casa y vi que las ramas de los pinos rozaban el cristal. Me adelantó un hombre en bicicleta, vestido de oscuro y con tiras de cinta fosforescente en los talones del calzado deportivo que llevaba. No hacía más ruido que el blando rumor del aire que se filtraba entre los radios de las ruedas. Me lo quedé mirando como si fuera una aparición.

Abrí la verja, que se cerró a mis espaldas con un chasquido tranquilizador. Al llegar al patio de la parte trasera miré automáticamente hacia la ventana de la cocina de mi casero, aunque sabía que no habría ninguna luz. Henry había ido a Michigan para ver a la familia y tardaría un par de semanas en volver. En el ínterin, vigilaba su casa, le recogía el periódico y la correspondencia y le enviaba lo que me parecía importante.

Como de costumbre, pensé con sorpresa en lo mucho que lo echaba de menos. Había conocido a Henry Pitts hacía cuatro años, mientras buscaba alojamiento. Hasta entonces había vivido básicamente en campamentos de remolques, en compañía de una tía soltera que se había hecho cargo de mí al morir mis padres, cuando yo tenía cinco años. Dos matrimonios de corta duración, a los veintitantos, no habían conseguido afirmar mi sentido de la estabilidad. Al morir tía Gin, había vuelto a su remolque de alquiler y me había refugiado en el consuelo de aquel espacio comprimido. Ya había dejado el cuerpo de policía de Santa Teresa y trabajaba a la sazón para el hombre que acabó enseñándome casi todo lo que sé en materia de investigación privada. Tras obtener la licencia para ejercer y abrir oficina propia, viví en distintos campamentos de remolques de Santa Teresa, el último de los cuales había sido el Mountain View Mobile Home Estates, en el barrio residencial de Colgate. Seguramente habría vivido así hasta el final de los tiempos si no me hubieran echado junto con otros vecinos. Varios campamentos de la zona, entre ellos el Mountain View, se habían transformado en lugares «exclusivamente para mayores de cincuenta y cinco años» y los tribunales se dedicaban a dirimir las demandas por discriminación que se habían presentado a consecuencia del fenómeno. Como no había tenido la paciencia que se necesita para esperar una sentencia, opté por buscar un estudio en alquiler.

Pertrechada con anuncios de periódico y un plano de la ciudad, anduve de frustración en frustración. La búsqueda resultó descorazonadora. Todo lo que entraba en mi presupuesto (que iba desde lo más barato hasta lo muy modesto) o estaba pésimamente situado, o era una pocilga, o necesitaba toda suerte de reparaciones. Correré un tupido velo sobre las cuestiones tocantes al encanto y el carácter. Vi por pura casualidad el anuncio que había puesto Henry en la lavandería y fui a ver el sitio porque me encontraba en la zona.

Todavía recuerdo el día en que bajé del VW y crucé la chirriante verja de la casa de Henry. Corría el mes de marzo y la lluvia había barnizado las calles y perfumado el aire con la fragancia de la hierba y los narcisos. Los cerezos estaban en flor y la acera estaba revestida de florecillas de color rosado. El estudio en alquiler consistía en un garaje monoplacea reconvertido en «pisito de soltero» y era una reproducción de los domicilios a que estaba acostumbrada. Por fuera era imponente. Estaba conectado con la casa principal mediante una especie de ventisquero, un

pasillo que Henry había recubierto de cristal y que solía utilizar para sus interminables experimentos de bollería. Es panadero jubilado y todavía madruga y prepara cosas en el horno casi a diario.

Tenía abierta la ventana de la cocina y el aroma de la levadura, la canela y las salsas para espaguetis impregnaba el aire primaveral. Antes de llamar y presentarme, me llevé las manos a las sienes, pegué la nariz a la ventana del estudio y escruté el interior. Por entonces no era más que una habitación única de cinco metros de lado, con un saliente que hacía de cuarto de baño y una cocina como las de los barcos. El espacio se ha prolongado en la actualidad y hoy tiene un altillo donde están el dormitorio y otro cuarto de baño. Pero al principio, incluso en su estado original, me había bastado una ojeada para saber que era la casa que buscaba.

Henry había salido a recibirme con una camiseta estampada, pantalón corto, sandalias y un trapo en la cabeza. Tenía las manos llenas de harina y una mancha blanca en la frente. Observé su rostro magro y bronceado, su pelo canoso y sus brillantes ojos azules mientras me preguntaba si lo había conocido en alguna vida anterior. Me hizo pasar y mientras hablábamos me invitó a que probara el primero de los incontables rollos caseros de canela que he consumido en su cocina desde entonces.

Por lo visto, había atendido a tantos inquilinos en potencia como caseros había entrevistado yo. Él buscaba un inquilino sin hijos, sin costumbres reprobables ni gusto por la música a todo volumen. Yo buscaba un casero que sólo se metiera en sus propios asuntos. Henry me interesó porque, como tenía ochenta y tantos años, me ahorraba atenciones no deseadas. Y yo le interesé seguramente porque era una misántropa convencida. Había trabajado dos años de policía y dedicado otros dos a completar las cuatro mil horas que se necesitan para solicitar la licencia de detective. Llegado el momento, me habían fotografiado, tomado las huellas dactilares, inscrito en el registro y concedido la licencia. Puesto que mi principal medio de subsistencia implicaba adentrarse en el lado oculto de la naturaleza humana, tendía a mantener a cierta distancia a los demás. Desde entonces he aprendido urbanidad. Puedo ser incluso simpática si conviene a mis fines, pero no se me conoce precisamente por mis buenos modales. Dado que soy una loba solitaria, soy la vecina ideal: no hago ruido, suelo aislarme, no me meto con los demás y estoy fuera de casa casi siempre.

Abrí la puerta y encendí las luces de la planta baja, me quité la cazadora, encendí la televisión y el vídeo e introduje en este la cinta de Lorna Kepler. Me parece absurdo detallar el contenido de la película. Baste decir que el argumento era sencillo y que no se analizaba la evolución de los personajes. La interpretación, por otro lado, era desastrosa y se fingía por doquiera una sexualidad que resultaba más cómica que cachonda. Puede que me pareciera cosa de aficionados únicamente por culpa del malestar que me produjo el tema. Me llevé una sorpresa al ver que había títulos de crédito y rebobiné la cinta para releerlos desde el principio. Había un productor, un director y un montador cuyos nombres parecían auténticos: Joseph Ayers, Morton Kasselbaum y Chester Ellis. Pulsé el botón de pausa para apuntarlos y volví a pulsarlo para que la cinta siguiera pasando. Estaba convencida de que los actores aparecerían con seudónimo, por ejemplo Macho Verdugo, Fruta Comestible y Nalgas Ardientes, pero figuraba una Lorna Kepler junto con otros dos intérpretes —Russell Turpin y Nancy Dobbs— cuyos normalísimos nombres apunté cuando aparecieron. Por lo visto no había guionista, aunque supongo que la sexualidad pornográfica no necesita especificar la línea de acción. En cualquier caso, leer el presunto guión habría sido

ridículo.

Me pregunté dónde se habría filmado la película. Según mi idea particular del presupuesto de una película porno, ni se contrataban exteriores ni se solicitaban permisos. Casi todas las escenas transcurrían en interiores que podían prepararse en cualquier lugar. El protagonista, Russell Turpin, había sido contratado sin duda por determinadas cualidades anatómicas que ponía de manifiesto cada dos por tres. Él y Nancy, marido y mujer a todas luces, aparecían tendidos y desnudos en el sofá de la sala de estar, enfrascados en un diálogo insufrible y sometándose a recíprocas humillaciones sexuales. Nancy era mala con avaricia y su mirada se desviaba continuamente hacia la izquierda de la cámara, donde tenía que haber alguien que le indicaba lo que tenía que decir vocalizando en silencio las frases. Había visto representaciones escolares interpretadas con mucha más inteligencia. Las pasiones que la muchacha trataba de representar parecía haberlas aprendido viendo otras películas porno; su gesto más destacado era lamerse los labios de un modo que, desde mi punto de vista, provocaba más cabreo que excitación. Sospechaba que en el fondo la habían contratado por ser la única que tenía un portaliñas de verdad en la época del panty.

Lorna era la protagonista femenina y su aparición se había preparado para que produjera el máximo efecto. No parecía pendiente de la cámara y se movía con naturalidad y sin premuras, con una experiencia que saltaba a la vista. Tenía un aire elegante y durante los primeros segundos de su intervención costaba imaginar las groserías que no tardarían en ponerse en escena. Al principio se mostraba distante y parecía reírse de todo en su fuero interno. Poco después se conducía sin vergüenza alguna, con dominio de la situación y alardes de vehemencia, totalmente concentrada en las emociones que sintiese.

Al principio veía las escenas donde no aparecía Lorna apretando el botón de pase rápido, pero el efecto resultaba cómico: *Pauline en peligro* con situaciones sexuales intercaladas. Procuraba mirar con la misma distancia que adopto en los escenarios de los crímenes, pero me falló el sistema y no tardé en experimentar cierta inquietud. No me tomo a la ligera la degradación de las personas, sobre todo cuando se hace únicamente para beneficio económico de otros. He oído decir que la industria de la pornografía es mayor que la discográfica y la cinematográfica juntas, y que recauda cantidades inmensas que cambian de manos en nombre de la sexualidad. Aquella película tenía al menos poca violencia y no había escenas con niños ni animales.

Aunque apenas había argumento, el director se había esforzado por crear suspense. Lorna interpretaba a un personaje sexualmente diabólico y como tal acosaba tanto al marido como a la mujer, que corrían en cueros vivos por toda la casa. También acosaba sexualmente a un lampista llamado Harry, que se presentaba de improviso en una escena que me salté la primera vez que vi la cinta. Las apariciones de Lorna solían anunciarse mediante humo, y la transparente túnica que llevaba se le subía y se hinchaba gracias a un ventilador. Una vez comenzada la acción, había multitud de primeros planos, morosamente dosificados por un operador de cámara enamorado del teleobjetivo.

Di por finalizada la sesión, rebobiné la cinta y me concentré en el estuche. La compañía productora se llamaba Cyrenaic Cinema y tenía una dirección en San Francisco. ¿Qué significaba aquello de Cyrenaic, es decir, cirenaico? Cogí el diccionario y busqué la palabra. «Cirenaico: dicese de la escuela filosófica griega fundada por Aristipo de Cirene, que consideraba el placer de los sentidos el bien supremo». Bueno, por lo menos un miembro de la tribu tenía cultura. Llamé

a la compañía telefónica y solicité información sobre la zona abarcada por el prefijo 451. La productora no tenía registrado ningún teléfono a su nombre, aunque la dirección tal vez fuese verdadera. Aun en el caso de que Janice y yo llegáramos a un acuerdo, no estaba convencida de que quisiera financiarme un viaje a San Francisco.

Repasé los papeles que me había dado y puse a un lado los recortes de prensa y a otro los informes de la policía. Leí el informe de la autopsia con particular interés, traduciendo los términos técnicos al rudimentario idioma de mi profana inteligencia. Los datos básicos eran tan desagradables como la película que acababa de ver, pero sin la equilibradora influencia de los diálogos llenos de tópicos. Cuando se descubrió el cadáver de Lorna, ya estaba prácticamente descompuesto. El análisis superficial revelaba pocas cosas interesantes, dado que todo el tejido blando se había convertido en una masa grasienta. Los gusanos habían trabajado aprisa. El análisis interno confirmaba que ya no había órganos, salvo unas pequeñas cantidades de tejido procedentes del conducto gastrointestinal, del hígado y del aparato circulatorio. El tejido cerebral también se había licuado por completo y/o estaba ausente. Los restos óseos no revelaban ningún traumatismo producido por objetos contundentes, ni por armas blancas, ni por armas de fuego, ni por cuerdas, y no había rastros de huesos rotos ni aplastados. Se había detectado la presencia de dos fracturas antiguas, pero ninguna de ellas parecía tener relación con la forma de fallecimiento. Los análisis químicos tampoco evidenciaban que hubiera medicamentos o productos tóxicos en su sistema. Los dos arcos dentales completos se habían extraído y conservado, al igual que los diez dedos de las extremidades superiores. La identificación se había hecho mediante radiografías de la dentadura y la huella fragmentaria del pulgar. Entre los papeles no había ninguna foto, pero sospechaba que tenía que haber alguna en los archivos de la policía. No me parecía probable que hubieran entregado a la madre instantáneas *post mortem*.

No había manera de determinar el día ni la hora de la muerte, pero se había hecho una estimación aproximada a partir de diversos factores ambientales. Muchísimas personas entrevistadas habían declarado que Lorna tenía costumbres noctámbulas. También se le atribuía la costumbre de correr poco después de levantarse. Hasta donde habían podido averiguar los de Homicidios, Lorna, como siempre, se había levantado tarde aquel sábado 21 de abril. Se había puesto la ropa de deporte y había salido para correr un rato. El periódico matutino del sábado estaba dentro de la casa, al igual que el correo de última hora de la mañana. Todo el correo y los periódicos posteriores al día 21 estaban amontonados y sin abrir. Me pregunté por qué no había salido de viaje el jueves por la noche, tal como había planeado. Puede que hubiera terminado la semana laboral el viernes y tuviese intención de partir el sábado por la mañana, en cuanto se duchase y se vistiera.

Las preguntas que suscitaba el asunto eran perogrullescas y a falta de pruebas concretas era absurdo ponerse a especular. Aunque la causa de la muerte quedó sin determinar, la policía había actuado sobre la base de que la joven había sido atacada por una o varias personas desconocidas. Lorna había vivido sola, en singulares condiciones de aislamiento. Si había gritado pidiendo ayuda, no había habido nadie en los alrededores capaz de oírla. También yo vivo sola y aunque Henry Pitts vive al lado, en ocasiones me siento intranquila. Mi trabajo supone cierta desprotección. Me han disparado, vapuleado, golpeado y acosado varias veces, pero siempre he sabido desbaratar las intenciones de mis agresores. No me hacía ninguna gracia imaginar los últimos momentos de Lorna.

El inspector de Homicidios que se había encargado del asunto se llamaba Cheney Phillips, un sujeto con el que había tropezado alguna que otra vez. Lo último que había sabido de él era que de Homicidios lo habían trasladado a la brigada contra la corrupción. No sé bien cómo funcionan las fuerzas de orden público en otras ciudades, pero en el cuerpo de policía de Santa Teresa se tiende a trasladar a los funcionarios cada dos o tres años para someterlas a diferentes responsabilidades. Este procedimiento no sólo garantiza el equilibrio del departamento, sino que además permite conseguir ascensos sin que el funcionario interesado tenga que esperar al fallecimiento o jubilación de los atrincherados colegas de brigada.

Al igual que a muchos policías de la ciudad, a Phillips se le podía encontrar en un bar llamado CC y que frecuentaban abogados y una surtida selección de individuos vinculados con las fuerzas de seguridad. El superior que le había supervisado el caso era el teniente Con Dolan, a quien yo conocía muy bien. No acababa de creer que la aparición de Lorna en aquella película barata tuviese algo que ver con su muerte. Por otro lado, saltaba a la vista por qué Janice se empeñaba en lo contrario. ¿Qué otra cosa cabe pensar cuando resulta que la difunta hija que más queríamos era una estrella del cine porno?

Estaba nerviosa y casi irritable a causa de la sobredosis de cafeína. En lo que iba de jornada había engullido seguramente entre ocho y diez tazas de café, las dos últimas mientras hablaba con Janice. Notaba las sustancias estimulantes, semejantes a bombones, bailoteándose en la cabeza. En ocasiones, la ansiedad y la cafeína producen el mismo efecto.

Volví a mirar el reloj. Eran las doce pasadas y ya tendría que estar durmiendo. Cogí la guía telefónica y busqué el número del CC. Tardé menos de quince segundos en hacer la llamada. El barman me dijo que Cheney Phillips estaba en el local. Le dije mi nombre y que avisara a Cheney que iba hacia allí. En el momento de colgar, le oí gritar a Cheney desde la barra. Agarré la cazadora y las llaves y me dirigí a la puerta.

Fui hacia el este por cabaña, la ancha avenida que discurre en sentido paralelo a la costa. Cuando hay luna llena, la oscuridad tiene la cualidad de las escenas cinematográficas rodadas con noche americana. El paisaje está tan iluminado que hasta los árboles dan sombra. Aquella noche, la luna estaba en cuarto menguante y muy cerca del horizonte. Desde la calzada no distinguía el océano, pero oía el retumbante rugido de la marea ascendente. Hacía el viento imprescindible para mover las palmeras, cabezas melnudas que asentían entre sí como si intercambiaran secretos. Me crucé con otro vehículo, pero no había peatones a la vista. No suelo estar fuera de casa a hora tan avanzada y me sentía extrañamente excitada.

De día, Santa Teresa se parece a cualquier otra ciudad provinciana de California Sur. Las iglesias y los comercios se pegan al suelo para defenderse de los terremotos. Los aleros son bajos y la arquitectura es sobre todo de influencia española. Hay algo sólido y tranquilizador en los adobes blancos y los tejados de tejas rojas. El césped está bien cortado y los arbustos se perfilan con arte. De noche, estos mismos rasgos aparecen con toda su pureza y dramatismo, con contrastes de claroscuro que intensifican el paisaje. El cielo nocturno no es negro. Es de un suave gris carbonífero que adquiere los matices del polvo de tiza a causa de la contaminación, y los árboles son como manchas de tinta en una alfombra oscura. Incluso el viento tiene propiedades diferentes y es tan suave como una pluma que acaricia la piel.

CC eran las siglas de Café Caliente, un local alquilado por una miseria que se había construido en el solar de una antigua gasolinera, situado cerca de la vía del tren. Hacía años que se habían quitado los surtidores y los depósitos subterráneos, y el suelo contaminado se había cubierto con asfalto. En la actualidad, cuando hace calor, el alquitrán tiende a ablandarse y emana un zumo tóxico, un líquido bituminoso que se transforma al instante en rizos de humo, produciendo la sensación de que la negra superficie está a punto de arder. En invierno, el suelo se resquebraja por culpa del frío seco y ráfagas de olor azufrado recorren el aparcamiento. El CC no es el mejor lugar para pasear con los pies descalzos.

Aparqué delante mismo, bajo un susurrante rótulo de neón rojo. El exterior olía a tortas de maíz fritas con grasa animal; el interior, a salsa y humo de tabaco filtrado continuamente. Percibí el gemido agudo de una batidora que mezclaba hielo y tequila durante un tiempo exagerado para preparar una Margarita. El Café Caliente se jacta de ser una «auténtica» cantina mexicana, lo que significa que la decoración consiste en sombreros mexicanos clavados en los dinteles. La mala iluminación hace innecesaria la presencia de otros adornos. Los platos del menú aparecen descritos con sintaxis inglesa y sus nombres rebosan ingenio: Ensenada Ensalada, Pasta Pequeño,

Linguini Bambini. La música, que nunca es en directo, suelen ponerla a todo volumen y viene a ser como una banda de mariachis que cercara nuestra mesa mientras nos esforzamos por comer.

Cheney Phillips estaba en la barra con la cara vuelta hacia mí. Mi solicitud de audiencia había despertado su interés. Tenía treinta y tantos años, pelo rizado, negro y despeinado, ojos oscuros y mejillas cubiertas por una rastrojera de dos días. Tenía la típica cara de esos hombres que suelen aparecer en las revistas del corazón o en la sección de ecos de sociedad de los periódicos locales, acompañando a una debutante como si fuera una novia. Era delgado, de estatura normal y vestía una chaqueta deportiva de seda de color tabaco, camisa blanca de vestir y pantalones de gabardina de color crema. Su aire de confianza sugería dinero de procedencia amedrentadora. Todo en él hablaba de depósitos bancarios, colegios privados y privilegios propios de la Costa Oeste. Esto no es más que una proyección mía, ya que no lo he comprobado. La verdad es que nunca le he preguntado por qué acabó en la policía. Por lo que sé, es un agente de la ley de tercera generación en el seno de una familia donde todas las mujeres trabajan en el cuerpo de prisiones.

Tomé asiento en el taburete contiguo al suyo.

—Hola, Cheney. ¿Qué tal va todo? Gracias por esperarme.

Se encogió de hombros.

—Suelo estar aquí hasta que cierran. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Desde luego. He tomado tanto café que no creo que vuelva a dormir nunca más.

—¿Qué te apetece?

—Chardonnay, por favor.

—Será un placer —dijo. Sonrió dejando al descubierto una ortodoncia de primera categoría.

Nadie tenía unos dientes tan rectos sin haber estado años corrigiéndolos con muchos dólares. Los modales de Cheney solían ser seductores, sobre todo en un sitio como el CC.

El barman había contemplado nuestra conversación con una exagerada paciencia típica de la madrugada. En un local como el CC, era la hora en que los sexualmente desesperados hacían las últimas intentonas para procurarse compañía. Se había consumido ya tanto licor a aquellas alturas que las presas potenciales previamente rechazadas por indignas volvían a tomarse en consideración. Por lo visto, el barman había supuesto que estábamos negociando un encuentro de una sola noche. Cheney pidió mi vino y otro vodka con tónica para él.

Miró por encima del hombro para observar a los demás clientes.

—No hay que perder de vista a los policías fuera de servicio. Cuando cierran, vamos al aparcamiento y nos pasamos un alcoholímetro como si fuera un porro para convencernos de que estamos lo bastante sobrios para conducir.

—Me han dicho que ya no estás en Homicidios.

—En efecto. Llevo seis meses en Corrupción.

—Eso está bien —dije—. ¿Te gusta? —Sin duda lo habían trasladado a Corrupción porque aún parecía lo bastante joven para cometer inmoralidades.

—Sí, es fabuloso. Es un departamento de un solo hombre. Soy el actual experto en el juego, la prostitución, las drogas y el delito organizado que hay en Santa Teresa. ¿Y tú? ¿Cómo te va? No creo que hayas venido para hablar sobre mis actividades como agente de la ley. —Levantó la mirada al acercarse el barman y no reanudó la conversación hasta que nos sirvió las bebidas.

Cuando volvió a mirarme, dije:

—Janice Kepler quiere contratarme para que investigue la muerte de su hija.

—Buena suerte —dijo.

—Tú llevaste el caso al principio, ¿no?

—Dolan, yo y un par de agentes. He aquí los resultados —dijo mientras enumeraba con los dedos—: No hubo manera de determinar la causa de la muerte; seguimos sin saber con certeza qué día ocurrió, y no digamos la hora; no había ninguna prueba significativa, ningún testigo, ningún motivo, ningún sospechoso...

—Ningún caso —terminé.

—Tú lo has dicho. O no fue homicidio o el asesino tenía el mejor ángel de la guarda del mundo.

—Y que lo digas.

—¿Vas a aceptar?

—Aún no lo sé. Quería hablar antes contigo.

—¿Has visto alguna foto de la chica? Era preciosa. Un desastre de persona, pero con un cuerpo de vicio. De esos que tienen historia oculta. Dios mío.

—¿A qué te refieres?

—Trabajaba a tiempo parcial en la depuradora de aguas. De mecanógrafa. Ya sabes, contestar el teléfono, archivar lo que se presenta, alrededor de cuatro horas al día. Dice a todo el mundo que trabaja para pagarse los estudios universitarios, lo que es verdad hasta cierto punto. Va a una clase hoy y a la siguiente la semana que viene, pero esto es solamente la mitad de la historia. Lo que en realidad hace es prostitución de lujo. Mil quinientos dólares por víctima. Cuando murió, el dinero se había acumulado de un modo increíble.

—¿Para quién trabajaba?

—Para nadie. Era independiente. Empezó haciendo servicios a domicilio. Baile exótico y masajes. Los tíos encuentran estas ofertas en la sección de anuncios, la llaman por teléfono, ella acude a la casa y se desnuda entre contorsiones mientras ellos se la menean. El truco consiste en que no puede pedirse más de lo que se anuncia (los muchachos solían llamar para sonsacar lo que podían, hasta que todo el mundo acabó cayendo en la cuenta), pero una vez que la chica se haya en el piso del cliente, negocia los servicios que este le pide. Es una transacción estrictamente privada.

—¿Y cuánto se cobra?

Se encogió de hombros.

—Depende de lo que se haga. Un coito normal creo que vale ciento cincuenta dólares que la chica tiene que repartir luego con la administración. Las chicas no tardan en soñar con hacerse ricas, renuncian a los trabajos baratos y se dedican sólo a lo fuerte.

—¿Aquí, en la ciudad?

—Casi siempre. Creo que solía vérsela en el bar del Edgewater Hotel. También se dejaba caer por Bubbles, en Montebello, que como seguramente sabes se cerró en julio del año pasado. Sentía predilección por los lugares frecuentados por gente de mucho dinero.

—¿Lo sabía su madre?

—Desde luego. Totalmente. Detuvieron a Lorna en una ocasión por ofrecer sus servicios en Bubbles a un policía de paisano. No quisimos pasárselo por la cara a la madre, pero se le notificó puntualmente.

—Puede que esté empezando a asimilar las consecuencias —dije—. Le han enviado un vídeo

con una película porno donde Lorna tiene un papel destacado. Por lo visto, es lo que la impulsó a buscarme. Cree que chantajeaban a Lorna o que trabajaba de confidente de la policía.

—Ya —dijo Cheney.

—Me limito a contarte lo que ella cree.

Soltó un bufido.

—Esa mujer miente como respira. ¿Has visto la cinta?

—Hace un rato. Es una guarrería total.

—Claro, claro, aunque no sé qué importancia puede tener. Quiero decir que no me sorprende dada la clase de trabajo que hacía. ¿Y qué tiene que ver con el caso? Es la parte que se me escapa.

—Janice cree que Lorna estaba a punto de denunciar a alguien.

—Dios mío, esa señora ha visto demasiada televisión. ¿A quién podía denunciar? ¿Y por qué? En cierto modo, son personas que respetan la ley. Seguramente son gentuza, pero eso no es ilegal en este estado. Fíjate en los políticos.

—Ya se lo dije a la madre. El caso es que estoy dándole vueltas por si hay algo que justifique mi intervención. Si vosotros no conseguisteis nada, ¿qué voy a conseguir yo?

—Puede que tengas más suerte. Soy un optimista crónico. El caso sigue abierto, aunque hace meses que no lo tocamos. Si quieres consultar los archivos, no creo que vaya a haber ningún problema.

—Sería estupendo. Lo que me gustaría ver son las fotos del escenario del crimen.

—Hablaré con el teniente Dolan, aunque no creo que ponga pegas. ¿Sabes que está en el hospital? Ha sufrido un ataque al corazón.

Me impresionó tanto oír aquello que me llevé la mano al corazón y a punto estuve de derribar la copa de vino. La cogí justo al caer, aunque no pude impedir que se derramaran unas gotas.

—¿Que Dolan ha sufrido un ataque al corazón? ¡Es espantoso! ¿Cuándo ha sido?

—Ayer, inmediatamente después de reunirse el grupo operativo, empezó a sentir dolores en el pecho. Se puso como la economía del país. Con cara de pena y respirando con dificultad. Antes de que me diese cuenta, se apagó como una bombilla. Todo el mundo se le echó encima para hacerle la respiración artificial. Los de la ambulancia lo salvaron cuando ya estaba en las últimas, pero todo fue muy rápido.

—¿Se pondrá bien?

—Eso esperamos. Lo último que sé es que ya se recupera. Está en el St. Terry, en la unidad de cardiología, alborotando a todo el mundo, naturalmente.

—Típico. Iré a visitarlo en cuanto pueda.

—Te lo agradecerá. Deberías verlo. He hablado con él esta mañana y está a punto de volverse loco. Dice que no quiere dormir porque tiene miedo de no despertar.

—¿Eso dice? Es la primera vez que oigo que el teniente Dolan habla de asuntos personales — comenté.

—Ha cambiado. Es otro hombre. Una experiencia asombrosa —dijo—. Tienes que verlo con tus propios ojos. Le emocionará que le hagas compañía y seguramente te hablará hasta que te entren ganas de vomitar.

Volví al caso de Lorna Kepler.

—¿Y tú? ¿Tienes alguna teoría sobre la muerte de Lorna?

Se encogió de hombros.

—Creo que la mataron, si es eso lo que quieres oír. Un negocio turbio, un chulo celoso. Puede que fuese otra puta a quien Lorna estuviera pisando el terreno. A Lorna Kepler le gustaba el peligro. Era de las que disfrutaban rebasando los límites.

—¿Tenía enemigos?

—Que sepamos, no. Es extraño, pero parece que caía muy bien a la gente. Digo que es extraño porque era diferente, totalmente distinta de las otras. Creo que despertaba admiración porque en aquellos ambientes estaba como fuera de lugar, ¿entiendes? Se saltaba las reglas y jugaba a su manera.

—Parece que investigaste a fondo.

—Es verdad, aunque no encontré gran cosa. Fue decepcionante. De todos modos, si quieres echar una ojeada, todo está archivado. Puedo decirle a Emerald que te busque el expediente en cuanto obtengamos el visto bueno de Dolan.

—Te lo agradezco. La madre de Lorna me dio una especie de dossier, pero incompleto. Me avisas y me dejaré caer por Jefatura para echar un vistazo.

—Descuida. Luego podemos intercambiar impresiones.

—Gracias, Cheney. Eres un encanto.

—Lo sé —dijo—. Procura tenernos informados. Y juega limpio. Si das con algo, no queremos que el tribunal lo descarte por haber manipulado tú las pruebas.

—Me subestimas —dije—. Desde que trabajo en el bufete de Lonnie Kingman, soy un ángel entre las mujeres. Un ejemplo de profesionales.

—Te creo —dijo. Mantuvo la sonrisa y en sus ojos despuntó un asomo de especulación. Pero yo no tenía más que decir. Me alejé y al llegar a la puerta me volví para despedirme con la mano.

Una vez fuera, aspiré a pleno pulmón el aire tranquilo y frío de la noche y percibí el aroma de un cigarrillo que fumaba alguien situado a unos metros de mí. Alcé la cabeza y entreví a un hombre que doblaba la esquina en aquel momento con menguante rumor de pasos. Hay hombres que pasean de noche con los hombros caídos, la cabeza gacha y la intención puesta en un objetivo solitario. Suelo considerarlos inofensivos, aunque nunca se sabe. Me mantuve alerta hasta que me convencí de que se había ido. Una densa capa de nubes se había aposentado sobre las montañas y descargaba un aguacero en las cumbres.

Todas las plazas del aparcamiento estaban ocupadas. Los vehículos brillaban bajo la cruda luz del cielo nocturno igual que en un cementerio de automóviles. Mi añejo VW, una joroba fea y de color azul claro, desentonaba totalmente en aquel lugar poblado por relucientes modelos deportivos de diseño aerodinámico. Abrí el coche, me deslicé en el asiento y me detuve con las manos en el volante mientras meditaba el movimiento que haría a continuación. La copa de vino blanco no había conseguido aplacar mi nerviosismo. Sabía que si volvía a casa, acabaría tendida boca arriba y contemplando la transparente claraboya que corona mi dormitorio. Puse en marcha el motor y anduve pegada a la playa hasta llegar a State Street. Giré a la derecha y me encaminé hacia el norte.

Crucé las vías del tren y la radio recuperó la animación. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había dejado encendida. Últimamente funciona mal y poco, pero de tarde en tarde consigo sacarle algún partido. Unas veces aporreo el salpicadero y oigo las noticias o una sarta de anuncios. Otras, por causas desconocidas, oigo un frustrante parte meteorológico. Seguramente tenía un cable suelto o le fallaba un fusible, aunque esto no deja de ser una conjetura. La verdad es

que no sé si las radios actuales tienen fusibles o no. Por lo pronto, funcionaba como en sus mejores momentos.

Apreté un botón para captar la frecuencia modulada. Giré el dial con cuidado y fui de emisora en emisora hasta que oí las notas de un saxo tenor. No sabía lo que era, pero la melancólica mezcla de instrumentos de viento pegaba con aquella hora de la noche. Terminó el fragmento musical y se oyó una voz masculina. «Acaban de escuchar a Gato Barbieri y su saxo en *Picture in the rain*, de la banda sonora de *El último tango en París*. Música compuesta por Gato Barbieri, grabada en 1972. Les habla Héctor Moreno, que les manda desde la K-SPELL toda la magia del jazz en la madrugada del lunes».

Era una voz hermosa, resonante, bien modulada, segura y desenvuelta. Un hombre que se ganaba la vida trasnochando, hablando de músicos y marcas discográficas, poniendo compactos para los insomnes. Me lo imaginaba treintañero, moreno, interesante, preferentemente con bigote, el pelo largo echado hacia atrás y sujeto con una goma. Sin duda gozaba de todas las ventajas de las celebridades locales y hacía de maestro de ceremonias de más de un acto benéfico. Las figuras de la radio ni siquiera necesitan tener el tradicional buen aspecto de los presentadores de televisión, a pesar de lo cual poseen el valor social que proporciona un nombre reconocible y sin duda también una colección particular de admiradoras. En aquel momento escuchaba unas peticiones. El corazón me dio un vuelco. Janice Kepler me había dicho que Lorna solía salir de madrugada con un pinchadiscos de la radio.

Me puse a inspeccionar las calles vacías en busca de una cabina telefónica. Pasé ante una gasolinera que cerraba de noche. En el lado más próximo del aparcamiento descubrí la que sin duda era la última de las cabinas telefónicas de verdad, un cubículo de forma prismática y con puertas plegables. Detuve el coche y dejé el motor en marcha mientras hojeaba mi cuaderno de notas en busca del teléfono de la Cafetería Frankie. Metí una moneda en la ranura y marqué el número.

Cuando contestó finalmente una voz de mujer, pregunté por Janice Kepler. El auricular cayó con ruido sordo en el mostrador y oí gritar el nombre de la madre de Lorna. Al fondo se oía un murmullo de actividad, seguramente los clientes de la madrugada que pedían café con alguna pasta, ahitos ya de estimulantes. Janice tuvo que hacer acto de presencia en aquel punto porque la oí hacer una observación a alguien mientras se acercaba y replicar con brevedad un par de veces antes de coger el auricular. Dijo su nombre con voz que se me antojó un tanto alerta. Puede que le preocupara la posibilidad de recibir malas noticias.

—¿Hola, Janice? Soy Kinsey Millhone. Espero que vaya lodo bien. Necesito cierta información y me ha parecido más sencillo llamar que ir adonde está usted.

—Vaya por Dios. ¿Qué hace levantada a estas horas? Parecía agotada cuando nos despedimos en el aparcamiento. Pensaba que a estas horas estaría durmiendo a pierna suelta.

—Esa era mi intención, pero ni siquiera llegué a intentarlo. Estaba saturada de café y aproveché para trabajar un poco. Acabo de hablar con uno de los inspectores de Homicidios que intervinieron en el caso de Lorna. Aún no he vuelto a casa y, ya que estoy en ello, me ha parecido oportuno seguir indagando. ¿No me dijo usted que Lorna solía salir con un pinchadiscos de una emisora local de frecuencia modulada?

—En efecto.

—¿Hay forma de averiguar quién era?

—Puedo intentarlo. Espere. —Sin tapar el auricular con la mano, consultó con otra camarera —. Perry, ¿cómo se llama ese programa que emite jazz toda la noche? La emisora digo.

—K-SPELL, creo.

Lo sabía. Para ahorrar tiempo, dije:

—¿Janice?

—¿Y el pinchadiscos? ¿Sabes cómo se llama?

Al fondo, con voz un tanto amortiguada, Perry dijo:

—¿Cuál? Hay dos.

Ruido de platos y la música ambiental que reproducía una versión de *Up, Up, and Away* para instrumentos de cuerda.

—El que salía con Lorna. ¿No recuerdas que te hablé de él?

—¿Janice! —exclamé.

—Espera, Perry. Dígame, tesoro.

—¿Puede ser Héctor Moreno?

Soltó un breve ladrido de reconocimiento.

—Sí, ese es, ese es. Estoy casi segura de que es ese. ¿Por qué no lo llama y le pregunta si la conocía?

—Sí, voy a hacerlo —dije.

—Dígame lo que averigua. Y si aún tiene ganas de recorrer la ciudad, pásese por aquí y tómese un café por cuenta de la casa.

El estómago se me revolvió ante la sola mención del café. Había tomado ya tantas tazas que el cerebro me vibraba como una lavadora coja. En cuanto colgó Janice, pulsé la horquilla y dejé que sonara la señal de marcar mientras cogía la guía telefónica encadenada a la cabina y la hojeaba. Todas las emisoras de radio estaban al comienzo de la letra K. Resulta que la emisora K-SPL estaba a seis u ocho manzanas de distancia. Oí a mis espaldas, en la radio del coche, los compases iniciales de la siguiente selección musical. Encontré otra moneda en el fondo del bolso y llamé a los estudios. Sonaron dos timbrazos.

—K-SPELL. Al habla Héctor Moreno. —Lo dijo en tono expeditivo, pero sin lugar a dudas era el hombre que había oído antes.

Moreno había dejado entornada la puerta de la emisora. Entré y la puerta se cerró a mis espaldas, produciendo un chasquido. Vi que estaba en un vestíbulo mal iluminado. A la derecha de las puertas de un ascensor había un rótulo que decía K-SPL, con una flecha que apuntaba hacia las escaleras metálicas que estaban más a la derecha. Bajé por ellas, produciendo ruidos huecos con los zapatos de suela de goma. No había nadie en recepción, las paredes y el estrecho pasillo que se abría más allá estaban pintados de un melancólico matiz del azul y un extraño color verde alga, como el fondo de un estanque.

—Hola —exclamé.

No hubo respuesta. Seguía oyéndose música de jazz, dado que, como es lógico, la emisora llenaba los vacíos automáticamente.

—¡Hola!

Me encogí de hombros y avancé por el pasillo, mirando en cada cubículo que veía. Moreno me había dicho que estaría trabajando en el tercer estudio de la derecha, pero cuando llegué, el lugar estaba vacío. Seguía oyendo música por los altavoces, pero al parecer el individuo se había ausentado temporalmente. El estudio era pequeño y estaba alfombrado de envases vacíos de comida preparada y latas vacías de soda. Había en la consola una taza de café medio llena y que aún estaba caliente. De la pared colgaba un reloj del tamaño de la luna llena, con un segundero que avanzaba a saltos espasmódicos. *Clic, clic, clic, clic*. Jamás había visto pasar el tiempo de un modo tan preciso o tan implacable. Las paredes estaban insonorizadas y en algunos puntos había paneles de espuma plástica de color gris oscuro.

A mi izquierda, en un tablón de corcho, había multitud de dibujos y recortes de prensa clavados con chinchetas. Las paredes estaban forradas de estantes llenos de compactos, aunque había unos cuantos anaqueles reservados para los álbumes tradicionales y las cintas de casete. Hice un repaso visual del lugar como si fuera a jugar al veo-veo. Tazas de café. Altavoces. Una grapadora, un carrito de cinta adhesiva transparente. Botellas vacías de agua mineral cara: Evian, Sweet Mountain y Perrier. En el panel de control vi el interruptor del micro, osciladores, un arco iris de luces, una con un rótulo que decía «mono de dos pistas». Un intermitente verde y otro rojo. Un micrófono colgado de una jirafa parecía una estalactita de espuma plástica gris. Me imaginé pegando los labios a la superficie y modulando mi más seductor tono de voz en FM. «Hola, aves rapaces de la noche. Os habla Kinsey Millhone, que os trae el mejor jazz a la peor hora...».

Oí a mis espaldas que alguien se acercaba ruidosamente por el pasillo y asomé la cabeza con curiosidad. Héctor Moreno, con sus cincuenta y tantos años, avanzaba hacia mí apoyado en dos

muletas. Tenía el pelo grasiento y gris y unos ojos castaños tan dulces como el caramelo. De cintura para arriba era colosal, pero desde las caderas se estrechaba hasta acabar en un par de piernas finas como palillos y cortas por añadidura. Llevaba un grueso jersey de algodón negro, pantalones anchos y zapatillas baratas. Le acompañaba un perrazo rojigualda de cabeza gorda, tórax macizo y lomos poderosos, un híbrido de Chow-chow probablemente, a juzgar por su cara de oso de peluche y el neumático de pelo que le rodeaba el cuello.

—Hola, ¿es usted Héctor? Kinsey Millhone —dije. El perro se puso visiblemente en guardia cuando alargué la mano.

Héctor Moreno se apoyó en una muleta el tiempo necesario para estrecharme la mano.

—Mucho gusto en conocerla —dijo—. Esta es *Belleza*. Tardará un rato en acostumbrarse a usted.

—Encantada —dije. Por mí, podía tardar lo que le quedase de vida.

La perra se había puesto a vibrar, pero no era un gruñido sino un murmullo sordo que emitía como si se le hubiese activado un motor en las profundidades del pecho. Héctor chascó los dedos y la perra enmudeció. Nunca me he llevado bien con los perros. Hacía sólo una semana me habían presentado a un cachorrillo que había alzado la pata automáticamente y me había mojado el zapato. El dueño se lo había reprochado a gritos, pero me había dado la impresión de que fingía, de que en realidad estaba contándole, entre bufidos y gruñidos, la historia del perro que confundió un zapato con una perra. Yo había acabado en el ínterin con una Reebok empapada y que olía a trasero canino, detalle que no escapó a *Belleza*, que no dejaba de mirarme el pie.

Héctor se impulsó hacia delante y entró en el estudio, respondiendo a la pregunta que la educación me había impedido formular.

—Me cayó encima un montón de piedras a los doce años, mientras hacía espeleología en Kentucky. La gente espera otra cosa después de haberme oído por la radio. Tome asiento. —Me sonrió e hice lo propio. Fui tras él y vi que dejaba las muletas y se instalaba en un taburete. Cogí el taburete que había en el rincón y lo acerqué al suyo. Advertí que *Belleza* se las arreglaba para situarse entre los dos.

Mientras Héctor y yo cambiábamos frases de presentación, la perra, cuya mirada iba de la cara de su dueño a la mía, nos observaba con aspecto de poseer una inteligencia casi humana. A veces jadeaba con expresión próxima a la sonrisa y sacudía la colgante lengua como si aludiese a algún sobreentendido que compartiera con su dueño. Movía las orejas mientras hablábamos, calibrando nuestro tono de voz. No me cabía la menor duda de que estaba lista para intervenir si no le gustaba lo que oía. De vez en cuando, como si respondiera a indicaciones que se me escapaban, encogía la lengua, cerraba la boca y se incorporaba con la ya mencionada vibración pectoral. Bastaba un ademán del amo para que se echase otra vez en el suelo, aunque entonces ponía cara de madurar alguna idea. Seguramente se entristecía cuando no le dejaban saborear carne humana. Héctor, que no le quitaba ojo, parecía complacido de su conducta.

—No confía en casi nadie. La saqué de la perrera, pero parece que cuando era pequeña la molían a palos.

—¿Está siempre con usted?

—Sí —dijo—. Es una buena compañera. Trabajo hasta tarde y cuando salgo del estudio no hay nadie en las calles. Salvo los chiflados. Siempre están al acecho. Preguntaba usted por Lorna. ¿Qué relación tiene con ella?

—Soy investigadora privada. La madre de Lorna me ha visitado hoy a primera hora de la noche y me ha dicho que investigue su muerte. No estaba satisfecha con las investigaciones de la policía.

—Que fueron como fueron —dijo—. ¿Ha hablado con el tal Phillips? Un imbécil donde los haya.

—Acabo de hablar con él. Lo han trasladado de Homicidios a Corrupción. ¿Le hizo algo?

—Hacer, hacer, no me hizo nada. Me refiero a su actitud. Detesto a los tipos como él. Fanfarrones que creen que el mundo les pertenece. Disculpe. —Introdujo una casete en una ranura, apretó un botón de la consola, se inclinó y se puso a hablar con voz tan melosa y aterciopelada como un helado de chocolate—. Acabamos de oír a Phineas Newborn y su piano en *El sol de medianoche no se pone nunca*. Os habla Héctor Moreno, que os manda un poco de magia desde K-SPELL. Ahora, treinta minutos seguidos de música, durante los que oiremos la incomparable voz de Johnny Hartman en una legendaria grabación con el John Coltrane Quartet. La revista *Esquire* dijo en cierta ocasión que era el mejor álbum de la historia. Lo lanzó la casa Impulse y se grabó el 7 de marzo de 1963, con John Coltrane de saxo tenor, McCoy Tyner al piano, Jimmy Garrison de bajista y Elvin Jones en la batería. —Pulsó una tecla, bajó el volumen del sonido que se oía en el estudio y se volvió hacia mí—. Dijera lo que dijese de Lorna, debería tomárselo usted con reservas.

—Me ha dicho que su vida tenía un lado oculto, pero eso ya lo sabía. No acabo de captar la imagen de conjunto y en ello estoy. ¿Hacía mucho que la conocía?

—Algo más de dos años. Fue poco después de encargarme de este programa. Antes vivía en Seattle, pero aquello me aburría. Un amigo de un amigo me habló de este trabajo.

—¿Tenía ya experiencia en la radio?

—En comunicaciones —dijo—. Producción radiofónica y televisiva; y un poco de vídeo, aunque nunca me interesó mucho. En realidad soy de Cincinnati, estudié en la universidad de allí, pero he trabajado en todas partes. El caso es que conocí a Lorna nada más venir a esta ciudad. Era un ave nocturna por naturaleza y solía llamar para formular peticiones. Entre los cambios de música y los anuncios, a veces hablábamos durante una hora. Empezó a venir al estudio, al principio una vez a la semana. Al final aparecía por aquí casi todas las noches. Entre las dos y media y las tres; traía café y *doughnuts*, y huesos para *Belleza* si había cenado fuera de casa. A veces pienso que era la perra lo que le gustaba. Tenían cierta afinidad psíquica. Lorna decía que habían sido amantes en otra existencia. *Belleza* sigue esperando su regreso. A las tres en punto sale a las escaleras y se queda allí con la mirada atenta. Y se pone a hacer con la garganta unos ruidos que partirían el corazón a cualquiera. —Cabeceó y ahuyentó la imagen con la mano, con extraña intransigencia.

—¿Cómo era Lorna?

—Complicada. En mi opinión era un alma bella y atormentada. Inquieta, desconectada, seguramente deprimida. Pero esto era sólo un aspecto. Estaba como escindida, una contradicción andante. No todo era tenebroso.

—¿Le daba al alcohol o a las drogas?

—Que yo sepa, no. Probó al principio, pero acabó dejándolo. A veces se sobreexcitaba. Hablando en plan analítico, yo la habría calificado de maniaco depresiva, pero era mucho más que esto. Era como si hubiese librado una batalla interior y a la postre hubiese vencido el lado

negativo.

—A todos nos ha pasado, ¿no cree?

—A mí sí, puedo asegurárselo.

—¿Sabía que intervino en una película porno?

—Eso me dijeron. No la he visto, pero tampoco era ningún secreto.

—¿Cuándo se filmó? ¿Tal vez poco antes de su muerte?

—No sabría decirle. Pasaba fuera de la ciudad muchos fines de semana, en Los Ángeles, en San Francisco. Puede que fuera durante una de estas escapadas. La verdad es que no lo sé.

—O sea que no hablaron de ello.

Negó con la cabeza.

—Le gustaba ocultar cosas. Creo que así se sentía poderosa. Aprendí a no meterme en sus asuntos privados.

—¿Se le ocurre por qué pudo intervenir en la película? ¿Por dinero quizá?

—Lo dudo. Puede que el productor se embolsa un buen fajo de billetes, pero los actores están mal pagados. Por lo menos es lo que se dice —añadió—. Tal vez interviniese en la película por el mismo motivo que le impulsaba a hacer todo. Lorna coqueteaba todos los días con la catástrofe. Si quiere conocer mi opinión, lo único que sentía de verdad era miedo. No podía ayudarse a sí misma. No parecía escuchar a nadie. Yo le hablaba hasta que se me agarrotaban las mandíbulas. Pero era como si hablase con la pared. Lo que le cuento no es más que mi punto de vista y puede que me equivoque, pero usted me ha preguntado y yo le doy mi versión. Se comportaba como si escuchase de verdad. Como si estuviese de acuerdo con todo lo que se le decía, pero le entraba por un oído y le salía por el otro. Siempre acababa haciendo lo que quería. Era como una drogadicta, como una heroinómana. Sabía que la vida era un palo, pero no hacía nada por cambiarla.

—¿Confiaba en usted?

—No sabría decirle. En el fondo creo que no. No confiaba en nadie. En ese sentido era como *Belleza*. Puede que confiara en mí más que en la mayoría.

—¿Por qué?

—Nunca le hice insinuaciones y por tanto no representaba para ella ninguna amenaza. Al no haber inversión sexual, no podía perder conmigo. Tampoco podía ganar, pero la situación convenía a ambos. Con ella había que mantener las distancias. Era de esas mujeres con las que, nada más liarte, todo se acaba, colega. Punto final y aquí no ha pasado nada. La única forma de conservar su amistad era mantenerla a prudente distancia física. Yo conocía la regla, pero no siempre podía cumplirla. Estaba enganchado. Quería salvarla, pero no podía.

—¿Le contó alguna vez lo que le pasaba?

—Algunas cosas. Trivialidades, por lo general. Pequeñeces cotidianas. Nunca contaba lo importante. Hechos sí, pero no sentimientos, ¿entiende? Aun así, dudo que se hubiese sincerado conmigo. Yo sabía cosas, pero no siempre porque me las contase ella.

—¿Cómo obtenía la información?

—Tengo amiguetes por toda la ciudad. A mí no me gustaba su conducta. Ella me juraba que jugaba limpio, pero creo que en el fondo era incapaz de renunciar. Antes de que te dieras cuenta, ya estaba buscando clientes. Dos, tres a la vez, cualquier cosa. Los testigos me lo contaban después, pensando que me sentía responsable.

—¿Y se sentía usted responsable?

Sonrió con amargura.

—Entonces creía que no.

—¿Le molestaban los rumores?

—Mierda, sí. Lo que Lorna hacía era peligroso y yo me moría de preocupación. No me gustaba lo que hacía ni me gustaba que la gente viniera a contarme chismes a sus espaldas. Chivatos. Detesto esa actitud. No podía quitármelos de encima. Cuando estaba con ella, procuraba guardar silencio. No era asunto mío, pero no podía contenerme. Le decía: «¿Por qué, pequeña? ¿Qué sentido tiene?». Ella cabeceaba. «Es mejor que no lo sepas, Hec. Te lo prometo, no tiene nada que ver contigo». La verdad es que no creo que ella lo supiese. Era superior a sus fuerzas, como un estornudo. Aliviaba liberarlo. Pero si se reprimía, se le acumulaba hasta que se volvía loca.

—¿Sabe si, aparte de usted, había alguien en su vida?

—Yo no estaba en su vida. Sólo en la frontera. Nunca pasé de aquí. De día trabajaba a tiempo parcial en la planta depuradora. Hable con el personal, puede que allí le informen. Yo casi nunca la veía antes de las tres de la madrugada. Puede que llevara una vida completamente distinta cuando salía el sol.

—Entiendo. Algo estrictamente utilitario —dije—. ¿Hay algo más que yo debiera saber?

—En este momento no se me ocurre nada. La avisaré si recuerdo algo. ¿Tiene alguna tarjeta por ahí?

Saqué una y la dejé encima de la consola. La miró un instante y la dejó donde estaba.

—Gracias por recibirme —dije.

—Espero haberle sido útil. No me gustaría pensar que un crimen queda impune.

—Esto es sólo el principio, puede que vuelva más adelante. —Vacilé al mirar a la perra tendida entre nosotros. En cuanto intuyó mi mirada, se incorporó y su cabeza quedó a la altura del asiento de mi taburete. Miraba al frente con fijeza, observándome la carne de las caderas, tal vez pensando en un tentempié de madrugada.

—*Belleza* —murmuró Héctor con voz impasible.

La perra volvió a echarse, pero juraría que no dejaba de pensar en un buen bocado de glúteo.

Me dirigí a casa por el distrito comercial, siguiendo un rastro de luces intermitentes que alternaban el rojo con el verde. Las tiendas estaban cerradas y los fluorescentes de los escaparates emitían una luz cegadora. Las calles parecían blancas a causa de tanta iluminación. Adelanté a un ciclista vestido de negro. Era casi la una y media, apenas había tráfico y los cruces estaban desiertos. Casi todos los bares permanecían abiertos aún y al cabo de media hora saldrían todos los borrachines, camino de los aparcamientos y garajes del casco urbano. Muchos edificios estaban a oscuras. Los indigentes, dormidos y encogidos, bloqueaban los portales como estatuas caídas. La noche es para ellos como un hotel gigantesco donde siempre hay habitaciones libres. El único precio que pagan, a veces, es la vida.

A las dos menos cuarto pude por fin despojarme de los vaqueros, cepillarme los dientes, apagar las luces y meterme en la cama sin quitarme la camiseta, las bragas ni los calcetines. Las noches de febrero eran demasiado frías para dormir desnuda. Mientras me sumergía en la inconsciencia, repasé mentalmente y sin querer diversos fragmentos de la película de Lorna. Ah, la vida de las solteras en un mundo dominado por las enfermedades de transmisión sexual. Y allí

estaba yo, esforzándome por recordar la última vez que me había acostado con un hombre. No pude, cosa realmente preocupante. Me quedé frita mientras me preguntaba si habría alguna relación causal entre la amnesia y la abstinencia. Por lo visto sí, ya que fue lo único que tuve en la cabeza durante las cuatro horas que siguieron.

Cuando sonó la alarma, a las seis en punto, salté de la cama antes de que la pereza reclamase sus derechos. Me puse la ropa y las zapatillas de correr, me dirigí al cuarto de baño y me cepillé los dientes sin atreverme a mirarme en el espejo. Un imprudente vistazo habría descubierto un rostro hinchado por el sueño y un pelo encrespado y grasiento como el de una vagabunda. Me lo había cortado hacía seis meses con unas tijeras de uñas preciosas y desde entonces había crecido a su aire. Las mechas que no se me quedaban de punta estaban o apelmazadas o al revés. Tendría que hacer algo en serio y pronto.

Como sólo había dormido cuatro horas, la sesión de *footing* fue poco más que funcional. A menudo me identifico con el paisaje costero y me dejo llevar por las aves marinas y el aroma de las algas. Correr se convierte en meditación, en ocasión idónea para remontar el vuelo. Aquel día el ejercicio no consiguió levantarme el ánimo. En vez de euforia, tuve que contentarme con un sudor equivalente a trescientas calorías, dolor en los muslos y quemazón en los pulmones. Corrí un kilómetro de más para contrarrestar la indiferencia y anduve hasta mi casa a paso gimnástico para refrescarme. Me duché, me puse unos tejanos limpios, un jersey de cuello de cisne y encima otro más grueso de algodón gris.

Me encaramé a un taburete de la cocina y devoré un tazón de cereales. Leí por encima el periódico local. Nada nuevo. Mientras había inundaciones en el Medio Oeste, las lluvias tendían a reducirse en Santa Teresa y ya se especulaba con el advenimiento de otra sequía. Enero y febrero suelen ser lluviosos, pero el tiempo había hecho lo que le había dado la gana. Se acercaban nubes de tormenta a la playa, pero se quedaban allí, como coqueteando, negándonos el húmedo beso de las precipitaciones. Las altas presiones alejaban las lluvias. El cielo se nublaba y se cubría por completo, pero al final no regalaba nada. Era para morir de asco.

Mas no todo eran desgracias. El periódico decía que una gran compañía petrolífera iba a construir una refinería hacia el sur. Contribuiría a embellecer el paisaje. Un atraco a un banco, un conflicto entre una inmobiliaria y la comisión de urbanismo del Ayuntamiento. Leí los chistes mientras apuraba el café y me dirigí a la oficina, donde pasé varias horas sumando ingresos e importes de facturas desgravadoras. Vaya vida. Al acabar, cogí un contrato estándar y mecanografié los detalles de mi convenio con la familia Kepler. Invertí el resto de la jornada rematando el informe final de un caso que había concluido hacía poco. La factura, gastos incluidos, rebasaba los dos mil dólares. No era gran cosa, pero así pagaría el alquiler y conservaría el seguro del coche.

A las cinco llamé a Janice, imaginando que ya se habría levantado. Contestó Trinny, la menor de las dos hijas. Era un encanto. Cuando me identifiqué, dijo que no tardaría en sonar el despertador de su madre. Berlyn estaba en el banco haciendo un recado y el padre acababa de salir del trabajo y estaba al caer. Era un informe casi completo sobre el paradero de la familia. Janice me había dicho la dirección y Trinny me dio las indicaciones pertinentes con no poca simpatía.

Recogí el coche del aparcamiento público situado a varias manzanas. Por la rampa bajaba una uniforme columna de coches, usuarios y oficinistas que se iban a casa. Al subir por Campillo Hill

incluso el aire, contagiado por el crepúsculo, parecía grisáceo. Los semáforos parpadeaban como ristra de farolillos de papel colgados para una verbena.

Janice y Mace Kepler poseían una casita en los Bluffs, en una zona residencial que al parecer se había construido para los profesionales del comercio a principios de los años cincuenta. Muchas calles daban al Pacífico y en teoría todas las parcelas tenían que haber costado un ojo de la cara. La realidad era menos poética. La pintura de las fachadas estaba cayéndose, las superficies de aluminio se habían oxidado y las tejas de madera se habían deformado a causa de la humedad. El viento del océano impedía que el césped creciera como Dios manda. Y las manzanas no eran más que apretados grupos de viviendas unifamiliares construidas aprisa y corriendo en una época en que edificar era barato y los planos de las casas se anunciaban en las revistas y se compraban por correspondencia.

Los Kepler habían hecho al parecer cuanto estaba en su mano. La pintura amarilla que cubría el revestimiento de conglomerado tenía toda la pinta de haberse aplicado aquel mismo año, y estábamos en febrero. Las contraventanas eran blancas y para definir el patio se había levantado una cerca blanca de travesaño doble. En vez de césped había una densa enredadera que por lo visto crecía por todas partes, incluida la mitad inferior de los dos árboles del jardín.

En el camino del garaje había una furgoneta cerrada y de color azul, decorada con un gran dibujo que representaba un grifo. Una gigantesca gota de agua colgaba de la boca. En el lateral, con letras blancas, había un rótulo que decía: REPARACIONES MACE KEPLER - CAÑERÍAS - CALEFACCIÓN - VENTILACIÓN. Un pequeño emblema rectangular indicaba que Kepler era miembro de la Asociación Nacional de Instaladores de Cañerías y Sistemas de Ventilación y Calefacción. Su número de licencia figuraba al lado de la lista de emergencias que atendía las veinticuatro horas del día (escapes de agua, desagües, fugas de gas y calentadores de agua) y de las tarjetas de crédito que aceptaba. Los médicos no ofrecen en la actualidad servicios tan completos.

Me introduje en el sendero de grava y aparqué detrás de la furgoneta. Dejé el coche abierto e inspeccioné por encima el patio antes de subir los escalones de hormigón que conducían al porche. Alguien de la familia sentía pasión por los árboles frutales. En la parte trasera de la propiedad había todo un huerto de naranjos. Las ramas estaban peladas en aquella época, pero en verano se cubrirían de un espeso y frondoso follaje verde oscuro, y entre las hojas colgarían los frutos como adornos navideños.

Llamé al timbre. Había huellas de pies embarrados alrededor del felpudo. Al cabo de unos segundos me abrió Mace Kepler en persona. Deduje que había estado esperando mi llegada. Dada mi incorregible inclinación a fisgar, me felicité por no haberme puesto a curiosear en el buzón de la entrada.

Nos presentamos y retrocedió para dejarme pasar. Pese a calzar zapatillas de piel, medía un metro noventa largo, lo que quiere decir que me sacaba casi treinta centímetros. Llevaba camisa a cuadros y pantalón de faena. Tenía sesenta y tantos años, era robusto y de cara ancha y con calvicie incipiente. En la barbilla, surcada por un hoyuelo profundo, parecían haberle hundido un punto a martillazos, mientras que en el entrecejo ostentaba una preocupada raya vertical, semejante a un signo de admiración. Para las chapuzas domésticas seguramente contrataba a individuos más jóvenes y delgados, capaces de introducirse en el reducido espacio que mediaba entre el suelo y el piso de la planta baja.

—Janice está duchándose, pero no tardará en salir. ¿Le apetece una cerveza? Yo voy a tomar

una. Ha sido una jornada infernal y acabo de llegar a casa.

—No, muchas gracias —dije—. Espero no haber llegado en mal momento. —Aguardé en la puerta mientras se dirigía pesadamente hacia la cocina para coger la cerveza.

—No se preocupe. Me va bien —dijo—. Lo que pasa es que aún no he tenido tiempo de estirarme. Le presento a mi hija Trinny.

Trinny alzó los ojos con una sonrisa rápida y siguió vertiendo masa de color marrón cacao en un molde de aluminio de veinte centímetros por treinta. La batidora, de cuyas varillas chorreaba todavía una pasta marrón, yacía en el mármol de la cocina junto a una caja abierta de chocolate en polvo Duncan Hiñes. Trinny metió el molde en el horno y conectó la alarma de un reloj de cocina que tenía forma de limón. Ya había abierto una caja de cartón que contenía un preparado de chocolate para escarchar el pastel y habría apostado un buen puñado de dólares a que la muchacha ya había metido el dedo entre las hojuelas. Aunque mi tía no me había enseñado a cocinar, me había advertido repetidas veces acerca de la indignidad de los pasteles prefabricados, que la buena mujer catalogaba entre el café soluble y los frascos de ajo en polvo.

Trinny iba descalza y llevaba una camiseta blanca muy grande y unos tejanos de pernera recortada. A juzgar por el tamaño de su trasero, había tenido que preparar muchos pasteles caseros en los últimos años. Mace abrió el frigorífico y cogió una cerveza. Encontró el abridor en un cajón, destapó el botellín y tiró la chapa, sin detenerse, en una bolsa de basura de papel marrón.

Trinny y yo nos saludamos murmurando un «hola». Berlyn, la hija mayor, apareció, procedente del pasillo, vestida con unas mallas negras y una elegante camisa blanca de hombre, de tejido parecido al rayón. Mace repitió la fórmula de presentación y la recién llegada y yo cambiamos inconsecuentes frases de cortesía, del estilo «hola, qué tal». Berlyn trataba de subirse las mangas de la camisa mientras se adentraba en el espacio libre de la cocina, se detuvo junto a Trinny y le tendió el brazo en solicitud de ayuda. Trinny se limpió las manos y se puso a enrollar la manga de Berlyn.

A primera vista se parecían tanto que era fácil tomarlas por gemelas. Habían salido al padre y las dos eran corpulentas y pechugonas, con piernas y muslos macizos. Berlyn era rubia teñida, con unos grandes ojos azules rodeados de pestañas negras. Tenía la piel blanca y una boca carnosa y sensual cubierta de brillante pintura rosa. Trinny había preferido quedarse con su color natural de pelo, castaño oscuro, sin duda el mismo matiz con que Berlyn había venido al mundo. Las dos tenían brillantes ojos azules y cejas negras. Los rasgos de Berlyn eran más duros que los de su hermana, aunque quizá fuese un efecto producido por el tinte que se había puesto en el pelo. Sin la delicada belleza de Lorna como punto de referencia familiar, se habría dicho que las dos eran guapas pero en el sentido más vulgar del término. Incluso sabiendo lo que sabía sobre la promiscuidad de la joven fallecida, esta había poseído una clase que faltaba a sus hermanas.

Berlyn fue al frigorífico y sacó una Pepsi *light*. Abrió la lata de un tirón, se dirigió a la puerta trasera y salió a una terraza de madera que abarcaba toda la fachada posterior de la casa. Ví por la ventana que se acomodaba en una tumbona de tiras de plástico entrecruzadas. En mi opinión, hacía demasiado frío para tomar el aire. Su mirada se cruzó con la mía y apartó los ojos.

Mace, cerveza en mano, se dirigió al estudio, indicándome que lo siguiera. Cuando cerré la puerta a nuestras espaldas, percibí el aroma químico del pastel de chocolate en el horno.

El estudio se había construido incorporando a la casa la mitad de un garaje de dos plazas. Se había cubierto el suelo original de hormigón encajando planchas de vinilo que imitaban la textura del roble. A pesar de que había alfombra, la habitación olía a aceite de motor y a accesorios automovilísticos oxidados. Había sido amueblado con un sofá cama, una mesita de café, cuatro sillones, un taburete bajo acolchado y un carrito con ruedas para el televisor. En un rincón había un archivador y un escritorio totalmente lleno de papeles. Todos los muebles parecían adquiridos en una tómbola benéfica: fundas de tejido desparejado, tapicería raída, desechos ajenos a los que se daba otra oportunidad en la vida.

Mace se apoltronó en un viejo sillón articulado de color marrón y accionó el mecanismo que levantaba la sección de los pies. Tenía la dentadura moteada de caries. La carne de la mandíbula inferior se le había aflojado con los años y había formado sendos paréntesis a ambos lados de la boca. Agarró el mando a distancia de la tele, apretó el botón del sonido y fue cambiando de canal hasta que encontró uno en que transmitían un partido de baloncesto. Los muchachos iban y venían en silencio por la cancha, saltaban, caían y se daban empujones. Si se hubiera devuelto el sonido al aparato, seguro que habría oído los agudos chirridos del calzado de goma sobre el suelo de madera. La pelota se metía en la canasta como si esta estuviese imantada, sin tocar el aro metálico la mitad de las veces.

Me instalé en el taburete acolchado sin que me invitaran y de forma que el hombre me tuviese delante de los ojos.

—Supongo que Janice le habrá contado nuestra conversación de anoche. —Estaba preparada para emitir ruidos apaciguadores acerca de la intervención de Lorna en la película porno. Mace permaneció callado. Se emitió un anuncio de comida rápida y una hamburguesa a todo color, de treinta centímetros por cincuenta, llenó la pantalla. Las semillas de sésamo parecían granos de arroz y de los bordes del panecillo colgaba tentadoramente una loncha de queso de color naranja claro. Vi que Mace tenía los ojos fijos en la imagen. Siempre he sabido que no soy tan atractiva como un buen ladrillo de carne picada, pero era deprimente ver que no me prestaba la menor atención. Moví la cabeza hacia la izquierda para entrar en su campo visual.

—Me ha dicho que quiere contratarla para que investigue la muerte de Lorna —dijo como si alguien situado a mis espaldas le hubiese hecho una señal.

—¿Y qué piensa usted?

Se puso a tamborilear con los dedos en el brazo del sillón.

—Es cosa de Janice —dijo—. No quiero parecer grosero, pero mi mujer y yo no opinamos lo

mismo sobre el tema. Ella cree que mataron a Lorna, yo no estoy tan seguro. Puede que fuese un escape de gas. O que se intoxicara con el monóxido de carbono de una estufa de leña. —Tenía la voz fuerte y las manos grandes.

—¿Había estufa de leña en la cabaña de Lorna? Tenía la impresión de que se trataba de una vivienda más bien inhóspita.

Le cruzó la cara una mueca de impaciencia.

—Lo mismo replica Janice. Lo toma todo en sentido literal. Lo he dicho a modo de ejemplo. Todo lo que había en la cabaña o estaba estropeado o era viejo. Basta con que haya un calentador defectuoso para que exista la posibilidad de peligro. Y ahí es adonde quiero ir. Para mí es lo más lógico del mundo. Me gana la vida con esas cosas, caramba.

—Tengo entendido que la policía investigó la posibilidad de que hubiese habido un escape.

Desestimó la observación encogiendo un hombro carnosos y esbozando una mueca.

—Me hice daño en la espalda mientras sacaba una cañería empotrada —dijo—. No sé lo que hizo la policía. La cuestión es que, en mi opinión, habría que olvidarse de una vez de este asunto. Especular si fue o no asesinato es otra forma de seguir hablando al respecto. Yo quería a mi hija. Era casi tan perfecta como se puede ser. Una criatura dulce y hermosa, pero está muerta y nada podrá cambiar la situación. Aún nos quedan dos hijas y tenemos que dedicarnos a ellas. Contratar abogados y detectives es añadir gastos inútiles a la tristeza.

Tenía enhiestas mis orejas interiores. ¿No había enfados, ni una sola protesta, ni una alusión a frustraciones y meteduras de pata? La licenciosa conducta de Lorna no la convertía para mí en una criatura «casi perfecta», sino más bien en un pendón. Ser extravagante no era reprochable de por sí, pero «dulce» no era precisamente la primera palabra que me venía a la cabeza a la hora de calificarla.

—Puede que necesiten seguir hablando del asunto —dijo—. Ya dije a su mujer que usted tenía que estar de acuerdo.

—Bueno, pues no estamos de acuerdo. En mi opinión, mi mujer tiene la cabeza como una olla de grillos, pero si eso es lo que quiere, no tengo inconveniente en acceder. Afrontaremos juntos lo que haga falta. Si ella se siente mejor así, no interferiré, pero eso no significa que esté de acuerdo con ella.

Madre mía. Habría que verle la cara cuando le enseñara la minuta. No me gustaría que la discusión me cogiera en medio.

—¿Qué me dice de Trinny y Berlyn? ¿Lo ha hablado con ellas?

—No es asunto de ellas. Aquí sólo tomamos decisiones Janice y yo. Las niñas viven en la casa, pero somos nosotros quienes pagamos los recibos.

—Perdone, pero lo que le pregunto es cómo han afrontado la muerte de Lorna.

—Ah. Mire, no solemos a hablar mucho del tema. Tendrá que preguntárselo a ellas directamente. Mi intención es que nos olvidemos de lo que pasó, no que nos tenga en vilo continuamente.

—Hay personas que se desahogan hablando. Es una forma de reciclar lo que se ha vivido.

—No quisiera parecer un hombre sin sentimientos, pero opino todo lo contrario. Creo que hay que olvidar cuanto antes y seguir viviendo.

—¿Le importa que hable con ellas?

—En mi opinión, eso es asunto de ellas y de usted. Son personas adultas. Si ellas están de

acuerdo, puede usted hablar cuanto quiera.

—Puede que lo haga antes de irme. No es necesario que hablemos hoy, aunque preferiría cambiar impresiones con ellas en breve. Siempre cabe la posibilidad de que Lorna les confiara algo significativo.

—Lo dudo, pero puede usted preguntarles.

—¿Qué horario de trabajo tienen?

—Berl atiende el teléfono de casa de ocho a cinco. Tengo un teléfono móvil y me avisa cuando hay alguna urgencia. Me lleva los libros, paga las facturas y trata directamente con los bancos. Trinny está buscando empleo. Se le acabó el contrato el mes pasado y es por tanto la que tiene más tiempo libre.

—¿A qué se dedica?

Los anuncios habían terminado y volvió a fijarse en la pantalla. Dos antiguos deportistas vestidos con traje y corbata comentaban el partido. No repetí la pregunta, pensando que podía formularsela personalmente a la interesada.

Llamaron a la puerta del estudio y Janice asomó la cabeza.

—Ah, hola. Trinny me ha dicho que estaba usted aquí. Espero no interrumpir. —Entró en la habitación, cerró a sus espaldas e impregnó el ambiente de un olor a gel de baño, desodorante y pelo húmedo. Llevaba una camisa a cuadros rojos y blancos y un ceñido pantalón rojo de poliéster —. Suelo ponerme una especie de uniforme para ir al trabajo —dijo, al advertir mi mirada. Poliéster o no, iba más elegante que yo—. ¿Le han ofrecido ya algo de beber? —Me sorprendió no verla sacar el cuaderno y el bolígrafo.

—Gracias, pero no es necesario. Ya me lo preguntó Mace al llegar. —Metí la mano en el bolso y saqué el contrato, que puse sobre la mesita del café—. He traído esto. Espero no haberle interrumpido los preparativos de la cena.

Sacudió la mano.

—No se preocupe. Ya se encarga Trinny. Desde que se quedó sin trabajo, es como si me hubieran puesto criada. No cenamos hasta las ocho, aunque ya falta poco, dicho sea de paso. ¿Qué tal le fue? Espero que haya dormido a gusto. Parece usted cansada.

—Lo estoy, pero ya me recuperaré esta noche. No sé cómo aguanta usted el turno de noche. A mí me mataría.

—Ya estoy acostumbrada. En realidad lo prefiero. De noche los clientes son completamente distintos. Por cierto, sigue en pie lo de invitarla a un café; lo digo por si pasa por allí cuando estoy de servicio. —Cogió el contrato, que era un sencillo documento de una sola página donde se detallaban las condiciones del acuerdo—. Lo leeré antes de firmar. ¿Cómo se paga esto? ¿Por horas o hay un precio global?

—Cincuenta dólares la hora más gastos —dije—. Todas las semanas remitiré un informe escrito. Nos comunicaremos por teléfono siempre que lo estimen conveniente. El acuerdo permite que mis servicios y los gastos lleguen en total a cinco mil dólares. Si se rebasa esa cantidad, lo negociaremos en el momento oportuno. Entonces serán ustedes libres de prorrogar el contrato o darlo por finalizado.

—Seguramente querrá un anticipo. ¿No es así como se hace?

—En términos generales —dije. Discutimos los pormenores durante unos minutos, mientras Mace veía el partido.

—A mí me parece que está bien. ¿Qué dices tú, cariño? —Alargó el contrato al marido, pero este no le hizo el menor caso. Janice se volvió a mí—. Vuelvo enseguida. Tengo el talonario en la otra habitación. ¿Le parece bien mil dólares?

—Me parece estupendo —dije. Salió del estudio y me volví a Mace—. Me ahorrarían tiempo si me dijeran el nombre y la dirección de las amistades de Lorna.

—No tenía amistades. Tampoco enemistades, que nosotros sepamos.

—¿Y el propietario de la cabaña? Me gustaría saber su dirección.

—Mission Run Road, veintiséis. Se llama J. D. Burke. Lorna vivía en la parte trasera de su finca. La llevará gratis si se lo pide con amabilidad.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que quisieran matarla?

—Ya le he dicho lo que pienso —dijo.

Janice llegó en aquel momento y oyó lo que decíamos.

—No le haga caso —dijo—. Es un cascarrabias. —Y dio al marido una palmada en la cabeza—. A ver si sabes comportarte.

Tomó asiento en el sofá cama con el talonario en la mano. A juzgar por el vistazo que di a la matriz del talonario, parecía haber transcurrido un año desde la última resta. Por lo visto, a Janice le gustaba suprimir los decimales en beneficio del dólar más a mano, procedimiento por el que todas las cantidades terminaban en cero centavos. Rellenó el cheque, lo arrancó y me lo alargó tras anotar el número de serie y la cantidad. A continuación, estampó su firma al pie del contrato y se lo pasó al marido. Mace cogió el bolígrafo y firmó sin leer las condiciones. Su sola actitud evidenciaba, no indiferencia, pero sí algo que se le parecía mucho. Llevo en este trabajo tiempo de sobra para intuir cuándo hay problemas, y me dije que tendría que sonsacar el dinero a Janice sobre la marcha. Si esperaba a presentar la minuta, por poco cuantiosa que fuera, Mace podía muy bien ponerse los calzoncillos por corbata y decir que él no pagaba.

Consulté el reloj.

—Tengo que irme —dije—. He quedado en la otra punta de la ciudad dentro de quince minutos. —Era mentira, claro, pero aquella gente empezaba a darme dolor de estómago—. ¿Me acompaña a la puerta?

Janice se levantó al mismo tiempo que yo.

—Con mucho gusto —dijo.

—Ha sido un placer —murmuré a Mace al dirigirme a la puerta.

—Sí, para mí también.

No vi a Berlyn ni a Trinny al cruzar la sala de estar. En cuanto salimos al porche, dije:

—¿Qué pasa aquí, Janice? ¿Le ha contado lo de la cinta? No se comporta como si lo supiera y usted me juró que se lo diría.

—Bueno, sí, pero aún no he tenido ocasión. Cuando regresé esta mañana, ya se había ido a trabajar. No he vuelto a verle hasta este momento. Y no quería decir nada delante de Berlyn y Trinny...

—¿Por qué no? Tienen derecho a saber en qué estaba metida su hermana. Suponga que tienen información útil. Puede que oculten algo para no perjudicarles a ustedes.

—Ah. Pues no se me había ocurrido. ¿Lo cree usted de verdad?

—Siempre es posible.

—Supongo que podría decírselo, pero no me gusta la idea de empañar su recuerdo cuando es

lo único que nos queda.

—Puede que en el curso de la investigación averigüe cosas peores.

—Dios mío, ojalá no. ¿Por qué lo dice?

—Señora, aclaremos una cosa. Mi trabajo no será eficaz si sigue usted jugando.

—Yo no estoy jugando —dijo con algo de indignación.

—Desde luego que sí. Por ejemplo, podría dejar de hacerse la inocente en lo que se refiere a Lorna. El policía con el que he hablado dice que usted sabía a qué se dedicaba su hija porque se lo contó personalmente.

—¿No es verdad!

—Oiga, no voy a caer en la trampa de «fue así, no fue así». Me limito a decirle lo que él me contó.

—Bueno, pues es un embustero y ya puede ir a contarle que se lo he dicho yo.

—Tramitaré su queja. La cuestión es que usted me prometió contarle a Mace lo del vídeo. Ha sido una suerte que no abriera yo esta boca y metiera la pata hasta la ingle. A punto he estado de sacarlo a relucir.

—Pues no habría pasado nada —dijo con cautela, confundiendo al parecer mi afirmación con una amenaza.

—A usted no le habría pasado nada. Como parece que no le caigo bien, qué importancia tiene, ¿verdad? Pero imagínese su reacción. No, gracias. Es asunto suyo, señora, y será mejor que se dé prisa.

—Se lo diré durante la cena.

—Cuanto antes mejor. No me ponga en la incómoda situación de saber más que él. Pensará que se le toma por subnormal.

—Le he dicho que me ocuparé del asunto —dijo. Se había vuelto distante, pero me traía sin cuidado.

Y con aquella ligera tensión nos despedimos. Pasé por el banco mientras cruzaba la ciudad e ingresé el cheque. No estaba segura de que no fueran a devolvérmelo y si hubiera tenido dos dedos de frente, me habría quedado cruzada de brazos hasta que el banco me notificase el ingreso. Mi intención era volver a casa. El ocaso de febrero había acumulado las sombras bajo los árboles. Pensé con añoranza en una cena temprana y en un sueño reparador que durase toda la noche. Pero como soy así de eficaz, di un rodeo hasta Mission Run Road para ver al antiguo casero de Lorna. Si estaba en casa, charlaríamos un rato. Si estaba fuera, le dejaría una tarjeta de visita con una nota en que le rogaría que me llamase por teléfono.

La casa era un edificio Victoriano de dos plantas: madera blanca con contraventanas verdes y porche corrido. Al igual que muchas casas parecidas de Santa Teresa, sin duda había sido la residencia principal de algún latifundista, ya que se alzaba en una zona actualmente céntrica pero que antaño había estado en los alrededores de la población. Imaginé la parcelación de huertos y campos, el paulatino engrandecimiento de ciertas fincas mientras un propietario tras otro ingresaba dinero en el banco. Lo que quedaba en la actualidad era sin duda menos de tres hectáreas pobladas de árboles añejos y de cobertizos reciclados para otros usos.

Oí voces al adentrarme en el camino de acceso, una masculina, otra femenina, las dos encolerizadas, aunque el tema de discusión no llegaba a mis oídos. Sonó un portazo. El hombre gritó no sé qué, pero ya sin objeto. Subí los peldaños de madera cubiertos de una pintura gris que

se descamaba. La puerta de la calle estaba abierta, pero no el cancel de tela metálica. Llamé al timbre. Vi linóleo en el vestíbulo y a la derecha escaleras que subían al primer piso. Un sector del vestíbulo estaba separado del resto mediante dos biombos de acordeón, uno junto a la escalera y el otro delante de la puerta que daba a la cocina. Burke tenía un cachorro o un niño, no habría sabido decirlo. Había luz hacia el fondo de la casa. Volví a pulsar el timbre. Un hombre respondió desde la cocina y apareció con un paño colgado del cinturón. Encendió la luz del porche y se quedó mirándome.

—¿Es usted J. D. Burke? —pregunté.

—El mismo. —Sonreía con indecisión. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta y tenía la cara magra y la dentadura en perfecto estado, aunque con una ligera melladura en un incisivo, así como profundas arrugas a ambos lados de la boca y patas de gallo en los ojos.

—Soy Kinsey Millhone, investigadora privada. La madre de Lorna Kepler me ha contratado para que investigue la muerte de la joven. ¿Me concedería usted unos minutos?

Miró a sus espaldas y se encogió de hombros.

—Desde luego, mientras no le importe verme cocinar. —Descorrió el pestillo del cancel y lo abrió para dejarme pasar—. La cocina está aquí mismo. Procure no tropezar —añadió. Sorteó una serie de bloques de plástico mientras avanzaba por el vestíbulo—. Mi mujer dice que los parques producen claustrofobia a los niños y prefiere que Jack juegue aquí, donde podamos vigilar lo que hace. —Advertí que Jack había embadurnado con crema de cacahuete todos los balaustres de la escalera que había tenido al alcance.

Seguí a J. D. por un pasillo frío como el hielo que la caoba y el ennegrecido papel de la pared contribuían a oscurecer. Me pregunté si los expertos en arte habrían sabido sacar brillo a los barnices rascando el hollín y restaurando la prístina claridad de los colores como suele hacerse con los cuadros antiguos. Por otra parte, ¿cuánto color podían recuperar las rosas pardas?

La cocina era fruto del deprimente intento de «modernizar» lo que sin duda había sido al principio un porche donde se hacía la colada. Los mármoles se habían cubierto con linóleo y bordeado con una llanta metálica que había atesorado ya un ribete de porquería gris. A los armarios de madera se les había dado una gruesa mano de pintura verde cieno. La cocina y el frigorífico parecían nuevos, incongruencias blancas que se comían el espacio. Había una mesa de roble y dos sillas en un recodo, un mirador con bancos empotrados que daba a un patio sumido en confusión. En la cocina por lo menos hacía más calor que en el pasillo por el que habíamos llegado.

—Siéntese.

—Es igual, gracias. No voy a quedarme mucho rato —dije. Sinceramente, me daba grima confiar las posaderas a unos asientos cubiertos de pegajosas huellas dactilares. Un humano de baja estatura, probablemente Jack, había recorrido el lugar dejando tras de sí un zócalo de mermelada de uva que llegaba hasta la puerta trasera, que daba a un pequeño porche acristalado.

J. D. se inclinó sobre la encimera y avivó el fuego que ardía bajo una sartén de mango largo, mientras me apoyaba en la jamba de la puerta. Tenía el pelo castaño claro, raleante en la parte superior y un poco apelmazado tras las orejas. Llevaba camisa azul de faena, tejanos descoloridos y botas cubiertas de polvo. En el mármol adyacente, al lado de un montoncito de ajos y cebollas troceados, había un envoltorio de papel blanco con los garabatos que suelen hacer los carniceros con lápices bicolors. Echó aceite de oliva en la sartén. Me gusta ver cocinar a los hombres.

—¡J. D.! —exclamó una mujer en la parte delantera de la casa.

—¿Sí?

—¿Quién hay en la puerta?

Miró al pasillo que se extendía a mis espaldas y me volví al oír acercarse a la mujer.

—La señora es una detective que investiga la muerte de Lorna. Leda, mi mujer. Lo siento, pero he olvidado su nombre. —Cuando el aceite estuvo caliente, recogió los ajos y cebollas desmenuzados y los echó en la sartén.

—Kinsey Millhone —dije, dirigiéndome a la mujer—. Mucho gusto.

Nos dimos la mano. Leda era una criatura exótica e infantil que apenas le llegaba a la cintura al marido y que seguramente tenía la mitad de años que él. No aparentaba más de veintidós o veintitrés abriles con aquella carita de diablillo frágil que tenía. Los dedos que me había ofrecido estaban fríos y su apretón había sido pasivo.

—Bueno, puede que conozca usted al padre de Leda —dijo Burke—. También es investigador privado.

—¿En serio? ¿Cómo se llama?

—Kurt Selkirk. Está ya medio jubilado, pero estuvo en activo durante muchos años. Leda es su hija menor. Tiene otras cinco calcadas a ella, toda una colección de mujeres.

—Claro que conozco a Kurt —dije—. Cuando lo vean, salúdenlo de mi parte. —Kurt Selkirk se había ganado la vida durante muchos años vigilando a la gente por medios electrónicos y tenía fama de cabrón. Desde el Decreto 90/351 de junio de 1968, «quien a sabiendas utilizare, incitare a utilizar o facilitare a otra persona el uso o los medios para utilizar cualquier aparato electrónico, mecánico o de otras características para interceptar comunicaciones verbales de cualquier clase» podía ser castigado con una multa de hasta 10.000 dólares o con cinco años de prisión como máximo. Yo sabía perfectamente que Selkirk se había arriesgado de manera habitual a sufrir ambas condenas. Muchísimos detectives que tenían su edad se habían embolsado de jóvenes un buen fajo de dólares pinchando teléfonos de esposas infieles. La despenalizadora legislación sobre el divorcio había transformado bastante el panorama en los últimos tiempos. En su caso, la decisión de retirarse se debía sin duda a demandas judiciales y a las amenazas de la administración. Me alegraba que hubiera abandonado el oficio, aunque no lo dije, como es lógico —. ¿En qué trabaja usted? —pregunté a J. D.

—Soy electricista.

Leda, con una ligera sonrisa en los labios, pasó junto a mí envuelta en una nube de perfume almizcleño. Los bueyes de los alrededores se habrían puesto calientes. Se había maquillado a conciencia: sombra negra de ojos, rímel negro y cejas depiladas hasta formar dos arcos de trazo fino. Tenía la piel muy blanca y huesos delicados como los de un pájaro. Vestía una blusa larga, blanca y sin mangas, con un escote que permitía verle los huesos del pecho, y pantalones blancos a la turca, de una gasa que le transparentaba las delgadas piernas. No podía creer que no tiritase de frío. Las sandalias eran de las que me sacan de quicio, con finas tiras de cuero entre los dedos.

Se dirigió al porche acristalado, donde concentró la atención en un niño pequeño y con el vientre fajado, que levantó de un carrito de mimbre. Llevó a la criatura a la mesa de la cocina y tomó asiento en el banco de madera. Se desnudó el magro pecho izquierdo, cuyo pezón empotró en la boca de la criatura como si esta fuese un aparato de ordeñar. Yo no había detectado ningún sonido en la criatura, aunque era posible que hubiese emitido señales audibles sólo para la madre.

El pequeño Jack estaba seguramente en otro sitio, pintando manualmente con el contenido del pañal.

—Tenía intención de ver la cabaña de Lorna, pero no sabía si la habían vuelto a alquilar. — Advertí que Leda me observaba con atención mientras me dirigía a su marido.

—La cabaña está vacía. Puede ir por la parte de atrás, si quiere. No ha habido manera de alquilarla desde que se encontró el cadáver. Los rumores corren y nadie quiere poner los pies allí, sobre todo por el estado en que se encontraba la chica. —Burke arrugó la nariz con asco exagerado.

—¡J. D.! —exclamó Leda avergonzada, como si el marido hubiese hecho un ruido feo con el culo.

—Es la verdad —dijo el hombre. Abrió el envoltorio de la carnicería y cogió un montón de carne picada de vacuno, que echó en la sartén, encima del sofrito. Se puso a partir la masa de carne con la paleta. Podían identificarse aún los prietos y grasientos cordones en que se había convertido la carne al salir por los agujeros de la picadora. Parecían gusanos. El caliente metal de la sartén oscurecía ya la base rojo pálido del montón de carne. En aquel punto y hora renegué de la carne. Lo juro por Dios.

—¿Y no puede modificar el lugar?

—En este momento no tengo el dinero y seguramente serviría de poco. No es más que una chabola.

—¿Cuánto pagaba Lorna?

—Trescientos al mes. Parece mucho, pero hay que tener en cuenta los alquileres que se pagan en la zona. En realidad es un estudio de un solo dormitorio, con una estufa de leña que acabé por llevarme. La gente se entera de que hay una casa vacía y te roban hasta las bombillas.

Como suele ocurrir con el típico propietario de inmuebles: la «chabola» se había elevado a la categoría de «estudio de un solo dormitorio».

—¿Vivió allí alguien antes que ella?

—No. Mis padres eran los dueños de toda la finca y cuando murió mi madre la heredé junto con unos pisos de la otra punta de la ciudad. Conocí a Lorna por mediación de terceros en la depuradora donde trabajaba. Hablamos una tarde y me dijo que buscaba un sitio discreto. Había oído hablar de la cabaña y quería verla. Se enamoró de ella. Le dije: «Está hecha un asco, pero si quieres repararla, por mí no hay inconvenientes». Se mudó dos semanas después sin haber hecho apenas cambios.

—¿Organizaba fiestas?

—Que yo sepa, no.

—¿Y amigos? ¿Iba mucha gente a la casa?

—No sabría decirle. Está situada al fondo de todo. De la travesía parte una especie de camino privado de tierra. Si quiere usted verla, tendrá que dar la vuelta y entrar por allí. Antes era el sendero que dividía las dos zonas, pero ya no lo utilizamos y se ha cubierto de hierba. Yo casi nunca me enteraba de si tenía compañía o no porque el follaje es muy espeso. En invierno veía luces a veces, pero no prestaba atención.

—¿Sabía usted que hacía la calle?

Burke me miró sin comprender.

—Prostitución —dijo Leda.

J. D. la miró y me miró.

—Lo que hiciese era asunto suyo. Jamás se me ocurrió entrometerme. —Si la revelación le había sorprendido, no se le notaba en la cara. La boca se le curvó en una mueca de escepticismo mientras seguía removiendo la carne—. ¿Quién se lo contó?

—Un inspector de la brigada anticorrupción. Por lo visto hay muchas putas que recorren hoteles de lujo frecuentados por hombres con dinero. Al principio ponía anuncios en la prensa, pero acabó independizándose.

—Si usted lo dice...

—Por lo que acaba usted de contarme, no traía aquí a los clientes.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si se quiere impresionar a una persona, no se la lleva a una choza perdida en el bosque. Es mejor el hotel. De esa forma corre con los gastos de las bebidas y lo demás.

—Parece lógico —dije—. Sospecho que quería mantener intacta su vida privada, por eso es probable que no quisiera mezclar sus dos facetas. Hábleme del día que la descubrió.

—No fui yo. Fue otra persona —dijo—. Yo había estado fuera de la ciudad, había ido a pasar dos semanas en Lago Nacimiento. No recuerdo la fecha exacta. Llegué a casa y mientras repasaba los recibos y facturas que habían llegado durante mi ausencia, me di cuenta de que faltaba el cheque del alquiler de la cabaña. Llamé no sé cuántas veces, pero nadie cogía el teléfono. Dos días más tarde se presentó una mujer. Había tratado en vano de comunicarse con Lorna y al final se había dirigido a la cabaña para dejarle una nota. Nada más llegar percibió el hedor. Vino a nuestra casa para decirnos que avisáramos a la policía. Estaba convencida de que allí había un cadáver, pero pensaba que debía investigar yo primero.

—¿No habían notado nada antes?

—Había notado que algo olía mal, pero no me preocupó. Recuerdo que se quejó el que vive al otro lado de la calle, pero no creíamos que se tratase de nada humano. Alguna rata, tal vez un perro o un ciervo. Hay mucha fauna salvaje por aquí.

—¿Vio usted el cadáver?

—No. Yo no. No pasé del porche. Ni siquiera llamé. Mire, sabía que algo iba mal y no quería ser el que lo descubriera. Llamé al 911 y enviaron un coche patrulla. Incluso el agente lo pasó fatal. Tenía que ir con un pañuelo pegado a la boca. —Se dirigió a la despensa y cogió dos latas de tomate picado. Sacó el abrelatas de un cajón y se puso a abrir el primer envase.

—¿Cree usted que la mataron?

—Era demasiado joven para morir sin ayuda —dijo. Vació la primera lata en la sartén y abrió la otra. El olor especiado y dulzón del tomate se expandió por la cocina y me puse a pensar que la carne no era tan mala en el fondo. Lo que cocinan otros suele despertarme un hambre canina. Debía de ser un sustituto de la madre ausente.

—¿Alguna teoría?

—Ninguna.

Me volví a Leda.

—¿Y usted?

—La conocía muy poco. Instalamos un huerto en ese rincón de la finca y cuando iba a coger judías o guisantes la veía a veces.

—¿No tenían amigos comunes?

—La verdad es que no. J. D. conocía al jefe de Lorna en la depuradora. Por eso se enteró ella de que teníamos una cabaña en alquiler. No nos tratábamos al margen de esta circunstancia. A J. D. no le gusta intimar con los inquilinos.

—Desde luego. Antes de que te des cuenta, en vez del cheque del alquiler te dan excusas —dijo Burke.

—¿Y Lorna? ¿Pagaba puntualmente?

—No tuve quejas en ese sentido. Salvo al final —dijo—. De lo contrario, habría intervenido inmediatamente. Creo que si no hubiera pasado nada, me habría pagado.

—¿Conoció a algún amigo de la chica?

—Que yo recuerde, no. —Se volvió hacia Leda, quien negó con la cabeza.

—¿Alguna otra cosa que consideren de interés?

Los dos murmuraron adverbios de negación. Saqué una tarjeta de visita y apunté el teléfono de mi casa en el dorso.

—Avísenme si se les ocurre algo. Pueden llamar a cualquiera de los dos teléfonos. Tengo contestador en ambos. Voy a echar un vistazo a la cabaña. Si me asalta alguna pregunta, volveré.

—Cuidado con los bichos —dijo Burke—. Los hay como el puño de gordos.

Metí el VW en el estrecho camino de tierra que cortaba la finca por la parte trasera. Había sido asfaltado antaño, pero la superficie se había resquebrajado y desmenuzado, y la hierba crecía en las grietas. Los faros del coche barrían la doble hilera de robles virginianos que delimitaban aquel camino carril. Las ramas, cruzadas en lo alto, formaban un túnel de oscuridad. Los arbustos cuidados antaño habían generado una selva virgen que dificultaba el avance. Es verdad que mi vehículo había conocido días mejores, pero me dolía que las ramas arañasen la pintura azul. Los amortiguadores recibían el impacto de los baches como si estuvieran probándolos en la fábrica.

Llegué a un claro donde se alzaba una triste cabaña en medio de las sombras. Aparqué tras girar el coche ciento treinta grados con objeto de evitar las retiradas forzosas. Apagué los faros. La ilusión de intimidad fue inmediata y profunda. Oía a los grillos cantar en la maleza. El resto era silencio. Costaba creer que hubiese otras casas muy cerca de allí, rodeadas de calles urbanas. La luz de las farolas callejeras no llegaba hasta la cabaña y el ruido del tráfico se reducía al rumor de fondo de un lejano oleaje. Parecía encontrarme en medio de la selva y eso que la oficina que tenía en el casco urbano no debía de estar a más de diez minutos en coche.

Al mirar hacia la casa de los Burke, sólo vi una tupida red de árboles jóvenes, robles añejos y arbustos de hoja perenne. A pesar de la desnudez de los árboles de hoja caduca, apenas se veían las luces en la distancia. Abrí la guantera y saqué la linterna. Moví el botón y comprobé que las pilas eran recientes. Escondí el bolso en el asiento trasero y cerré con llave al bajar. A unos cincuenta metros, entre la casa de los Burke y el punto en que me encontraba, entreví los rodrigones piramidales del abandonado huerto de leguminosas. El aire olía a musgo y eucaliptos.

Ascendí los peldaños del porche de madera que abarcaba la fachada de la cabaña. La puerta había sido arrancada de los goznes y estaba ahora apoyada en la pared, a un lado del hueco. Encendí la luz y respiré con alivio al comprobar que no habían cortado la electricidad. Sólo había una lámpara y consistía en una bombilla de cuarenta vatios que bañaba la estancia en una tenue claridad amarillenta. El lugar apenas se había aislado contra la humedad y hacía un frío de muerte. Aunque los vidrios de la ventana estaban intactos, en las rendijas se había aposentado un cordel de mugre. Los alféizares estaban cubiertos de insectos muertos. En una esquina de la ventana, una araña había atrapado una mosca en un saco de dormir blanco y sedoso. El aire olía a moho y a metal oxidado, y en las juntas de las cañerías se había formado un rico y espeso caldo de cultivo. Los técnicos de la policía habían serrado y arrancado un pedazo de madera del suelo y cubierto el agujero con un curvado trozo de chapa. Lo rodeé, guardándome de pisarlo. Oí golpes y rumores en el attillo. Supuse que las ardillas se habrían colado por el tejado y construido nidos

para las crías. Al enfocar con la linterna vi los resultados de diez meses de abandono: excrementos de roedor, hojarasca, conos amarillentos dejados por las termitas.

El espacio destinado a vivienda se había estructurado en L, con el pequeño lavabo en el ángulo interior. El lavabo y la cocina compartían una misma red de cañerías, y el «comedor» llegaba hasta la esquina, donde lindaba con la «sala de estar». Vi en el suelo la plancha metálica que había servido de base de la estufa de leña. Las paredes, pintadas de blanco, estaban moteadas de arañas a las que no quería perder de vista mientras inspeccionaba el lugar. A un lado de la entrada estaba la caja del timbre, del tamaño de un paquete de tabaco. Le habían arrancado la tapa y se habían llevado el mecanismo interior. También habían arrancado un cable forrado de plástico verde, que colgaba a un lado semejante a un tallo sin flor.

El dormitorio de Lorna había sido sin duda la zona pegada al brazo más corto de la L. Los armarios de la cocina estaban vacíos y sobre los estantes forrados de linóleo quedaba aún el polvillo típico que sueltan los cereales deshidratados. En un punto se había derramado un poco de miel o de concentrado de caramelo y podían verse los cercos que habían dejado las latas de comestibles. Inspeccioné el lavabo, que carecía de ventanas. La taza era vieja, el depósito alto y estrecho. La taza sobresalía como una nuez de Adán hecha de loza. El asiento, de madera parda, estaba agrietado y daba la impresión de que habría pellizcado esas partes que tanto cuidamos. La pila parecía un barreño y se apoyaba en dos patas metálicas. Giré el grifo del agua fría y salté hacia atrás con un grito cuando salió un chorro de líquido marrón. Las cañerías entonaron una cantilena gutural como sirenas de fondo que denunciaban el allanamiento de morada. La bañera tenía patas con ruedas. La hojarasca se había acumulado sobre las manchas espirales que rodeaban el desagüe y unos cisnes negros se deslizaban por la opaca cortina de plástico verde que colgaba de una metálica armazón elíptica.

A pesar de que no había muebles, se adivinaba el uso que se había dado al espacio principal. Las impresiones que había en el suelo de pino, al lado de la puerta, indicaban que había habido allí un sofá y dos sillas. Imaginé un pequeño juego de comedor al otro lado de la sala de estar, en el recodo que daba directamente a la cocina. A un lado del fregadero había una caja pequeña y un enchufe telefónico situado inmediatamente encima del zócalo de madera. Era probable que Lorna hubiese tenido un teléfono portátil o un prolongador para tener el aparato en la cocina durante el día y por la noche junto a la cama. Me di la vuelta e inspeccioné el resto del lugar. Las sombras se intensificaban a mi alrededor y las arañas comenzaban a bajar por las paredes, inquietas ante mi presencia. Salí de la cabaña sin perderlas de vista.

Cené sola en mi reservado favorito del restaurante de Rosie, que está a media manzana de mi casa. Como de costumbre, Rosie me había ordenado que hiciera el pedido de acuerdo con sus instrucciones. Es un fenómeno del que no puedo quejarme en serio. Al margen de las superhamburguesas con queso que dan en McDonald's, no tengo debilidades gastronómicas de relieve y me gusta que otra persona se preocupe de orientarme a la hora de leer una carta. Aquella noche me recomendó la sopa de alcaravea con tropezones y un plato de cerdo revuelto que no era sino otra receta húngara con carne saturada de crema agria y páprika. El local de Rosie no es tanto un restaurante cuanto un sencillo bar de barrio donde se sirven platos exóticos según el estado de ánimo de la propietaria. Siempre parece a punto de sufrir una redada de los funcionarios de

Sanidad, hasta tal punto coquetea con las normas de la salud pública. El aire huele a especias húngaras, a cerveza y a humo de tabaco. Las mesas del centro proceden de los juegos de comedor a base de cromo y formica que no consiguió colocar nadie en los años cuarenta. Pegados a las paredes están los reservados: bancos duros de respaldo tieso hechos con tablones de conglomerado y chapa, manchados de marrón oscuro para disimular los nudos y las astillas.

Aún no eran las siete y todavía no había llegado ninguno de los habituales entusiastas del deporte. Casi todas las noches, sobre todo en verano, el local se llena de ruidosos equipos de uniformados jugadores de bolos y béisbol-sala. En invierno no tienen más remedio que improvisar. Aquella misma semana un grupo de jueguistas había inventado un juego denominado Tira el Braguero, y un desdichado ejemplar de esta recomendable prenda colgaba ahora del hocico del polvoriento pez espada que estaba en la pared de detrás del mostrador. Rosie, que por lo demás es una déspota sin sentido del humor, parece que lo encontró divertido y lo dejó donde estaba. Parecía que su próxima boda había reducido en muchos puntos su coeficiente intelectual. En aquellos momentos estaba sentada en un taburete, junto a la barra, hojeando la prensa local y filmando un cigarrillo. Un pequeño televisor en color vomitaba imágenes en un extremo de la barra, aunque nadie prestaba atención a lo que decía. William, el prometido de Rosie y hermano mayor de Henry, se había ido a Michigan con este. La boda se iba a celebrar al cabo de un mes, aunque el día exacto no acababa de concretarse.

Sonó el teléfono, que estaba en el extremo más cercano de la barra. Rosie lo miró con fastidio y al principio pensé que no iba a cogerlo. Se lo tomó con mucha calma y dobló varias veces el periódico hasta que lo hizo a un lado. Descolgó al sexto timbrado y tras cambiar unas frases con la persona que llamaba, su mirada se posó en la mía. Alargó el auricular hacia mí y lo dejó en la barra de golpe, rompiéndole los tímpanos al que estaba en el otro extremo del hilo.

Aparté el plato y salí del reservado con mucho cuidado para no clavarme una astilla en las corvas. Uno de estos días alquilaré una pulidora mecánica y daré un buen repaso a todos los asientos de madera. Ya estoy harta de preocuparme por si me quedaba empalada en una estaca de chapa barata. Rosie se había ido a la otra punta del mostrador y bajó el volumen de la tele. Me acerqué a la barra y cogí el auricular.

—Diga.

—Hola, Kinsey. Soy Cheney Phillips. ¿Qué tal va todo?

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—He hablado con Jonah Robb y me ha dicho que sueles dejarte caer por el local de Rosie. Te he llamado a casa, pero como se ha puesto el contestador, supuse que estarías cenando.

—Elemental, querido Phillips —dije. No quise saber por qué se le había ocurrido hablar de mí con Jonah Robb, que, cuando lo conocí, hacía ya tres años, trabajaba en la sección de Personas Desaparecidas del cuerpo de policía de Santa Teresa. Había estado liada con él durante uno de los habituales abandonos de domicilio de su mujer. Jonah y Camilla habían estado juntos desde el colegio. Camilla lo dejaba de tarde en tarde, pero él siempre la recibía con los brazos abiertos. Era un amor al estilo de los institutos de segunda enseñanza, y resultaba aburrido para cuantos estábamos en la periferia. Yo no había sabido de qué iba el juego ni comprendía el papel que se me había asignado. En cuanto capté el mensaje, opté por abandonar el triángulo vicioso, aunque me dejó una herida abierta. Quienes vivimos solos cometemos a veces estos errores. Pese a todo, que el nombre de una vaya de aquí para allá resulta desconcertante. No me gustaba la idea de ser

tema de conversación en los vestuarios de la policía local.

—¿Has averiguado algo? —dije.

—Poca cosa. Más tarde iré a la parte sur de State Street para ver a un tipo que tiene cierta información que me interesa. Pensé que quizá te gustaría dar un paseo. Una vieja amiga de Lorna suele alquilar la entrepiera en aquel barrio. Si la vemos, puedo presentártela..., si tienes ganas, claro.

El corazón me dio un vuelco cuando se desvanecieron las fantasías de irme pronto a dormir.

—Parece interesante. Te agradezco la oportunidad. ¿Cómo lo hacemos? ¿Me reúno contigo allí?

—Si lo prefieres, de acuerdo, pero tal vez sea mejor que pase a recogerte de camino. Voy a peinar una zona muy amplia y es difícil saber dónde estaré.

—¿Sabes dónde vivo?

—Claro —dijo, y me canturreó la dirección—. Estaré en tu casa a eso de las once.

—¿Tan tarde? —gemí.

—La acción no comienza hasta después de medianoche. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno.

—Hasta luego entonces —dijo, y colgó.

Miré el reloj y comprobé con desesperación que aún faltaban cuatro horas para la cita. Lo único que quería era meterme entre las sábanas, pero no al precio de tener que levantarme poco después. Cuando estoy grogui, me gusta dormir como una marmota. Las cabezadas me dejan como con resaca, pero sin la libertad de repararla con un copazo ocasional. Si iba a estar por ahí con Cheney Phillips hasta las tantas, era preferible quedarme en vela. Y me dije que bien podía hacer alguna cosa mientras tanto. Me tomé dos tazas de café, aboné la cena a Rosie, cogí la cazadora y el bolso y salí a la noche.

El sol se había puesto a las seis menos cuarto y era probable que la luna no saliese hasta las dos. A aquella hora todo el barrio estaba despierto. Casi todas las ventanas resplandecían como si dentro se hubiera declarado un incendio. Las polillas se lanzaban en vano contra las bombillas de los porches. Febrero había hecho enmudecer a los insectos estivales, aunque aún oía cantar en la hierba a los grillos más voluntariosos y algún que otro pájaro nocturno. Por lo demás, reinaba el silencio. Hacía menos frío que la noche anterior y sabía por el periódico vespertino que el cielo iba a estar más cubierto aún. Soplaba viento del norte, agitando las secas hojas de las palmeras. Anduve la media manzana que había hasta mi casa y entré para comprobar si había llamado alguien en el ínterin.

No había nada en el contestador. Volví a salir para no ceder a la tentación de llamar a Cheney y cancelar la gran aventura nocturna. La verja chirrió con melancolía, frío metal que se quejaba de mi partida. Subí al coche, giré la llave de contacto y encendí la calefacción en cuanto el motor se puso en marcha. El aire caliente tardaba en salir, pero necesitaba crearme cómoda y a gusto.

Fui por la 101 durante un kilómetro y salí por el acceso de Puerta Street. El St. Terry Hospital estaba a dos manzanas de distancia. Encontré sitio para aparcar en una travesía, cerré el coche con llave y recorrí andando la media manzana que había hasta la entrada principal. Las horas de visita no comenzaban oficialmente hasta las ocho, pero esperaba que la enfermera jefe de la unidad de cardiología fuese un poco flexible con las normas.

Las puertas de vidrio se abrieron al acercarme. Dejé atrás la cafetería, que está a la izquierda

del vestíbulo, y sus sillones repartidos en grupos. Algunos internos, vestidos con bata y zapatillas, habían preferido bajar para estar un rato con la familia y las amistades. Era como una sala de estar muy grande, cómodamente amueblada, decorada con cuadros de pintores locales y amenizada por la música ambiental. El olor del vestíbulo no era desagradable, pero me recordaba los malos tiempos. Mi tía Gin había muerto allí una noche de febrero, hacía más de diez años. Corrí un tupido velo para exorcizar la imagen y todos los recuerdos asociados a ella.

La tienda de los regalos estaba abierta y entré a echar un vistazo. Quería comprarle una chuchería al teniente Dolan, pero no se me ocurría nada. Los ositos de trapo y los albornoces no acababan de convencerme. Al final compré una chocolatina de tamaño gigante y el último número de *People*. Entrar en una habitación de hospital siempre es más fácil con un regalo en la mano, ya que amortigua la intrusión en los secretos íntimos de la enfermedad. Por lo general no resuelvo asuntos laborales con un hombre en pijama.

Me detuve en información el tiempo suficiente para que me dijeran el número de su habitación y cómo se llegaba a la unidad de cardiología, y recorrí un laberinto de pasillos en busca de los ascensores del ala oeste. Pulsé el botón del segundo piso y salí a una aireada sala con mucha luz y un reluciente suelo, blanco como la nieve. Giré a la izquierda y entré en un corto pasillo. La sala de espera de la unidad de cardiología estaba a la derecha. Miré por el ventanuco de la puerta. La sala, que estaba vacía, era un auténtico derroche: una mesa redonda, tres sillas, dos sofás de dos plazas, un televisor, un teléfono de monedas y varias revistas. Me dirigí a la puerta que daba acceso a la unidad de cardiología. En la pared había un teléfono y al lado un rótulo que aconsejaba pedir permiso para entrar. Respondió una enfermera o una funcionaria y dije que quería ver al teniente Dolan.

—Un momento, voy a consultarlo.

Se produjo una pausa, transcurrida la cual se me permitió la entrada. Lo curioso de la enfermedad es que se parece muchísimo a lo que se había esperado. Ya lo hemos visto todo en la tele: la actividad del cuarto de los enfermeros, los carritos y los aparatos para ayudar a los imposibilitados. Los enfermeros y enfermeras de la unidad de cardiología solían llevar ropa de calle, cosa que relajaba la atmósfera y la hacía menos hospitalaria. Había cinco o seis, todos jóvenes y muy simpáticos. El personal médico supervisaba las constantes vitales desde un solo centro de operaciones. Me quedé unos momentos en el mostrador y contemplé los latidos de ocho corazones, una serie de verdes hipo puntiagudos que desfilaban por las pantallas alineadas en una consola.

El ala estaba decorada con colores sudoccidentales: rosas sucios, azules celestes apagados y verdes claros y fríos. Las puertas de las habitaciones, de vidrios deslizantes, eran visibles desde el cuarto de los enfermeros y tenían unas cortinas que podían correrse cuando se quería intimidad. El clima de la unidad era limpio y tranquilo como un desierto: nada de flores ni de plantas artificiales, y todas las superficies eran lisas y sobrias. Los cuadros de las paredes eran vistas del desierto, montañas que se elevaban en la lejanía.

Pregunté por el teniente Dolan y el enfermero me señaló el pasillo.

—Segunda puerta a la izquierda —dijo.

—Gracias.

Me detuve en la puerta de la habitación del teniente Dolan, una estancia limpia y acorde con las exigencias actuales. La cama era estrecha como la de un monje. Lo había visto con frecuencia

en el trabajo, con un arrugado traje gris, irritable, agobiado y muy eficaz. Allí parecía más pequeño. Vestía una informe bata de algodón de color apastelado, manga corta y botones en la espalda. Llevaba barba de un día, una erizada rastrojera gris que le cubría las mejillas. Vi la cansada y curtida carne de su cuello, los musculosos brazos que ahora parecían delgados y flojos. En una columna que llegaba hasta el techo y que se alzaba junto a la cabecera de la cama estaban todos los instrumentos necesarios para vigilar su estado. Tenía cables pegados al pecho que estaban enchufados a la columna, donde había un monitor por el que desfilaban sus constantes vitales igual que una serpentina. Estaba leyendo el periódico, con las gafas de media luna apoyadas en la punta de la nariz. Tenía puesto un gota a gota. Cuando me vio, dejó el periódico y se quitó las gafas. Dio un tirón a la sábana para cubrirse los pies. Me hizo una seña para que me aproximara.

—Mira quién ha venido. ¿Qué te trae por aquí? —Se pasó la mano por el pelo, raleante en los puntos más optimistas y en aquellos momentos como pegado al cráneo con sudor. Se incorporó en la cama, la parte superior de cuyo somier aparecía levantada un tanto. La pulsera de plástico del hospital hacía que su muñeca tuviera un aspecto frágil, pero no parecía enfermo. Era como si lo hubiese sorprendido un domingo por la mañana haraganeando en pijama antes de ir a misa.

—Cheney me ha dicho que estaba usted aquí y se me ha ocurrido hacerle una visita. Espero no haberle interrumpido la lectura del periódico.

—Lo he leído ya tres veces. Estoy tan desesperado que he devorado hasta los anuncios. Un tipo llamado Erroll quiere que una tal Louise lo llame; lo digo por si los conoces.

Sonreí con deseos de que se recuperase y sabiendo que habría tenido peor aspecto si hubiese estado en su lugar. Le tendí la revista.

—Para usted —dije—. Supongo que su estado no le prohíbe una sobredosis de chismorreos. Si está realmente aburrido, siempre puede hacer el crucigrama del final. ¿Cómo se encuentra? Tiene buen aspecto.

—Me encuentro bien. Estoy recuperándome. El médico dice que me sacarán mañana de la unidad y eso parece buen indicio. —Se rascó la lija de la barbilla—. He aprovechado para no afeitarme. ¿Qué pinta tengo?

—Desastrosa —dije—. Podría dedicarse al vagabundeo en cuanto le den el alta.

—Anda, acerca una silla y siéntate. Quitá eso de ahí.

Sobre la silla del rincón había unas cuantas revistas y el resto del periódico. Hice a un lado el montón y arrastré la silla hacia la cama, consciente de que ambos recurriamos a movimientos inútiles y subterfugios para ocultar el desasosiego de fondo.

—¿Qué le han dicho sobre volver al trabajo?

—No quieren tocar el tema, pero supongo que habrá que esperar un poco. Dos, tres meses. Por lo que dice todo el mundo, los tengo cagados de miedo. Joder, Tom Flowers acabó haciéndome la respiración boca a boca. No lo olvidará mientras viva. Tuvo que ser un espectáculo digno de verse.

—Pero usted todavía está vivo y coleando.

—Eso sí. Bueno, ¿y cómo estás tú? Cheney me ha contado lo de Janice Kepler. ¿Va bien la cosa?

Me encogí de hombros.

—Creo que sí. Llevo en ello menos de veinticuatro horas. Tengo que encontrarme con Cheney

más tarde. Va a peinar la parte sur de State Street en busca de un confidente y se ha ofrecido a identificar a una colega de Lorna mientras pasea por la zona.

—Danielle, sin duda —dijo—. Hablamos con ella en su momento, pero fue de poca ayuda. Ya conoces a esas chicas. Llevan una vida peligrosa. Todas las noches contactando con desconocidos. Sube a un coche y sabrás lo que es pensar que puede ser el último paseo de tu vida. Y encima nos toman por enemigos. No sé por qué hacen lo que hacen. Idiotas no son.

—Están desesperadas.

—Imagino que sí. Santa Teresa no es nada comparada con Los Angeles, pero aun así es cosa seria. No tienes más que fijarte en una chica como Lorna. Es absurdo.

—¿Tiene una teoría sobre quién la mató?

—Ojalá. Era una chica solitaria. No intimaba con la gente. Su estilo de vida era demasiado anticonvencional para la mayoría.

—Y que lo diga. ¿Le han contado lo del vídeo?

—Cheney lo sacó a relucir. Deduzco que lo has visto. Seguramente le echaré una ojeada, por si reconozco a los actores.

—Será mejor que espere a estar en casa. Se le aceleraría el corazón. Janice Kepler me dio una copia. Sufre manía persecutoria y me hizo jurar que protegería el secreto con la vida. No he pasado por los *sex-shops*, pero seguro que hay una docena de copias en circulación. Según la carátula, parece que se fabricó en algún punto de Bay Área.

—¿Piensas ir?

—Me gustaría. Valdría la pena intentarlo, siempre que convenza a Janice.

—Dice Cheney que quieres ver las fotos del escenario del crimen.

—Si usted no se opone. He visitado la cabaña esta tarde, pero hace meses que está vacía. Me gustaría saber qué aspecto tenía cuando se encontró el cadáver.

Frunció el entrecejo con malestar.

—No hay inconveniente en que veas las fotos, pero será mejor que te prepares. Es el peor caso de descomposición que he visto en mi vida. Tuvimos que hacer las pruebas de toxicología con la médula ósea y con los pedacitos de hígado que pudimos recuperar.

—¿No hay duda de que era ella?

—Ninguna en absoluto —dijo. Volvió los ojos al monitor y siguió su mirada. Los latidos se le habían acelerado y la raya verde parecía hierba despeinada vista de perfil—. Que el recuerdo de una cosa así pueda producir reacciones físicas al cabo de los meses me deja boquiabierto.

—¿La vio con vida en alguna ocasión?

—No, pero es igual. No creas que no lo pasé mal viéndola tal como estaba. «En polvo te convertirás» habría sido un alivio. En fin, llamaré a los archivos para que te preparen las fotos. ¿Cuándo piensas recogerlas?

—Ahora mismo, si es posible. Cheney pasará a buscarme dentro de tres horas. Anoche me acosté tarde y no me tengo en pie. Mi única esperanza es mantenerme en movimiento.

—Tendrás las fotos esperándote cuando llegues.

Casi todas las secciones de Jefatura cierran a las seis. El laboratorio estaba cerrado y los agentes se habían ido ya a casa. En lo más recóndito del edificio, los funcionarios a cargo del 911 estarían

aún al pie del cañón, atendiendo las llamadas urgentes. El mostrador principal, donde se pagan las multas de tráfico, estaba tan limpio como los listones de un buró de persiana; un rótulo decía que la ventanilla volvería a abrirse a las ocho de la mañana. La puerta de Archivos estaba cerrada, pero sabía que habría un par de funcionarios trabajando, seguramente informáticos introduciendo en la base de datos las novedades de la jornada. No había nadie en el pequeño mostrador de la entrada, pero me incliné sobre el mismo y asomé la cabeza por la esquina de la derecha, que era por donde se iba a Archivos.

Me vio un agente de uniforme e interrumpió la charla que sostenía con un funcionario de paisano. Avanzó hacia mí.

—¿Busca a alguien?

—He estado hablando con el teniente Dolan en el St. Terry. Él y el inspector Phillips me han autorizado a ver ciertos expedientes. Me dijo que me entregarían aquí unas fotos.

—Kepler, ¿no? El teniente acaba de llamar. Las tengo aquí mismo. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Apreté un botón y la puerta se abrió automáticamente. Entré en un pasillo y giré a la derecha. El agente reapareció en la puerta de Archivos e Identificación.

—Si quiere sentarse, tenemos una mesa aquí dentro.

Leí el expediente con atención, tomando notas ocasionales. Janice Kepler me había entregado un porcentaje de aquel mismo material, pero no las múltiples notas y memorandos interdepartamentales. Leí las declaraciones que la policía había tomado a Héctor Moreno, J. D. Burke y Serena Bonney, cuyo teléfono y dirección apunté en el cuaderno. Había entrevistas adicionales con la familia de Lorna, su antiguo jefe, Roger Bonney, y la misma Danielle Rivers que esperaba conocer en la parte sur de State Street aquella noche. Seguí apuntando direcciones y teléfonos. Era una información que podía conseguir por mi cuenta, pero ¿por qué perder el tiempo? El teniente Dolan había dado instrucciones relativas a que me dejaran fotocopiar lo que yo quisiera. Fotocopié un sinfín de páginas. Seguramente hablaría con muchas personas ya interrogadas y sería interesante cotejar las opiniones y comentarios actuales con los formulados en su momento. Por último me concentré en las fotos del escenario del crimen.

En cierto modo, cuesta saber qué es más sórdido, si la pornografía sexual o la pornografía del homicidio. Las dos hablan de violencia, de lo bajo y lo corrupto, de las humillaciones a que nos sometemos en el calor de las pasiones. Hay formas de sexualidad que se practican tan a sangre fría como un asesinato y formas de asesinato tan excitantes para el que lo ejecuta como un encuentro sexual.

La descomposición había borrado de la carne de Lorna Kepler casi todos los rasgos identificadores. Hasta las enzimas empotradas en sus células habían contribuido a pudrirla. El cadáver había sufrido como quien dice una invasión y el pequeño equipo de limpieza de la naturaleza, integrado por gusanos tan ligeros como copos de nieve y tan blancos como el hilo de coser, había trabajado a fondo. Tardé muchos minutos en mirar las fotografías sin estremecerme. Por fin conseguí distanciarme. En el fondo no era más que la realidad de la muerte.

Me interesaba el aspecto de la cabaña cuando había estado amueblada. Yo sólo la había visto vacía: mugrienta y descuidada, llena de moho y de arañas, y con el olor a rancio del abandono. Allí, a todo color y en blanco y negro, veía telas, mármoles de cocina llenos de objetos, cojines de sofá amontonados, sillas de madera de patas ahusadas. Vi un montón de cartas encima del sofá.

Había algo de mal gusto en las inesperadas imágenes del espacio habitado por la difunta. Como si un invitado llegara demasiado pronto y viese la casa antes de que la anfitriona hubiera tenido ocasión de adecentarla.

Aparte de unas cuantas fotos destinadas a orientar al espectador, el tema principal de casi todas las instantáneas de veinte centímetros por veinte era el cadáver de Lorna. Yacía boca abajo. La postura era la de una persona que duerme, con los miembros encerrados en el clásico perfil de tiza que indica la posición de los cadáveres en las películas de la tele. Nada de sangre, nada de vómito. Costaba imaginar lo que hacía la muchacha en el momento de sucumbir: ir a abrir la puerta, correr hacia el teléfono. Yacía en bragas y sostén, con la ropa de deporte en un montón desordenado junto a ella. El largo pelo negro, un manojo de mechaz revueltas, aún conservaba el brillo. A la luz del flash resplandecían los pequeños gusanos blancos como un rocío de perlas de bisutería. Metí las fotos en el sobre marrón y me lo guardé en el bolso.

Estaba apoyada en el VW, que había estacionado delante de mi casa, cuando Cheney apareció por la esquina con un VW más viejo que el mío. Era de color beige, estaba lleno de abolladuras y era una siniestra reproducción del utilitario de 1968 con el que me había salido de la carretera hacía casi dos años. Se detuvo con una ligera explosión y fui a abrir la portezuela del copiloto. Fue inútil. Al final tuve que abrir de un tirón haciendo fuerza con el pie apoyado en la carrocería. El chirrido que emitió fue como el berrido de un animal portentoso y salvaje. Me deslicé en el asiento y me puse a tirar de la portezuela. Cheney se inclinó sobre mí y la cerró de golpe. Puso la primera y partimos entre los rugidos del motor.

—Bonito coche —dije—. Tuve uno exactamente igual. —Me apoderé del cinturón de seguridad, en un vano intento por ceñírmelo a la altura del vientre. El mecanismo estaba estropeado y tuve que contentarme con rezar para que no nos estrelláramos. Detesto finalizar una jornada saliendo de un vehículo a través del parabrisas. Sentía en los pies la caricia del viento que se colaba por un agujero que el óxido había abierto en el piso del coche. Si hubiera sido de día, habría visto pasar volando el asfalto, tal como entrevemos un fragmento de vía cuando tiramos de la cadena en el tren. Procuré levantar los pies para no hacer peso y no caerme por el agujero. Si se calaba el motor, podía hacer fuerza empujando con un pie sin levantarme del asiento. Fui a bajar la ventanilla y descubrí que la manivela había desaparecido. Giré la ventanilla triangular del extremo y un aire helado inundó el coche. Por el momento, esta ventanilla era lo único que funcionaba en mi lado del vehículo.

—Tengo un deportivo —dijo Cheney—, pero no me ha parecido conveniente pasearlo por el barrio al que vamos. ¿Has hablado ya con Dolan?

—Fui al St. Terry al anoecer. Dolan estaba de lo más generoso. Del hospital fui directamente a Jefatura para consultar el expediente. Incluso hizo que me consiguieran copias de las fotos del escenario del crimen.

—¿Qué tal estaba?

—Creo que bien. No tan malhumorado como de costumbre. ¿Por qué? ¿Qué piensas tú?

—Estaba deprimido cuando hablé con él, pero puede que hiciera un esfuerzo para recibirte.

—Tiene que estar asustado.

—Yo lo estaría —dijo. Calzaba zapatos italianos lisos y llevaba un pantalón oscuro, camisa de vestir café con leche y un mullido chaquetón de ante de color crema. No se parecía a ninguno de los policías de paisano que había visto hasta entonces. Me miró y se dio cuenta de que le observaba valorativamente—. Qué pasa.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—De Perdido. —Se refería a un pueblo situado a unos cincuenta kilómetros al sur de Santa Teresa—. ¿Y tú?

—De aquí —dije—. Tu apellido me suena de no sé qué.

—Me conoces desde hace años.

—Sí, pero ¿no te conozco de otro sitio? ¿Tienes familia en los alrededores? —Emitió un sonido ambiguo que venía a significar que sí. Lo miré con atención. Puesto que soy embustera nata, sé distinguir las evasivas de las personas—. ¿A qué se dedica tu familia?

—A la banca.

—¿En qué sentido? ¿Son empleados? ¿Son atracadores?

—No sé, bueno, tienen algún que otro banco.

Me fijé en él mientras los sesos se me iluminaban con la típica bombilla de los cómics.

—¿Tu padre es X. Phillips? ¿De la Banca X. Phillips? —Asintió sin pronunciar palabra—. ¿Qué quiere decir la X? ¿Xavier?

—No, sólo X.

—¿Y qué es el deportivo? ¿Un Jaguar?

—Oye, que mi padre tenga dinero no quiere decir que también lo tenga yo. Es un Mazda. Nada del otro mundo. Bueno, un poco del otro mundo, pero lo he comprado con mi dinero.

—No te pongas a la defensiva —dije—. ¿Y cómo fuiste a parar a la policía?

Sonrió.

—Cuando era pequeño veía mucho la televisión. Me crié en un clima de dulce abandono. Mi madre se dedicaba a las inmobiliarias mientras mi padre dirigía los asuntos bancarios. Las películas de policías y ladrones me impresionaban mucho. En cualquier caso, más que las finanzas.

—¿Está tu padre de acuerdo con lo que haces?

—No tiene más remedio. Sabe que no voy a seguir sus pasos. Además, soy disléxico. Una página escrita es para mí un auténtico galimatías. ¿Y tus padres? ¿Viven aún?

—Toma nota, por favor. Acabas de cambiar de tema y si respondo a tu pregunta es porque quiero. Murieron los dos hace mucho. Sé por casualidad que tengo familia en Lompoc, pero aún no he decidido qué hacer con ella.

—¿Qué hay que decidir? No sabía que esas cosas plantearan alternativas.

—Es una larga historia. Durante veintinueve años hacen como si yo no existiese y de pronto quieren que todo sea alegría. No me gusta esa actitud. Puedo pasar sin esa clase de familia.

Sonrió.

—Enfócalo de otro modo. Yo siento lo mismo por mi familia y no he perdido el contacto con ella desde que nació.

Me eché a reír.

—¿Vas de cínico o de qué?

—De qué.

Presté atención a la zona en que acabábamos de entrar. No estaba lejos de mi casa. Se sigue por cabaña Boulevard, se gira a la izquierda y se cruza la vía del tren. Las comunidades de propietarios y las casas con jardín dan paso aquí a otra clase de construcciones: almacenes, industrias subsidiarias de la construcción, una empresa al por mayor de comestibles marinos,

servicios de mudanzas y almacenaje. Había bastantes edificios alargados, bajos y sin ventanas. Una de las dos librerías para «adultos» estaba medio escondida en una travesía; la otra se encontraba en el extremo sur de State Street, a varias manzanas de allí. Los árboles eran pequeños, estaban totalmente pelados y a mucha distancia uno de otro. Las farolas parecían tibios respiraderos en comparación con las amplias zonas de oscuridad. Al mirar hacia las montañas podía verse cómo el resplandor neblinoso de la ciudad rasgaba el cielo. Las casas construidas en las laderas estaban conectadas por un túnel encantado de luces artificiales. Comenzamos a cruzarnos con grupúsculos, conciliábulos de cinco o seis individuos apoyados en coches, corros de jóvenes de sexo difícil de distinguir. Nos seguían con la mirada sin ninguna vergüenza, interrumpiendo momentáneamente la conversación con la esperanza de que les hiciésemos ofertas de la especie que fuera. Sexo, drogas, seguramente les daba igual mientras hubiese dinero de por medio. Por la ventanilla me llegaba el aroma marihuanero de los porros que iban de mano en mano.

El zumbido sordo de una guitarra baja anunció la proximidad del local que buscábamos.

El *Palacio de Neptuno* era un bar con billares y con un patio abierto a un lado del local, a cuyo alrededor había una amplia y asfaltada zona de aparcamiento. Los clientes pululaban tanto por el patio como por el aparcamiento. El resplandor amarillento de las farolas acariciaba la brillante carrocería superior de los vehículos estacionados. Del bar brotaban explosiones de música. Cerca de la entrada del local, apoyadas en una pared de escasa altura, había muchachas que seguían con los ojos la procesión de vehículos que patrullaba la zona en busca de aventuras nocturnas. Las puertas del antro estaban abiertas como la boca de una cueva y una niebla de humo de tabaco aterciopelaba el rectángulo de luz pardusca. Rodeamos dos veces la manzana. Cheney miraba a todas partes en busca de Danielle.

—¿No la ves? —pregunté.

—Tiene que estar por aquí. Para ella, esto es como la oficina de empleo.

Encontramos sitio para aparcar al doblar la esquina, donde el aire de la noche era más tranquilo. Bajamos, echamos la llave y avanzamos por la acera, entre multitud de parejas homo que parecían observarnos con burla. Las personas heterosexuales están desfasadas aquí.

Nos abrimos paso para entrar en el bar, mezclándonos con las hordas de los borrachos. La música estaba a tope en la pista de baile. El calor húmedo que emanaban los cuerpos casi alcanzaba cotas tropicales. Hasta el aire olía a escabeche por culpa de la cerveza barata de barril. Los motivos marinos parecían dominarlo todo. De las vigas del techo colgaban grandes redes de pesca y los focos de ambientación se movían igual que la luz solar sobre la superficie del agua. Un juego de luces simulaba el anochecer oceánico y a la puesta de sol seguía el negro manto de la noche. Unas veces se proyectaban constelaciones y otras estallaban relámpagos que simulaban una tempestad en el mar. Las paredes estaban pintadas con infinitos matices del azul e iban desde el azul sereno del oleaje estival hasta los tonos nocturnos de las profundidades marinas. El serrín que cubría el suelo de hormigón creaba la ilusión de que era el fondo del mar. La pista de baile estaba delimitada por el perímetro de lo que parecía la proa de un barco hundido.

Era tan perfecta la ilusión de vida subacuática que cada vez que respiraba daba gracias al cielo.

Las mesas estaban empotradas en recodos contruidos de forma que pareciesen arrecifes de coral. La luz estaba amortiguada y en buena medida procedía de gigantescas peceras de agua

salada donde grandes peces de morro hinchado iban de un lado a otro en busca de víctimas. En la superficie de todas las mesas había reproducciones en poliuretano de antiguas cartas de navegación que representaban un mundo de vastos océanos despoblados, con monstruos traicioneros acechando en los bordes exteriores. No muy distintos de los mismos clientes.

En los ocasionales descansos musicales se emitían efectos sonoros por la megafonía: campanas de barco, crujidos de madera, golpeteo de velas, chillidos de gaviotas, tintineos de boyas. Lo más fantástico eran los casi inaudibles gemidos de los marineros que se ahogaban, como si todos los presentes estuviéramos prisioneros en algún purgatorio marino donde el alcohol, el tabaco, las carcajadas y la música a todo volumen tuvieran por objeto exorcizar los gritos lejanos que amenazaban con romper el silencio. Todas las camareras iban con mallas adornadas con lentejuelas que brillaban como las escamas de los peces. Deduje que a casi todas las habían contratado por su aspecto andrógino: pelo cortado a cepillo, caderas lisas y pechos inexistentes. Incluso los hombres llevaban maquillaje.

Cheney no se despegaba de mí e iba con una mano apoyada tranquilizadamente en mitad de mi espalda. En cierto momento se inclinó sobre mí para decirme algo, pero no pude oírle a causa del ruido. Se fue y volvió con un botellín de cerveza en cada mano. Buscamos un fragmento de pared vacío de personal y desde el que podía contemplarse el local sin obstáculos visuales. Nos apoyamos en la pared y comenzamos a mirar a la gente. El volumen de la música haría necesarias pruebas auditivas posteriores. Tenía que tener ya alterados los filamentos del oído medio.

Hace tiempo disparé una pistola desde el interior de un cubo de basura y desde entonces oigo silbidos ocasionales en el interior del cráneo. Los clientes iban a necesitar trompetilla cuando llegasen a los veinticinco años.

Cheney me rozó el brazo y me indicó que mirase al otro lado del local. Vocalizó la palabra «Danielle» sin pronunciarla y seguí su mirada. La chica estaba junto a la puerta, al parecer sola, aunque supuse que no por mucho tiempo. No tendría ni veinte años y sin duda mentía normalmente en este punto, pues de lo contrario no la habrían dejado entrar. Tenía el pelo negro y tan largo que habría podido sentarse encima, y unas piernas aún más largas que el pelo. A pesar de la distancia vi que era estrecha de caderas, lisa de estómago y con pechos de adolescente temprana, un físico muy admirado por el macho posclimático. Llevaba pantalón ceñido de raso verde lima, un top de tirantes y una cazadora de aviador del mismo verde que los pantalones.

Echamos a andar hacia ella. En cierto momento, la chica vio a Cheney y este señaló hacia el patio. La chica dio media vuelta y avanzó delante de nosotros. La temperatura descendió bruscamente al salir y la ausencia de humo de tabaco hacía que el aire oliese a heno recién cortado. Sentía el frío en la piel como si me echaran líquido encima. Danielle se había dado la vuelta y nos miraba de frente con las manos en los bolsillos de la cazadora. Ya de cerca, advertí el hábil empleo de la cosmética en la batalla que tenía que haber librado con su aspecto adolescente. Habrían podido echarle doce años. Tenía en los ojos la luminosidad verde de ciertos peces tropicales y una expresión de descaro.

—Tenemos el coche al doblar la esquina —dijo Cheney sin más preámbulos.

—¿Para?

—Para hablar un rato. Los tres.

—¿De qué?

—De la vida en general, de Lorna Kepler en particular.

Los ojos de Danielle no se apartaban de los míos.

—¿Quién es esta?

—Kinsey. La ha contratado la madre de Lorna.

—No es de la pasma —dijo con cautela.

—Vamos, Danielle. No es de la pasma. Es una detective privada que investiga la muerte de Lorna.

—Te lo advierto, Cheney. No quiero trampas o me meterás en un buen lío.

—No es ninguna trampa. Es una reunión. Te abonará el tiempo que pierdas.

Miré a Cheney. ¿Encima iba a tener que pagar a aquella guarra? La mirada de Danielle barrió el aparcamiento y se detuvo en mí.

—No jodo con mujeres —dijo con hosquedad.

Me adelanté.

—Oye, tú, yo tampoco —repliqué—. Por si le interesa a alguien.

Cheney no me hizo caso y siguió hablando con Danielle.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Que de qué tengo miedo? ¿Yo? —preguntó, señalándose con el dedo. Tenía las uñas tan mordisqueadas que se perdían en la carne—. Tengo miedo de Lester, por ejemplo. Tengo miedo de perder los dientes. Tengo miedo de que el Caraculo me aplaste otra vez la nariz. Ese tipo es un cabrón, un hijo de...

—Deberías haber presentado una denuncia. Te lo dije la última vez —dijo Cheney.

—Mira este. Lo que tendría que hacer es inscribirme en el depósito de cadáveres para ahorrarme la asquerosa fase intermedia —le soltó la muchacha.

—Venga. Échanos una mano —dijo Cheney con voz halagüeña.

Danielle meditó unos instantes con la vista perdida en la oscuridad.

—Hablaré con ella —dijo a regañadientes—, no contigo.

—No te he pedido otra cosa.

—No lo hago porque tú me lo pidas. Lo hago por Lorna. Y sólo esta vez. Que conste. No quiero que me vuelvas a enredar.

Cheney esbozó una sonrisa seductora.

—Eres demasiado perfecta.

Danielle hizo una mueca para imitar la actitud de Cheney, en la que no había creído ni un instante. Echó a andar hacia la calle mientras hablaba por encima del hombro.

—Y terminemos antes de que aparezca Lester.

Cheney nos acompañó al coche, con la apertura de cuyas portezuelas nos entretuvimos un rato. El chirrido final fue tan aparatoso que una pareja que estaba en la otra punta dejó de magrearse para ver a qué animal estábamos apaleando. Me instalé otra vez en el asiento del copiloto y Danielle se sentó ante el volante por si tenía que salir zumbando. No sabía quién era Lester, pero ya estaba poniéndome nerviosa.

Cheney acercó la cara a la luna triangular.

—Volveré dentro de un rato.

—Si ves a Lester, no le digas dónde estoy —le advirtió Danielle.

—Confía en mí —dijo Cheney.

—Confía en mí. Menuda broma —soltó Danielle, aunque a nadie en concreto.

Lo vimos perderse en la oscuridad a través del parabrisas. Esperaba que Danielle cobrara tarifa reducida los lunes por la noche. No recordaba cuánto llevaba encima ni creía que me aceptara la Visa, que por otra parte había caducado.

—Fuma si quieres —dije para hacerme la buena.

—No fumo —dijo con aires de ofendida—. Fumar estropea la salud. ¿Sabes cuánto pagamos en este país por culpa de las enfermedades derivadas del tabaco? Quince mil millones al año. Mi padre murió a causa de un enfisema.

Siempre fue una chimenea atascada. Los ojos se le salían de las órbitas. Y respiraba... una cosa así... —Se llevó la mano al pecho y se puso a hacer ruidos que mezclaban el carraspeo con la asfixia—. No le entraba aire. Es una forma horrible de morir. Tener que ir a todas partes con una botella de oxígeno. Es mejor dejar el vicio a tiempo.

—Yo tampoco fumo, pero pensé que tú a lo mejor sí. Quería ser amable.

—No tienes por qué serlo —dijo—. Detesto el tabaco. Es malo para la salud y encima apesta. —Miró a su alrededor y escrutó el interior del VW con asco—. Vaya pocilga. Si estoy aquí sentada mucho rato, seguro que cojo alguna enfermedad.

—Por lo menos sabes que no es de los que cobran —dije.

—Los polis de esta ciudad no cogen dinero —dijo—. Ya se divierten metiendo gente entre rejas. Sé que tiene otro coche, mucho más bonito, pero no quiere traerlo aquí porque le da la paranoia. Bueno. Ya está bien de cháchara y de todo este rollo de presentación. ¿Qué quieres saber de Lorna?

—Todo lo que puedas contarme. ¿Desde cuándo la conocías?

La boca de Danielle se curvó con una mueca de indiferencia.

—Hacía un par de años. Nos conocimos mientras trabajábamos de azafatas de compañía. Era una buena persona. Como una madre para mí. Era... ¿cómo te lo diría? Era mi maestra; sólo ahora me doy cuenta de que habría tenido que hacerle más caso.

—¿Y eso?

—Podía conmigo. Era genial. Estaba totalmente bajo su influencia y yo la respetaba más que a nada en el mundo. Lorna sabía qué quería y se esforzaba por conseguirlo, y si a los demás no les gustaba su procedencia, peor para ellos.

—¿Y qué quería?

—Un millón de dólares, por ejemplo. Quería jubilarse a los treinta. Y lo habría conseguido si hubiese vivido lo suficiente.

—¿Cómo lo habría conseguido?

—¿A ti qué te parece?

—Pero habría tardado mucho tiempo —dije.

—Con lo que cobraba, no. Sobre todo después de dejar lo de las señoritas de compañía. Ganaba doscientos mil al año. Doscientos mil. Yo no podía creerlo. Era una chica inteligente. Hacía inversiones. No fundía el dinero, como habría hecho yo si hubiera estado en sus zapatos. Yo no tengo cabeza para las finanzas. Lo que tengo lo gasto, y cuando me lo he gastado empiezo otra vez. Por lo menos es lo que hacía hasta que Lorna me puso en el buen camino.

—¿Qué pensaba hacer cuando se jubilase?

—Viajar. Tumbarse a la bartola. Incluso casarse con algún tipo que la cuidara durante toda la vida. El caso es... ¿sabes?, no dejaba de repetírmelo. Si tienes dinero, eres independiente. Puedes

hacer lo que te dé la gana. ¿Que un tipo te trata mal? Pues coges y te largas. Puedes moverte sola. No sé si me entiendes.

—También es mi filosofía —dije.

—Toma, y la mía. Cuando murió, abrí una cuenta en un banco y empecé a ahorrar. No es gran cosa, pero algo es algo y quiero que me rinda. Es lo que siempre decía Lorna. Pon dinero en el banco y te dará intereses. Ella invirtió en acciones seguras, bonos del Estado y esas zarandajas, pero lo hizo sola, sin intermediarios. No se metió en líos con ningún agente, porque, para que te enteres, Lorna decía que era el mejor pretexto para que cualquier comemierda te estafase. ¿Sabes lo que es un corredor de bolsa? Ella decía que eran chulos con maletín. —Se rio de la ocurrencia, ya que por lo visto le hacía gracia la idea de que en Wall Street pudiese haber proxenetes—. ¿Y tú? ¿Tienes ahorros?

—En realidad, sí.

—¿Dónde? ¿Qué haces con ellos?

—Los meto en una cuenta a plazo fijo —dije, notándome un tanto quisquillosa. Me resultaba extraño defender mi estrategia económica ante una joven que hacía la calle.

—Eso está bien. Lorna también lo hizo en parte. Le gustaba la pasta libre de impuestos y tenía parte del capital invertido en Ginny Maes^[2], que su madre sabrá lo que es. Fíjate en nosotras. Eso es lo que me gusta. Me refiero a eso del largo plazo. Si tienes dinero, tienes poder y ningún tío te pone la mano encima. ¿Me explico?

—Has dicho que ganaba doscientos mil. ¿Pagaba impuestos por el dinero?

—¡Claro que sí! Nunca hay que tocar las narices al Estado, era su primera norma. Y lo primero que me enseñó. Ganes lo que ganes, decláralo. ¿Sabes por qué jodieron a Al Capone y los demás? Por no declarar lo que ingresaban. Si estafas al Estado, te meten en la trena, y por mucho tiempo. No te miento.

—¿Y qué me dices de...?

—Espera —me interrumpió—. Deja que te haga antes una pregunta. ¿Cuánto ganas?

La miré con fijeza.

—¿Que cuánto gano?

—Sí, el año pasado, por ejemplo. ¿Cuánto ingresaste en todo el año? ¿Cuánto pagaste de impuestos?

—Oye, eso es muy personal, ¿no?

—Ay, cómo eres. No se lo diré a nadie. Tú me dices lo que ganaste y luego te diré lo que gané yo. Es un trato. Confidencia por confidencia, como suele decirse.

—Veinticinco mil.

Fue ella quien me miró fijamente en aquel momento.

—¿Sólo? Yo gané el doble. No te miento. Cincuenta y dos mil quinientos y pico.

—Pero te rompieron la nariz —señalé.

—Bueno, ¿y qué? También te la rompieron a ti. ¿Crees que no me he fijado? Pero no te ofendas, no estoy criticándote —dijo—. No eres fea y por veinticinco mil dólares te han dado tantos palos como a mí. ¿Tengo razón o no?

—Yo lo enfocaría de otro modo.

—No te engañes. También eso lo aprendí de Lorna. Hazme caso. Tu trabajo es tan peligroso como el mío, pero ganas la mitad. Deberías cambiar de acera, te lo digo yo. No es que una haga

publicidad del oficio, sólo te digo lo que pienso.

—Te agradezco el interés. Si decido cambiar de profesión, te buscaré para que me asesores.

Sonrió ante la observación sarcástica o ante lo que ella supuso que era una observación sarcástica.

—Te diré otra cosa que me enseñó Lorna. Hay que tener la boca cerrada. Si te trabajas a un tipo, no lo cuentes por ahí después. Sobre todo entre la gente entre la que ella se movía. Una vez se fue de la lengua y juró que nunca más lo haría. Hay tipos que... ¡uf! Es mejor olvidar que los has conocido.

—¿Te mueves en esos círculos? ¿Gente adinerada?

—Bueno, no siempre. Ya no. Cuando Lorna vivía, iba de vez en cuando. Una vez me vistió como a una reina y me llevó a un sitio fino de verdad. A mí y a otra chica que se llama Rita. Cómo lo pasamos. A algunos tipos les gustan jóvenes. Te afeitas la entrepierna y te comportas como si tuvieras diez años. Como aquella noche. Gané más de mil quinientos dólares. No me preguntes qué hice. Es otra de las cosas de las que no hay que hablar. Si Lester lo hubiera sabido, me habría matado.

—¿Qué pasó con el dinero cuando murió Lorna? —pregunté.

—Que me pudra si lo sé. Tendrás que preguntárselo a su familia. Que yo sepa, no hizo testamento. ¿Y para qué iba a hacerlo? Era joven. Bueno, veinticinco, pero tampoco era tan mayor. Seguro que pensaba que le quedaba mucha vida por delante y resulta que no le quedaba nada.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—Mientes.

—No miento.

—Danielle, no tienes veintitrés años.

Esbozó una sonrisa.

—De acueeeerdo. Tengo diecinueve. Pero soy una persona madura, pese a mi juventud.

—Creo que diecisiete se aproxima más a la verdad, pero dejémoslo estar.

—Será mejor que sigas preguntándome sobre Lorna. Cada vez que haces preguntas sobre mí, pierdes dinero.

—¿Qué hacía Lorna en la depuradora? No creo que ganara mucho allí.

—Algo tenía que hacer. No podía decir a sus padres cómo se ganaba la vida. Eran muy conservadores; por lo menos el padre. Conocí a la madre en el entierro y parecía muy simpática. El viejo era un mierda, siempre encima de ella, queriendo averiguar cosas. Lorna era muy bohemia y no le gustaba que la controlaran.

—He hablado hoy mismo con el padre y me ha dicho que Lorna apenas tenía amigos.

Cabeceó para pulverizar aquella información.

—¿Qué sabrá ese? Lo dice porque nunca conoció a ninguno. A Lorna le gustaba la gente nocturna. Todos sus amigos salían del ataúd cuando se ponía el sol. Como las arañas y esas... ay, ¿cómo se dice?, criaturas de la noche. Murciélagos y búhos. Si quieres conocer a sus amigos, tendrás que acostumbrarte a trasnochar. Otra pregunta. ¿Sabes que esto es divertido? No me había dado cuenta de que supiera tanto.

—¿Y la película porno? ¿Por qué la hizo?

—Pues por lo de siempre. Ya sabes cómo son estas cosas. Llegó un individuo de San

Francisco. Lorna lo conoció una noche en el Edgewater y se pusieron a hablar del asunto. El tipo pensaba que Lorna era dinamita pura y creo que no se equivocaba. Al principio, no quería hacerla, pero luego se lo pensó mejor. No le pagaron mucho pero, según dijo, se lo pasó en grande. ¿Te han contado de qué iba?

—No me han contado de qué iba. La he visto.

—Venga ya. ¿De verdad la has visto?

—Y tanto, tengo una copia.

—Pues ya es raro, porque el vídeo no se puso a la venta.

Fue mi turno de manifestar incredulidad.

—¿En serio? ¿No se distribuyó? No me lo creo. —Parecíamos cotorras.

—Es lo que me dijo Lorna. Se puso como una fiera. Creía que iba a ser su gran oportunidad, pero no pudo hacer nada.

—El vídeo que he visto se ha montado profesionalmente, tiene carátula comercial, de todo. Puede que invirtieran mucho dinero en la película. ¿Qué sabes de eso?

—Sólo lo que me contó Lorna. Puede que la empresa tuviera déficit o como como se diga. ¿Y cómo es que has conseguido una copia?

—Se la mandaron a la madre.

Soltó una risotada.

—Me tomas el pelo. Qué fuerte. ¿Y a qué gilipollas se le ocurriría una cosa así?

—No lo sé aún. Espero averiguarlo. ¿Qué más puedes contarme?

—No, no. Tú preguntas y yo te contesto. Es que a mí, eso de pensar no se me da bien.

—¿Quién es Lester?

—Lester no tenía nada que ver con Lorna.

—Pero ¿quién es?

Me miró de reojo.

—¿Te importa mucho?

—Le tienes miedo y quiero saber por qué.

—Olvidalo. Estás malgastando el dinero.

—Digamos que puedo permitírmelo.

—Venga ya. ¿Con lo que ganas? Mentira.

—La verdad es que no sé cuánto cobras.

—Precio de amigos. Cincuenta dólares.

—¿La hora? —exclamé.

—¿Qué hora ni qué narices? Pero ¿de dónde sales tú? Cincuenta dólares el polvo. Ningún polvo dura una hora —dijo con actitud despectiva—. Si fuese por una hora me sentiría explotada.

—Entiendo que Lester es tu chulo.

—Vaya con la señora. Mi «chulo». ¿Quién te ha enseñado a hablar? Lester Dudley, Caraculo para los amigos, es mi administrador. Una especie de representante profesional.

—¿Representaba también a Lorna?

—Claro que no. Ya te lo he dicho, era una chica inteligente. Rechazó sus servicios.

—¿Crees que puede tener información sobre ella?

—En absoluto. No te molestes. Es un cabronazo que ni hecho a medida.

Medité unos momentos, pero ya había formulado las preguntas que tenía preparadas.

—Bueno. Creo que hemos terminado. ¿Me avisarás si se te ocurre alguna cosa?

—Claro —dijo—. Tú pones el dinero y yo le doy a la lengua... por así decirlo.

Cogí el bolso y saqué la billetera. Le di una tarjeta de visita tras apuntar en el dorso mi dirección particular y el teléfono. Por lo general no me gusta dar esta información, pero quería facilitarle las cosas al máximo. Conté el dinero que llevaba encima. Pensaba que se comportaría con generosidad y que me haría tarifa reducida, pero alargó la mano y no apartó los ojos mientras le ponía un billete tras otro en la palma. Le di hasta el último dólar que llevaba, incluso la calderilla que encontré en el fondo del bolso. No fue suficiente.

—No te preocupes. Ya me darás el resto.

—Te firmaré un pagaré —dije.

Declinó la oferta dando un manotazo al aire.

—Me fio de ti. —Se guardó el dinero en el bolsillo de la cazadora—. Me hacen gracia los hombres, ¿sabes? Todas esas fantasías que tienen sobre las putas. Lo he visto en los libros para adultos. Un tipo conoce a una puta que está de miedo: tetas como bombonas de butano, elegante ella y loca por tirárselo. Al final acaban en la cama y cuando él se va, ella no le cobra. Es un hombre maravilloso y ella no quiere cobrarle como hace con todo el mundo. Mentira podrida. Jamás he conocido a una puta que se trabaje gratis a un tipo. Además, joder con putas es una guarrería. Si el hombre piensa que es un regalo del cielo, merece lo que le echen.

Era casi la una y cuarto de la madrugada cuando estacioné el VW en el pequeño aparcamiento que hay ante la entrada de urgencias del St. Terry. Después de hablar con Danielle, Cheney me había llevado a mi casa. Había cruzado la chirriante verja y mientras avanzaba hacia la parte interior, Cheney había tocado el claxon y arrancado. El cielo nocturno estaba aún despejado y lleno de estrellas, pero ya veía las nubes que se concentraban en occidente, tal como había previsto el hombre del tiempo. Un avión cruzó mi campo visual, un parpadeo rojo que se desplazaba entre dos puntos blancos, dejando un sonido tras de sí igual que una pancarta aérea de publicidad. El cuarto menguante de la luna era ya una plateada rebanada de melón, con una algodonosa hilacha de nube prendida de uno de los cuernos. Habría jurado que seguía oyendo la música machacona del Palacio de Neptuno. La verdad es que el local estaba a poco más de medio kilómetro de mi casa y supongo que la música podía llegar hasta allí. Aunque parecía más bien un equipo estéreo o la radio de algún coche situado en los alrededores. Con el retumbar del oleaje oceánico a media manzana de mi casa a modo de telón de fondo, el apagado zumbido de la guitarra baja era un contrapunto sordo, meditabundo, sedoso e indistinto.

Me detuve con las llaves en la mano y durante unos instantes apoyé la cabeza en la puerta. Estaba rendida, pero curiosamente no tenía ganas de dormir. Siempre he sido persona diurna, totalmente adicta a madrugar y al sol matutino en un mundo de nueve a cinco. Podía trabajar hasta tarde cuando se terciaba, pero casi siempre estaba ya en casa al anochecer y profundamente dormida a eso de las once. Aquella noche volvía a ser presa del desasosiego. Un aspecto de mi personalidad, reprimido durante años, recuperaba sus derechos y mi organismo respondía. Quería hablar con Serena Bonney, la enfermera que había descubierto el cadáver de Lorna. En algún punto del acumulativo retrato verbal de Lorna Kepler estaba la clave del misterio de su muerte. Volví a cruzar la verja y la cerré sigilosamente a mis espaldas.

La sala de urgencias parecía abandonada. Las vítreas puertas de corredera se abrieron con un silbido y entré en el silencioso recinto pintado de gris y azul. Había luces en la zona de recepción, pero las ventanillas de ingresos se habían cerrado hasta la mañana siguiente. A la izquierda, detrás de un corto tabique con teléfonos de monedas, estaba la sala de espera, totalmente vacía y con la pantalla del televisor reducida a un cuadrado blancuzco. Oteé el sector de la derecha, donde estaban los consultorios. Casi todos a oscuras, con las cortinas recogidas y sujetas a las guías del techo. Percibí el olor del café recién hecho que salía de una pequeña cocina situada al fondo de la

sección. Una joven de color, vestida con bata blanca de laboratorio, salió por una puerta donde un rótulo indicaba que se trataba del ropero. Era bajita y guapa. Se detuvo al verme y esbozó una sonrisa.

—Ah, perdón. No sabía que hubiese alguien. ¿Qué quiere?

—Busco a Serena Bonney. Creo que tiene turno de noche.

Miró el reloj.

—No tardará en volver. Es la hora del bocadillo. ¿Quiere sentarse? La tele no funciona, pero hay revistas y prensa.

—Gracias.

Durante los quince minutos que siguieron leí números atrasados de la revista *Círculo familiar*; artículos sobre los niños, la salud y la forma física, la alimentación, la decoración de la casa y un surtido de ideas para que papi hiciese bricolaje en sus ratos libres: un banco de madera, un refugio infantil en un árbol del patio, un anaquel de aspecto rústico para que mami pusiera su pintoresco jardín de hierbas envasadas. Era como si me hablasen de la vida en otro planeta. Todas las señoras que aparecían en los anuncios eran especímenes perfectos. Treintañeras de piel blanca y sin la menor arruga, y con una dentadura impecable. Ninguna tenía el pompis gordo ni esa barriga que deforma la pretina de los pantalones. Tampoco había indicios de celulitis ni de varices, ni esos pechos que cuelgan hasta la cintura. Aquellas hembras perfectas vivían en casas superlimpias y ordenadas, con el suelo encerado y una increíble colección de accesorios domésticos, mullidas alfombras de tamaño gigante y sin hombres a la vista. Supuse que papi estaría en la oficina, entre una chapuza y otra. A nivel puramente intelectual entendía que eran modelos que cobraban un riñón por posar como amas de casa para promover la venta de Kotex, parquet y productos caninos. Su forma de vida estaba seguramente tan alejada de las vicisitudes domésticas como la mía. Pero ¿qué pasaba si una era realmente ama de casa y veía todas aquellas imágenes de perfección en directo? Desde mi punto de vista, no percibía la menor conexión entre mi estilo de vida (putas, muerte, soltería, armas de fuego, comida instantánea) y el retratado en la revista, que sin duda era tan bueno como el que más. ¿Qué podía hacer yo con una alfombra peluda y con botes de eneldo y mejorana?

—Soy Serena Bonney. ¿Quería usted verme?

Alcé los ojos. La enfermera que estaba en la puerta tendría cuarenta y tantos años, y un metro setenta de estatura. No estaba gorda, pero era corpulenta y maciza. Las mujeres de su familia probablemente se definían como «sanos productos del campo».

Dejé la revista, me levanté y le tendí la mano.

—Kinsey Millhone —dije—. La madre de Lorna Kepler me ha contratado para que investigue su muerte.

—¿Otra vez? —observó mientras me estrechaba la mano.

—Bueno, el caso sigue abierto. ¿Me concedería usted unos minutos?

—Es una hora un poco rara para investigar.

—Le pido disculpas. No la habría molestado durante el trabajo, pero hace un par de noches que sufro insomnio y se me ha ocurrido aprovechar su horario.

—La verdad es que yo no sé casi nada, pero haré cuanto pueda. Vayamos al fondo. Todo está tranquilo por el momento, pero puede que no dure.

Dejamos atrás dos consultorios y entramos en una pequeña oficina que casi no tenía muebles.

Al igual que los enfermeros y enfermeras de la planta superior, iba en ropa de calle: blusa blanca de algodón, pantalones de gabardina beige y chaleco a juego. Los zapatos de suela sintética decían que era persona que pasaba muchas horas en pie. Al igual que su reloj de pulsera, una especie de barómetro con un segundero que corría como el rayo. Se detuvo en la puerta y se asomó al pasillo.

—Joan, si quieres algo, estoy aquí.

—Bien —dijo la aludida.

Dejó la puerta entornada y puso la silla de modo que pudiera ver el pasillo.

—Perdone si la he hecho esperar. Estaba arriba, en la planta de los del Seguro. Volvieron a ingresar a mi padre hace un par de días y le echo un vistazo cada vez que puedo. —Tenía la cara ancha y sin arrugas, y pómulos altos. La dentadura era recta y sana, aunque le faltaba brillo, tal vez a consecuencia de alguna enfermedad o de la mala alimentación durante la adolescencia. Tenía los ojos verdes y las cejas claras.

—¿Está grave? —Me había instalado en una silla metálica con un cojín de mezclilla azul en el asiento.

—Hace un año sufrió un ataque cardíaco de los fuertes y le pusieron un marcapasos. No ha estado bien desde entonces y han querido hacerle un chequeo. Es reactivo a toda clase de inspecciones. Tiene setenta y cinco años, pero es un hombre muy activo. Dirige prácticamente la Junta Municipal de Aguas de Colgate y no quiere faltar a ninguna reunión. Suda adrenalina.

—¿No será Clark Esselmann, por casualidad?

—¿Lo conoce?

—Conozco su reputación. No lo sabía. Siempre está peleándose con las empresas urbanizadoras. —Estaba metido en la política local desde hacía quince años, desde que había vendido su inmobiliaria y se había retirado en olor de multitudes. Por lo que contaban, tenía un carácter endiablado y una lengua que podía pasar del impropio a la convicción, según fuese el tema. Era obstinado y sincero, un respetable miembro de la junta directiva de media docena de organizaciones benéficas.

—Sí, es él —dijo con una sonrisa.

Se pasó la mano por el pelo, que era de un tono cobrizo, una mezcla de rojo y dorado oscuro. Sin duda se había hecho la permanente porque los rizos parecían demasiado tiesos para ser naturales. Lo llevaba corto y con un peinado exento de complicaciones. Me la imaginé cepillándose después de la ducha matutina. Tenía las manos grandes y las uñas de borde recto, pero bien cortadas. Invertía dinero en cuidarse, pero no podía decirse que su aspecto deslumbrara. Si hubiese estado enferma o herida, habría confiado en ella nada más verla. Murmuré una frase ambigua y cambié de tema.

—¿Qué puede decirme de Lorna?

—No la conocía bien. Es lo que debería decir para empezar.

—Janice dice que está usted casada con la persona para la que trabajaba Lorna en la depuradora.

—Más o menos —dijo—. Roger y yo estamos separados desde hace unos dieciocho meses. Verá, los últimos años han sido un infierno, por no decirlo con suavidad. Nuestro matrimonio se vino abajo, mi padre tuvo un ataque cardíaco y murió mi madre. Las cosas han ido de mal en peor a causa de los achaques de mi padre. Lorna lo cuidaba cuando yo tenía que salir.

—¿La conoció por mediación de su marido?

—Sí. Trabajó para Roger algo más de tres años, de modo que la veía cuando iba a la depuradora. También la veía durante las excursiones estivales que organizaba la empresa y en la fiesta anual de Navidad. Me parecía una joven fascinante. Mucho más inteligente de lo que exigía el empleo.

—¿Se hicieron amigas?

—Nos llevábamos bien.

Me detuve mientras ordenaba gramaticalmente la pregunta que quería hacerle.

—Si no lo cree demasiado íntimo, ¿podría usted hablarme de su divorcio?

—¿De mi divorcio? —dijo.

—¿Quién lo solicitó? ¿Usted o su marido?

Ladeó la cabeza.

—Es una pregunta curiosa. ¿Por qué me la hace?

—Pensaba en la posibilidad de que la separación de ustedes hubiese tenido algo que ver con Lorna.

Se echó a reír con espontaneidad y asombro.

—Por el amor de Dios. En absoluto —dijo—. Nos habíamos casado hacía diez años y ya estábamos aburridos. Fue él quien planteó el tema, pero no porque tuviese ninguna queja de mí. Yo comprendía su posición. Su trabajo es para él una especie de callejón sin salida. Le gusta, pero jamás se hará rico con lo que hace. Es de esas personas que no han conseguido lo que ambicionaban. Se imaginaba retirado y viviendo de rentas a los cincuenta años. Ha rebasado ya esa edad y aún no ha ahorrado ni un céntimo. Por lo que a mí se refiere, no sólo me gusta mi trabajo sino que además heredaré el dinero de la familia uno de estos días. Vivir así sería insoportable para él. Seguimos siendo amigos, aunque ya no compartimos la intimidad, y puede usted comprobarlo preguntándole a él.

—Me basta con su palabra —dije, aunque estaba claro que lo comprobaría—. ¿Y ese trabajo doméstico? ¿Cómo es que acabó haciéndolo Lorna?

—No recuerdo los detalles. Seguramente dije de pasada que me hacía falta una persona. La casa de Lorna era pequeña y muy incómoda. Pensé que le gustaría pasarse unas horas en un sitio más confortable.

—¿Con qué frecuencia cuidó de la casa?

—Cinco o seis veces en total, creo. No lo había hecho durante una temporada, pero Roger creía que aún estaría dispuesta. Si le parece importante, puedo consultar la agenda de casa.

—Todavía no sé qué es importante y qué no. ¿Quedó usted satisfecha de sus servicios?

—Desde luego. Era una persona responsable; daba de comer y paseaba al perro, regaba las plantas, entraba el periódico y el correo. Me ahorraba la guardería canina y me gustaba la idea de que hubiera alguien en casa mientras estaba fuera. Cuando rompimos Roger y yo, me mudé a la casa de mis padres. Quería cambiar de escenario y mi padre necesitaba que le atendiesen de manera extraoficial. A mi madre ya le habían diagnosticado el cáncer y estaba en tratamiento químico. Fue un arreglo que convino a todos.

—Así pues, vivía usted en casa de su padre cuando murió Lorna.

—Exacto. El médico lo visitaba con regularidad, pero es lo que llaman un paciente «hostil». Yo había planeado irme de la ciudad y no quería dejarlo solo en casa. Mi padre siguió en sus trece. Juró y perjuró que no necesitaba ayuda, pero insistí. ¿Qué sentido tiene irse un fin de

semana si continuamente voy a estar preocupada por él? Es lo que quería concertar cuando fui a su casa y descubrí el cadáver. Durante varios días la había llamado por teléfono, pero nadie contestaba. Roger me dijo que Lorna se había tomado dos semanas de vacaciones a cuenta del tiempo laboral acumulado y que volvería en cualquier momento. No sabía cuándo le tocaba volver y por eso se me ocurrió ir a la casa para dejarle una nota. Dejé el coche cerca de la cabaña y nada más bajar noté el olor, y no digamos las moscas.

—¿Comprendió usted lo que había ocurrido?

—Bueno, no sabía que fuese ella, pero sabía que se trataba de un ser muerto. El hedor es inconfundible.

Cambié ligeramente de conversación.

—Todas las personas que he entrevistado hasta el momento han comentado que era muy atractiva. Me pregunto si otras mujeres la considerarían un peligro.

—Yo no. Pero no puedo hablar por nadie más, como es lógico —dijo—. Los hombres parece que la encontraban más interesante que las mujeres, pero nunca la vi coquetear. Me remito una vez más a las ocasiones en que la vi.

—Según dicen, le gustaba vivir de un modo marginal —comenté, introduciendo el tema sin concretar ninguna pregunta e interesada por la respuesta que me daría. Me sostuvo la mirada, pero no contestó. Hasta el momento había tendido a glosar monográficamente las preguntas que le había formulado. Se lo dije de otro modo—: ¿Sabía que se dedicaba a otras actividades?

—No entiendo la pregunta. ¿A qué clase de actividades se refiere?

—Sexuales.

—Ah. Vaya. Pues sí. Creo que se refiere usted al dinero que ganaba en los hoteles. Subastando el coño —dijo con extraño sentido del humor—. Pensaba que no era de mi incumbencia sacarlo a relucir.

—¿Lo sabía todo el mundo?

—No creo que Roger lo supiera, pero yo sí.

—¿Cómo lo averiguó?

—No estoy segura. La verdad es que no lo recuerdo. Supongo que indirectamente. Una noche la vi en el Edgewater. No, espere. Ahora recuerdo cómo fue. Se presentó en urgencias con la nariz rota. Dio una explicación, pero totalmente absurda. He visto demasiadas agresiones y palizas para que me den gato por liebre. No se lo dije así, pero me di cuenta de que algo malo le había pasado.

—¿Cree que fue algún novio? ¿Algún hombre con quien estuviese viviendo?

Oí voces en el pasillo y Serena desvió los ojos hacia la puerta.

—Puede que sí, pero, que yo supiera, jamás tuvo una relación estable. El caso es que la versión que dio me pareció sospechosa. He olvidado ya lo que dijo, pero la encontré más falsa que Judas. No se trataba sólo de la nariz rota; era esto en combinación con otros factores.

—¿Cuáles?

—La ropa, las joyas. Era discreta en este sentido, pero se notaba.

—¿Cuándo apareció en urgencias?

—No lo sé con exactitud. Creo que hace dos años. Pregunte en Archivos. Allí le dirán la fecha concreta.

—No sabe usted cómo son los hospitales —dijo—. Tardaría menos si quisiera averiguar secretos de Estado.

En la sala de espera se había puesto a llorar un niño.

—¿Es importante?

—Puede que sí. Suponga que el tipo que la golpeó quiso perpetuar su arte.

—Ah. Ya entiendo. —Volví a fijarse en la puerta entornada en el momento en que pasaba Joan por delante.

—¿No le hizo ninguna confidencia cuando vino?

—Ninguna en absoluto. Después de verla en el Edgewater, sumé dos y dos.

—¿No fue precipitarse?

—No si la hubiera visto la noche que me tropecé con ella. También influyó en parte el hombre que la acompañaba. Mayor, muy elegante. Oro por todas partes y un traje de los caros. Saltaba a la vista que le sobraba el dinero. Los vi en la barra y después en la tienda de ropa, donde Lorna estaba probándose vestidos. El hombre gastó mucho aquella noche. Cuatro vestidos de Escada y estaba posando con el quinto.

—Escada tiene que ser carísimo.

—Dios nos coja confesadas —dijo, echándose a reír y palmeándose el pecho. Se encendió la luz en el consultorio que había al otro lado del pasillo. Oí un murmullo de voces: un niño enfurruñado y una madre histérica que hablaba en español como una ametralladora—. Creo recordar —prosiguió Serena— que volví a verla aquel mismo mes. La misma situación, un hombre distinto pero con idéntico aspecto. No tuve que recurrir a la NASA para adivinar lo que ocurría.

—¿Cree que pudo golpearla uno de aquellos hombres?

—Creo que eso es más probable que lo que ella contó. No digo que ocurra siempre, pero hay individuos de esa edad del braguero que empiezan a tener problemas de impotencia. Buscan azafatas caras y les alfombran el suelo con billetes. Champaña, regalos y una muñeca despampanante del brazo. En la superficie todo marcha de perlas y todos piensan que el tipo es un semental. Lo que buscan estos hombres es ostentación, porque no pueden excitarse de otro modo. Pagan por el servicio y si el mecanismo no funciona, la culpa es de la chica, no suya, y pueden manifestar su desilusión como más les guste.

—A puñetazos.

—Si quiere verlo de ese modo, ¿por qué no? Pagan por la chica. Es suya. Si el hombre no puede hacer nada, le echa la culpa a ella y la pasa por la trituradora.

—Es parte del trato. Ella se queda con el dinero y la ropa, a cambio del castigo.

—No siempre se las castiga. Hay hombres a quienes les gusta castigarse a sí mismos. Que los golpeen y los humillen. Que les den azotes en el culete por haber sido malos, malos, más que malos.

—¿Le contó eso Lorna?

—No, pero se lo he oído comentar a un par de putas del circuito local. Además, mientras hacía las prácticas, tuve la oportunidad de soltar algún que otro sermón al respecto. Las veía llegar y se me encendía la sangre al ver cómo las trataban, me ponía furiosa porque en el fondo no comprendía lo que pasaba. Habría querido redimir las, liberarlas de los hombres «malos». Es extraño, pero soy mejor enfermera cuando me mantengo a distancia.

—¿E hizo eso con ella?

—Sí. Despertaba mi simpatía, pero no traté de «enmendarla». No era asunto mío. Y ella no lo

consideraba un problema, al menos desde mi punto de vista.

—Parece que pasa usted mucho tiempo en el Edgewater. ¿Es allí donde van los solteros últimamente?

—Los de nuestra edad sí. Pero es probable que los jóvenes lo encuentren aburrido y muy caro. Hablando con franqueza, hace que la vida matrimonial parezca deseable.

—¿Recuerda por casualidad cuándo la vio allí exactamente? Me sería de mucha ayuda si hago averiguaciones en el hotel.

Meditó unos momentos.

—Una vez fui con un grupo de amigas. Solemos reunirnos para celebrar los cumpleaños. En aquella ocasión celebrábamos el mío, de modo que tuvo que ser a principios de marzo. No siempre nos reunimos el día que toca, pero tuvo que ser un viernes o un sábado porque son los días que coincidimos.

—¿Fue en marzo del año pasado?

—Lo más seguro.

—¿Antes o después de la nariz rota?

—No lo sé.

—¿Sabía Lorna que estaba usted al tanto?

—Bueno, me vio aquella noche y tal vez anteriormente en un par de ocasiones. Puesto que ya me había separado de Roger, salía casi todos los fines de semana. No fuimos derechas al grano para discutir su «profesión», pero había alusiones veladas. —Al pronunciar la palabra *profesión*, había abierto y cerrado comillas con los dedos de ambas manos.

—Sólo por curiosidad. ¿Cómo es posible que recuerde tantos detalles? Pocas personas recordarían lo que hicieron ayer.

—La policía me hizo casi las mismas preguntas que usted y todo se me ha quedado grabado en la memoria. Además, le he dado muchas vueltas. No tengo ni la menor idea del motivo por el que la mataron e ignorarlo me molesta.

—¿Cree entonces que la mataron?

—Sí, creo que es probable.

—¿Sabía usted que estaba metida en pornografía?

Frunció ligeramente el entrecejo.

—¿En qué sentido?

—Salió en un vídeo. Hace cosa de un mes enviaron la cinta a sus padres.

—¿Qué era? ¿Alguna truculencia con mucha sangre y tripas?

—No. Una porquería por lo que al tema y al argumento se refiere, pero la señora Kepler sospecha que podría tener relación con la muerte de Lorna.

—¿Usted también?

—No me pagan para opinar tan pronto. Prefiero tener abiertas todas las posibilidades.

—Entiendo —dijo—. Es como hacer un diagnóstico. No hay que excluir lo evidente.

Dieron un golpe en la jamba de la puerta y Joan asomó la cabeza.

—Perdonen la interrupción, pero tengo aquí a un niño al que me gustaría que echaras un vistazo. He llamado al médico de guardia, pero creo que deberías verlo.

Serena se puso en pie.

—Avíseme si hay novedades —dijo mientras se dirigía a la puerta.

—Lo haré. Y gracias.

Volví a mi casa por las calles desiertas. Empezaba a sentirme cómoda en el mundo de la noche. La naturaleza de la oscuridad varía de hora en hora. Una vez que cierran los bares y se diluye el tráfico, lo que surge es la quietud pura de las tres de la madrugada. Los cruces están vacíos. Los semáforos son una sucesión vertiginosa de redondeles rojos y verde manzana que se ve durante un kilómetro seguido.

Las nubes avanzaban. Una niebla densa, semejante al algodón en rama, se había instalado sobre las laderas montañosas, que aparecían moteadas de farolas que destacaban sobre el telón de fondo de la humedad. Casi todas las ventanas que veía estaban a oscuras. Cuando de tarde en tarde veía luz, imaginaba estudiantes haciendo a última hora los deberes, esas pesadillas de los adolescentes. Aunque puede que alumbrasen a insomnes recientes como yo.

Un coche patrulla avanzaba despacio por cabaña Boulevard y los agentes se volvieron a mirarme cuando nos cruzamos. Giré a la izquierda al llegar a mi calle y busqué sitio para aparcar. Cerré el vehículo con llave. El cielo estaba ya vestido de nubes y las estrellas completamente eclipsadas. La oscuridad se pegaba al suelo mientras que el firmamento aparecía bañado por una luz irreal, como si fuera papel gris de envolver comestibles, manchado con yeso. A mis espaldas oí el murmullo apagado que producía el aire al filtrarse entre los radios de las ruedas de una bicicleta. Me volví y vi al ciclista que se alejaba. Por detrás, el faro y las tiras de cinta fosforescente que llevaba en los talones creaban la ilusión de que alguien hacía malabarismos con tres puntos luminosos. El efecto resultaba extrañamente inquietante, como un espectáculo circense que los fantasmas representasen exclusivamente para mí.

Crucé la verja, llegué a casa y encendí la luz. Todo estaba en orden, tal como lo había dejado. El silencio era sepulcral. Sentía un pequeño nudo de ansiedad en que se daban cita el agotamiento, lo tardío de la hora y el vacío del espacio que me rodeaba. Me iba a ser imposible dormir. Era como el hambre; una vez que se rebasa el momento crítico, el apetito disminuye y se puede pasar sin probar bocado. Comida, sueño, ¿tenían realmente importancia? El metabolismo pone la directa y extrae la energía de otras fuentes. Si me hubiera metido en la cama a las nueve o a las diez, habría dormido toda la noche. Pero a aquella hora había caducado ya mi permiso de dormir. Si había resistido hasta entonces, estaba obligada a prolongar la vigilia.

Me sentía agotada y al mismo tiempo nerviosa. Dejé el bolso y la cazadora en la silla que hay junto a la puerta. Eché un vistazo al contestador automático: no había mensajes. ¿Tenía vino en casa? Pues no. Inspeccioné el interior del frigorífico, pero no vi nada de interés gastronómico. La despensa, como de costumbre, estaba medio vacía: unas cuantas latas arrinconadas y productos deshidratados que, solos o combinados, jamás compondrían nada remotamente comestible, salvo en el caso de que a una le gustaran las lentejas crudas con mermelada de savia de arce. El tarro de crema de cacahuete tenía círculos concéntricos en el fondo, como si lo poco que quedaba se hubiese secado. Agarré un cuchillo, comencé a rascar las paredes internas del tarro y mientras me movía fui comiendo directamente del cuchillo lo que pescaba.

—Esto es lamentable —dije con una carcajada, aunque en el fondo me daba igual.

Encendí la tele por hacer algo. El vídeo de Lorna estaba aún en el magnetoscopio. Le di al mando a distancia y la cinta se puso en movimiento. No tenía ganas de ver ninguna película porno de madrugada, pero pasé los títulos de crédito dos veces. La noche anterior había buscado orientación en San Francisco por si la productora Cyrenaic Cinema tenía algún teléfono allí. En

los títulos de crédito, el productor, el director y el montador aparecían con el nombre completo: Joseph Ayers, Morton Kasselbaum y Chester Ellis, respectivamente. Qué diantres, los de telefónica están despiertos toda la noche.

Lo intenté empezando por el último y fracasé con los dos primeros. Cuando probé con el productor, me marqué un tanto. La operadora canturreó: «Gracias por utilizar los servicios de AT & T» y se puso en marcha una grabación. Se oyó entonces una voz mecánica que me recitó dos veces el número de Joseph Ayers.

Lo apunté, volví a descolgar y llamé nuevamente a información de San Francisco, esta vez para comprobar el nombre de los otros dos intérpretes, Russell Turpin y Nancy Dobbs. La última no estaba abonada, pero había dos Turpin registrados con la inicial R, uno en Haight y otro en Greenwich. Apunté ambos teléfonos. A riesgo de perder mi tiempo y el dinero de Janice Kepler, me dije que un viajecito al norte bien valía ya una misa. Si aquello no resultaba, quedaría por lo menos el consuelo de haber eliminado el factor porno como elemento presuntamente relacionado con la muerte de Lorna.

Llamé a la Cafetería Frankie y se puso Janice al segundo timbrazo.

—Janice. Soy Kinsey. He de preguntarle algo.

—Adelante. Ahora hay poca faena.

La puse al corriente sobre las conversaciones que había tenido con el teniente Dolan y Serena Bonney, y pasé a informarla de la mini investigación que acababa de hacer sobre el equipo de la película porno.

—Pienso que tal vez valga la pena hablar con el productor y el protagonista masculino.

—Sí, recuerdo a ese hombre —dijo.

—Muy bien. Entonces, espero que entre Turpin y el productor nos solucionen algunas incógnitas. Los llamaré antes por teléfono, aunque parece que sería más inteligente hacer un rápido viaje. Si consigo concertar las citas oportunas, me pondré al volante.

—¿Va a ir en coche?

—Tal era mi intención.

—¿Con el VW en miniatura? ¿Por qué no coge el avión? Es lo que yo haría en su lugar.

—Sí, supongo que sí —dije titubeando—. Es un desplazamiento muy corto, el pasaje costará un riñón. Y una vez allí, tendría que alquilar un coche. El motel, las comidas...

—Por mí no hay inconveniente. Guarde las facturas y le abonaremos los gastos cuando vuelva.

—¿Y Mace? ¿Le ha contado ya lo de la cinta?

—Oiga, le dije que lo haría. Sufrió una impresión tremenda, como es lógico, y encima se puso furiosísimo. No con ella, sino con quien la metiera en ese lío.

—¿Qué ha dicho de la investigación en cuanto tal? Ayer no parecía muy entusiasmado.

—Me ha dicho lo que ya le dijo a usted. Si sirve para contentarme, no pondrá pegas.

—Estupendo. Seguramente cogeré el avión mañana por la tarde. La llamaré en cuanto vuelva.

—Buen viaje —dijo.

A las nueve de la mañana me despejé lo imprescindible para llamar a Ida Ruth y decirle, por si me buscaba alguien, que no tardaría en llegar a la oficina. Mientras apartaba las mantas, miré por la claraboya de material plástico que queda encima de la cama. Sol, cielo despejado, unos dieciocho grados centígrados en la calle. Al diablo con las prisas. Me concedí otros diez minutos de descanso. Volví a abrir los ojos a la una menos veinticinco y tan resacosa como si la noche anterior hubiera bebido hasta quedar inconsciente. Lo malo del sueño es que, al margen de las horas que le echemos, el cuerpo no nos perdona la situación cronológica de las mismas. Dormir entre las cuatro de la madrugada y las once de la mañana no es lo mismo que dormir durante la misma cantidad de tiempo entre las once de la noche y las seis de la mañana. Había invertido siete horas en el proceso, pero mis habituales ritmos metabólicos estaban decididamente desorientados y necesitaban otro pequeño margen de tiempo para adaptarse.

Volví a llamar a Ida Ruth y respiré con alivio al averiguar que se había ido a comer. Le dejé un mensaje en el contestador, diciéndole que me había retrasado por culpa de un cliente. Que nadie me pregunte por qué miento a una mujer que ni siquiera me rellena los cheques que me extienden. A veces miento sólo por mantenerme en forma. Salí de la cama, me dirigí al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Me sentía como si me hubieran anestesiado y estaba convencida de que no podría ni mover las extremidades. Me apoyé en la pared de la ducha con la esperanza de que la hidroterapia me enderezase los circuitos desviados. Ya vestida, me di cuenta de que iba a desayunar a la una de la tarde y me pregunté si alguna vez volvería a ser normal. Me serví una taza de café e ingerí sus alcaloides mientras llamaba a San Francisco.

No conseguí gran cosa. En vez de Joseph Ayers, se puso un contestador que a lo mejor no era el suyo y que formuló uno de esos avisos perfectamente calibrados que no dicen el número ni el nombre del abonado al que pertenecen. Era una voz mecánica y masculina que dijo: «En este momento no puedo ponerme, pero si deja un mensaje con su nombre y su número, me pondré en contacto con usted».

Dejé mi nombre y el teléfono de la oficina, y a continuación llamé a los dos R. Turpin. El contestador de uno respondió con voz femenina, el del otro con voz masculina. Dije a ambos Turpin con talante juguetón: «No sé si eres el Turpin indicado. Busco a Russell. Soy amiga de Lorna Kepler. Me dijo que te llamara si alguna vez pasaba por San Francisco y como voy a estar allí un par de días, quiero aprovechar la ocasión. Llámame cuando puedas. Me gustaría conocerte. Lorna me habló muy bien de ti. Gracias». Llamé a información de San Francisco y pregunté por otros miembros del equipo técnico hasta que agoté la lista. Casi todos se habían dado de baja.

Ya que estaba en casa, abrí el cajón de la mesa, saqué un paquete nuevo de fichas de cartulina y transcribí la información sobre el caso que había obtenido hasta la fecha; en total, unas cuatro fichas. En los últimos años me he acostumbrado a utilizar estas fichas para apuntar los datos que averiguo en el curso de una investigación dada. Clavo las fichas en el tablón de anuncios que hay encima de la mesa y en los momentos de ocio ordeno y reordeno los datos al azar. En determinado punto me doy cuenta de que un detalle, contemplado fuera de contexto, adquiere un significado distinto. Al igual que en un rompecabezas, parece que la forma de la realidad varía según la circunstancia. Lo que parece extraño o insólito puede volverse totalmente lógico cuando se sitúa en el lugar indicado. Por ello mismo, lo que parece insignificante puede revelar de súbito un valioso secreto cuando se contempla sobre un fondo diferente. Confieso que el sistema casi nunca me sirve para nada, aunque siempre aparecen resultados que, por mucho que tarden, justifican mi apego al procedimiento. Además, es relajante, contribuye a organizarme y me proporciona una imagen general del caso.

Clavé la foto de Lorna al lado de las fichas. La joven me miró fijamente con sus ojos serenos de color avellana y con aquella enigmática sonrisa. El pelo oscuro le enmarcaba la cara. Delgada y elegante, estaba apoyada contra la pared con las manos en los bolsillos. La observé como si pudiera revelarme lo que había aprendido en los últimos minutos de vida. Me devolvió la mirada con el silencio de los gatos. Me dije que había llegado el momento de hacer indagaciones sobre la personalidad diurna de Lorna.

Tomé la asfaltada carretera de dos carriles y corrí entre los ondulantes campos de hierba seca, oro sobre verde. De tarde en tarde aparecían arboledas de robles virginianos. El cielo estaba cubierto por una extraña mezcla de carbón y vapores de azufre. La masa de las montañas del fondo era de un azul sucio y desde donde estaba se distinguían los riscos de piedra caliza. Este sector del Condado de Santa Teresa es básicamente desértico y más apto para dar carrascas y cardos que mieses. Los primeros colonos habían plantado toda clase de árboles. El antiguo páramo se ha enriquecido y civilizado en nuestros días, pero los terrenos de cultivo reciente conservan todavía el aura de la inclemencia solar. Elimínense las acequias, las bocas de riego cronometrado y los aspersores, y la tierra recuperará su estado natural y se cubrirá de grietas y de maleza que en las temporadas de sequía serán pasto de las llamas. Si las últimas predicciones eran acertadas, estábamos entrando en otra época de sequía, la flora se volvería combustible y los incendios poblarían la tierra.

A la izquierda y en lo alto estaba la Planta Depuradora de Aguas de Santa Teresa, que se construyó en los años sesenta; tejado de tejas rojas, tres arcos blancos de superficie estucada y unos cuantos árboles pequeños. Al otro lado del bajo edificio podía verse el laberinto de barandillas metálicas que coronaba los depósitos de hormigón. A mi derecha había un rótulo que señalaba la presencia del pantano Largo, aunque desde la carretera no se veía el agua.

Me detuve ante la fachada, subí los escalones de hormigón y crucé las puertas dobles de vidrio. Información estaba a la izquierda de la puerta, que daba a una amplia sala que por lo visto servía también de aula. La empleada que estaba tras la mesa de información debía de ser la sustituta de Lorna. La placa de bronce que había en la mesa decía que se llamaba Melinda Ortíz.

Le di mi tarjeta a modo de presentación.

—Quisiera hablar con el encargado de la planta.

—Veo su vehículo detrás de usted. Acaba de llegar.

Me volví y vi llegar por el camino de acceso una furgoneta de la administración territorial. Roger Bonney bajó de la misma y echó a andar hacia nosotras con el aire preocupado de quien va a asistir a una reunión profesional y piensa ya en los asuntos que le aguardan.

—¿Y sobre qué quiere usted hablar con él...?

Me volví.

—Lorna Kepler.

—Ah, ya. Fue espantoso.

—¿La conocía?

Negó con la cabeza.

—He oído hablar de ella, pero no la conocía personalmente. Sólo hace dos meses que estoy aquí. Trabajaba en lo mismo que yo antes que la mujer a quien sustituí. Creo que entre las dos hubo otra empleada. El señor Bonney probó a varias después de ella.

—¿Trabaja usted a tiempo parcial?

—Por las tardes. Como mis hijos son pequeños, me viene muy bien. Mi marido trabaja de noche y se ocupa de ellos mientras estoy aquí.

Bonney llegó a nuestro lado con un sobre comercial marrón en la mano. Tenía la cara ancha y muy bronceada, y un pelo rizado y revuelto que seguramente se le había vuelto gris a los veinticinco años. El conjunto de arrugas que le adornaba la cara resultaba atractivo. Tenía que haber sido muy guapo de joven, el típico hombre cuyo aspecto me pone de mal humor y me descontrola. Mi segundo marido también era guapo, aunque la relación acabó de un modo decepcionante... desde mi punto de vista, por lo menos. Al parecer, Daniel pensaba que todo iba estupendamente, gracias. Yo tendía últimamente a distanciarme de ciertos prototipos masculinos. Me gustan las caras señaladas por los dulcificantes procesos de la madurez. Unas cuantas arrugas y bolsas tranquilizan hasta cierto punto. Bonney me vio y se detuvo educadamente junto a la mesa de Melinda para no interrumpirnos. La empleada le enseñó mi tarjeta.

—Quiere hablar con usted. Sobre Lorna Kepler.

El hombre me miró a los ojos. No esperaba que los suyos fueran castaños. Entre las canas y la claridad de la piel me los había imaginado azules.

—Podemos hablar en otro momento si ahora no le va bien —dije.

Consultó el reloj.

—Dentro de un cuarto de hora tengo la inspección anual del departamento regional de salud pública, pero puede usted venir conmigo mientras recorro la planta. Será breve. Quisiera comprobar que todo está en orden antes de que comiencen a llegar.

—Magnífico.

Lo seguí por un corto pasillo que había a la izquierda y lo esperé mientras entraba en su despacho y dejaba el sobre en la mesa. Llevaba una camisa de vestir de color azul celeste, con el cuello desabrochado y el nudo de la corbata aflojado, tejanos azules lavados a la piedra y pesadas botas de faena. Con un casco, un cuaderno en la mano y en una obra, habría pasado por un aparejador o un ingeniero. Medía casi un metro ochenta y tenía el concentrado aspecto de los cincuentones. No estaba gordo, aunque era ancho de espaldas y de pecho macizo. Deduje que conservaba la línea practicando deportes movidos, seguramente tenis y golf, con algo de frontón de vez en cuando. Carecía del aspecto nervudo de los corredores de fondo y me dio la impresión de que para mantenerse en forma prefería los deportes de competición. Me lo imaginé jugando al

rugby durante los últimos años de bachillerato y con las articulaciones gastadas una década más tarde.

Fui tras él al reanudar la marcha.

—Gracias por haberme atendido sin previo aviso.

—No hay de qué —dijo—. ¿Ha visitado alguna vez la planta?

—Ni siquiera sabía que existiera.

—Nos gusta educar al usuario.

—Por si suben los recibos, supongo.

Sonrió con cordialidad, abrimos una puerta maciza y la cruzamos.

—¿Le interesa nuestra propaganda o no?

—Claro que sí.

—Estaba seguro —dijo—. El agua del pantano que hay al otro lado de la carretera se filtra por la estructura de succión y pasa por debajo de la zona donde está la señorita Ortiz. Se habría dado cuenta si hubiera sabido lo que tenía que escuchar. Redes y cedazos impiden que se filtren las materias indeseables. El agua pasa por aquí. El canal principal pasa por debajo de este sector del edificio. Vamos a cerrar unos días, mientras se lleva a cabo una inspección de mantenimiento.

En la zona por la que pasamos, una serie de contadores jalonaba el avance del agua, que entraba en el recinto con un rumor apagado. Los suelos eran de hormigón y las cañerías, que formaban una tupida red a lo largo del muro, estaban pintadas de rosa, verde oscuro, marrón y azul, con flechas que señalaban cuatro direcciones. Una losa había sido retirada del suelo y Bonney señaló hacia abajo sin decir nada. Miré por el agujero. A cosa de metro y medio vi un agua negra que avanzaba por el canal a velocidad arrolladora. Los pelos del brazo se me pusieron de punta. No había forma de calcular la profundidad ni qué podía haber desplazándose en el fondo. Me aparté del agujero, imaginando que salía de pronto un largo tentáculo dotado de ventosas, me cogía el pie y me arrastraba. Soy la persona más sugestionable del mundo. A nuestras espaldas se cerró una puerta con un estruendo metálico y hueco, y tuve que reprimir un alarido. Bonney no pareció darse cuenta.

—¿Cuándo habló por última vez con Lorna? —pregunté.

—El viernes veinte de abril por la mañana —dijo—. Lo recuerdo porque aquella semana teníamos un torneo de golf y estaba impaciente por salir pronto del trabajo para dirigirme al campo de prácticas. Lorna tenía que presentarse a la una, pero llamó para decir que sufría una crisis alérgica aguda. Lo cierto es que quería salir de la ciudad para no respirar el polen y le dije que se tomase el día libre. Era absurdo obligarla a venir si se encontraba mal. Según la policía, murió al día siguiente.

—Pero habría tenido que volver al trabajo el siete de mayo, ¿no?

—Tendría que comprobar la fecha. Habrían sido dos semanas a contar desde el lunes; la encontraron por entonces. —Volvió a adoptar la actitud de guía turístico y se puso a hablar de costes de construcción mientras entrábamos en la siguiente sección de la planta. El rumor apagado del agua que corría y el olor del cloro creaban en el organismo una tensa hipersensibilidad. Todo estaba lleno de válvulas impulsoras y de tanques presurizados a punto de explotar. Como si bastara un corrimiento de la falla de San Andrés para que toda la planta se viniera abajo, lanzando al exterior miles de millones de hectolitros de agua y escombros que en cuestión de segundos se nos llevarían por delante a los dos. Me puse más cerca del hombre, fingiendo un interés que no

sentía en el fondo. Cuando volví a prestarle atención, decía—: El agua se desinfecta previamente con cloro para eliminar los organismos patógenos. Luego echamos coagulantes para concentrar las partículas en suspensión y solemos añadir polímeros para acelerar la formación de grumos insolubles que se eliminarán luego. Detrás tenemos un laboratorio para controlar la calidad del agua.

Pues la habíamos hecho buena. En lo sucesivo tendría que vigilar a los organismos patógenos que se paseaban alegremente por el laboratorio. Beber agua había sido hasta entonces un acto muy sencillo. Coges un vaso, abres el grifo, lo llenas hasta el borde y engulles el líquido hasta que te sale el eructo. Nunca se me había ocurrido pensar en grumos insolubles ni en coagulantes. Puaf.

Mientras me explicaba las operaciones de la planta, cosa que sin duda había hecho ya cientos de veces, me di cuenta de que revisaba cada centímetro de las instalaciones con objeto de prepararse para la inminente inspección. Bajamos por un corto tramo de peldaños de hormigón y salimos al exterior por una puerta. El día se me antojó raramente luminoso después de haber estado sometida a las luces artificiales del interior y el aire húmedo olía a productos químicos. Largas pasarelas intercomunicaban los grupos de depósitos abiertos y rodeados de barandillas metálicas; el agua estaba allí tan tranquila como una balsa de aceite, reflejando el cielo gris y la parte inferior de las rejas de hormigón.

—Estos son los depósitos de coagulación y concentración de partículas. El agua se mantiene en circulación constante para formar un grumo denso y grande que se eliminará después en los depósitos de sedimentación.

Yo apostillaba sus comentarios con un «Ya», un «Mmm» y comodines por el estilo. Siguió hablando como si todo el mundo estuviera al tanto del proceso general. Pero yo no dejaba de mirar (esforzándome porque no se me notase el asco) el agua de los canales abiertos, en cuya superficie flotaba un líquido de aspecto viscoso, coronado de burbujas y espeso como la tinta. Aquel cieno era negro como el zumo de regaliz y parecía estar hecho de neumáticos fundidos y a punto de entrar en ebullición. Imaginé morbosamente que me caía en las alquitranadas profundidades y me pregunté si saldría a la superficie chorreando jirones de carne a causa de los productos químicos que allí podría haber. Steven Spielberg se lo habría pasado divinamente con aquellas sustancias.

—¿No es usted policía? —preguntó. Hasta el momento no se había detenido ni una sola vez.

—Lo fui hace mucho. Por cuestiones de carácter, me sienta mejor el trabajo privado.

Tenía que corretear detrás de él como una niña que durante un paseo por el campo se queda rezagada del resto de la clase. Adjunto a la parte trasera de la planta había un estanque ancho y de poca profundidad, lleno de negro sedimento agrietado, que parecía un pozo de mierda sólida en trance de licuación. Dentro de miles de años, los arqueólogos desenterrarían el estanque e imaginarían que había sido una especie de pila para sacrificios rituales.

—¿Está autorizada a revelar para quién trabaja? —preguntó—. ¿O es información secreta?

—Para los padres de Lorna —dije—. Hay veces que prefiero no dar esa información, pero el presente caso es público, como si dijéramos. No es ningún secreto. Anoche tuve esta misma charla con Serena.

—¿Mi futura ex? Bueno, es un punto de partida interesante. ¿Por qué ella? ¿Porque encontró el cadáver?

—Exacto. Yo no podía dormir. Sabía que Serena tenía el turno de noche en el St. Terry y se me

ocurrió hablar con ella primero. Si me hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de que también usted estaba levantado, habría llamado igualmente a su puerta.

—Es usted emprendedora —observó.

—Me pagan cincuenta dólares la hora. Es lógico que me ponga a trabajar a la primera oportunidad que me surja.

—¿Hasta dónde ha llegado?

—En este preciso momento me encuentro en la fase informativa y trato de obtener una impresión general sobre lo que estoy investigando. Tengo entendido que Lorna trabajó para usted durante..., ¿tres años?

—Aproximadamente. Al principio era un trabajo de jornada laboral completa, pero nos recortaron el presupuesto y decidimos apañarnos con veinte horas semanales. Hasta ahora ha funcionado, no es lo ideal, pero sí viable. Lorna estudiaba por libre en la universidad y podía compaginar el empleo a tiempo parcial con el horario de las clases.

Habíamos vuelto a entrar en la planta, aunque estábamos en un nivel subterráneo. Todo el subsuelo estaba lleno de tuberías gigantescas. Subimos por un largo tramo de escaleras y salimos a un pasillo muy iluminado cerca del despacho de Bonney. Me hizo pasar y me señaló una silla.

—¿Tiene tiempo?

—Hablaremos hasta cuando podamos y lo que no hablemos hoy, lo solucionaremos otro día.

—Se adelantó para apretar un botón del teléfono interior—. Melinda, si cuando llegan los inspectores no estoy ahí, avíseme.

—Sí, señor —respondió una voz amortiguada.

—Perdone la interrupción. Prosigamos —dijo Bonney.

—No se preocupe. ¿Hacía Lorna bien su trabajo?

—Yo no tenía quejas. El trabajo en sí era poca cosa. En términos generales, era secretaria de recepción.

—¿Sabía algo sobre su vida privada?

—Sí y no. La verdad es que en una empresa como la nuestra, donde en cada turno hay menos de veinte empleados, el personal acaba conociéndose bastante. Las máquinas están en funcionamiento las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana, de modo que la planta es para mí como de la familia. Lorna era un poco distante y retraída. No es que fuese grosera o antipática, pero sí reservada. Durante el descanso estaba siempre con un libro en la mano. Se traía la comida y a veces se iba al coche a comer. No solía hablar de sí misma por iniciativa propia. Respondía cuando se le preguntaba, pero nada más.

—La gente dice que era misteriosa.

Hizo una mueca al oír el adjetivo.

—A mí no me lo parecía. Desde mi punto de vista, «misteriosa» evoca secretos e intenciones turbias. Era una persona amable, pero más bien solitaria. Creo que es más propio decir que era discreta.

—¿Y cómo describiría usted su relación con ella?

—¿Mi relación?

—Sí. Quisiera saber si la vio alguna vez fuera del trabajo.

Se echó a reír con cierta incomodidad.

—Si se refiere usted a lo que pienso, debo decirle que me siento halagado, pero Lorna nunca

fue más que una empleada. Una joven atractiva, pero tenía..., ¿veinticuatro años?

—Veinticinco.

—Yo tengo el doble. Créame, a Lorna no le habría interesado un hombre de mi edad.

—¿Por qué no? Es usted atractivo e interesante.

—Le agradezco el cumplido, pero eso no significa mucho para una joven en la situación de Lorna. Seguramente quería casarse y fundar una familia, justo lo contrario de lo que me interesa a mí. Yo habría sido para ella una especie de coche antiguo con la carrocería algo cascada. Además, me gusta compartir inquietudes y tener conversaciones inteligentes con las mujeres con las que salgo. Lorna era lista, pero jamás había oído hablar de la ofensiva Tet y los únicos Kennedy que conocía eran Caroline y John-John.

—Contemplémoslo sólo como posibilidad —observé—. Ya abordé el asunto con Serena, al preguntarle si Lorna había tenido algo que ver con el divorcio de ustedes.

—Nada en absoluto. Con Serena, la vida matrimonial se quedó sin combustible. A veces pienso que podríamos haber sido más positivos cuando discutíamos. Los conflictos suelen avivar un tanto las relaciones, pero la nuestra era aburrimiento puro.

—Dice Serena que usted quería el divorcio.

—Sí, es verdad —dijo—, pero me he echado atrás para que todo se resuelva amistosamente. Es como si dijera a mi abogado: tal como están las cosas, me siento muy culpable, por lo tanto no las empeoremos. Quiero a Serena. Es una mujer incomparable y pienso lo mejor de ella. Pero no quiero vivir sin sentimientos. Esperaba que ella lo enfocase más o menos del mismo modo.

—Y así es —dije—, pero pensé que valía la pena investigar el contexto que enmarcó la muerte de Lorna.

—Entiendo. Como es natural, lo sentí mucho cuando me enteré de lo que le había sucedido. Era una joven sincera y despierta, y por lo que sé, se llevaba bien con todo el mundo. —Advertí que consultaba la hora con el pretexto de ajustarse la correa del reloj.

—Será mejor que me vaya —dije, removiéndome en la silla—. Se nota que está usted en otra parte.

—Ahora que lo dice, supongo que sí. Espero que no se lo tome usted como una grosería.

—En absoluto. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado. Voy a estar dos días fuera de la ciudad y puede que le haga otra visita, si usted me lo permite.

—Desde luego que sí. A veces es difícil localizarme, pero no tiene usted más que hablar con Melinda. El sábado cerraremos para hacer reparaciones y el mantenimiento; si me necesita, aquí estaré.

—Lo tendré en cuenta. ¿Me avisará si se le ocurre algo de importancia?

—Naturalmente —dijo.

Me deshice de otra tarjeta de visita. Nos dimos la mano por encima de la mesa y me acompañó hasta la salida. Dos inspectores aguardaban junto al escritorio de Melinda. El hombre llevaba tejanos, camisa de vestir y zapatillas de lona. La inspectora vestía mucho mejor. Roger los saludó con cordialidad y al dirigirse con ellos hacia el pasillo se despidió de mí con la mano.

Volví a la oficina. Era primera hora de la tarde y los débiles rayos del sol trataban de abrirse paso por entre la capa de nubes. El cielo estaba blanco y la hierba era de un vivo matiz verde lima. Febrero se anuncia en Santa Teresa con una explosión de geranios rojos, buganvillas magenta y capuchinas anaranjadas. Estaba ya tan acostumbrada a moverme en la oscuridad que la

luz me deslumbraba y los colores me parecían demasiado fuertes. La noche se me antojaba más dulce, como un líquido que lo envolviese todo, fresco y apaciguador. De noche, las sombras mezclaban todo el follaje, fundían y simplificaban lo que la luz diurna dividía contrastando los objetos y enfrentándolos entre sí.

Entré por la puerta de servicio, me instalé detrás de mi mesa y me puse a revolver papeles como guiada por un objetivo concreto. Estaba demasiado cansada para hablar con alguien y la falta de sueño me sentaba como una droga. Como si hubiera estado fumando porros durante los dos últimos días. Se me había escurrido toda la energía como serrín que se hubiera filtrado por un agujero en el zapato. Al mismo tiempo, el exceso de café me producía una especie de crepitación en el centro del cerebro, como si este fuese una antena que captase señales de radio procedentes del espacio exterior. Los venusianos lanzarían en cualquier momento advertencias tocantes a una invasión inminente y yo iba a estar demasiado descentrada para avisar a la policía. Apoyé la cabeza en la mesa y me quedé como un tronco.

El teléfono sonó a los sesenta y cinco minutos de haber comenzado la madre de todas las cabezadas y el timbrazo me traspasó igual que una motosierra. Di un salto como si me hubieran pinchado en el culo. Cogí el auricular y me identifiqué, esforzándome por articular las palabras como si estuviese bien despierta.

—¿Señorita Millhone? Soy Joe Ayers. En fin, usted dirá.

No recordaba quién rábanos era aquel individuo.

—Señor Ayers, le agradezco que me haya llamado —dije con voz entusiasta—. Espere un momento, por favor. —Tapé con la palma de la mano el auricular. Joe Ayers. Joseph Ayers. Aaah. El productor de la película pomo. Me puse el auricular en el otro oído para poder tomar notas mientras hablábamos—. Tengo entendido que produjo usted una película artística en la que aparecía Lorna Kepler.

—Exacto.

—¿Podría usted detallarme cómo llegó ella a tomar parte en la película?

—No acabo de entender la pregunta.

—Creo que yo tampoco. Mire, han enviado un vídeo a su madre y esta me ha pedido que averigüe lo que pueda. Vi que era usted el productor y...

—Señorita Millhone —dijo, interrumpiéndome—, me parece que es usted quien va a darme unas cuantas explicaciones. No tenemos nada que hablar. Lorna Kepler fue asesinada hace seis meses.

—Fue hace diez meses. Y estoy al tanto del asunto. Los padres esperan obtener más información. —Incluso a mí me pareció rimbombante lo que acababa de decir, pero su irritación resultaba irritante.

—Pues de mí no va a obtener usted nada —dijo—. Me gustaría ayudarla, pero mi relación con Lorna fue muy limitada. Siento no serle útil.

Consulté las notas aprisa, procurando hablar rápido para despertar su interés.

—¿Y los dos actores que intervinieron con ella en la película, Nancy Dobbs y Russell Turpin?

Lo oí removerse de fastidio.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me gustaría hablar con ellos.

Silencio.

—Creo que a él sé cómo localizarlo —dijo al cabo de un rato.

—¿Tiene sus señas actuales y su teléfono?

—Debo de tenerlos en alguna parte. —Oí un rumor y supuse que pasaba las páginas de un cuaderno de direcciones. Me empujé el auricular en el cuello, entre el hombro y la mandíbula, y le quité la funda al bolígrafo.

—Aquí está —dijo.

Me recitó los datos y los apunté. La dirección de Haight Street coincidía con la que me había proporcionado el servicio de información de la compañía telefónica.

—Estupendo —dije—. Un millón de gracias. ¿Y la señorita Dobbs?

—Ahí no puedo ayudarla.

—¿Sería tan amable de decirme cuál es su agenda de actividades para las próximas cuarenta y ocho horas?

—¿Qué tienen que ver mis actividades con el asunto?

—Quiero conocerlo personalmente.

Percibí al otro lado del hilo el zumbido agudo que le producían las células cerebrales mientras procesaban la petición.

—La verdad es que no entiendo para qué. Apenas conocía a Lorna. Puede que coincidiera con ella cuatro días a lo sumo.

—¿Recuerda cuándo la vio por última vez?

—No. Sé que no la vi después del rodaje y de eso hizo un año en diciembre. Aquella fue la primera y única vez que trabajamos juntos. Como la película no se distribuyó al final, no tenía ningún motivo para reanudar el contacto.

—¿Por qué no se distribuyó?

—No creo que eso sea de su incumbencia.

—¿Qué pasa? ¿Es un secreto?

—No es ningún secreto, pero tampoco asunto suyo.

—Lástima. Esperaba que nos fuera usted de ayuda.

—Señorita Millhone, ni siquiera sé quién es usted. Me llama y deja un mensaje en el contestador con un teléfono cuyo prefijo no sé de dónde será. Usted podría ser cualquiera. ¿Por qué tendría que ayudarla?

—Es verdad. Tiene usted mucha razón. No me conoce en absoluto y no puedo obligarle a que me proporcione datos. Estoy en Santa Teresa, a una hora en avión de San Francisco. De usted no quiero nada en concreto, señor Ayers. Me limito a hacer lo que puedo para saber lo que le ocurrió a Lorna y agradecería cualquier información que me pusiera en antecedentes. No puedo obligarle a cooperar.

—No se trata de cooperar o no. Es que no tengo nada que decir. En serio.

—Lo entretendría menos de una hora.

Le oí suspirar mientras meditaba. Si hubiera colgado no me habría sorprendido. Por el contrario, siguió hablando, aunque con cautela.

—No se trata de entrar en el ramo, ¿verdad?

—¿El ramo? —Al principio pensé que se refería al ramo de la investigación privada.

—Porque si es usted una actriz de mierda, pierde el tiempo. No me interesa el tamaño de sus tetas.

—Le aseguro que no. Lo que hago es totalmente legal. Puede usted comprobar mis credenciales llamando a la Jefatura de Policía de Santa Teresa.

—No ha podido llamarme en peor momento. Acabo de volver de un viaje de seis semanas por Europa y mi mujer ha organizado para esta noche no sé qué celebración a la que estoy obligado a asistir. Ha gastado una fortuna y no conozco a la mitad de los invitados. Lo cierto es que estoy hecho polvo.

—¿Y mañana?

—Peor aún. Tengo que ocuparme de ciertos asuntos.

—¿Esta noche entonces? Podría estar ahí dentro de un par de horas.

No contestó en el acto, pero era palpable su contrariedad.

—Mierda. Está bien, caramba —dijo—. Si va a venir en serio, llámeme. Si estoy de humor, nos veremos. Si no, lo siento mucho. Es todo lo que puedo hacer y aun así es probable que me arrepienta.

—Estupendo. Acepto el trato. ¿Podré localizarlo en este mismo número?

Dio un suspiro, sin duda mientras contaba hasta diez. Estaba tan cabreado conmigo que casi éramos amigos.

—Estoy en mi casa. Ya que estamos en ello, apunte la dirección. Sospecho que puede resultar usted muy molesta si no se sale con la suya.

—Soy terrible —dije. Y apunté la dirección.

—Me voy a dormir —replicó. Oí el aldabonazo que produjo al colgar de golpe.

Llamé a Lupe, mi agente de viajes, y le dije que me hiciera una reserva en el primer vuelo. Por desgracia, estaba todo vendido hasta las nueve. Me puso en lista de espera y me dijo que me dirigiera al aeropuerto. Volví a casa y metí un par de cosas en un petate militar. En el último instante recordé que no había dicho a Ida Ruth dónde iba a estar. La llamé a su casa.

He aquí lo que me dijo cuando supo que iba a coger el avión de San Francisco:

—Espero que te pongas algo más presentable que unos tejanos y un jersey de cuello alto.

—Me ofendes, Ida Ruth. Se trata de un viaje de trabajo —dije.

—Sí, sí. Baja los ojos y dime lo que llevas puesto. En fin, chica, no te molestes. Seguro que llamas la atención. ¿Tienes algún teléfono donde se te pueda localizar?

—No sé dónde estaré. Te lo diré nada más llegar.

—Déjame en el contestador del bufete. Cuando llegues a San Francisco, ya estaré durmiendo —dijo—. Ten cuidado.

—Sí, señora. Prometido.

—Y toma vitaminas.

—Descuida. Nos veremos cuando vuelva —dije.

Limpié la casa por si el avión se estrellaba y saqué la basura para tener un detalle final con los dioses. Como todo el mundo sabe, el día que olvide este importante ritual, el avión se irá al carajo y todos pensarán que era una vaga. Por otro lado, me gusta tener la casa en orden. Después de hacer un viaje quiero encontrar limpieza y armonía, no suciedad y descuido.

Al llegar al aeropuerto, dejé el VW en el aparcamiento de tiempo indefinido y volví andando a la terminal. Al igual que casi todos los edificios públicos de Santa Teresa, el aeropuerto evoca vagamente el estilo colonial español: estructura de planta y media con las fachadas enlucidas, tejas rojas, arcos y una escalera lateral de trazado curvo. Dentro de la terminal sólo hay cinco puertas de embarque, más un pequeño quiosco de prensa en la planta baja y una discreta cafetería en la planta superior. Recogí el pasaje en el mostrador de United y di mi nombre al agente por si quedaba alguna plaza libre en un vuelo anterior. No hubo suerte. Busqué un asiento por allí cerca, apoyé la cabeza en el puño y dormité como una vagabunda hasta que se anunció mi vuelo. Durante la espera podría haber llegado a San Francisco en coche.

El avión era un pequeño utilitario de quince asientos, diez de los cuales estaban ocupados. Me concentré en la satinada revista de la compañía aérea que había en el bolsillo trasero del asiento de delante. Era mi ejemplar gratuito (eso decía en la portada), donde «gratuito» quería decir demasiado aburrido para dar dinero a cambio. Mientras los motores zumbaban con los agudos gemidos de las motos de carreras, la azafata recitó las fórmulas rituales que preceden al despegue. No oímos ni una sola palabra, pero por el movimiento de los labios percibimos el sentido general.

Despegamos entre sacudidas y convulsiones, pero el aparato se estabilizó cuando ganó altura. La azafata recorrió el pasillo con una bandeja, ofreciendo vasos de plástico transparente con zumo de naranja o Coca-Cola y bolsas a prueba de niños con almendras garrapiñadas o cacahuets, a elegir. Las compañías aéreas, que han aguzado el ingenio para reducir gastos, han limitado últimamente la cantidad de cacahuets a una cucharada sopera por persona. Partí por la mitad los que me tocaron y me los fui comiendo de uno en uno, mejor dicho, de medio en medio, para prolongar la experiencia.

Mientras seguíamos la línea de la costa por el negro cielo nocturno, las poblaciones de tierra parecían discontinuas agrupaciones de luces. A aquella altura eran como solitarias colonias de otro planeta, con tramos oscuros entre lo que a la luz diurna serían montañas. Estaba desorientada por el paisaje. Traté de localizar Santa María, Paso Robles y King City, pero me fallaba el sentido del tamaño y de las distancias. Podía ver la Nacional 101, pero la autopista tenía un aspecto antinatural y desconocido desde donde me encontraba.

Llegamos a San Francisco en poco menos de hora y media. Al descender vi las farolas municipales como onduladas líneas de puntos que seguían el relieve montañoso igual que un mapa orográfico. Aterrizamos en una terminal de transbordo tan alejada que habían puesto un cordón de empleados a lo largo de la pista para indicarnos por dónde se iba a la civilización. Entramos en el

edificio de la terminal por las escaleras de servicio, como si fuéramos inmigrantes ilegales, y acabamos en un pasillo de aire conocido. Me detuve en un quiosco de prensa, compré un plano de la ciudad en condiciones y busqué el mostrador de la agencia de alquiler de coches, donde rellené los formularios de rigor. A eso de las once y cinco ya estaba en la 101, rumbo al norte y a la ciudad.

La noche era fría y estaba despejada. Las luces de Oakland y Alameda podían verse a la derecha, al otro lado de la bahía. El tráfico circulaba con rapidez y la ciudad comenzó a adquirir forma a mi alrededor como un vestido de tubos de neón. Un kilómetro más allá de Market Street, en Golden Gate Avenue, la 101 tocó tierra y se transformó en carretera de superficie. Llegué a Van Ness, torcí a la izquierda y luego otra vez a la izquierda para entrar en Lombard. A ambos lados de la arteria de cuatro carriles había cafeterías y moteles de todos los aspectos y tamaños. Como no quería desperdiciar energía de más en el plan, me inscribí en el Motel Del Rey, que fue el primero que vi con el rótulo de «Habitaciones libres». Lo único que necesitaba era una habitación donde no tuviera que ir continuamente con los zapatos puestos por culpa de la suciedad. Pedí una habitación alejada del ruido del tráfico y me dieron la 343, que estaba en la parte posterior.

El motel era de esos establecimientos que dan por sentado que el cliente va a robar todo lo que pille. Los percheros estaban hechos de modo que los ganchos no podían descolgarse de la barra. En el televisor había una etiqueta que decía que desenchufar el cordón y mover el aparato disparaba una alarma imposible de desconectar por el cliente. El radiodespertador estaba sujeto con tornillos a la mesita de noche. Era un establecimiento preparado para afrontar la visita de rateros listos y artistas del escamoteo. Pegué el oído a la pared por si había alguien acechando en la habitación contigua. Una rítmica sucesión de ronquidos rasgaba el silencio. Me senté en el borde de la cama y llamé al bufete, en cuyo contestador dejé a Ida Ruth el teléfono del motel. Ya que estaba en ello, llamé a mi casa para oír los mensajes de mi contestador sirviéndome del aparato de control remoto. Nada. Lo que significaba que tendría que volver a llamar más tarde.

Era casi medianoche y notaba que se me escurría la energía por los poros. Desde que había renunciado a la vida diurna para trabajar de noche, había advertido que cada vez era más difícil prever las bajadas de ánimo. Suspiraba por dejarme caer de espaldas y dormir vestida. Me incorporé antes de que la idea se volviese demasiado seductora. En el cuarto de baño había un rótulo que avisaba de la prolongación de la sequía y rogaba a los clientes que utilizarasen la menor cantidad posible de agua. Me di una ducha ultrarrápida (y con sentimiento de culpa) y me sequé con una toalla áspera como papel de lijar. Puse el petate en la cama, saqué bragas y pantalones limpios, y a continuación la prenda milagrosa, el negro vestido multiuso. No hacía mucho, la susodicha prenda había quedado empapada con agua de acequia que olía a hongos patógenos y a un variado surtido de criaturas de las charcas. La había enviado varias veces al tinte durante los meses siguientes y estaba ya como nueva..., siempre que no se oliscara de cerca. El tejido era un fiel reflejo de los últimos adelantos científicos: ligero como una pluma, no se arrugaba, se secaba al instante y era irrompible. Varias amistades habían desestimado esta última cualidad y me habían rogado que lo tirase a la basura y me comprase otro. No acababa de comprender el motivo. De manga larga y cuello cerrado, era ideal (bueno, indicado) para cualquier ocasión. Me lo había puesto para asistir a bodas, entierros, fiestas y juicios. Lo sacudí, abrí la cremallera y me introduje a la vez en el vestido y en los zapatos negros sin tacón. Nadie me confundiría con una modelo, pero al menos se me tomaría por una mujer adulta.

Según el plano y las direcciones que tenía, Joseph Ayers vivía en Pacific Heights. Extendí el plano en el asiento del coche y dejé encendida la luz interior para saber por dónde iba. Giré a la izquierda para entrar en Divisadero y puse rumbo a Sacramento Street. Recorrí la zona al llegar. A pesar de la hora, no era difícil encontrar la residencia de los Ayers. Todas las luces de la casa estaban encendidas y el continuo flujo de invitados que llegaban o se iban aprovechaba el servicio de aparcamiento de la entrada. Confié el coche a uno de los jóvenes negros endomingados con pantalón negro y camisa blanca de etiqueta. Delante de mí había un Mercedes y detrás un Jaguar.

La verja estaba abierta y a los últimos en llegar se les desviaba por el lateral del edificio hacia el jardín de la parte trasera. El hombre de esmoquin que controlaba el acceso a la fiesta puso cara de preocupación al ver mi vestido.

—Buenas noches, ¿me enseña la invitación?

—No he venido por la fiesta. Estoy citada con el señor Ayers en persona.

Advertí la duda en su cara; pero como le pagaban por sonreír, me dedicó lo que podía comprarse por el salario mínimo.

—Llame al timbre de la puerta principal. Le atenderá una de las doncellas.

El edificio estaba rodeado por una estrecha franja ajardinada, envidiable a juzgar por los parámetros que rigen en San Francisco, donde las casas suelen construirse pegando pared con pared. Habían plantado un alto seto inmediatamente detrás de la cerca de hierro labrado con objeto de aumentar la sensación de intimidad. Avancé por el sendero de ladrillo. La hierba de ambos lados era de un verde tierno y había sido cortada hacía poco. La casa consistía en tres plantas de un ladrillo rojo que el tiempo había vuelto del color de las sandías maduras. Todas las ventanas de vidrios emplomados estaban enmarcadas en piedra gris. El tejado, a cuatro aguas, era de pizarra gris y toda la fachada principal estaba bañada por luces indirectas. De la parte trasera llegaban las voces de los numerosos invitados, amplificadas a causa del alcohol y por encima de las notas de un conjunto de tres músicos. De vez en cuando, una carcajada salía disparada igual que un cohete y estallaba con sonido blando en la silenciosa oscuridad de las calles adyacentes.

Llamé al timbre, tal como me habían dicho. Una doncella de uniforme negro abrió la puerta y se hizo atrás para que pasara. Le dije mi nombre y que el señor Ayers me esperaba. No puso cara rara al verme y por lo visto el vestido negro multiuso le pareció muy bien, gracias. Asintió con la cabeza y se alejó, dejándome sola el tiempo suficiente para percatarme de cuanto me rodeaba. El vestíbulo era circular y una escalinata de mármol negro, situada a la derecha, subía trazando una curva. El techo estaba a dos plantas de altura y de él colgaba una araña que derramaba una cabellera de prismas dorados y destellantes. Un terremoto la desprendería cualquier día y la doncella quedaría más aplastada que un coyote de dibujos animados.

Al poco apareció otro hombre vestido con esmoquin que me condujo hacia la parte trasera de la casa. Los suelos eran de losas de mármol blancas y negras, ordenadas como un damero. Los techos de las habitaciones que dejábamos atrás se alzaban a casi cuatro metros de altura y estaban bordeados por festones de escayola y extraños diablillos que nos observaban. Las paredes del pasillo estaban cubiertas de seda burdeos y acolchadas para amortiguar los ruidos. Lo miraba todo con tanta atención que estuve a punto de comerme una puerta. El mayordomo siguió andando discretamente y sin hacerme el menor caso cuando lancé el grito de sorpresa.

Me introdujo en la biblioteca y al marcharse juntó las puertas de corredera. Una gigantesca alfombra oriental cubría el suelo de taracea con un amable dibujo malva. Un pesado y antiguo

escritorio de caoba, teca e incrustaciones de bronce desequilibraba la habitación hacia la izquierda. Los muebles —un sofá gigantesco y tres sillones de brazos y de construcción sólida— estaban tapizados en cuero granate. Era una estancia funcional que se utilizaba de continuo, no una elegante acumulación de objetos para impresionar. Vi archivadores, un ordenador personal, un fax, una fotocopiadora y un teléfono de cuatro líneas. Los estantes de caoba que cubrían tres paredes estaban llenos de libros y un sector estaba dedicado a guiones de cine en cuyo lomo podía verse el título escrito en mayúsculas.

En la cuarta pared había ventanales con parteluz que daban al vallado terreno de atrás, donde la fiesta estaba en plena marcha. Había subido el nivel sonoro, pero el ruido quedaba amortiguado por los vidrios. Me acerqué a las ventanas y contemplé al gentío. Una parte del gigantesco jardín había sido cubierto para la ocasión como si fuera una tienda de campaña, y la lona roja transparentaba el resplandor de las velas que ardían dentro. En lo alto y a lo largo del perímetro se habían puesto estufas de gas propano para caldear el helado aire nocturno. De todos los árboles jóvenes colgaban ristas de bombillas pequeñas. Todas las ramas estaban moteadas de puntos de luz. Sobre las mesas había manteles de raso rojo. En los floreros del centro destacaban rosas y claveles de color bermejo. Los asientos de las sillas plegables eran redecillas rojas. Los del *catering* no habían acabado de preparar la cena fría de medianoche: morcillas de sangre frita, sin lugar a dudas.

Las invitaciones, era evidente, habían concretado la indumentaria exigida. Los hombres llevaban esmoquin negro y todas las mujeres iban de largo, alternando el color rojo y el negro. Las mujeres eran delgadas y tenían un pelo que era puro adorno, teñido con ese extraño rubio californiano que fascina a las cincuentonas. Todas tenían el cutis impecable, aunque por arte de cirugía parecían tener la misma edad. Sospeché que lo que allí había no era precisamente la crema de la sociedad de San Francisco. Más bien era la rica nata que había llegado tan cerca del gollete de la botella como el dinero y las ambiciones personales permitían en el curso de una sola generación. La intuición me decía que mientras bebían con el ojo puesto en las mesas del bufé ponían de vuelta y media a los anfitriones.

—Si tiene hambre, puedo ordenar que le traigan algo de comer.

—No, gracias —dije automáticamente mientras me volvía. La verdad es que tenía un hambre de lobo, pero me habría sentido en desventaja atracándome en presencia de aquel hombre—. Kinsey Millhone —dije, tendiéndole la mano—. Gracias por recibirme esta noche.

—Joseph Ayers —dijo. Seguramente estaba a punto de cumplir los cincuenta y tenía el aire preocupado del ginecólogo que va a dar malas noticias. Llevaba gafas de cristales grandes y montura maciza de carey. Tendía a mantener la cabeza gacha, con los ojos sombríamente alzados. El apretón de manos que me dio fue firme y su piel era tan fina que parecía llevar puestos guantes quirúrgicos. Tenía la frente surcada de arrugas y la cara alargada, efecto que contribuían a acentuar los pliegues que le rodeaban la boca y le recorrían las mejillas. El pelo negro empezaba a ralearle en la coronilla, pero era innegable que antaño había sido muy apuesto. Vestía el esmoquin de rigor. Si aún estaba cansado a causa de las muchas horas de avión, no se le notaba. Me hizo una seña para que me acomodara en uno de los sillones de cuero y tomé asiento. Hizo lo propio al otro lado de la mesa, se llevó el índice a los labios y lo agitó con aire meditabundo mientras me observaba—. He de admitir que es usted fotogénica. Tiene una cara interesante.

—No se lo tome a mal, señor Ayers, pero he visto una película suya. Las caras son lo de

menos.

Esbozó una sonrisa.

—No cante victoria. Hubo una época en que el público quería mujeres voluptuosas y macizas, al estilo de Marilyn Monroe; prietas de carnes hasta un punto casi grotesco. Hoy queremos algo un poco más realista. Y no es que quiera convencerla de nada.

—Me quita un peso de encima —dije.

—De joven estudié en la Escuela de Cinematografía —dijo como si le estuviese obligando a darme explicaciones—. Igual que George Lucas y Oliver Stone. No es que quiera compararme con ellos. Soy un académico convencido. Es lo que siempre he querido subrayar.

—¿Han visto lo que hace usted?

Hizo un rápido movimiento de cabeza en dirección a la ventana.

—Siempre he dicho que estaba dentro de la industria, cosa que es verdad o por lo menos lo era. Hace un año vendí la compañía a una multinacional. Por eso he estado en Europa estas semanas, atando cabos sueltos.

—Debió de irle muy bien.

—Mejor que a los productores normales de Hollywood. Necesitaba poco dinero y nunca tuve que aguantar ni a dirigentes sindicales ni a jefes de estudios. Si quería hacer una película, la hacía y punto, así de fácil —dijo chascando los dedos a modo de ilustración—. Cada película que he hecho ha sido un éxito inmediato y eso es más de lo que la mayoría de productores hollywoodenses puede decir.

—¿Qué hay de Lorna? ¿Cómo la conoció?

—Me encontraba en Santa Teresa hace cosa de dos años durante el fin de semana en que se celebraba el Día de los Caídos. La vi en el bar de un hotel y le pregunté si le interesaba la interpretación cinematográfica. Se echó a reír en mis barbas. Le di mi tarjeta y un par de vídeos. Unos meses más tarde me llamó para decirme que estaba interesada. Hice los preparativos para el rodaje. Vino a San Francisco, trabajó en el plato sesenta horas y le pagué por ello dos mil quinientos dólares. Eso es todo.

—Sigue intrigándome que la película no se distribuyera al final.

—Digamos que no me convenció el acabado del producto. Parecía una película barata y el movimiento de cámara era un desastre. La compañía que me compró la productora terminó por aceptarme la filmoteca entera, pero esa cinta en concreto no se incluyó en el trato.

—¿Sabía que Lorna era puta de tapadillo?

—No, pero no me sorprende. ¿Sabe cómo llaman a esas personas? Obreras del sexo. Una obrera del sexo puede hacer cualquier cosa: masajes, bailes exóticos, prostitución telefónica, vídeos lesbianos, revistas de porno duro. Vienen a ser las vendimiadoras del ramo. Van a donde hay trabajo, a veces de ciudad en ciudad. No digo que ella se dedicara a esto. Me limito a darle una imagen general del asunto.

Lo miré con fijeza, pasmada del talante práctico con que me contaba aquello.

—¿Y usted? ¿Qué relación tenía con ella?

—Me encontraba en Londres cuando la mataron. Me fui el veinte.

Pasé por alto la inconsecuencia, aunque me llamó la atención. Al hablar por teléfono había dado a entender que no sabía la fecha exacta de la muerte de la joven. Puede que para recibirme se hubiese sometido a una auditoría interna. Abrió un cajón y sacó un papel.

—He consultado la nómina de la película en que trabajó Lorna. Aquí figuran el nombre y la dirección de dos miembros del equipo técnico con quienes he estado en contacto desde entonces. No le garantizo que sigan en San Francisco, pero por algún sitio hay que empezar.

Cogí el papel, lo miré y reconocí los nombres por la lista que había elaborado anteriormente. Los dos teléfonos de San Francisco se habían dado de baja.

—Le agradezco el favor —dije. «Aunque no me sirve de nada», añadí mentalmente.

Se puso en pie.

—Ahora, si me disculpa, tengo que hacer acto de presencia antes de irme a dormir. ¿Seguro que no le apetece tomar una copa?

—No, gracias. Tengo mucho que hacer y voy a estar poco tiempo en la ciudad.

—La acompañaré a la puerta —dijo con educación.

Fui tras él por la escalinata de mármol blanco, por el vestíbulo y por una amplia habitación vacía de techo abovedado y suelo de madera noble clara y encerada. En un extremo había un pequeño escenario teatral.

—Ahora que ha vendido la productora, ¿a qué se dedica?

—Esto es el salón de baile —dijo al percibir curiosidad en mi cara—. Mi mujer tuvo que restaurarlo. Organiza bailes de caridad para combatir enfermedades que sólo padecen los ricos. Volviendo a su pregunta, no voy a dedicarme a nada.

—Suerte que tiene.

—No es suerte. Ha sido mi meta desde el comienzo. Soy de los que se rigen por objetivos fijos. Debería hacer usted otro tanto.

—Totalmente —dije.

Ya en el vestíbulo, nos dimos la mano. Cerró la puerta antes de que yo llegara al sendero del jardín. Recogí el coche y di al mozo un dólar de propina. Por la cara que puso, todo el mundo debía de darle cinco.

Consulté el plano. El número de Haight Street donde vivía Russell Turpin no quedaba lejos. Me dirigí al sur por Masonic Avenue y crucé el Golden Gate Park por el Panhandle. Haight se encontraba a dos manzanas de allí y la dirección que buscaba a cuatro manzanas nada más.

Las aceras estaban atestadas de peatones. Aún se veían restos de la pasada celebridad de Haight-Ashbury: mercadillos de ropa usada y librerías de viejo, restaurantes rústicos, una clínica con escaparates. Por la calle, muy iluminada, todavía había mucho tráfico. Los viandantes iban acicalados como los hippies de antaño y aún llevaban pantalón acampanado, aros en la nariz, melena rizada, tejanos rotos, cuero, pinturas faciales, pendientes por todas partes, mochila y botas hasta la rodilla. De los bares salía música a todo volumen. Los chavales haraganeaban delante de las puertas con cara de colocados, aunque tal vez con drogas más exóticas que la hierba y los barbitúricos.

Di la vuelta y tracé un círculo de ocho manzanas —dos abajo, dos transversales, dos arriba, dos atrás— para encontrar un sitio donde dejar el coche. La ciudad de San Francisco parece estar mal pertrechada para alojar a todos los vehículos que circulan por el municipio. A la hora de aparcar, los coches se apretujan contra cada metro de bordillo disponible en línea recta, se ponen de costado en las laderas montañosas, en batería en las aceras y se empotran en los edificios. Los parachoques delanteros están prácticamente pegados a las bocas de incendios mientras los traseros se meten en las zonas señalizadas en rojo. Encontrar sitio en un garaje es como si tocara

la lotería y todos los caminos de acceso a las casas particulares están poblados de rótulos que prohíben el paso a los intrusos.

Cuando encontré sitio para aparcar era casi la una de la madrugada. Giré para entrar en Baker Street y me lancé sobre un hueco en el momento en que lo abandonaba otro vehículo. Revolví el fondo del bolso hasta que di con la linterna de bolsillo. Cerré el coche y subí por la ladera la media manzana que faltaba hasta Haight. Todos los edificios eran de cuatro o cinco plantas, macizos, de colores apastelados. Algún que otro arbolillo ponía un gracioso toque verde. Aún había luz en muchos ventanales. Desde la calle veía, en una menguante serie de ángulos agudos, campanas de chimenea, audaces cuadros abstractos, paredes blancas, estanterías con libros, plantas colgantes y aleros.

La dirección que buscaba resultó que era un «cuádruplex» de sucias tejas marrones, muy «moderno», encajonado entre dos edificios Victorianos de madera. La farola estaba fundida y tuve que adivinar que uno era de color rojo apagado y el otro de color añil azulenco con (quizás) una mano de blanco en marcos y molduras. En la oscuridad, ambos parecían pintados con matices del gris sucio. En cierta ocasión hablé con un pintor que trabajaba en unos estudios de cine. Decía que para una película en blanco y negro se empleaba pintura marrón de once matices distintos. Lo que me rodeaba tenía el mismo aspecto, un paisaje huero de color, reducido a las tonalidades castañas y marrón chocolate. Las gradaciones eran infinitas, pero sólo visibles para los espíritus noctámbulos.

Al parecer, Turpin vivía en un piso de la primera planta y respiré de alivio al ver que en el cartoncito escrito a mano que había junto al timbre figuraban el apellido «Russell» y el nombre de su compañera de piso, una tal Cherie Stanislaus. Pegué la nariz a la puerta de cristales y vi un vestíbulo adornado con un bonito papel de pared y una puerta a cada lado. Al fondo había una escalera que torcía a la izquierda y se perdía de vista, girando seguramente sobre su eje para dar a un vestíbulo idéntico. Retrocedí hasta la calzada y miré las ventanas del primer piso. Había luz en las habitaciones que daban a la fachada, lo que indicaba que los moradores aún estaban despiertos.

Al ascender por los peldaños de la puerta oí un taconeo femenino a mi espalda. Me detuve y miré hacia atrás. La rubia que subía los peldaños llevaba un maquillaje tan blanco que parecía del más allá. Se había retocado los ojos a conciencia, maquillándose los párpados con dos tonalidades de sombra de ojos y bordeándolos con lápiz negro, aparte de las pestañas postizas. Era de frente alta y llevaba el pelo cardado en la parte superior del cráneo y sujeto atrás con un llamativo pasador de concha; el resto lo llevaba largo, liso, normal y dividido a la altura del hombro, de suerte que una parte le colgaba por la espalda; sobre los pechos le caía una masa de rizos. Los pendientes tenían forma de grandes signos de interrogación. Vestía una camiseta ceñida de color oscuro y una sinuosa falda negra con un corte lateral. Era estrecha de caderas y lisa de estómago. Sacó un llavero y me dirigió una mirada larga y fría mientras abría la puerta de la calle.

—¿Buscas a alguien?

—A Russell Turpin.

—Pues has venido al lugar indicado. —Sonrió con contención, sin hostilidad, pero tampoco cálidamente—. Ahora no está, pero si quieres esperarle, puedes subir. Es mi compañero de piso.

—Gracias. ¿Eres Cherie?

—La misma. ¿Y tú?

—Kinsey Millhone —dije—. Dejé un mensaje en vuestro contestador...

—Lo recuerdo. Eres amiga de Lorna —dijo. Empujó la puerta y entré tras ella. Se detuvo para cerciorarse de que la puerta se cerraba y reanudó la marcha hacia las escaleras. La seguí. Tras haber mentido por teléfono, tenía que decidir si jugar limpio en lo sucesivo.

—La verdad es que no conocía a Lorna personalmente —dije—. Soy detective e investigo su muerte. ¿Sabíais que la mataron?

—Y tanto que sí. Me alegro de que lo menciones. A Russell no le entusiasmaba la idea de comunicar la mala noticia. —Llevaba medias de malla negra y los tacones, bisturíes de siete centímetros, le formaban altorrelieves en las pantorrillas. Cuando llegamos al descansillo de la primera planta, abrió la puerta del piso «C». Se quitó los zapatos con mueca de alivio y anduvo por la sala de estar calzada sólo con las medias. Pensé que iba a encender alguna lámpara de mesa, pero por lo visto se conformaba con la oscuridad—. Ponte cómoda.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Supongo que en cualquier momento. No le gusta estar fuera a estas horas. —Encendió la luz de la cocina, que podía entreverse a través de los postigos que descansaban en el mármol. Abrió los postigos. Por la ventanilla vi que sacaba dos bandejas de cubitos de hielo, que desgajó y puso en un cubo de material plástico—. Voy a prepararme un trago. Si quieres otro, dilo. Me fastidia hacer de anfitriona, pero por una ronda no hay inconveniente. Tengo abierta una botella de Chardonnay, por si te apetece. Tienes pinta de darle al vino blanco.

—Sí, gracias. ¿Necesitas ayuda?

—¿Y quién no? —apostilló—. ¿Trabajas en la ciudad?

—Soy de Santa Teresa.

Ladeó la cabeza y me observó por la ventanilla.

—¿Por qué has venido desde allí para ver a Russell? Espero que no sea un sospechoso.

—¿Eres su novia? —Me dije que ya era hora de hacer yo las preguntas.

—Yo no lo diría de ese modo. Nos gustamos, pero no somos exactamente una pareja. Russell prefiere dárselas de pajarito libre y sin compromiso. Es de esos.

Eché varios cubitos de hielo en un vaso largo y lo llené hasta la mitad de whisky escocés. Le añadí agua carbónica con un sifón de verdad, de esos que se ven en las películas antiguas. Probó un sorbo, sufrió un leve escalofrío, lo dejó a un lado y cogió una copa de la alacena. La miró a contraluz y llegó a la conclusión de que no estaba totalmente limpia. La enjuagó y la secó. Sacó la botella de Chardonnay del frigorífico, me llenó la copa, metió la botella en una nevera portátil y la dejó en el mármol. Me acerqué a la ventanilla y cogí la copa que me tendía.

—No sé si lo sabes, pero Russell lo tiene fatal —dijo.

—No me digas. No lo conozco.

—Te lo digo yo. ¿Quieres saber por qué? Porque la tiene como un semental.

—Ah —dije. Lo podía garantizar porque lo había visto en acción.

Sonrió.

—Me gusta ese «ah». Es diplomático. Vamos a mi habitación y hablaremos mientras me cambio. Si no me quito la faja, se me van a salir las tripas por la boca.

En el dormitorio de Cherie los muebles eran de los años cincuenta, de madera clara y líneas curvas. Se sentó ante un tocador de espejo redondo en el cuerpo central y dos grandes cajones a los lados. Encendió una lámpara de mesa y dejó el resto de la estancia bañado en sombras. Había dos camas idénticas con cabecera de madera clara, una mesilla de noche también de tonos claros, un antiguo tocadiscos de cuarenta y cinco revoluciones y de brazo grueso y negro, y una silla de director de cine de hierro forjado y lona negra, llena de ropa sucia. Opté por quedarme de pie y apoyarme contra la jamba de la puerta.

Se quitó la faja y los pantis, los tiró al suelo y se volvió para mirarse en el espejo. Se inclinó hacia delante para observarse las patas de gallo con mirada crítica. Cabeceó con asco.

—¿Verdad que envejecer es una mierda? A veces pienso que debería suicidarme para acabar de una vez.

Extendió una toalla blanca y limpia, y cogió un tarro de crema limpiadora, un tónico para el cutis, discos de algodón y bastoncitos de punta absorbente, al parecer como preámbulo para la operación desmaquilladora. He tenido ante mí a dentistas menos escrupulosos a la hora de preparar el instrumental.

—¿Conociste a Lorna? —pregunté.

—Me la presentaron, pero no la «conocí».

—¿Qué pensabas de ella?

—Le tenía envidia, como es lógico. Era lo que suele llamarse «una belleza natural». Sin el menor esfuerzo. Como para hacerte vomitar. —Me miró a los ojos por el espejo—. Tú apenas llevas maquillaje y seguramente no sabes lo que es esto, pero yo me paso horas embadurnándome, aunque no sé para qué. Quince minutos en la calle y todo desaparece. El lápiz de labios se va. La sombra de ojos se mete en esta arruga..., fíjate. El rímel se ha pasado al párpado superior. Cada vez que me sueno la nariz, la base se queda en el pañuelo como si fuera pintura. A Lorna le pasaba todo lo contrario. Nunca tenía que hacer nada. —Se arrancó una pestaña postiza y la depositó en un estuche, donde quedó encajada y semejante a un guiño. Se arrancó la otra y la puso al lado de la anterior. Ahora parecían dos ojos cerrados que durmieran—. Lo que habría dado por tener una piel como la suya —añadió—. En fin. ¿Qué puede hacer una pobre chica como yo? —Se llevó la mano a la frente y se levantó el pelo. Debajo de la peluca llevaba lo que parecía un gorro de baño. Su voz recuperó el natural registro de barítono cuando se dirigió a mi reflejo—. ¡Bueno! Aquí tienes a Russell. Mucho gusto en conocerte —dijo Russell. Cherie desapareció como en una sesión de magia y en su lugar quedó un hombre de aspecto algo idiota. Se giró y adoptó una pose

—. Sé sincera. ¿A quién prefieres?

—Cherie me gusta —dije sonriendo.

—A mí también —replicó. Se giró y volvió a observarse de cerca en el espejo—. No sabes lo molesto que es despertarse todas las mañanas con barba. ¿Y qué me dices del pene? Dios mío. Imagínatelo debajo de las braguitas de encaje. Un gusano gordo, viejo y feo. Me mata de miedo. —Empezó a ponerse leche limpiadora en la cara y a quitarse el maquillaje base a brochazos.

Yo no podía apartar los ojos de él. El engaño había sido total.

—¿Haces esto todos los días? ¿Te vistes de mujer?

—Casi siempre. Después del trabajo. De nueve a cinco soy Russell: corbata, americana, camisa de vestir, el equipo completo. No calzo zapatos bicolors, pero sí el equivalente moral y espiritual.

—¿En qué trabajas?

—Soy el subdirector del Circuit City local, vendo cadenas estéreo. De noche me relajo y hago lo que quiero.

—¿No te ganas la vida actuando?

—Ah. Has visto la película —dijo—. Me dieron cuatro perras y de la película no salió nada, lo cual debo decir que fue un alivio. Piensa en lo paradójico que sería hacerme famoso como Russell cuando en el fondo soy Cherie.

—Acabo de hablar con Joe Ayers en su casa. Dice que ha vendido la productora.

—Imagino que para volverse respetable. —Arqueó las cejas y esbozó una sonrisa. Su expresión sugería que aquello era imposible. Limpiada la base, cogió un disco de algodón y lo humedeció con tónico para el cutis. Empezó a quitarse la crema limpiadora y cuanto había quedado de maquillaje.

—¿Cuántas películas has hecho para él?

—Sólo aquella.

—¿Te decepcionó que no la distribuyeran?

—En su momento. Luego comprendí que no deseaba capitalizar mi herramienta. Detesto ser macho. En el fondo detesto todas las poses viriles, todo el esfuerzo que exigen. Es mucho más divertido ser hembra. A veces me tienta la idea de quitármelo, pero estoy tan bien dotado que no soporto que me intervengan quirúrgicamente. Podría interesar a algún banco de órganos —dijo. Dio un manotazo en el aire—. Pero basta de ordinarieces. ¿Qué más quieres que te cuente de Lorna?

—No sé. Has dicho que no la conocías bien.

—Eso depende de tu marco de referencia. Pasamos dos días juntos mientras se rodaba la película. Simpatizamos enseguida y nos reímos de todo. Era demasiado. Morbosilla, temeraria y con un sentido del humor retorcido. Éramos almas gemelas. Lo digo en serio. Se me rompió el corazón cuando me enteré de que había muerto. Nada menos.

—¿Fue durante el rodaje la única vez que la viste?

—No. Me la encontré por casualidad unos dos meses más tarde, había venido de compras con esa hermana suya que parece un lechón.

—¿Cuál? Tiene dos.

—¿En serio? No recuerdo el nombre, que por cierto era muy raro. Parecía una Lorna de imitación: la misma cara, pero gorda como una cerda. El caso es que las vi por la calle, cerca de

Union Square, y nos detuvimos a charlar de naderías. Estaba tan espectacular como siempre. Fue la última vez que la vi.

—¿Y la otra actriz, Nancy Dobbs? ¿Era amiga de Lorna?

—Dios mío. ¿A que era la peor intérprete? Toda rígida y sin vida.

—Era malísima —admití—. ¿Ha intervenido en otras películas para Ayers?

—Lo dudo. Bueno, no lo sé. Creo que hizo aquella para divertirse. La había contratado y elegido no sé quién en el último momento. Lorna la eclipsó. Nancy era muy ambiciosa, sin talento ni cuerpo para llegar lejos. Una de esas mujeres que no dudarían en llegar a la cumbre acostándose con todo el mundo, pero como nadie querría estar con ella, ¿adónde quieres que llegue? Menuda cerda. —Se echó a reír—. La verdad es que habría jodido con un cerdo si lo hubiera creído útil.

—¿Cómo se llevaba con Lorna?

—Por lo que sé, nunca tuvieron fricciones, pero en privado pensaban que la otra era infinitamente inferior. Lo sé porque a las dos les dio por hacerme confidencias entre las tomas.

—¿Sigue en la ciudad? Me gustaría hablar con ella.

Me miró con sorpresa.

—¿No la has visto esta noche? Pensé que habías hablado con ella en la fiestecita de Ayers.

—¿Qué hacía allí?

—Es su mujer. ¿A que es gracioso? Mientras duró el rodaje no hizo más que provocarlo. Y cuando nos dimos cuenta..., *vualá*, era la señora de Joseph Ayers, conocida dama de alcurnia. Seguramente por eso dejó Ayers el cine porno. Figúrate que saliera a relucir. Por cierto, la llama «duquesa». ¿Verdad que es pretencioso?

—¿Hubo alguna vez indicios que hicieran pensar que Joe Ayers tuviese con Lorna una relación distinta de la profesional?

—Nunca se acostó con ella, si es a eso a lo que te refieres. Creer que esos tíos se dedican a «probar la mercancía» es un tópico. Lo único que le interesaba era el dinero, te lo digo yo.

—Parece que la madre de Lorna cree que la película tuvo alguna relación con su muerte.

—Siempre cabe la posibilidad, pero ¿por qué iban a matarla por ese motivo? Si no hubiera muerto, tal vez habría llegado a ser una estrella. Los demás pasamos sin pena ni gloria, créeme. Nos alegró tanto que nos hubieran dado aquella oportunidad que creímos que era un paso importante —dijo—. ¿Y cómo se enteró la madre?

—Le enviaron la cinta.

Se me quedó mirando por el espejo.

—Un detalle de mal gusto, si fue en señal de pésame —comentó—. Tendrías que preguntarte por los motivos.

—Por amor a la verdad no fue.

Volví al motel sin sentir el menor deseo de dormir. En Santa Teresa todo está cerrado a las dos de la madrugada. En San Francisco ya habían cerrado todos los bares, pero permanecían abiertos muchos establecimientos: gasolineras, librerías, gimnasios, videoclubes, cafeterías, incluso tiendas de ropa. Me deshice de los zapatos y del vestido multiuso, y me quité los pantalones experimentando el mismo alivio que Cherie. Cuando me puse los tejanos y el jersey de cuello alto volví a sentirme yo misma. Encontré cerca del motel una casa de comidas que abría toda la noche y engullí un copioso desayuno. Volví a la habitación y eché la cadena de seguridad. Me quité las

Reebok, me puse tras la espalda todas las almohadas, cogí el expediente de Lorna y repasé las descripciones del escenario del crimen y las fotos adjuntas.

El técnico había fotografiado la casa por fuera, los patios delantero y trasero, enfocando los cuatro puntos cardinales. Había fotos de los porches delantero y trasero, de las barandillas de madera, de las ventanas. La puerta principal había estado cerrada, pero sin echar la llave, y no había indicios de que se hubiera forzado la entrada. Dentro de la cabaña no había una sola arma a la vista ni señales de lucha. Vi las manchas coloreadas donde los técnicos en huellas habían echado sus polvillos mágicos. Según el informe, se habían tomado absolutamente todas las huellas digitales y de las manos, así como casi todas las huellas latentes. Muchas eran de Lorna. Otras eran de miembros de la familia, del dueño de la casa, de su amiga Danielle y de un par de personas conocidas a quienes habían interrogado los agentes de Homicidios. Se habían limpiado no pocas superficies.

La serie de fotos de Lorna comenzaba por una vista general que determinaba su posición respecto de la puerta de la calle. Había fotos de alcance intermedio, primeros planos que incluían una regla graduada para indicar la escala. El guión fotográfico reflejaba un avance progresivo por el lugar. Me resultaba frustrante que las imágenes fueran planas, bidimensionales. Habría querido meterme en ellas, analizar todos los objetos que habían poblado las mesas, abrir los cajones, hurgar entre el contenido. Me puse a entornar los ojos, a acercarme las fotos a la cara y a alejarlas como si lo retratado pudiese perfilarse mejor por aquel procedimiento. Me quedaba mirando el cadáver con fijeza, escrutaba el fondo y memorizaba detalles captados gracias a la visión periférica.

Cuando había ido a la cabaña ya no quedaba ni un solo mueble. Sólo había permanecido intacto el esqueleto del espacio vital de Lorna: armarios de cocina vacíos, el cuarto de baño, cañerías, apliques eléctricos. Resultaba fructífero ver las fotos porque corregían mi procesamiento mental. Ya había empezado, en el recuerdo, a distorsionar el tamaño de los espacios y las distancias relativas. Repasé las fotos otra vez y luego otra más. En los diez meses transcurridos desde la muerte de Lorna se había desmantelado el escenario del crimen y aquello era lo único que quedaba. Si se demostraba alguna vez que había sido asesinato y se acusaba a un presunto culpable, era muy posible que el caso se tuviera que basar en el contenido de aquel sobre. ¿Y qué posibilidades había? ¿Qué esperaba yo averiguar a aquellas alturas? En el curso de mis pesquisas reproducía básicamente el método en espiral que se aplica para investigar el escenario de un crimen: se empieza por el centro y se avanza hacia fuera y alrededor en círculos crecientes. El problema era que yo carecía de dirección y de directriz. Ni siquiera tenía una teoría que explicase provisionalmente por qué había muerto la difunta. Me sentía como si estuviese pescando y lanzase el anzuelo con la esperanza de meterlo en la boca de un asesino. Lo único que tenía que hacer el muy truhán era mantenerse oculto y observar mi cebo desde el fondo de su escondrijo.

Hojeé el expediente al azar mientras dejaba vagar las ideas. Al margen de los homicidas circunstanciales y de los asesinos en serie, quien mata a una persona tiene que tener un motivo, una razón concreta para desear la muerte de la víctima. En el caso de Lorna Kepler, aún no conocía el motivo. Una posibilidad era el beneficio económico. La joven había tenido bienes en propiedad. Tendría que consultar este aspecto con Janice. Partiendo de la suposición de que Lorna no había tenido descendencia ni había hecho testamento, Janice y Mace eran sus legítimos

herederos. Costaba imaginárselos cometiendo un asesinato. Si había sido Janice, por ejemplo, muy imbécil tenía que ser para meterme en el embrollo. Mace era una incógnita. No cuadraba con la idea que yo tenía del padre afligido. Las hermanas eran igualmente otras tantas posibilidades, aunque ninguna de las dos parecía tener inteligencia o energía suficiente.

Cogí el teléfono y marqué el número de la Cafetería Frankie. Esta vez fue Janice quien se puso al aparato. Al fondo se oía la máquina de los discos y poco más.

—Hola, Janice. Soy Kinsey, llamo desde San Francisco.

—Bien, Kinsey, ¿qué tal le va? Siempre me llevo una sorpresa cuando llama a estas horas. ¿Ha localizado al individuo para el que trabajaba Lorna?

—He hablado con él esta noche y he localizado además a otro de los actores que aparecían en la película. Aún no me he formado una opinión sobre ninguno de los dos. Pero se me ha ocurrido algo. ¿Podría usted consultar los balances económicos de Lorna?

—Desde luego. ¿Me dirá por qué o es secreto de Estado?

—No hay nada secreto entre nosotras. Es usted quien paga por mis servicios. Trato de encontrar una razón. El dinero es la más usual.

—Supongo que sí, aunque me cuesta comprender cómo encaja en este caso. En casa no supimos que tenía dinero hasta que miramos los papeles después de su muerte. Yo todavía estoy anonadada. Desde mi punto de vista era inconcebible. Siempre tenía que darle un billete de veinte dólares para que por lo menos comiera decentemente. Y la pobre criatura tenía un montón de acciones y varias cuentas de ahorros. Por lo menos tenía seis. Es lógico pensar que con tanto dinero habría tenido que vivir mejor.

Iba a decirle que el dinero era parte del fondo de pensiones de Lorna, pero como la joven no había vivido para utilizarlo me pareció un poco cruel.

—¿Había hecho testamento?

—Pues sí. Una hoja de papel que había escrito ella misma. Nos lo dejó todo a Mace y a mí.

—Me gustaría ver el papel, si no hay inconveniente.

—Puede ver usted todo lo que guste. Cuando vuelva a casa, buscaré la caja que contiene los efectos personales de Lorna y la dejaré encima de la mesa de Berlyn. Pásese por allí y pídasela a ella cuando regrese.

—Se lo agradezco. De todos modos, quisiera hablar con sus dos hijas.

—¡Oh, no! Me acabo de acordar de algo. ¿Ha hablado ya con la mujer a quien Lorna le cuidaba la casa?

—Una vez.

—Ya. ¿Y podría hacerme usted un favor? La última vez que miré las cosas de Lorna vi un juego de llaves que estoy convencida de que es de esa mujer. Quería devolvérselas, pero hasta ahora no he tenido tiempo.

—¿Quiere que se las dé yo?

—Sí puede. Me gustaría hacerlo yo misma, pero es que no tengo tiempo. Y le agradecería que, cuando termine, me devolviera todo lo que le he entregado. Hay unos balances que tendré que dar al notario cuando determine los impuestos de Lorna.

—¿Se han evaluado ya sus bienes?

—Se está en ello. La verdad es que a usted sólo le he dado fotocopias, pero aun así me gustaría recuperarlas.

—No se preocupe. Seguramente se lo devolveré todo pasado mañana.

—Estupendo. —Oí que al fondo aumentaba el volumen de las voces—. Ah, ah. Tengo que irme.

—Hasta mañana —dije. Y colgué.

Miré a mi alrededor. La habitación, aunque deprimente, tenía su aspecto útil. El colchón era tan espeso como la argamasa y las almohadas, de gomaespuma, un peligro para las articulaciones del cuello. Tenía reservada una plaza en un avión que salía a mediodía. Eran casi las tres de la madrugada. No me hacía a la idea de dormir. Si tiraba el pasaje, podía volver con el coche alquilado y devolverlo en el aeropuerto de Santa Teresa, donde me aguardaba el VW. El viaje duraría unas seis horas y si me las apañaba para no dormirme al volante, llegaría alrededor de las nueve.

Me sentí súbitamente estimulada ante la idea de volver. Puse los pies en el suelo, me acerqué las Reebok, me las puse, las até y dejé los lazos colgando. Entré en el cuarto de baño, recogí las cosas y las guardé en el petate. Me costó más despertar al encargado que abonar la cuenta. A las tres y veinte ya estaba en la 101, rumbo al sur.

No hay nada tan sedante como una autopista de noche. Los estímulos visuales se reducen a las rayas señalizadoras y el asfalto corre como una flecha hacia nosotros en una sucesión de líneas. Los arbustos de la cuneta no son más que manchas. Todos los camiones iban cargados con cualquier clase de mercancías, coches recién salidos de fábrica, muebles, líquidos inflamables, cajas de cartón aplastadas. Por el costado veía desfilar pequeñas poblaciones sumidas en la oscuridad e iluminadas sólo por cordones de farolas municipales. Los rótulos que aparecían de vez en cuando proporcionaban entretenimiento visual. Muy de tarde en tarde aparecía algún apeadero para camiones, semejante a una isla de luz.

Tuve que parar dos veces para tomar café. Puesto que había decidido volver, la conducción me hipnotizaba y tenía que esforzarme por seguir despierta. La radio era una compañía grata. Iba de emisora en emisora, oyendo entrevistas, música country, música clásica y noticiarios continuos. Hacía mucho había sido fumadora habitual y aún recordaba que el hábito era una forma de contar el tiempo durante los viajes en coche. En la actualidad prefería caerme de un puente a encender un cigarrillo. Pasó otra hora. Estaba a punto de amanecer y el cielo se volvía blanco, los árboles que flanqueaban la carretera empezaban a recuperar el color, en aquellos momentos verde carbonero y vino tinto. Percibía por encima que el sol estaba entrando en mi campo visual, semejante a un balón de playa, y que los colores del cielo pasaban gradualmente del gris oscuro al malva, luego al melocotón y acto seguido al amarillo furioso. Tuve que bajar el parasol para que la luz no me deslumbrara.

A las nueve y cuarto ya había devuelto el coche alquilado, recuperado el VW y aparcado delante de mi domicilio. Los ojos me escocían y sentía una flojedad dolorosa parecida a la de la gripe, pero por lo menos estaba en mi casa. Entré, comprobé que no había mensajes en el contestador, me cepillé los dientes, me quité las botas y caí rendida en la cama. Por una vez, el sueño cayó sobre mí como un mazazo y comencé a hundirme en un abismo sin fin.

Desperté a las cinco de la tarde. Las ocho horas habrían tenido que bastarme, pero tenía tanto sueño atrasado que me sentía como si saliese de un pozo de arenas movedizas. Aún me costaba adaptarme al horario que había adoptado mi vida. A irme a la cama al amanecer y levantarme al caer la tarde. Desayunaba a la hora de comer y cenaba de madrugada, aunque la segunda colación

solía consistir en cereal inflado o en huevos revueltos y una tostada, lo que venía a significar que desayunaba dos veces. Era vagamente consciente de que se había producido un desplazamiento psicológico, un cambio en las percepciones que reflejaba la sustitución del día por la noche. Al igual que en un cambio de huso horario, mi reloj interno ya no estaba sincronizado con el del resto del mundo. Mi normal sentido del yo se había fragmentado y me pregunté si no aparecería de pronto una personalidad oculta, como si despertara de un largo sueño. La vida diurna me reclamaba y me sentía extrañamente reacia a responder.

Salí de la cama rodando, me quité la ropa sucia, me di una ducha y me vestí. Me detuve ante un colmado, compré un yogur y una manzana y di buena cuenta de ambos mientras me dirigía a casa de los Kepler. Habría podido dormir un par de horas más, pero quería hablar con las hermanas de Lorna antes de que se levantara la madre. Al igual que en mi caso, sus días y sus noches habían invertido el orden y me sentía raramente vinculada a ella.

En esta ocasión la furgoneta de Mace no estaba en el sendero de la entrada. Dejé el VW en el flanco del camino, pegado a la cerca blanca de travesaño doble, y eché a andar hacia el porche. Llamé a la puerta. Fue Trinny quien abrió, aunque le costó un rato.

—Ah, hola. Mi madre ha hecho dos turnos seguidos y no se ha levantado aún.

—Me lo figuraba. Me dijo que había puesto cierta información en una caja y que se la había entregado a Berlyn.

—No está en casa en este momento. Ha ido a hacer unos recados. ¿Quieres pasar y esperarla?

—Gracias. —La seguí por la pequeña y prietamente amueblada sala de estar hasta la zona que hacía las veces de comedor y que se encontraba en un extremo de la cocina. Faltaba poco para el ocaso y las ventanas de la cocina se oscurecían ya, dando a la iluminada estancia un aire artificial de calidez. Se había extendido una tabla de planchar y el aroma del algodón recién planchado me hizo añorar el verano—. ¿Me dejas que mire en la mesa de Berlyn? Si la caja está a la vista, puedo cogerla yo misma.

Trinny levantó la plancha.

—Por allí. —Me señaló la puerta que conducía al estudio.

Al parecer, un rincón de la estancia hacía de despacho de Reparaciones Kepler. Recordaba haber visto la mesa y el archivador la noche que había hablado con Mace. Encima de la mesa, bien visible, había una caja de cartón con mi nombre garabateado en la tapa. Por una vez resistí la instantánea tentación de fisgar. Levanté la tapa para comprobar el contenido. Brotó un perfume del interior, una exquisita mezcla de limón y especias. Cerré los ojos y me pregunté si sería el perfume de Lorna. Ya había experimentado antes la misma sensación: que hasta el aire estuviese impregnado del olor característico de una persona. Con los hombres es la loción para después del afeitado, el cuero, el sudor. Con las mujeres es el perfume. Las llaves de que me había hablado Janice estaban encima de un montón de carpetas puestas en orden alfabético: balances bancarios, antiguas declaraciones de la renta, bonos, acciones, balances anuales varios. Arrinconada en un extremo de la caja había una bufanda de cachemir doblada. Me la acerqué a la cara presionando, y olí a hierba cortada, a canela, a limón, a clavo. Llevé la caja a la cocina y la puse en una silla con la bufanda encima.

—¿Es de Lorna? Estaba con sus cosas en la caja.

Trinny se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

La doblé dos veces y la dejé donde la había visto.

—¿Puedo sentarme? Buscaba una oportunidad para hablar contigo.

—Bueno —dijo. Movi6 la aguja de la plancha y la apag6.

—No quisiera interrumpir los preparativos de la cena.

—Tengo una cacerola en el horno. S6lo tengo que calentarla y preparar una ensalada.

Me senté mientras pensaba la manera de sonsacarle informaci6n. Ni siquiera sabía lo que quería averiguar, pero estar sola con ella se me antoj6 una especie de gratificaci6n. Llevaba los mismos tejanos de pernera recortada con que la había visto anteriormente. Tenía las piernas macizas y calzaba zapatillas de lona sin calcetines. La camiseta sin cuello tenía que ser una XXL y en la pechera ostentaba un dibujo pintado a mano. Se desplaz6 de la tabla de planchar a la mesa de la cocina, se sent6 enfrente de mí y comenz6 a estrujar un tubo de pintura para decorar la pechera de otra camiseta sin cuello con una composici6n al estilo de Jackson Pollock. Goterones y chorros. Del tirador de un armario de la cocina colgaba una composici6n ya terminada, con los trazos sobresaliendo en tres dimensiones. Advirti6 mi mirada.

—Es pintura hinchable —explic6—. La pones y la dejas secar, luego la planchas del revés y se hincha.

—Interesante —dije. Me levanté, me acerqué al armario y observé la obra acabada durante unos momentos. A mí me parecía espantosa, pero una es tan ignorante...—. ¿Las vendes?

—Bueno, aún no, pero eso espero. Hice la que tengo puesta y cada vez que salgo, todo el mundo dice: «Chica, qué camiseta más original». Como no tengo trabajo, se me ocurri6 que podía dedicarme a venderlas.

Dios nos ampare. Trinny y Lorna, las dos poseídas por el mismo demonio empresarial.

—¿Desde cuándo las haces?

—He empezado hoy mismo.

Volví a sentarme a la mesa sin dejar de mirar lo que hacía Trinny. Comencé a preparar el sedal. Seguro que pescaba algo. A mi derecha vi un mont6n de folletos de viajes que anunciaban cruceros por las costas de Alaska, vacaciones en estaciones de esquí y viajes organizados a Canadá y el Caribe. Cogí un folleto y me puse a leer: «El último paraíso virgen del mundo..., playas de una blancura cegadora..., lagunas de un azul intenso...».

Trinny vio lo que estaba haciendo.

—Son de Berlyn.

—¿Ad6nde se va?

—Aún no lo sabe. Dice que le gusta Alaska.

—¿Irás tú también?

Hizo una mueca de contrariedad.

—No tengo dinero.

—Lástima. Parece divertido —dije—. ¿No le importa viajar sola?

—No. Le gusta. No siempre, pero si ha de hacerlo, lo prefiere. Ya hizo un viaje en otoño.

—No me digas. ¿Ad6nde fue?

—A Acapulco. Le encant6. Dice que si vuelve, me llevará.

—Estupendo. Yo estuve en Viento Negro el verano pasado, es lo más al sur que he estado.

—Yo no he ido tan lejos. A Berlyn siempre le ha gustado viajar. Yo tengo otras inquietudes. No quiero decir que no me guste, sino que prefiero hacer otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—No sé. Comprar ropa y objetos.

Probé otra táctica.

—La muerte de Lorna debió de ser un duro golpe. ¿Lo sobrelleváis bien?

—Sí, creo que sí. Fue duro para ellos. Quiero decir que mis padres estaban antes mucho más unidos. Al morir Lorna parece que cambió todo. Mi madre es la única que sigue dándole vueltas. Sólo habla de ella. A Berlyn le hace daño. La verdad es que la pone furiosa. No sé, es como si se olvidara de los demás, como si no existiéramos.

—¿Eras muy amiga de Lorna?

—En el fondo no. Lorna no era amiga de nadie. Vivía en su mundo y nosotros vivíamos en el nuestro. Tenía la cabaña y le gustaba estar sola. La irritaba que apareciera gente de improviso. Muchas veces ni siquiera estaba en casa. Se iba por ahí, sobre todo por la noche. No tenía empacho en decir que había que mantenerse a distancia a menos que se llamara antes y se recibiera invitación.

—¿La veías a menudo?

—Aquí, muchas veces; cada vez que venía. Pero en la cabaña, puede que un par de veces en los tres años que vivió allí. A Berlyn le gustaba ir. Es curiosa por naturaleza y Lorna era muy misteriosa.

—¿En qué sentido?

—No sé. Por ejemplo, ¿por qué le fastidiaba tanto recibir visitas? ¿Qué mal había en ello? No tenía que molestarse por nosotras. Éramos sus hermanas.

—¿Acabaste averiguando adónde iba por las noches?

—Qué va. Lo más seguro es que no fuese a ningún sitio especial. Después de un tiempo acepté hasta cierto punto que Lorna era como era. No era sociable como nosotras. Berlyn y yo somos colegas. Nos gusta ir por ahí, salir juntas con dos chicos a la vez y esas cosas. Por ejemplo, como ninguna de las dos tiene novio, los fines de semana vamos al cine y a bailar. Lorna nunca salía con nosotras. Bueno, alguna que otra vez, pero casi había que ponerse de rodillas y pedirselo por favor.

—¿Cómo te enteraste de su muerte?

—La policía vino a casa para hablar con mi padre. Él se lo dijo a mi madre y ella nos lo contó a nosotras. Fue horrible. Quiero decir que creíamos que estaba fuera de la ciudad. De vacaciones, como había dicho mi madre. Por eso no pensamos nada malo al no tener noticias suyas. Imaginábamos que nos llamaría cuando volviese. Y mientras tanto estaba allí, tendida en el suelo, descomponiéndose.

—Tuvo que ser espantoso.

—Y que lo digas. Yo me eché a gritar y Berl se puso pálida como un fantasma. A mi padre casi le dio un ataque. A mi madre le sentó peor. Aún no se ha recuperado. Se puso a dar vueltas por la casa, chillando y llorando, casi arrancándose el pelo. Nunca la había visto de aquella forma. Por lo general es quien nos conforta a todos. Como cuando murió la abuela. Era su madre, pero mantuvo la calma, hizo las reservas en el avión, nos hizo el equipaje y gracias a ella pudimos ir a Iowa, al entierro. Entonces éramos unas crías y nos comportábamos como tontas, no hacíamos más que llorar. Ella lo organizó todo y con una serenidad asombrosa. Cuando supimos lo de Lorna, se derrumbó totalmente.

—Pocos padres esperan vivir más que los hijos —dije.

—Eso es lo que dicen todos. Ya me dirás para qué sirve que la policía piense que fue un asesinato.

—¿Y tú qué opinas?

Frunció la boca como para manifestar ignorancia.

—Puede que muriese por culpa de las alergias que sufría. No me gusta pensar en eso. Me produce escalofríos.

Cambié de tema.

—¿Fuiste tú quien estuvo con Lorna en San Francisco el año pasado?

—Fue Berlyn —dijo—. ¿Quién te lo ha contado?

—He conocido al individuo que sale en la cinta. Levantó la vista con curiosidad.

—¿A cuál?

Tuvo el detalle de ruborizarse. A pesar de que tenía el pelo oscuro, su piel era clara y el arrebol le encendió las mejillas como si hubiera corrido los cien metros lisos. Bajó los ojos para posarlos en lo que había estado haciendo y reanudó la labor con concentración remozada. Era evidente que buscaba la manera de cambiar de conversación. Se inclinó sobre la camiseta. Supuse que poner los goterones de pintura en el sitio justo era fundamental.

—Trinny.

—¿Qué?

—¿Cómo es que has visto la cinta? Y no me preguntes qué cinta porque sabes muy bien a cuál me refiero.

—No he visto la cinta.

—Vamos. Claro que la has visto. De lo contrario, ¿cómo sabías que había más de un individuo?

—Ni siquiera sé de qué hablas —dijo con santa irritación.

—Te hablo de la cinta porno en que aparecía Lorna. ¿Recuerdas? Te lo dijo tu madre.

—Puede que también nos contara lo otro. Lo de que había más de un individuo.

Murmuré un «sí, sí» con la entonación más escéptica que pude.

—¿Qué pasó? ¿Te dio Lorna una copia?

—Nooo —exclamó, pronunciando la palabra con dos sílabas, aguda la primera, grave la segunda, ofendida ante la idea.

—Entonces ¿cómo sabías que había más de un hombre?

—Lo he imaginado. ¿Te importa mucho?

La miré con fijeza. No había más que una conclusión posible.

—Tú la empaquetaste y la pusiste en el buzón.

—No. Además, no tengo por qué responder. —Había hablado esta vez con hostilidad, aunque volvieron a subírsele los colores y aquel rubor era más seguro que un detector de mentiras.

—¿Quién lo hizo?

—No sé nada de nada, así que ya puedes hablar de otra cosa. No estamos en el juzgado ni estoy bajo juramento.

Vaya con la abogada. Por un momento pensé que iba a taparse los oídos y a canturrear para no oírme. Ladeé la cabeza para mirarla a los ojos.

—Trinny —dije con voz melosa. Fingía estar concentrada en la camiseta, sobre la que trazó una chillona espiral amarilla de pintura hinchable—. Venga. No me importa lo que hicieras y te

juro que jamás diré una palabra a tus padres. He estado preguntándome quién les enviaría la cinta y ya lo sé. En cierto modo nos hiciste un favor. Si a tu madre no le hubiera preocupado tanto, no me habría buscado y la investigación habría quedado en el punto muerto en que estaba. —Aguardé unos segundos y la tenté con una insinuación—. ¿Fue idea tuya o de Berlyn?

—No tengo por qué responder.

—¿Y si mueves la cabeza afirmativamente en el caso de que esté en lo cierto?

Puso unas estrellitas verde lima en la camiseta. Le estaba quedando cada vez más chabacana, pero me pareció que íbamos por buen camino.

—Apuesto a que fue Berlyn. —Silencio—. ¿Tengo razón? —Encogió un hombro, pero no me miró a la cara—. Ajá. Supongo que ese ligero movimiento significa que sí. Así pues, Berlyn envió la cinta. La siguiente pregunta es cómo la consiguió. —Más silencio—. Vamos, Trinny. Por favor, por favor, por favor. —Aprendí a interrogar de este modo en la escuela primaria y es particularmente efectivo cuando se trata de un secreto que las niñas hemos jurado guardar hasta la muerte. Advertí que se ablandaba. Sean cuales fueren las confianzas que nos hacen, por lo general tenemos unas ganas locas de contarlas, en particular si la delación supone la condena de otra persona.

Se pasó la lengua por los dientes como si hubiera notado la presencia de un pelo.

—¿Me juras que no lo dirás? —dijo finalmente.

Levanté la mano como si prestara juramento.

—Jamás diré una palabra a nadie. Ni siquiera diré que tú hablaste de ello.

—Estábamos hartas de oír que Lorna era maravillosa. Porque en realidad no lo era. Era guapa y con buen tipo, pero ¿y qué? Me entiendes, ¿verdad?

—Totalmente —dije.

—Y encima, cobraba por acostarse. Quiero decir que Berlyn o yo jamás habríamos hecho una cosa así. ¿Por qué santificaban entonces a Lorna? No era pura. Ni siquiera era buena.

—La naturaleza humana, supongo. Vuestra madre ya no tiene a Lorna y por eso guarda en el corazón una imagen ideal de su hija. Cuesta olvidar cuando es lo único que se tiene.

—Pero Lorna era una puta —dijo alzando la voz—. Sólo pensaba en sí misma. Apenas prestaba atención a mis padres. Lo haré mejor o peor, pero yo soy quien ayuda en la casa. Me comporto lo mejor que puedo, pero parece que todo da igual. Mi madre únicamente quiere a Lorna. Berlyn y yo no somos más que mierda. —La emoción le alteraba el color de la piel, al modo de los camaleones. Le saltaron las lágrimas como agua que de pronto se pone a hervir. Se llevó la mano a la cara, que se congestionó en el momento de lanzar un sollozo.

Le rocé la mano.

—Lo que dices no es cierto. Vuestra madre os quiere mucho. La noche que fue a mi oficina, me habló de vosotras, de vuestra alegría y de lo mucho que ayudabais en casa. Sois un tesoro para ella. De verdad.

Ya se había echado a llorar y habló con voz aguda y compungida.

—Entonces ¿por qué no nos lo dice? Nunca dice nada.

—Porque le da miedo. O porque no sabe cómo hacerlo, pero eso no significa que no os quiera con locura.

—No lo soporto. No puedo soportarlo. —Sollozaba como una niña, dando rienda suelta a su dolor. Dejé que se desahogara. Dejó de llorar por fin y lanzó un profundo suspiro. Rebuscó en el

bolsillo de los pantalones, sacó un pañuelo sucio y arrugado y se lo restregó por los ojos—. Dios mío —dijo. Apoyó los codos en la mesa y se sonó la nariz. Se miró el brazo al darse cuenta de que se había manchado con la pintura fresca—. Mierda. Fíjate —dijo. Y se le escapó un asomo de risa.

—¿Qué pasa? —Berlyn estaba en la puerta de la calle con expresión neutra de suspicacia.

Las dos dimos un respingo y Trinny tragó una bocanada de aire.

—¡Berl! Casi me matas del susto —dijo—. ¿De dónde vienes? —Se limpió los ojos aprisa, tratando de ocultar que había llorado.

Berlyn llevaba en una mano una cesta de plástico llena de comestibles y las llaves en la otra. Fulminó a Trinny con la mirada.

—Perdonad la intrusión. No sabía que estorbara. He aparcado en el camino de entrada sin ayuda de nadie. —Me miró—. ¿Qué te pasa a ti?

—Nada —dije—. Hablábamos de Lorna y Trinny se ha sentido mal.

—Lo que faltaba. Estoy hasta el moño de oír hablar de ella. Papá tiene razón. Olvidémonos del asunto y dediquémonos a otra cosa. ¿Dónde está mamá? ¿Se ha levantado?

—Creo que está en la ducha —dijo Trinny.

Aunque tarde, me di cuenta de que el agua corría en alguna parte. Berlyn tiró el bolso sobre una silla y se acercó al mármol de la cocina, donde se puso a sacar los comestibles. Al igual que Trinny, llevaba tejanos de pernera recortada, camiseta sin cuello y zapatillas de lona, el atuendo profesional de ayudante de lampista. Se le veían las raíces del pelo rubio. A pesar de que se habían llevado cuatro años, su cara era una versión madura de la de Lorna. Puede que no sea tan malo morir joven, belleza perfecta suspendida en el ámbar del tiempo. Berlyn se volvió hacia Trinny.

—¿Me echas una mano? —dijo con aire ofendido—. ¿Cuánto hace que está aquí esta?

Trinny me dirigió una mirada de súplica y fue a ayudar a su hermana.

—Diez minutos —contesté, aunque nadie me había preguntado—. He pasado a recoger unas cosas que me dejó vuestra madre. Trinny me enseñó cómo hacía las camisetas estampadas y luego nos pusimos a hablar de la muerte de Lorna. —Fui por la caja, con la intención de marcharme antes de que se presentase Janice.

Berlyn me observó con curiosidad.

—Eso ya lo has dicho antes.

—En fin, chicas, me lo estoy pasando bomba, pero tengo que irme. —Me puse en pie, me colgué el bolso en el hombro y cargué con la caja sin hacer caso a Berlyn—. Gracias por la clase de pintura —dije a Trinny—. Siento lo de Lorna. Sé que la querías mucho.

Sonrió con amargura.

—Hasta luego —dijo, despidiéndose con la mano en un gesto sólo sincero a medias. Berlyn se dirigió al estudio sin volver la cabeza ni una sola vez y cerró a sus espaldas con ademán decidido. Bizqueé y le saqué la lengua. Trinny se echó a reír. Formé con los labios la palabra «Gracias» y me marché.

Eran casi las seis cuando abrí la puerta de la oficina y dejé sobre la mesa la caja de los papeles de Lorna. Ya no había nadie en el bufete. Incluso Lonnie, que suele quedarse hasta tarde, se había

ido a casa. Las facturas y los formularios de Hacienda seguían donde los había dejado. Fue una desilusión comprobar que no se habían presentado las hadas y los duendes para terminar de rellenar la declaración de la renta. Junté todos los documentos y los guardé en un cajón para hacerme sitio. Ignoraba si los papeles de Lorna iban a aportar alguna información, pero tenía que echarles un vistazo. Me preparé un café, tomé asiento, abrí la caja y me puse a sacar las carpetas marrones. Daba la sensación de que otra persona había sacado directamente las carpetas de un cajón y las había metido en la caja de cartón. Todas las carpetas estaban etiquetadas debidamente. Encima de todo había fotocopias de diversos documentos testamentarios que Janice había tenido que obtener de la notaría. Parecía como si esta mujer estuviera seleccionando y reuniendo papeles a modo de labor preparatoria y lo consignara todo con anotaciones a lápiz. Leí con atención cada documento para hacerme una idea de la situación económica de Lorna Kepler.

Es innegable que un contable o un gestor administrativo habrían captado lo fundamental al instante. Pero como me habían suspendido las mates en el instituto, me veía obligada a fruncir el entrecejo, a suspirar y a mordisquear el lápiz. Janice había redactado una lista pormenorizada de los bienes de Lorna, en la que constaban el dinero en metálico que había obrado en su poder en el momento de su muerte, los cheques nominales que no había cobrado, los balances de sus cuentas corrientes, los títulos, las obligaciones, los bonos del Tesoro y las acciones. Lorna no había tenido ningún plan de pensiones ni seguros de vida. Tenía una pequeña póliza de seguros que cubría las joyas que había comprado. No había tenido en propiedad ningún inmueble, pero su haber líquido ascendía a poco menos de quinientos mil dólares. No estaba mal para una puta-oficinista a tiempo parcial. Janice había incluido una fotocopia del testamento de la hija, que me parecía claro como el agua. Había dejado a sus padres todos sus bienes, comprendidos el dinero en metálico, las joyas, las acciones, las obligaciones y demás títulos financieros. Adjunta al testamento había una fotocopia de la «Fe del documento autógrafo» que Janice había rellenado. En ella, la firmante declaraba que había conocido a la difunta durante veinticinco años, que conocía de manera directa su caligrafía y que había «analizado el testamento y determinado que el documento y las provisiones que contenía los había escrito y firmado la difunta de su puño y letra».

Danielle había especulado a propósito de que Lorna no había hecho testamento, pero el documento parecía cuadrar con la naturaleza metódica de Lorna. Ni a Berlyn ni a Trinny les había dejado un céntimo, pero el detalle no era insólito. Dos mil dólares por cabeza habrían hecho mucho por apaciguar sus sentimientos, pero Lorna no había comprendido al parecer la animosidad que se había gestado en el interior de sus hermanas. O puede que sí y que sintiera lo mismo por ellas. La cuestión era que la situación legal de las propiedades de Lorna no parecía complicada. En mi opinión, no hacía falta recurrir a los servicios de ningún notario, aunque cabía la posibilidad de que el papeleo oficial hubiese amedrentado a los Kepler.

Repasé las declaraciones de la renta que había hecho Lorna en los últimos años. Sus únicas nóminas eran de la planta depuradora. En la casilla que preguntaba la «ocupación», Lorna había puesto «secretaria» y «consejera de salud mental». Tuve que sonreír. Había sido muy minuciosa en la declaración de los ingresos y sólo consignado las deducciones normales. Jamás había dado un céntimo a instituciones benéficas, pero había sido (en términos generales) honrada con la Administración. Supongo que, desde el punto de vista del usuario, los servicios de una prostituta podían agruparse en el apartado de la salud mental. En cuanto a los pagos, creo que ningún inspector de Hacienda se habría preguntado jamás por qué el grueso de sus «honorarios por

consulta» se le había abonado en metálico.

Janice había dicho a los empleados de Correos que le entregaran a ella la correspondencia de Lorna y había guardado un paquete de notificaciones sin abrir: sobres de ventanilla de distinta procedencia, todos con sendos sellos que prometían «importante información fiscal». Abrí unos cuantos para cotejar el año con mi lista. Uno contenía un balance y lo enviaba un banco de Simi Valley que había visto en las declaraciones de renta de los dos últimos años. La cuenta se había cancelado, pero el banco le remitía un informe sobre los intereses acumulados durante los cuatro primeros meses del año. Puse el papel con los demás balances. Todas las tarjetas de crédito habían sido anuladas, circunstancia que se había notificado puntualmente a las entidades afectadas. Hojeé algunos registros que había llevado la misma Lorna: facturas pagadas, recibos correspondientes a diversos servicios, recibos de pagos efectuados con tarjeta de crédito.

Ordené las facturas pagadas como si estuviese haciendo un solitario. En la parte inferior, Lorna había anotado el motivo del pago: comestibles, manicura, peluquería, lavandería, objetos varios. Había algo conmovedor en el celo de la joven. No había sabido que estaría muerta cuando llegasen aquellas facturas. No había sabido que su última comida sería efectivamente la última, que *todas las acciones* que había emprendido y todas las metas que se había propuesto formaban parte de una serie finita que no iba a tardar en agotarse. En ocasiones, lo más difícil de mi trabajo es recordar de continuo lo que *todos nos esforzamos* por olvidar: que estamos en este mundo temporalmente, que la vida no es más que un préstamo.

Dejé el lápiz, apoyé los pies en la mesa y me retrepé en la silla giratoria. La habitación parecía estar a oscuras y encendí la lámpara articulada que tenía al lado, en la estantería. Entre los efectos de Lorna no había visto ningún cuaderno de direcciones, ningún dietario, ninguna clase de agenda. En otras circunstancias, aquellas ausencias habrían despertado mi curiosidad, pero me pregunté si no reflejarían la prudencia de Lorna a propósito de sus clientes. Danielle me había dicho que era muy reservada y pensé que esta discreción había podido extenderse también al hecho de guardar anotaciones.

Agarré el sobre marrón que contenía las fotos del escenario del crimen. Las repasé hasta que di con los enfoques que permitían ver los papeles que habían estado antaño en la mesa y en el mármol de la cocina. Acerqué la luz de la lámpara, pero no distinguí ninguna agenda. Miré la hora. Estaba rendida. También estaba harta y hambrienta, pero sentía que se me aguzaban los sentidos conforme aumentaba la oscuridad. Puede que estuviese convirtiéndome en vampiro o en licántropo, que huyese ante la luz del sol y me sintiera atraída por la luna.

Me puse en pie, me embuté en la cazadora y dejé los papeles de Lorna sobre la mesa. ¿Qué me molestaba a la vista? Inspeccioné la mesa. Se trataba de un detalle..., algo evidente..., y se me había colado entre los dedos. Lo malo del agotamiento es que las neuronas no funcionan como es debido. Aparté un fajo de papeles sin un objetivo concreto y hojeé algunos formularios. Miré el testamento autógrafo y el documento garantizador firmado por Janice. No sabía qué era. En principio parecía rastro que Janice confirmara la legitimidad de un testamento en el que ella era una de las partes favorecidas. Lo cierto, sin embargo, era que si Lorna hubiera fallecido sin testar, el resultado habría sido el mismo.

Tomé las notificaciones bancarias, volví a mirarlas y me detuve cuando llegué al balance remitido por el banco de Simi. Los intereses acumulados eran escasos, dado que la joven había cancelado la cuenta en abril. Hasta entonces, Lorna había tenido en aquella cuenta alrededor de

veinte mil dólares. Miré la fecha de cancelación. El cero de la columna del saldo ostentaba la fecha del viernes 20 de abril. El día anterior a su muerte.

Saqué el expediente que me había dado el teniente Dolan. El inventario de efectos personales consignaba un montón de objetos encontrados en la casa, entre ellos el bolso de Lorna y su billetera, con todas las tarjetas de crédito y cien dólares en efectivo. En ningún lugar se hablaba de veinte mil dólares. Fui con el extracto bancario a la habitación de la fotocopidora, lo fotocopié y me guardé la fotocopia en el bolso. Serena Bonney había sido la primera persona en llegar al lugar de los hechos. Consulté mis notas en busca de la dirección del padre, guardé los papeles de Lorna junto con las fotos del escenario del crimen, salí del bufete con la caja de cartón y me dirigí al coche.

El domicilio de Clark Esselmann era una finca de buen tamaño, unas cuatro hectáreas rodeadas por un muro de arenisca, al otro lado del cual la oscuridad había engullido el césped. Focos decorativos bañaban de luz el exterior de la casa, que se había construido según el estilo rural francés, o sea, baja y de tejado a dos aguas en pendiente muy acentuada. Las ventanas con parteluz que jalonaban la fachada parecían una sucesión de sólidas rejas amarillas y las altas chimeneas de mampostería brotaban como torres negras hacia el cielo embreado. Bombillas de escaso vatiaje definían los setos y los caminos, permitiéndome hacerme una idea del aspecto que podía tener todo aquello a la luz diurna. El parpadeo de unas luces en el interior de una pequeña estructura situada a cierta distancia de la casa principal me sugirió que podía tratarse de un pabellón para invitados o de las dependencias del servicio.

Cuando llegué a la verja vi dispositivos automáticos de cierre. A la altura de la ventanilla de un coche de lujo había una especie de portero electrónico. El VW me dejaba en desventaja y para llamar tuve que echar el freno de mano, abrir la portezuela y estirar el tronco, con la consiguiente posibilidad de fracturarme la columna. Apreté el botón y me entraron ganas de pedir una Super Mac con patatas fritas. Contestó una voz incorpórea.

—¿Sí?

—Hola. Soy Kinsey Millhone. Traigo unas llaves que pertenecen a Serena Bonney.

No hubo respuesta. ¿Y qué esperaba? ¿Una exclamación de asombro? Medio segundo después, las dos secciones de la verja comenzaron a girar hacia atrás y en silencio. Introduce el VW en el camino de circunvalación, que estaba flanqueado de enebros. El camino era de adoquines y había un sendero aparte que conducía hacia la izquierda y trazaba un arco hasta la parte posterior de la finca. Vi un garaje de múltiples plazas, semejante a una cuadra de múltiples pesebres. Sólo para llevar la contra, pasé de largo ante la puerta principal, rodeé la fachada y fui hasta el iluminadísimo cobertizo de suelo de grava que había en la parte trasera. El garaje, de cuatro plazas, se comunicaba con la mansión por medio de un largo pasillo cubierto, más allá del cual percibí un espacio cubierto de césped, cruzado por un estanque artificial en cuyo fondo rocoso se habían instalado focos. Las luces iluminaban multitud de decorativos detalles paisajísticos repartidos por toda la propiedad: arbustos de adorno y troncos de árbol que parecían óleos pintados sobre terciopelo negro. En la brillante y negra superficie del estanque se arracimaban los lirios, rompiendo la perfecta e invertida imagen refleja de la mansión.

Los jazmines nocturnos perfumaban el aire. Retrocedí hasta la puerta principal y llamé como

Dios manda. Un momento después aparecía Serena con un pantalón ancho y una camisa blanca de seda.

—Le traigo las llaves —dije, tendiéndole el llavero.

—¿Son mías? Ah, pues sí —dijo—. ¿De dónde las ha sacado?

—Las encontró la madre de Lorna. Seguramente le dio usted un juego a Lorna en la época en que le cuidaba la casa.

—Gracias. Lo había olvidado. Ha sido usted muy amable al traérmelas.

—También quiero hacerle una pregunta, si me concede un minuto.

—Cómo no. Pase. Mi padre está en el patio. Le han dado de alta hoy mismo. ¿Lo conoce?

—No creo que nuestros caminos se hayan cruzado nunca —dije.

La seguí por la casa hasta una enorme cocina rural. Una cocinera preparaba la cena y cuando pasamos apenas levantó los ojos del tajo de madera. En un mirador con balcón que había en el extremo más alejado de la estancia había una mesa de comedor con capacidad para ocho comensales. El techo se alzaba a planta y media de altura, y eran visibles las vigas de madera. De una sucesión de alcajates colgaban manojos de hierbas secas y cestas pequeñas. El suelo era de pino barnizado. La distribución del espacio daba para dos cocinas distintas, separadas por una tierra de nadie de unos tres metros. Una era de granito oscuro, con grandes incrustaciones de madera noble para trocear comestibles y con un fregadero doble. La otra tenía una pila de un solo fregadero, dos lavaplatos y un triturador de basuras. En el hogar de la chimenea, situado a cierta altura, ardía un fuego cegador.

Serena abrió el balcón y salió tras ella. Un amplísimo patio enlosado abarcaba toda la anchura de la casa. Las luces exteriores creaban la ilusión de que era de día. En el límite exterior del patio había una piscina de escasa profundidad y fondo negro. El agua era transparente, pero las baldosas negras confundían sus dimensiones. Los focos que la iluminaban consolidaban una telaraña móvil de color verde esmeralda que en cierto modo hacían que el fondo pareciese un abismo. Zambullirse allí tenía que ser como bañarse en el lago Ness. Sólo Dios sabía qué criaturas acecharían en las profundidades.

Clark Esselmann, en albornoz y zapatillas, y con un bastón en la mano, azuzaba a un perdiguero negro en posición de echar a correr.

—Venga, *Max*. Atención, preparado.

El perro era adulto y seguramente tenía los mismos años caninos que el anciano. *Max* casi vibraba, concentrado totalmente en el juego. Mientras nos acercábamos, el anciano arrojó el bastón a la piscina. El perro saltó al agua y se puso a nadar hacia el bastón, que flotaba en el otro extremo de la piscina. Reconocí al padre de Serena por las numerosas fotos que habían aparecido a lo largo de los años en el *Santa Teresa Dispatch*. Canoso y setentón, adoptaba una actitud tiesa ya pasada de moda. Si había tenido problemas con el corazón, la verdad es que no se le notaba.

Serena sonreía sin dejar de mirarlos.

—Hasta este momento no había podido estar con *Max*. Es lo primero que suelen hacer por la mañana y da gusto verlos. Mi padre nada en un callejón y el perro en el otro.

Me pareció oír que sonaba el teléfono en algún lugar de la casa. El perro recogió el bastón con la boca, nadó hacia donde estábamos y subió los peldaños de nuestro extremo de la piscina. Dejó el bastón a los pies del anciano y dio un ladrido seco. Esselmann volvió a arrojar el bastón, que surcó el aire hacia el extremo profundo de la piscina y cayó en el agua salpicando un poco. El

perro se lanzó al agua desde el lateral y se puso a nadar con la cabeza erguida. El anciano se echó a reír y batió palmas para animar al animal.

—Vamos, *Max*, vamos.

El perdiguero volvió a sujetar el bastón entre los dientes, se dio la vuelta y nadó hacia los peldaños, por los que subió a tierra con el pelo chorreando agua. *Max* depositó el bastón a los pies de Esselmann y se sacudió con fuerza. El agua salpicó en todas direcciones. Serena y su padre se echaron a reír. Esselmann se sacudió las gotas de agua que le habían caído en el albornoz de algodón. Habría jurado que *Max* sonreía, pero puede que me confundiera.

Una doncella con uniforme de color negro apareció en el balcón.

—¿Señor Esselmann? Le llaman por teléfono.

El anciano se giró para mirar a la mujer y echó a andar hacia la casa mientras el perro caminaba a su lado, ladrando para pedir más chapuzones. Serena *me miró* a los ojos y sonrió. Era evidente que estaba contenta porque habían dado de alta a su padre.

—¿Le apetece una copa de vino?

—No, gracias —dije—. El vino me da sueño y aún tengo trabajo.

Volvimos por el balcón a la cocina, donde el fuego del hogar chisporroteaba alegremente. Esselmann, de pie y muy cerca del centro de operaciones, hablaba por teléfono. Miró por encima del hombro y levantó una mano para indicar que se percataba de nuestra presencia. La puerta que daba al pasillo estaba abierta y las huellas húmedas del perro conducían a otra puerta, que estaba cerrada. Supuse que habían encerrado a *Max* en el sótano hasta que se secara por sus propios medios. Oí unas rascaduras y a continuación uno de aquellos ladridos secos con los que el animal quería hacerse entender.

—No diga tonterías. Naturalmente que estaré allí... Bueno, estoy en contra, como es lógico. Se trata de adjudicar cuarenta millones de litros al año. En esto no transijo y no me importa que se sepa. —Su actitud se volvió un poco menos ceñuda—. Estoy bien... Gracias, Ned, dígame a Julia que recibí las flores que me envió, eran preciosas. Sí, lo haré. No tengo tantas alternativas. Serena me obliga a seguir un régimen muy severo. —Se volvió y puso los ojos en blanco para que lo viese la hija—. Nos veremos en la reunión del viernes por la noche. Dígame a Bob y a Druscilla que es mi mayor deseo. Podemos hablar entonces de eso, pero espero que coincidamos... Gracias. De su parte... Lo mismo le digo. —Colgó cabeceando—. Malditos idiotas. En cuanto vuelvo la espalda, se dejan convencer. Detesto las compañías petroleras. Ese tal Stockton no se saldrá con la suya.

—Creía que estabas de su parte.

—He cambiado de idea —dijo con énfasis. Me tendió la mano—. Le pido disculpas por mi actitud. Usted ahí de pie y yo refunfuñando. Clark Esselmann. Ha llegado usted en mitad de mi pequeña diversión diaria con el perro. Creo que no nos conocemos.

Me presenté. Me estrechó la mano con firmeza, aunque advertí un ligero temblor en los dedos. De cerca se veía que tenía mal color de cara. Parecía anémico y el dorso de la mano derecha lo tenía amoratado a causa de algún tratamiento médico. Sin embargo, se le notaba una determinación que parecía prevalecer a pesar de los problemas crónicos de salud que le aquejaban.

—Papá, no pensarás en serio asistir a una reunión de la junta.

—Puedes apostar a que sí.

—Tienes que quedarte en casa. No estás en condiciones. El médico ni siquiera te permite

conducir.

—Pues tomaré un taxi. O diré a Ned que pase a recogerme.

—No me importa que conduzcas. Esa no es la cuestión —dijo Serena—. Lo que creo es que deberías descansar durante unos días.

—Bobadas. No estoy tan viejo ni tan inválido como para no poder tomar decisiones sobre lo que voy a hacer tal o cual día. Ahora, con el permiso de los presentes, quisiera echarme un rato antes de cenar. Ha sido un placer, señorita Millhone. Espero que la próxima vez que nos veamos, me encuentre con una ropa más decente. No suelo recibir a nadie en albornoz.

Serena le rozó el brazo.

—¿Te ayudo a subir?

—Gracias, pero no es necesario —dijo el anciano. Salió de la cocina arrastrando los pies y moviéndose con una inseguridad que, pese a todo, no le impedía avanzar a ritmo casi normal. Al llegar ante la entrada del sótano, abrió la puerta. El perro había tenido que estar en lo alto de las escaleras porque apareció al instante y trotó detrás del anciano, girando la cabeza para mirarnos con alegría.

Serena se volvió hacia mí con un suspiro exasperado.

—Es un cabezota, me saca de quicio. No tengo hijos, pero estoy convencida de que los padres son peores. Ay, Señor. En fin, supongo que no habrá venido para escuchar mis lamentaciones. Dijo que quería preguntarme algo.

—Busco cierto dinero que puede que tuviera Lorna en el momento de morir. Al parecer, canceló una cuenta bancaria el viernes de aquella misma semana. Por lo que he averiguado, hay veinte mil dólares en paradero desconocido. ¿Vio usted dinero en la casa?

Serena se había llevado la mano al pecho y puesto cara de sorpresa.

—¿Tenía Lorna todo ese dinero? Es increíble.

—Tenía muchísimo más, pero al parecer es la única cantidad que falta.

—No entiendo nada. Lo que dirá Roger cuando se entere.

—¿No vio usted nada el día que encontró el cadáver? Un cheque, quizá.

—No. Pregunte al dueño de la cabaña. Yo ni siquiera entré.

—¿Entró él?

—Bueno, fue sólo un instante, pero estoy segura de que sí.

—A mí me dijo que percibió el olor, dio media vuelta, volvió a su casa y avisó a la policía.

—Es verdad, pero mientras esperábamos a la policía, abrió la puerta y entró.

—¿Para qué?

Negó con la cabeza.

—Lo ignoro. Supongo que para ver de qué se trataba. Lo había olvidado todo hasta que usted ha empezado a desenterrar el asunto.

Cuando volví a mi casa, vi a Danielle en la puerta, en medio de un charco de luz. Llevaba las largas piernas al descubierto, excepción hecha de la minúscula porción que cubría la minifalda rosa más corta que se conoce. Calzaba zapatos negros de tacón alto y vestía una camiseta negra de tirantes y una cazadora de estilo universitario con una enorme F negra en la espalda. Tenía el pelo tan largo que le rebasaba el borde inferior de la cazadora. Sonrió cuando me vio avanzar por el jardín.

—Eh, hola. Creía que te habías ido. He venido por el resto del dinero. Los de Hacienda dicen que no he declarado todos mis ingresos.

—¿No tienes frío? Yo estoy tiesa.

—Se nota que nunca has vivido en la costa oriental. Seguramente estaremos a quince grados. Con esta cazadora, estoy más calentita que un oso.

—¿Qué quiere decir la F?

—¿A ti qué te parece? —dijo con ligero sarcasmo.

Sonreí mientras abría la puerta y encendía las luces. Entró detrás de mí y se detuvo en la puerta para observar el interior. Sus ojos parecían enormes, con el verde realzado por el lápiz de ojos y las pestañas perladas de rímel. Debajo de las capas de maquillaje tenía una cara dulce e infantil: nariz respingona, boca malhumorada. Recorrió el perímetro de la salita, taconeando ruidosamente mientras echaba una ojeada a los libros de las estanterías. Vio la foto enmarcada de Robert Dietz.

—Oye, qué guapo. ¿Quién es?

—Un amigo.

Enarcó las cejas y me miró de un modo que daba a entender que comprendía la clase de amigo que era. Dejó la foto donde estaba y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Colgué la mía en el respaldo de la silla de director de cine. Tomó asiento en el sofá y pasó la mano por el tejido como para comprobar su solidez. Aquella noche tenía las uñas largas y perfectas, pintadas con el rojo de los coches de bomberos. Cruzó las piernas y se puso a balancear un pie mientras completaba la inspección.

—No está mal. ¿Hay más viviendas como esta?

—Es la única en alquiler. Mi casero tiene ochenta y cinco años.

—No soy racista. Me gustan los viejos —dijo—. Le podría hacer un descuento.

—Se lo diré por si le interesa. ¿A qué has venido?

Se levantó, se dirigió a la cocina y abrió los armarios para ver lo que contenían.

—Me aburría. No comienzo a trabajar hasta las once. A veces es un problema llenar el tiempo que falta. El Caraculo está de mala uva y no quiero verlo.

—¿Qué le pasa?

—Y yo qué sé. Le habrá dado por ahí —dijo, y dio un manotazo en el aire para dar a entender que no le importaba el enfado del aludido. Sacó un par de bolsitas de té del bolsillo de la cazadora y los balanceó a la altura de los ojos—. ¿Te apetece un té con menta? Yo pongo el té y tú hierves el agua. Va bien para la digestión.

—No tengo problemas con la digestión. Además, no he cenado todavía.

—Yo tampoco. A veces no tengo otra cosa que echarme al estómago si Lester me quita el dinero. No quiere que engorde.

—Vaya sujeto —comenté.

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Ya me cuido, no creas. Tomo hipervitaminas, mucha fibra y esas cosas.

—Todo un festín —dije. Llené el cazo con agua caliente y lo puse en un quemador de la cocina. Encendí el fuego.

—Tú riéte. Apuesto a que estoy más sana que tú.

—Por lo que como, eso no es difícil —repliqué—. Y ya que hablamos de ello, ¿quieres cenar? No sé cocinar, pero puedo pedir una pizza por teléfono. Tengo que salir dentro de un rato, pero te invito.

—Bueno, no creo que me siente mal. Si es de verduras y sin salsa picante, me la comeré incluso con ganas. Te recomiendo ese sitio que hay al doblar la esquina. A veces me trabajo al dueño. Me hace un buen descuento porque le como la zanahoria.

—Se lo mencionaré cuando haga el pedido —dije.

—Tranquila, ya lo hago yo. ¿Dónde está el teléfono?

Le señalé el aparato, que estaba encima de la mesa, al lado del contestador automático. Las dos advertimos la lucecita parpadeante.

—Tienes un mensaje —anunció. Apretó la tecla correspondiente antes de que pudiese protestar. Que lo oyera me parecía tan grosero como abrirme la correspondencia. Una voz mecánica informó que tenía sólo un mensaje. Biip.

—Hola, Kinsey. Soy Roger. Sólo quería saber cómo iban las cosas. No hace falta que me llame, pero si quiere hacerme más preguntas, estaré en mi casa. Adiós. Ah, me olvidaba de darle el número. —Lo recitó y se oyó el chasquido de la comunicación interrumpida.

—Es el jefe de Lorna —dijo—. ¿Lo conoces?

—Desde luego. ¿Y tú?

Arrugó la nariz.

—Lo he visto una vez. —Descolgó el auricular y marcó un número que al parecer se sabía de memoria. Se volvió a mirarme mientras sonaban los timbrazos al otro extremo de la línea—. Diré que no le pongan queso. Disuelve la grasa —murmuró.

Dejé que hiciera las gestiones mientras yo preparaba el té. La noche que la había conocido me había parecido recelosa, aunque quizá se trataba de su actitud laboral. Ahora me parecía relajada, casi de buen humor. Seguramente había tomado alguna droga, pero en su ingenuidad había algo realmente encantador. Estaba dominada por un entusiasmo natural que vivificaba cada cosa que hacía. Y oía que gestionaba el pedido con una confianza derivada sin duda del hecho de haberse

«trabajado» a individuos de todos los pelajes. Tapó el auricular con la mano.

—¿Dónde estamos? No me acuerdo de la dirección.

Le di el número de la calle, que la joven repitió por teléfono. Habría podido llevármela al local de Rosie, pero no confiaba en la buena educación de la susodicha. Con William ausente, me preocupaba la posibilidad de que hubiera recaído en la misantropía.

Colgó, se quitó la cazadora, la dobló con cuidado y la dejó en un extremo del sofá. Se acercó al mármol de la cocina, abrazada a su gigantesco bolso de mano. Tenía la gracia de una potrilla, toda brazos, piernas largas y hombros huesudos. Le tendí una taza de té.

—Quiero preguntarte algo.

—Aguarda. Me gustaría decirte antes una cosa. Espero que no sea demasiado personal. No quisiera que te sintieras ofendida.

—Detesto los párrafos que empiezan así —dije.

—También yo, pero es por tu propio bien.

—Adelante. Lo vas a decir de todos modos.

Titubeé e hizo una mueca de renuencia exagerada.

—¿Me prometes que no te enfadarás?

—Suéltalo de una vez. No soporto el suspense. Me huele el aliento.

—No, es tu corte de pelo, que es un desastre.

—Vaya, gracias.

—No te pongas sarcástica. Te puedo echar una mano. De verdad. Hacía prácticas como aprendiz de estilista cuando conocí a Lester...

—El Caraculo —puntalicé.

—Sí, ese. Bueno, soy muy buena cortando el pelo. A Lorna se lo cortaba siempre. Tú dame unas tijeras y te convierto en estrella de cine. No bromeo.

—Sólo tengo unas tijeras para las uñas. En todo caso, después de cenar.

—Venga. La pizza tardará quince minutos en llegar. Mira, a ver qué te parece. —Abrió el bolso y me lo enseñó—. ¡Chan, chan! —Dentro había un cepillo, un secador de pelo pequeño y unas tijeras. Puso el secador en el mármol y tijeeteó el aire como si tocara las castañuelas.

—¿Has venido a mi casa con todo ese arsenal?

—Lo llevo siempre encima. A veces corto el pelo en los lavabos de señoras del Palacio.

Acabé sentada en un taburete, con una toalla de manos alrededor del cuello y con el pelo mojado con el agua del fregadero. Danielle hablaba por los codos mientras daba tijejetazos aquí y allá. Comenzó a rodearme un cerco de pequeños mechones.

—No te asustes. Pareces un perro de lanas, pero es porque todavía no está igualado. Tienes un cabello precioso, fino, abundante y con una ligerísima ondulación. Bueno, yo diría que más que ondulación tiene cuerpo, que es mejor aún.

—¿Por qué no terminaste el aprendizaje?

—Perdí el interés. Además, no se gana tanto. Mi padre decía siempre que si la economía se iba a pique, era un oficio seguro, pero en mi opinión ser puta lo es más. Un hombre puede no tener dinero para hacerse un esculpido, pero siempre consigue veinte dólares para un polvo.

Vocalizó en silencio la última palabra. Tardé un segundo en deducirla.

—¿Qué harás cuando seas demasiado mayor para joder?

—Sigo un curso de dirección empresarial en la Facultad de Económicas. El dinero es el

segundo tema que me interesa de verdad.

—Llegarás lejos.

—Por algún sitio hay que empezar. ¿Y tú? ¿Qué harás cuando seas demasiado mayor para joder?

—Últimamente no jodo. Soy casta como la nieve.

—Pues qué lata. Por eso eres tan quisquillosa —dijo.

Me eché a reír y guardamos silencio durante un rato, mientras Danielle se concentraba en lo que hacía.

—¿Y la pregunta? Dijiste que querías preguntarme algo.

—Antes me gustaría ver cuánto tengo en efectivo.

Me tiró del pelo.

—No seas así. Apuesto a que eres de esas personas que gastan bromas para mantener alejados a los demás. ¿Me equivoco?

—Creo que no debería responder a eso.

Sonrió.

—¿Lo ves? Puedo cogerte por sorpresa. Soy más lista de lo que imaginas. Anda, pregunta.

—Ah, sí. ¿Te dijo Lorna que iba a retirar veinte de los grandes de una cuenta bancaria antes de la fecha en que por lo visto tenía que marcharse de la ciudad?

—¿Y por qué había de hacer una cosa así? Siempre viajaba con un hombre. Jamás gastaba un centavo propio cuando iba de viaje.

—¿Qué hombre?

—Cualquiera que estuviese a mano —dijo, dándole todavía a las tijeras.

—¿Sabes adónde se dirigía?

—No hablaba de esas cosas.

—¿Tienes idea de si tenía un diario o una agenda?

Se tocó la sien con la punta de las tijeras.

—Lo guardaba todo aquí. Decía que, de lo contrario, los clientes no se sentían seguros. ¿Que la poli te registra la casa? Te enseñan la orden de registro y vas lista, y contigo todos los demás. Deja de moverte.

—Perdona. ¿Adónde iría a parar el dinero? Por lo visto, canceló la cuenta.

—Desde luego, a mí no me lo dio. Ojalá lo hubiera hecho. Habría abierto una cuenta a mi nombre con esta rapidez. —Me dio un tizeretazo a un milímetro de la oreja y siete pelos cayeron a tierra. Dejó las tijeras en el mármol de la cocina, enchufó el secador y empezó a levantarme las mechas con el cepillo. Que le toqueteen a una el pelo de este modo relaja una barbaridad.

Alcé la voz para que no me la eclipsara el zumbido.

—¿Pudo haber saldado alguna deuda o pagado la fianza de alguien?

—Para pagar veinte mil de fianza tenía que ser un delito importante.

—¿Debía dinero a alguien?

—Lorna no tenía deudas. Ingresaba el importe de las operaciones a crédito incluso antes de que se lo cargasen en cuenta —dijo—. Apuesto a que robaron el dinero.

—Sí, también he pensado en eso.

—Tuvo que ser después de su muerte —prosiguió—. De lo contrario, lo habría defendido con uñas y dientes. —Apagó el secador, lo puso a un lado y retrocedió para inspeccionar el resultado.

Dedicó unos momentos a atusar y mover unos cuantos mechones y asintió, al parecer, satisfecha.

Sonó el timbre y Don Pizza apareció en la puerta. Di veinte dólares a Danielle para que concluyese ella la operación mientras me escondía en el cuarto de baño de la planta baja para mirarme en el espejo. La diferencia era notable. Habían desaparecido todos los trasquilones. Las mechas rebeldes estaban por fin en su sitio y el conjunto me enmarcaba la cara en capas escalonadas y armoniosas. Y volvía a su sitio aunque sacudiera la cabeza. Vi por el espejo que Danielle estaba detrás de mí.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es genial.

—Ya te dije que era buena con las tijeras —comentó riéndose.

Comimos directamente de la caja, partiendo la pizza vegetal sin queso, que sabía bien sin por ello hincharme todas las arterias.

—¿Verdad que es raro esto? —dijo—. Las dos aquí, igual que un par de colegas.

—¿Echas de menos a Lorna?

—Pues sí. Era estupenda. Después del trabajo, nos íbamos las dos al centro, nos metíamos en una cafetería y desayunábamos. Recuerdo que una vez compramos zumo de naranja y una botella de champaña. Nos sentamos en la hierba, en mi casa, y estuvimos bebiendo hasta el amanecer.

—Es una pena no haberla conocido. Parece que era muy legal.

A las ocho doblamos la caja y la tiramos a la basura. Danielle se puso la cazadora y yo cogí la mía. Ya en la calle, me dijo que la llevara a su casa. Giré a la izquierda para acceder a Cabana y, siguiendo siempre sus indicaciones, llegamos a un estrecho callejón que no estaba lejos del Palacio de Neptuno. Su «chabola», como ella la llamaba, era una estructura reforzada con tablas de chapa que se alzaba en la parte trasera de una finca. Seguramente había sido antaño un cobertizo para herramientas. Bajó del coche y se acodó en la ventanilla.

—¿No quieres entrar para verla por dentro?

—Tal vez mañana por la noche —dije—. Ahora tengo cosas que hacer.

—Ven si puedes. La he arreglado muy bien por dentro. Cuando hay poca faena suelo retirarme a la una..., siempre que Lester no me obligue a quedarme. Gracias por la cena y por el paseo.

—Gracias a ti por la compañía.

La vi alejarse en la noche, taconeando por el corto camino de ladrillo que iba hasta su puerta, con la larga cabellera ondeándole como si fuese un velo. Arranqué y me dirigí a la casa de los Kepler.

Aparqué en el sendero de acceso y anduve por el camino enlosado que conducía al porche. No había luz en la entrada y el jardín estaba negro como un túnel. Subí los peldaños iluminados apenas por la claridad que salía de las ventanas de la sala de estar. Janice me había dicho que solían comer a aquella hora. Di unos golpecitos en la puerta y oí correr una silla en la cocina.

Fue Mace quien abrió, ocultando con su volumen casi toda la luz que salía por la puerta. Percibí el aroma del atún a la cazuela. Llevaba en la mano una servilleta de papel, que se pasó por la boca.

—Ah, es usted. Estábamos cenando.

—¿Está Janice?

—Ya se ha marchado. Trabaja todos los días de once a siete, pero una chica se ha puesto enferma y se ha ido antes. Vuelva mañana —dijo, e hizo ademán de darme con la puerta en las narices.

—¿Puedo hablar con usted?

Adoptó durante un segundo una expresión impávida, como si un ligerísimo asomo de cólera hubiese borrado de sus facciones las expresiones restantes.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si tiene inconveniente en que charlemos un momento —contesté.

—Pues sí, lo tengo. Hoy ha sido un día largo y difícil y no me gusta que me miren mientras como.

Noté un súbito acaloramiento, como si me hubieran acercado un soplete a la nuca.

—Volveré más tarde —repliqué. Me di la vuelta y bajé los peldaños del porche. Mientras cerraba la puerta, el hombre murmuró una obscenidad.

Reculé por el sendero de acceso con un chirrido de neumáticos y puse el vehículo en primera. El muy mierdaseca. No me gustaba aquel individuo. Era un imbécil y un gilipollas, y deseé que le picasen las almorranas. Di vueltas al azar para calmarme. No sabía qué hacer. Habría podido ir a la Cafetería Frankie para hablar con Janice, pero sabía que se me escaparían unas cuantas perrerías contra su cónyuge.

Opté por dirigirme al Café Caliente, en busca de Cheney Phillips. Aún era temprano para ser miércoles por la noche, pero el CC ya estaba lleno, con la música a todo volumen y el humo de tabaco viciando la atmósfera. Pese a ser un antro que desconocía la franja horaria de los aperitivos, los descuentos y los entremeses (a menos que las patatas fritas mojadas en salsa se considerasen canapés), el CC estaba siempre hasta los topes desde que abría, a las cinco de la tarde, hasta la hora de cerrar, las dos de la madrugada. Cheney estaba sentado a la barra con unos tejanos descoloridos, camisa de vestir y botas de viajero del desierto. Tenía una cerveza ante sí y charlaba con el vecino. Sonrió al verme. Dios mío, me fascinan las dentaduras perfectas.

—Doña Kinsey. ¿Qué tal? Te has cortado el pelo. Tiene buen aspecto.

—Gracias. ¿Dispones de un minuto?

—Claro que sí. —Cogió la cerveza, bajó del taburete e inspeccionó el local en busca de alguna mesa libre donde pudiéramos hablar. El barman avanzó hacia nosotros—. Una copa de Chardonnay —le dijo Cheney.

Encontramos mesa junto a la pared lateral. Desahugué durante unos minutos mi antipatía por Mace Kepler. Tampoco a Cheney le caía bien el individuo y me escuchó con placer.

—No sé qué será, pero me saca de quicio.

—Detesta a las mujeres —dijo Cheney.

Lo miré con sorpresa.

—¿Es eso? Bueno, puede que sí.

—¿Y qué más has averiguado?

Le conté mi viaje a San Francisco, la charla con Trinny, su confesión tocante a la cinta porno y por último lo de la desaparición del dinero de la cuenta bancaria. Le enseñé el extracto del banco y observé sus reacciones.

—¿Qué opinas?

Había doblado el espinazo, estirado las piernas y apoyado un codo en la mesa, y sostuvo el

extracto sujetándolo por una punta. Se removió en el asiento. No parecía impresionado.

—Iba a salir de la ciudad. Seguramente necesitaba dinero. —Inspeccionaba el extracto mientras daba sorbos al botellín de Corona.

—He preguntado a Danielle al respecto. Dice que Lorna no gastaba ni un centavo en viajes. Que sólo viajaba con individuos que se lo pagaban todo.

—Sí, pero eso no es necesariamente un factor decisivo.

—Claro que no es decisivo por necesidad, pero podría serlo. Esa es la cuestión. Serena dice que J. D. entró en la cabaña un instante mientras aguardaban a la policía. ¿Y si lo cogió él?

—¿Crees que estaba allí a la vista? ¿Todo el fajo de billetes?

—Bueno, es una posibilidad —contesté.

—Sí, claro. A juzgar por todo lo que has averiguado, Lorna estaba metida en apuestas ilegales o revendía abrigo de visón o quería comprar una buena cantidad de droga.

—Ah, ah —artillé, interrumpiéndole la letanía—. También pudo llevarse el dinero el primer agente que entró en la casa.

—Todo es posible —dijo, aunque le molestaba la idea de la corrupción policial—. En cualquier caso, no sabes si se trataba de dinero en efectivo. Pudo haber hecho una transferencia bancaria y saldado la operación con la Visa. La gente no va por ahí con esa cantidad en metálico.

—Sigo teniendo en la imaginación el fajo de billetes.

—Pues imagina que era otra cosa.

—Pudo haberlo cogido Serena. Medio acusó a J. D., pero de que ella no entró en la cabaña no tenemos más que su palabra. O puede que lo encontraran los padres de Lorna y cerraran la boca, pensando que no iban a tener dinero para pagar el entierro. Iba a preguntárselo, pero Kepler me echó con cajas destempladas.

A Cheney parecía hacerle gracia la situación.

—Nunca desistes.

—Lo que pasa es que me parece digno de atención. Además, necesito una pista a toda costa. No estará fichado Mace Kepler, ¿verdad? Me gustaría empapelarlo.

—No tiene ningún antecedente. Ya lo comprobamos.

—Lo que no significa que no sea culpable. Sólo que no lo han cogido todavía.

—No pierdas el norte. —Deslizó hacia mí el extracto bancario—. Por lo menos ya sabes quién envió la cinta porno a la señora K. —dijo.

—Eso no nos conduce a ninguna parte.

—No te deprimas.

—Detesto estas investigaciones llenas de agujeros —me quejé—. En otras, hay un indicio claro. Captas el humo, lo sigues, y aunque tardes una barbaridad, sabes por lo menos que vas a algún sitio. Pero este caso me hace perder la paciencia.

Se encogió de hombros.

—Nosotros investigamos durante meses y no sacamos nada en claro.

—Sí, ya lo sé. Pero tengo la intuición de que conmigo puede ser de otro modo.

—Tu modestia es admirable —dijo—. Llevas tres días en el caso y ya crees que deberías tenerlo a punto.

—¿Sólo tres días? Pues me siento como si llevara semanas en él.

—Bueno, ya saldrá algo. Durante todo este tiempo, el asesino se ha creído a salvo. No creo

que le guste que andes metiendo la nariz en sus asuntos.

—El asesino o la asesina.

—Exacto. Por lo que se refiere a homicidios no hay que discriminar a las mujeres —dijo.

El mensáfono de Cheney se puso a sonar. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que llevara uno encima. Comprobó las cifras que indicaba, se disculpó y fue al fondo de la barra para llamar por teléfono. Al volver dijo que tenía que marcharse. Habían detenido a uno de sus confidentes y preguntaba por él.

Ya sola, me quedé el tiempo necesario para terminarme el vino. El ambiente se condensaba y había subido el volumen de la música, además del nivel tóxico del humo de segunda mano. Cogí la cazadora y el bolso y me dirigí al aparcamiento. Aún no era medianoche, pero todas las plazas estaban ocupadas y la calle de más allá empezaba a llenarse de vehículos.

Estaba nublado. Las luces de la ciudad iluminaban la capa de nubes. Al otro lado de la calzada, alrededor del refugio de los pájaros, se levantaba una neblina procedente del estanque de agua dulce. El aire parecía oler a azufre. Los grillos y las ranas eclipsaban el rumor del tráfico de la lejana autopista. En un punto más cercano, un tren de mercancías emitía pitidos que sonaban igual que breves acordes de órgano. El suelo tembló cuando el haz de luz del faro barrió la curva. Pasó el hombre de la bicicleta. Me volví y me quedé mirándolo. El creciente traqueteo del tren hacía su avance tan silencioso como la representación de una pantomima. Espectadora única, yo sólo percibía el bailoteo de las luces y las flexiones de sus piernas.

Había dejado el VW en un círculo de luz artificial y lo localicé por la curvatura del techo. Una reluciente limusina negra se había puesto en sentido perpendicular a la hilera de coches y bloqueaba el paso de cuatro vehículos, entre ellos el mío. Miré al conductor. La ventanilla bajó en silencio. Señalé mi coche para dar a entender que no podía moverlo. El chófer se rozó la gorra, pero no encendió el motor. Como soy doña Comprensiva, esperé medio segundo y dije:

—Disculpe, pero si se aparta cosa de un metro, podré sacar el coche, el VW del fondo.

El chófer se quedó mirando a mis espaldas y me volví para ver qué pasaba. Los dos hombres habían salido del bar y avanzaban sin prisas hacia nosotros, aplastando la crujiente grava. Me dirigí al VW con intención de sentarme al volante. No tenía sentido quedarse fuera con el frío que hacía. El ritmo de los pasos se aceleró y me di la vuelta. Los dos hombres estaban ya junto a mí y me sujetaron los brazos.

—¡Oigan! —exclamé.

—No diga nada, por favor —murmuró uno.

Me condujeron a la limusina, llevándome prácticamente en volandas. Me sentía como una niña a quien sus padres levantan tirándole de los brazos para saltar los bordillos y los charcos. Cuando una es pequeña, la cosa es divertida. Cuando es adulta, da miedo. Se abrió la portezuela trasera de la limusina. Traté de clavar los pies en el suelo, pero no hubo manera. Cuando reuní fuerzas suficientes para gritar «¡Socorro!», ya estaba sentada en la parte posterior y con la portezuela cerrada.

El interior era de cuero negro y madera de nogal. Vi un minibar, un teléfono y una pantalla de televisión en blanco y negro. En el techo había una serie de botones iluminados y de distintos colores que gobernaban todos los aspectos de la comodidad de los pasajeros: temperatura, ventanillas, luces de lectura, la deslizante luna del techo. Entre nosotros y el chófer había un panel de vidrio que nos aislaba por completo. Me encontraba en el asiento trasero, flanqueada por los

dos hombres y de cara a otro individuo, sentado enfrente, al otro lado de un espacioso tramo de moqueta mullida y negra. Por razones de seguridad personal, me esforzaba por mirar al frente con fijeza. No quería estar en situación de identificar a los dos gorilas. Al sujeto que tenía enfrente no parecía preocuparle si le miraba o no. Los tres emanaban calor corporal y estaban sumidos en un silencio que lo engullía todo menos el susurro de las respiraciones cargadas, sobre todo el de la mía.

Las únicas luces interiores eran pequeños tubos laterales. Las ahumadas ventanillas impedían el paso de la luz de los focos del aparcamiento, pero aun así había iluminación suficiente. Reinaba una atmósfera tensa, como si el campo gravitacional, sin saber cómo, fuera allí distinto del resto del mundo. Puede que fueran los abrigo, el convencimiento de que todos los pobladores del coche menos yo iban armados. El corazón me latía con fuerza y notaba el tacto enfermizo del sudor corriéndome por el costado. El miedo suele volverme insolente, pero no fue así en aquella ocasión, en que más bien me sentía desbordante de respeto. Se trataba de hombres que se regían por normas distintas de las mías. ¿Quién sabía lo que considerarían violento u ofensivo?

La limusina era tan larga que el hombre sentado enfrente de mí estaba a casi dos metros. Era un sesentón bajo, robusto y con una laguna calva en lo alto del cráneo. Tenía la cara moteada de lunares de todos los tamaños y su piel estaba tan surcada de arrugas como un dibujo hecho con tinta. Los mofletes le sobresalían hasta el punto de formar un corazón cuyo remate inferior era la barbilla. Sus cejas eran un revuelto cepillo blanco que techaba un par de ojos oscuros y hundidos. Tenía los párpados superiores caídos y los inferiores hinchados y bordeados por ojeras negras. Sus labios eran delgados y los dientes grandes y un tanto saltones. Tenía las muñecas macizas, y las manos grandes y cargadas de joyas de oro macizo. Olía a puros y a una punzante loción para después del afeitado. Había en él algo decididamente masculino: brusco, resuelto, indiferente. En una mano sujetaba un pequeño cuaderno de notas, aunque no parecía tener ningún protagonismo.

—Espero que disculpe usted esta forma tan heterodoxa de preparar un encuentro. No ha sido nuestra intención alarmlarla. —Hablaba sin acento, sin inflexiones propias de tal o cual región.

Los individuos que me flanqueaban estaban tan inmóviles como maniqués.

—¿Seguro que no se han confundido de persona?

—Seguro.

—Pues yo no los conozco a ustedes —dije.

—Soy abogado, de Los Ángeles. Represento a un caballero que está actualmente fuera del país por motivos profesionales. Me ha encargado que me ponga en contacto con usted.

—¿Con qué objeto? —El ritmo cardíaco se me había relajado un tanto. No eran ladrones ni secuestradores. Tampoco creía que fuesen a pegarme un tiro para dejar a continuación el cadáver en el aparcamiento. La palabra MAFIA comenzó a articularse en el fondo de la cabeza, pero no permití que se convirtiera en un pensamiento concreto. No quería que me lo confirmaran por si más tarde me veía obligada a prestar declaración. Eran profesionales. Mataban por cuestiones de negocios, no por placer. Como hasta el momento yo no tenía ningún negocio con ellos, supuse que por ese lado no tenía nada que temer.

—Está usted haciendo pesquisas que mi cliente no desconoce —dijo el presunto abogado— en relación con un homicidio. La joven muerta es Lorna Kepler. Le agradeceríamos que nos pusiese al corriente de la información que haya obtenido.

—¿Por qué le interesa este asunto a su cliente? Si se me permite la pregunta.

—Era un buen amigo de la joven, que a su vez era una excelente persona. Mi cliente no quiere que salga a la luz nada que empañe la reputación de la joven.

—Su reputación ya estaba empañada antes de morir —dije.

—Estaban prometidos.

—¿Cómo dice?

—Iban a casarse en Las Vegas el veintiuno de abril, pero Lorna no se presentó.

Lo miré con fijeza. La afirmación sonaba tan absurda que tenía que ser cierta. Ya me habían dicho que Lorna había conocido a algunos mafiosos de peso en el curso de sus actividades laborales. Puede que se hubiese enamorado de uno y que el individuo la hubiese correspondido. Don Negocios Sucios y señora.

—¿Y no envió a nadie para que la localizara al comprobarse que no iba a hacer acto de presencia?

—Es un hombre con orgullo —contestó—. Supuso que los sentimientos de la muchacha habían cambiado. Como es lógico, al enterarse de lo sucedido, recibió la noticia con sentimientos encontrados. Y en la actualidad se pregunta si habría podido salvarla.

—Lo más seguro es que no lo sepamos nunca.

—¿Qué información ha recabado usted hasta el momento?

No tuve más remedio que encogerme de hombros.

—Sólo llevo en el caso desde el lunes y la verdad es que no me he enterado de mucho.

Se produjo un silencio.

—Ha hablado usted con un caballero de San Francisco con el que hemos tenido tratos. El señor Ayers.

—Es verdad.

—¿Qué le contó?

No respondí enseguida. No sabía qué reacciones podía suscitar entre aquella gente la buena disposición de Ayers o su negativa a cooperar. Me lo imaginé colgado por los testículos de la araña del techo. Puede que el crimen organizado no recurriese en realidad a métodos tan drásticos. Los de Santa Teresa no teníamos mucha experiencia en estas cosas. Tenía la boca seca. Me preocupaba mi responsabilidad ante las personas con quienes había hablado.

—Se condujo con amabilidad —dije—. Me dio un par de nombres y teléfonos, pero como yo ya había hecho averiguaciones en aquel sentido, su información carecía de utilidad.

—¿Con qué otras personas ha hablado?

Cuesta fingir indiferencia cuando la propia voz se pone a temblar.

—Miembros de la familia. Su jefe. Lorna había cuidado ocasionalmente la casa de la mujer de su jefe y también hablé con ella. —Carraspeé.

—¿Se refiere a la señora Bonney? ¿La persona que encontró el cadáver?

—Exacto. También he hablado con el inspector de Homicidios que llevó el caso en su día. —No hubo respuesta—. Y eso es todo —añadí con voz forzada.

La mirada del hombre se posó en el cuaderno de notas. Vi un destello en sus ojos cuando los levantó. Estaba claro que sabía con exactitud con quiénes había hablado y esperaba comprobar hasta qué punto me hacía la ingenua. Fingí que estaba en un juzgado, en el estrado de los testigos. El hombre era abogado, según había dicho. Si quería hacer preguntas, que las formulara y se las contestaría. Aun en el improbable caso de que yo supiera más que él, me pareció mejor no dar información por iniciativa propia.

—¿Con quién más? —preguntó.

Otra gota de sudor se me deslizó por el costado.

—Así, de pronto, no se me ocurre nadie más —dije. El coche parecía un horno. Me pregunté si habrían encendido la calefacción.

—¿Y con la señorita Rivers?

Lo miré sin comprender.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Danielle Rivers.

—Aaaah, sí. Es verdad. He hablado con ella. ¿Tienen ustedes algo que ver con cierto individuo que se pasea en bicicleta?

Pasó por alto la pregunta y dijo:

—Ha hablado con ella dos veces. La última, esta misma noche.

—Le debía dinero. Se presentó en mi casa para reclamármelo. Me cortó el pelo y pedimos una pizza vegetariana. Nada de interés. En serio.

Me miró con frialdad.

—Nada. En fin, que Lorna había sido su maestra y que había adoptado algunas estrategias financieras de Lorna. Me habló de su representante, un tal Lester Dudley. ¿Lo conoce?

—No creo que el señor Dudley sea de interés para nuestra charla —contestó—. ¿Tiene usted alguna teoría sobre el asesinato?

—Todavía ninguna.

—¿No sabe quién la mató? —Negué con la cabeza—. Mi cliente desea que le haga usted saber el nombre en cuanto lo conozca.

Claro, ¿no te fastidia?

—¿Por qué? —Me esforzaba por no hacerme la impertinente, pero me costaba. Sin duda era más prudente no hacer preguntas a aquellos sujetos, pero me comía la curiosidad.

—Lo consideraría un favor.

—Ah, un favor. Entiendo. Entre profesionales.

—Tampoco desdeña la posibilidad de valorar su tiempo.

—Se lo agradezco mucho, pero..., verá, no quisiera ser grosera, pero la verdad es que no quiero nada de su cliente. Entiéndame, nada que se me ocurra en este momento. Dele las gracias por la oferta.

Silencio sepulcral. Introdujo la mano en el bolsillo pectoral de la chaqueta. Di un respingo, pero sólo sacó un bolígrafo de muelles, al que apretó el botón de la cabeza. Garabateó algo en una tarjeta de visita y me la tendió.

—Se me puede localizar en este número a cualquier hora. —El gorila de mi derecha alargó la mano, cogió la tarjeta y me la entregó. No figuraba ningún nombre. Ninguna dirección. Sólo el número escrito a mano—. En el ínterin —prosiguió el abogado con actitud amable—,

preferiríamos que esta conversación quedara exclusivamente entre nosotros.

—No se preocupe.

—Sin excepciones.

—De acuerdo.

—Ni siquiera el señor Phillips.

Cheney Phillips, inspector de la brigada contra la corrupción.

—Entiendo —dije.

Noté una ráfaga de aire fresco y me di cuenta de que habían abierto la portezuela del coche. Bajó el sujeto de mi derecha y me tendió la mano. Le agradecí el detalle. Es difícil deslizarse por un asiento con la espalda inclinada cuando el sudor de las corvas pega los pantalones a la tapicería. Esperaba no haberme meado encima. En una situación así, ni siquiera confiaba en la movilidad de mis piernas. Salí con poca torpeza, con las nalgas por delante, como si fuera a poner un huevo. Para mantener el equilibrio, apoyé la mano en el coche aparcado al lado del mío. El gorila volvió a subir al vehículo. La portezuela se cerró con un chasquido, la limusina se puso en marcha y salió en silencio del aparcamiento. Miré la matrícula trasera, pero se había manchado con barro. No es que quisiera hacer averiguaciones. Sinceramente, prefería no saber quién era aquella gente.

Notaba el jersey frío y húmedo. Sufrí un escalofrío. Necesitaba una ducha caliente y un copazo de brandy, pero no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. Abrí el VW, subí y eché el seguro como si me persiguieran. Miré el asiento trasero para cerciorarme de que estaba sola. Puse la calefacción aun antes de arrancar.

Tomé asiento en un reservado del fondo de la Cafetería Frankie, lo más lejos posible de las ventanas. No cesaba de escrutar a los demás clientes, preguntándome si me seguiría alguno. El local estaba relativamente lleno: parejas mayores que sin duda lo frecuentaban desde hacía años, jóvenes en busca de un lugar donde matar el tiempo. Janice me había visto al entrar y se acercó a la mesa con una cafetera en la mano. El cubierto estaba en el expositor del centro de la mesa: servilletas, cuchillo, tenedor, cucharas, una taza de gruesa porcelana blanca puesta boca abajo en un platito del mismo material. Puse la taza boca arriba y Janice me la llenó. La dejé en la mesa para que no advirtiera lo mucho que me temblaban las manos.

—Le sentará bien —dijo—. Está usted pálida como un fantasma.

—¿Podemos hablar?

Miró a sus espaldas.

—En cuanto se vayan los de la mesa cinco —contestó—. Le dejaré la cafetera. —La puso en la mesa y volvió a su puesto, deteniéndose en el camino para recoger un pedido por el ventanuco de la cocina. Cuando volvió, llevaba en las manos un rollo gigante de canela y dos pastillas de mantequilla envueltas en papel de estaño—. Le traigo un tentempié. Y si estuviera en su lugar, añadiría un poco de glucosa a la cafeína.

—Gracias. Tiene buen aspecto. —Tomó asiento al otro lado de la mesa, sin perder de vista a los clientes que entraban. Abrí las dos pastillas de mantequilla, partí un pedazo de rollo, lo unté, me lo llevé a la boca y a punto estuve de lanzar una exclamación. La masa del rollo era muy blanda y húmeda, y los pliegues chorreaban relleno. Nada como un buen susto para despertar el

hambre de productos suculentos—. Fabuloso. Podría hacerme adicta. ¿Vengo en mal momento para hablar?

—En principio no. Aunque pueden interrumpirnos. ¿Se encuentra bien? Parece usted cambiada.

—Me encuentro perfectamente. Hay un par de preguntas que quiero hacerle. —Me detuve para lamerme la mantequilla de los dedos, que limpié con una servilleta de papel—. ¿Sabía que Lorna iba a contraer matrimonio en Las Vegas el mismo fin de semana que murió?

Me miró como si le hablara en otra lengua y esperase a que aparecieran los subtítulos en la parte inferior de la pantalla.

—¿Se puede saber dónde ha oído usted semejante ocurrencia?

—¿Cree que hay algo de verdad en la noticia?

—Hasta este mismo instante, yo habría dicho decididamente que no. Pero ahora que usted lo dice, no estoy tan segura. Cabe la posibilidad —dijo—. Explicaría su actitud, incomprensible para mí entonces. Parecía emocionada. La verdad es que fue como si quisiera contarme algo, pero al mismo tiempo se contuviera. Ya sabe cómo son los críos... Bueno, a lo mejor no lo sabe. Cuando se enteran de un secreto, apenas saben guardarlo. Tienen tantas ganas de contarlo que no pueden reprimirlas y casi siempre lo revelan. Lorna se comportaba del mismo modo. No me percaté entonces de un modo consciente. Pero tuve que darme cuenta porque es lo primero que me ha venido a la cabeza en cuanto usted lo ha dicho, pero no insistí en su momento. ¿Con quién iba a casarse? Que yo sepa, ni siquiera tenía novio.

—No sé cómo se llama el hombre. Deduzco que era alguien de Los Ángeles.

—Pero ¿quién se lo ha dicho? ¿Cómo ha conocido la existencia de ese hombre?

—Su abogado se ha puesto en contacto conmigo hace un rato. La verdad es que puede que fuese el novio en persona, que se hacía pasar por otro. Es difícil saberlo.

—¿Y por qué no hemos sabido ni palabra del asunto hasta ahora? Hace diez meses que murió y es la primera noticia que tengo.

—Puede que por fin estemos pescando en el río indicado —dije.

—¿Quiere que pregunte a las chicas si Lorna les hizo algún comentario?

—No sé si será de interés. No tengo motivos para pensar que sea un infundio. Más bien se trata de llenar huecos.

—¿Qué más? Dijo usted que eran dos preguntas.

—El veinte de abril, la víspera de su muerte, Lorna canceló una cuenta que tenía en un banco de Simi Valley. Parece que retiró alrededor de veinte mil dólares, en metálico o en un cheque. También cabe la posibilidad de que transfiriese el dinero a otra cuenta, pero no he encontrado ningún indicio de que se llevase a cabo una operación así. ¿Le dice algo todo esto?

Negó con la cabeza despacio.

—No. No sé nada. Ni Mace ni yo encontramos cantidades importantes. Yo lo habría hecho constar, porque habría pensado que podía ser una prueba. Además, si era dinero de Lorna, sería parte de sus bienes y tendríamos que pagar los correspondientes impuestos. Yo no estafo a la Administración, ni con el ingreso más ridículo. Lo aprendí de Lorna. No hay que tontear con Hacienda.

—¿Pudo haberlo escondido ella? —pregunté.

—¿Para qué?

—Lo ignoro. Puede que cancelara la cuenta y escondiese el dinero para utilizarlo en caso de necesidad.

—¿Cree que lo robaron?

—Ni siquiera sé si había dinero en realidad. Parece que sí, pero no estoy segura. Puede que lo cogiera el propietario de la cabaña. De todos modos, es un detalle que quiero aclarar.

—Pues le aseguro que nunca lo he visto.

—¿Era Lorna consciente de su seguridad? En la cabaña no vi profusión alguna de cerrojos y cerraduras.

—Ay, era un desastre. Casi siempre tenía la puerta de par en par. A menudo he pensado que pudo introducirse alguien mientras ella hacía *footing*, lo que explicaría que en la puerta no hubiese indicios de forzamiento. La policía también lo pensó porque se me preguntó al respecto más de una vez.

—¿Le dijo Lorna si tenía caja fuerte en la cabaña?

—No —contestó con escepticismo—, no creo que tuviera ninguna. No iba con su carácter. ¿En aquella chabola? Habría sido absurdo. Lorna tenía fe en los bancos. Había abierto cuentas en todas partes.

—¿Y las joyas? ¿Dónde las guardaba? ¿Tenía caja de seguridad en algún banco?

—No, mire, lo que tenía era un joyero normal que guardaba en la cómoda, pero no encontramos nada de valor. Sólo unas cuantas chucherías para salir a la calle.

—Pues tenía que tener objetos preciosos, cuando se tomó la molestia de asegurarlos. Incluso especificó la existencia de joyas al redactar el testamento.

—Me gustaría enseñarle lo que encontramos para que lo vea usted misma —dijo.

—¿Y qué me dice de esos dispositivos caseros de seguridad donde la gente guarda las cosas de valor? Ya sabe, ladrillos huecos, latas de Pepsi, lechugas de pega que se guardan en el frigorífico. ¿Cree que pudo recurrir a estas cosas?

—Lo dudo. Que yo sepa, la policía no encontró nada en la casa. De los alrededores no estoy segura. Sé que registraron la zona. Si Lorna hubiera utilizado esos trucos, la policía habría encontrado algo, ¿no cree?

—Seguramente tiene usted razón. A lo mejor voy mañana a echar un vistazo. Puede que sea perder el tiempo, pero no me gustan los cabos sueltos. En cualquier caso, no se me ocurre nada mejor.

Volví a casa, me acosté y dormí mal, apremiada por la idea de que quedaba mucho por hacer. Aunque tenía el cuerpo molido, mis sinapsis cerebrales chisporroteaban de manera esporádica. Las ideas parecían salir disparadas como cohetes y explotaban en el aire, formando una pirotecnia de impresiones. En virtud de una curiosa metamorfosis, me sentía atraída por el sombrío mundo nocturno en que había vivido Lorna Kepler. La oscuridad se me antojaba a la vez exótica y conocida, y me dedicaba a calcular sus posibilidades. Mientras tanto, como funcionaba ya con las turbinas sobrecargadas, no conseguía dormir todo lo que me pedía el organismo.

Cuando por fin abrí los ojos, a las cinco y media de la tarde, me sentía tan pegada al lecho que apenas podía moverme. Volví a cerrar los ojos mientras me preguntaba si mientras dormía habría engordado ciento cincuenta kilos. Me palpé las extremidades, pero no advertí que hubieran

aumentado de volumen. Me levanté entre gimoteos, me arreglé sin prestar atención a los pormenores y me dirigí a la puerta de la calle. Adquirí un termo gigante de café caliente en el primer establecimiento de comida instantánea que localicé y me puse a succionar como una niña, produciéndome las inevitables quemaduras en la lengua.

A las seis, mientras la gente normal salía del trabajo, yo daba tumbos por el estrecho camino de tierra que conducía a la cabaña de Lorna. No había dejado de mirar por el retrovisor por si me seguían los de la limusina. Fuera cuales fuesen sus métodos de espionaje, eran individuos expertos. En ningún momento, desde el comienzo del caso, había tenido la menor sospecha de que me vigilaran. Incluso en aquellos instantes habría estado dispuesta a jurar que nadie espiaba mis movimientos.

Aparqué con la popa hacia la casa y cerré los ojos para aspirar la fragancia musgosa del lugar. Puse la taza vacía en el piso del vehículo y cogí de la guantera la linterna y un destornillador. Bajé del coche y me detuve un instante para justipreciar el estado del tiempo. Oía a lo lejos el oleaje de la autopista, el flujo y reflujo del tráfico. El aire era fresco y limpio, y las sombras se movían de manera caprichosa, como impulsadas por el viento. Avancé hacia la cabaña sintiendo en el estómago los retortijones de la inquietud. Era asombroso lo mucho que había aprendido sobre Lorna desde la primera vez que había estado allí. Había repasado tanto las fotografías *post mortem* que podía evocar la imagen de la difunta tal como la habían encontrado: reblandecida, descomponiéndose, en trance de reunirse con los elementos. Si existían los fantasmas, Lorna militaba en sus filas.

Había niebla y del océano llegaban los gemidos intermitentes de la sirena de aviso. La brisa estaba cargada de aromas marinos y vegetales. Barrí la oscuridad con el haz de la linterna. El huerto que había plantado Leda era un caos de arbustos y hierbajos donde las tomateras silvestres se abrían paso entre los crujientes tallos de maíz seco. Unas cuantas cebollas habían sobrevivido a la última cosecha. Con la primavera, aun abandonado a sus propios recursos, el huerto podía resucitar.

Me detuve en el jardín delantero y me puse a inspeccionar la cabaña rodeándola por fuera. No había nada digno de mención: tierra, hojarasca, tramos de hierba seca. Subí los peldaños del porche. La puerta seguía arrancada de los goznes. La golpeé con los nudillos para comprobar si estaba hueca, pero por el sonido me pareció sólida. Encendí la luz interior. El sucio resplandor de la bombilla de cuarenta vatios definía los espacios interiores bañándolos de amarillo pálido. Inspeccioné visualmente el lugar con detenimiento. ¿Dónde escondería yo veinte mil dólares en metálico? Comencé por la entrada y fui avanzando hacia la derecha. Ni el suelo ni las paredes estaban protegidos con material aislante y había pocos resquicios y ranuras. Golpeaba con los nudillos e introducía la punta del destornillador en todas las grietas y boquetes que veía. Me sentía como una odontóloga en busca de caries.

La cocina era el espacio con más posibilidades de tener escondrijos. Saqué cajones y medí la profundidad de los armarios en busca de alguna incongruencia que sugiriese la existencia de fondos falsos. Me arrastré por el suelo, cubriéndome de mugre, como es lógico. Lo más seguro es que los agentes hubieran hecho exactamente lo mismo..., si hubieran sabido qué buscar.

Inspeccioné a continuación el cuarto de baño, iluminando por detrás y por dentro la cisterna del retrete, y palpando las baldosas por si había alguna suelta. Descolgué el botiquín y comprobé las tablas de detrás. Inspeccioné el recodo donde había tenido la cama y la plancha metálica de la

salita donde había estado la estufa de madera. Nada. Al margen de lo que hubiera hecho Lorna con el dinero, no lo había guardado en la casa. En caso de haber estado en posesión de joyas o elevadas cantidades en metálico, no las había guardado en ningún escondrijo. Bueno, rectifico: al margen de lo que hubiera hecho con sus bienes, yo no sabía dónde estaban. Cabía la posibilidad de que se los hubiera llevado alguien más madrugador o, como había sugerido Cheney, de que Lorna hubiese utilizado el dinero de otro modo. Di por terminada la búsqueda tras hacer otra inspección general, pero sintiéndome insatisfecha.

Me fijé en la caja del timbre por pura casualidad. Habían arrancado la tapa y me incliné destornillador en mano para inspeccionar la pared. Por un instante recé porque un compartimiento secreto se abriese de golpe y cayera un fajo de billetes. Una es optimista y siempre espera cosas así. Como es lógico, no había más que el extremo del cable eléctrico. Nunca había visto el mecanismo de un timbre, pero aquel cable tenía un aspecto raro. Me quedé mirándolo durante unos instantes y acerqué el ojo. Dios mío, ¿qué era aquello?

Salí y bajé los crujientes peldaños de madera. El porche delantero estaba apoyado en soportes de hormigón, a cosa de un metro de tierra; el espacio inferior se reducía progresivamente hasta que el piso de la casa coincidía con el suelo, que se elevaba en la parte trasera. Parece que la intención había sido aislar las vigas inferiores de la humedad, aunque la medida había redundado en la creación de un espacio estrecho y sembrado de cenizas y protegido con tablas. Me agaché junto a estas e introduje los dedos por los resquicios. Di un tirón, aparté una tabla y escruté el subsuelo de la cabaña. Estaba negro como boca de lobo. Iluminé la zona con la linterna y me encontré con arañas que se columpiaban, advirtiéndome que me alejara.

En el suelo había una tabla de conglomerado con algunas herramientas de jardinería encima. Me incorporé y me puse en línea con el punto donde se encontraba la caja del timbre. Iluminé con la linterna las vigas del suelo de la cabaña. Vi que el cable verde atravesaba el suelo y que, sujeto con algunas grapas a la cara inferior de las vigas, venía hacia el borde del porche, muy cerca de donde me encontraba. No iba a tener más remedio que meterme en aquel hueco, sin particular entusiasmo a causa de las arañas que acecharían en la oscuridad.

Me puse a gatas a regañadientes y metí la cabeza. Las arañas pequeñas me observaron con alarma y muchas huyeron con el equivalente aracnoide del pánico. Más tarde sostendrían aterradas conversaciones sobre la impredecible conducta de los humanos. «¡Uf! Todos llenos de dedos», dirían. «Y qué pies más grandes y asquerosos. Siempre dispuestos a espachurrarte». Las mamas arañas las consolarían diciendo: «Casi todos son inofensivos y tienen tanto miedo de nosotras como nosotras de ellos».

Giré la cabeza y barrí la oscuridad con el haz de la linterna. A la altura del ojo había sido grapado a la madera un estuche de cuero. Arranqué las grapas con la punta del destornillador. El estuche estaba lleno de polvo y se había resecaado en la parte en que el cuero había comenzado a pudrirse. Salí del subsuelo. Me sacudí las manos, me limpié la grava y la tierra de los tejanos y apagué la linterna. Volví a la cabaña para inspeccionar el hallazgo. Parecía la funda de un transistor o de una grabadora, incluso tenía agujeros a un lado para conectar los auriculares o un micrófono. La ranura lateral era seguramente la que permitía mover la ruedecilla del volumen. Tenía que ser un aparato de control, no por poco sofisticado menos eficaz. Hacía dos años me habían instalado en casa un aparato parecido y lo había descubierto por pura casualidad. La grabadora, que se activaba mediante la voz humana, había registrado todo lo que yo había dicho

durante las charlas telefónicas, todos los mensajes que me habían dejado en el contestador automático e, íntegramente, todas las conversaciones sostenidas en mi casa.

Habían estado espionando a Lorna. Como es lógico, cabía la posibilidad de que el aparato lo hubiese instalado ella misma, pero sólo en el caso de que hubiera tenido algún motivo concreto para que quedase constancia material de sus conversaciones. Si esta hipótesis era cierta, resultaba inaceptable que no hubiera instalado el aparato dentro de la cabaña, donde se oía mejor y donde las cintas podían reemplazarse con facilidad. Un cacharro de aquellas características, pegado a la parte exterior del suelo, tenía que registrar por fuerza muchos ruidos ambientales.

«Repámpanos y córcholis», me dije, ¿quién, de cuantas personas conocía, habría podido conseguir toda clase de aparatos de vigilancia? ¿Tal vez la señora Leda Selkirk, hija del detective privado a quien habían retirado antaño la licencia por pinchar teléfonos de manera ilegal? Volví a encender la linterna y apagué las luces de la cabaña. Me puse al volante, giré la llave de contacto y bajé por el accidentado camino hasta la calle. Aparqué delante de la casa de los Burke, que estaba medio a oscuras.

Cuando me abrió Leda, yo sostenía el podrido estuche de cuero con la punta del destornillador como si fuera el pellejo de un animal exótico. Aquella noche llevaba el esternón y el ombligo al aire. Lo que son las cosas. Estábamos a mediados de febrero y la señora llevaba un vestido que habría lucido con orgullo cualquier bailarina turca: pantalones anchos de tejido envuelto, al estilo malayo, de un fino tejido con flores estampadas que recordaba a la parte inferior de los pijamas estivales. La prenda superior era de un tejido semejante, con estampados diferentes, sin mangas y con un solo botón entre los magros pechos.

—¿Está J. D.? —pregunté.

—Aún no ha llegado —dijo, negando con la cabeza.

—¿Puedo pasar? —Supuse que se hacía la tonta, reacción que abarcaba todas las actitudes posibles entre la negativa y la autorización.

Me miró y acto seguido miró el estuche de cuero. Por lo visto no se le ocurrió decir nada mejor que «Ah». Se apartó de la puerta, entré en el vestíbulo a oscuras y la seguí hasta la cocina, que estaba al fondo. Al mirar a la izquierda vi a Jack, el niño de los dedos pringosos, echado en el sofá y totalmente en trance mientras se concentraba en un vídeo de dibujos animados. El más pequeño dormía de costado en un acolchado cesto del cochecito, con las febriles imágenes coloreadas del televisor proyectándosele en la cara.

La cocina aún olía al sofrito de carne picada del lunes, que a mí me parecía a años luz de distancia. Creí reconocer algunos platos amontonados en el fregadero, aunque tenían ya encima los procedentes de otras comidas. La señora, por lo visto, era de las que esperaban a utilizarlo todo antes de dar comienzo al programa de lavado.

—¿Le apetece un café? —me preguntó. Vi una cafetera de filtro con el depósito recién lleno y con la base del embudo aún goteando.

—Sí, gracias —dije. Me senté en el banco de madera e inspeccioné la mesa por si tenía zonas pegajosas. Localicé un área limpia, de unos cinco centímetros cuadrados, y apoyé los codos con cautela.

Tomó una taza, la llenó, rellenó la suya y volvió a encajar el depósito en la cafetera. De perfil su nariz parecía demasiado larga, pero con la iluminación adecuada producía un efecto interesante. Tenía el cuello largo y orejas de duende, con el pelo negro y corto rodeándole la cara

de mechas. Se le había corrido el rímel de los ojos y en los labios le relucía una pintura marronácea. Puse el estuche de cuero en medio de la mesa.

Se sentó en el banco con las piernas encogidas. Se pasó la mano por el pelo con expresión un tanto mansurrona.

—Tenía intención de recogerlo, pero nunca acababa de decidirme. Soy una tonta.

—¿Instaló usted el aparato de vigilancia?

—No es para tanto. Sólo es un micrófono y una grabadora.

—¿Por qué?

—No sé —dijo—. Estaba preocupada. —Sus ojos oscuros parecían enormes, llenos de inocencia.

—La escucho.

Las mejillas empezaban a enrojecérselo.

—Pensé que J. D. y Lorna podían estar liados, pero me equivoqué. —En la mesa había un biberón medio lleno de preparado lácteo. Le quitó el tapón y se echó un poco en la taza. Me ofreció el frasco, pero lo rehusé.

—¿Era de los que se activan mediante la voz?

—Sí. Sé que, visto en perspectiva, parece una estupidez, pero acababa de saber que estaba embarazada y me pasaba el día vomitando. Jack llevaba todavía pañales y estaba histérica con J. D. Sabía que era una mezquindad, pero no pude evitarlo. Tenía un aspecto horrible y me sentía peor aún. Y Lorna estaba a cuatro pasos, delgada y elegante. No soy idiota. Adiviné cómo se ganaba la vida y se lo dije a mi marido, que empezó a buscar excusas para ir a la cabaña cada dos por tres. Sabía que si se lo decía claramente, se reiría en mi cara, por eso me hice con uno de los artilugios de mi padre.

—Pero ¿estaban liados o no?

A juzgar por su expresión, parecía burlarse de sí misma.

—J. D. le arregló el retrete. Se le había soltado una persiana y también se la arregló. El sólo sabía quejarse de mí, aunque lo peor no era esto. A Lorna le dio un ataque de rabia y lo puso de vuelta y media. Le dijo que los tenía de plomo por dejar que me encargase de las faenas pesadas. Además, la tomó con él porque no se ocupaba de Jack en absoluto. Fue entonces cuando J. D. empezó a encargarse de las comidas, detalle que me ha sido de mucha ayuda. Siento mucho no haber podido darle las gracias a Lorna, pero en teoría yo no tenía que saber que había salido en mi defensa.

—¿Cómo aprendió a instalar el aparato?

—Se lo vi hacer a mi padre. Lorna estaba fuera casi siempre y fue sencillo. El timbre no funcionaba nunca, pero la caja estaba en su sitio. Hice un agujero en el suelo y me metí debajo de la cabaña. Sólo tenía que poner la cinta cerca del borde del porche para poder cambiarla con rapidez. Guardábamos allí mismo las herramientas de jardinería. Podía cambiar la cinta cada vez que desbrozaba el huerto.

—¿Cuántas cintas utilizó?

—Sólo una, pero la primera vez salió mal porque el micrófono estaba defectuoso y la mitad del tiempo no captaba el sonido. La segunda intentona salió mejor, pero el sonido salía distorsionado y se oía mal la grabación. Lorna tenía siempre la radio puesta y sintonizada con esa emisora que sólo emite música de jazz. Al principio hay una breve charla entre ella y J. D. Tuve

que oírlo tres veces para convencerme de que se trataba de él. Luego se oye cómo se seca el pelo..., esa parte es entretenida. Después recibe un par de llamadas telefónicas y a continuación viene el fragmento en que le echa un rapapolvo a J. D. Luego más música, sólo *country* en esta ocasión, luego se la oye hablar con un hombre. Esa parte es lo que quedaba de la primera grabación, según creo.

—¿Se lo contó a la policía?

—No había nada que contar. Además, estaba avergonzada —dijo—. No quería que J. D. supiera que no me fiaba de él, en particular cuando supe que era inocente. Me sentía una idiota. Además, se trataba de un acto ilegal, ¿por qué acusarme a mí misma entonces? Aún me preocupa que piensen que fue J. D. quien la mató. Cuando se presentó usted, me llevé un susto de muerte, pero de este modo puedo demostrar por lo menos que eran amigos y que se llevaban muy bien.

Clavé mis ojos en ella.

—¿Está diciéndome que todavía tiene las cintas?

—Sí. Pero le repito que sólo hay una —dijo—. La primera vez no se oían más que ruidos, la rebobiné y volví a utilizarla.

—¿Puedo oírlo?

—¿Ahora?

—Si no tiene usted inconveniente.

Se estiró, se levantó de la mesa, salió al pasillo y se perdió de vista. Al cabo de un rato volvió con una cajita de plástico vacía y una pequeña grabadora con la casete ya puesta y visible por la ventanilla oval.

—No debería conservarla, pero tenerla me reconforta. La verdad es que J. D. no pudo matarla porque ni siquiera estaba en la ciudad. Se fue de pesca el viernes por la mañana. A Lorna no la mataron hasta el sábado, cuando J. D. estaba a kilómetros de distancia.

—¿Dónde estuvo usted aquel día?

—Fuera también. Hice con él parte del viaje. Me llevó hasta Santa María y el mismo viernes nos dejó a mí y a Jack en casa de mi hermana. Pasé una semana con ella y volví a casa en autobús.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme el nombre y el teléfono de su hermana?

—¿No me cree?

—No entremos en detalles, Leda. Usted no es precisamente una *girl scout* —dije.

—Ya lo sé, pero eso no significa que haya matado a alguien.

—¿Y J. D.? ¿Podría demostrar dónde se encontraba?

—Pregunte a mi cuñado Nick. Fue con él a Nacimiento.

Anoté el nombre y el teléfono.

Leda apretó el *play* de la grabadora. Tras unos momentos de ruido blanco, el sonido pareció introducirse de golpe. Era una grabación defectuosa, llena de estampidos y resonancias producidos por personas en movimiento. Con el micrófono tan cerca, llamar a la puerta con los nudillos sonó igual que una traca. Alguien corrió una silla y avanzó haciendo retumbar el suelo.

«Ah, hola. Pase. Tengo el cheque aquí mismo».

Las dos personas cambiaron un par de observaciones indescifrables. La puerta se cerró con explosión blanda.

Pasos retumbantes.

«¿Cómo está Leda?»

«Un poco deprimida, igual que la última vez. Se siente gorda y fea. Está convencida de que me voy por ahí y que la engaña; cada vez que salgo de casa se echa a llorar».

Levanté la mano.

—Un momento. ¿Es la voz de J. D.?

Apretó la tecla de la pausa y la cinta se detuvo.

—Sí, ya sé que cuesta reconocerla. Yo misma tuve que pasar la cinta un par de veces. ¿Quiere oírla otra vez?

—Sí, por favor —contesté—. Nunca he oído la voz de Lorna, pero supongo que usted puede identificarla igualmente.

—Desde luego —dijo Leda. Apretó la tecla de rebobinar. Cuando se detuvo la cinta, apretó el *play* y volvimos a oír el comienzo.

«Ah, hola. Pase. Tengo el cheque aquí mismo».

Otra vez el intercambio de observaciones amortiguadas y la puerta que se cerraba con estruendo.

Pasos retumbantes.

«¿Cómo está Leda?»

«Un poco deprimida, igual que la última vez. Se siente gorda y fea. Está convencida de que me voy por ahí y que la engaña; cada vez que salgo de casa se echa a llorar».

«¿Qué le pasa?», preguntó Lorna. «Yo la veo estupenda»

«Sí, yo también, pero tiene una amiga a quien le pasó».

Pasos como mazazos en el suelo y alguien corrió una silla que sonó como el rugido de un león en la selva.

«Con Jack sólo ganó ocho kilos. ¿Cómo puede sentirse gorda? Ni siquiera se le nota. Mi madre ganó veinte cuando me tuvo a mí. Mire, eso son manías. He visto fotos impresionantes. Estómagos que cuelgan hasta aquí. Pechos como balones de rugby y piernas como palillos». Risas. Murmullos. Parásitos.

«Sí, son imaginaciones. Podría usted quitárselo de la cabeza. Ya sabe cómo es... (un murmullo, otro murmullo)... insegura».

«Eso le pasa por pescar a una mujer a la que usted dobla la edad».

«¿Tiene veintiún años!»

«Pues se lo tiene usted merecido. Es una niña. Mire, ¿quiere que cuide de Jack mientras se van a cenar los dos por ahí?» Más murmullos.

«.....». No hubo manera de oír la respuesta, que había quedado ahogada por los parásitos.

«... problema. Él y yo nos llevamos muy bien. A cambio, podría hacerme un favor: fumigarme la casa la próxima vez que me vaya de viaje. Las arañas ya están por todas partes».

«Gracias... cibo en el buzón». Corrimiento de sillas. Pasos retumbantes a través de la cabaña. Voces apagadas. La charla continuaba fuera y luego cesaba bruscamente. Silencio. La cinta reprodujo otra secuencia sonora con acordes de música *country* en primer término y el agudo gemido de un secador de pelo como telón de fondo. Sonó un teléfono. Estampidos de pasos semejantes a disparos de escopeta. Descolgaron el teléfono y Lorna saludó en voz alta. Casi todo lo que decía Lorna a continuación se reducía prácticamente a respuestas de compromiso. «... ah, ah, claro, exactamente, de acuerdo, estupendo». Hubo una alusión incompleta al Palacio que me hizo pensar que tal vez estuviese hablando con Danielle. Costaba saberlo por culpa de la música *country*. Hubo otra conversación entre J. D. y Lorna que era más o menos la que Leda ya me había comentado. J. D. se quejaba y Lorna le echaba un rapapolvo porque nunca ayudaba en casa.

Leda apretó el *stop* con impaciencia.

—Todo es así. Me sacaba de quicio que siempre hablaran de mí a mis espaldas. El resto son murmullos y la mayor parte del tiempo ni siquiera se oye.

—Lástima —dije.

—Sí, bueno, el aparato era una porquería. No quise instalar nada mejor porque habría sido

muy complicado. Tenía muy pocos vatios. Y así se distorsiona mucho el sonido.

—¿Cuándo grabó estas cosas? ¿Hay alguna forma de concretar la fecha?

—No. Lorna se quedó con Jack en un par de ocasiones, pero no lo apunté. No se debió a ningún motivo especial. Sólo salir a comer por ahí. Con un niño pequeño en casa, tener una hora libre es como estar en el paraíso.

—¿Y el mes? Tuvo que ser al comienzo del embarazo porque él dice que aún no se le nota. ¿Y no se habla de un recibo? Se diría que la primera charla se produjo cuando él pasó a cobrar el alquiler.

—Ya. Tal vez sí. Es posible que esté usted en lo cierto. Vamos a ver. Jeremy nació en septiembre, así que tuvo que ser..., no sé..., ¿en abril? Pagaba a primeros de mes.

—¿Cuándo comenzó a grabar?

—Más o menos por entonces, según creo. Como ya le dije, en la primera cinta sólo había parásitos. Lo que ha oído es la segunda grabación. Creo que J. D. llamó al fumigador para que eliminase a las arañas y esos bichos. Estará apuntado en alguna parte. Si quiere, echo un vistazo.

—¿Qué más hay en la cinta?

—Ya le he dicho que prácticamente nada. Las pilas se agotaron hacia la mitad y lo que se oye después es de la primera grabación. —Sacó la cinta y la metió en la cajita de plástico. Se levantó de la mesa como si fuera a marcharse.

La sujeté por el brazo como quien no quiere la cosa.

—¿Le importa que me la quede?

—¿Para qué? —dijo titubeando.

—Para oírla otra vez.

Hizo una mueca.

—Nnn..., no sé. No creo que sea buena idea. Es la única que tengo.

—Se la devolveré lo antes posible.

Negó con la cabeza.

—Mejor no.

—Vamos, Leda. ¿Qué teme?

—¿Cómo sé que no va a dársela a la policía?

—Síííí. Para que oigan patadas en el suelo y cuchicheos. Mire, esto no compromete a nadie. Sólo hablan de bichos —dije—. Por otro lado, usted siempre puede decir que estaba autorizada. ¿Quién va a sostener lo contrario?

Meditó aquello.

—¿Por qué le interesa a usted?

—Porque me han contratado para esto. Es mi trabajo —dije—. Mire, por lo que me ha dicho, la grabación se hizo el mismo mes que mataron a Lorna. ¿Cómo sabe que no tiene importancia?

—¿Me la devolverá?

—Se lo prometo.

Dejó a regañadientes la cinta sobre la mesa y la empujó hacia mí.

—Pero quiero saber adónde llamar si la necesito.

—Es usted una criatura —dije. Saqué una tarjeta de visita y apunté mi dirección y teléfono particulares—. Ya se lo dije, pero aquí lo tiene otra vez. Ah, otra cosa.

—¿Qué? —inquirió con voz malhumorada.

Cada vez que quiero sonsacar algo, la gente se pone insoportable.

—¿Ha heredado dinero J. D. durante los últimos meses?

—J. D. no tiene dinero. Si lo tiene, no me lo ha dicho. ¿Quiere que se lo pregunte cuando llegue?

—No es importante —dije—. En cualquier caso, si se lo menciona, tal vez tenga que contarle de qué hemos hablado y no creo que usted quiera hacerlo.

Por la cara que puso, me pareció que podía confiar en su discreción.

Al volver a casa me detuve en un autoservicio. En casa tenía una grabadora, pero las pilas tenían que estar agotadas. Ya que estaba en el establecimiento, compré un vaso de café de tamaño gigante y un bocadillo de carne envuelto en celofán y con un aspecto asqueroso. Costaba imaginar de qué parte se habría desgajado la sustancia rosa que sobresalía por el borde. Demasiado hambrienta para esperar, me lo comí al reanudar el camino. Aún no eran las ocho, pero seguramente era la comida.

Ya en casa, invertí algún tiempo en organizarme. La grabadora estaba donde había imaginado, en el último cajón de la mesa. Le cambié las pilas y cogí los auriculares, lápiz y papel. Oí toda la cinta con los ojos cerrados y con los auriculares apretándome las orejas. Volví a pasar la cinta, esta vez tomando notas. Transcribí lo que oí con claridad y donde el sonido era confuso o inaudible puse puntos suspensivos y equis. Fue un trabajo lento, pero al final obtuve todo lo que podía obtenerse.

Tal como había dicho Leda, hacia el final de la grabación, después de sesenta minutos de conversaciones aburridas, la grabadora se había detenido, dejando intacto el segmento final de la cinta, que contenía la última parte de la primera grabación. Una voz era la de Lorna. La otra era masculina, pero no la de J. D., que yo supiera. Durante un rato se oía música *country* procedente de la radio. Lorna tuvo que apagarla porque se produjo de pronto un silencio subrayado por los parásitos. El individuo alzaba la voz con brusquedad y exclamaba: «Oye...».

Lorna parecía molesta:

«Detesto este asunto... xxxxxxxx...».

«Vamos, vamos. Sólo bromeaba. Pero tienes que admitir que es xxxxxxxxxxxx. Ella entra xxxxxxxxxxxx días... xxxxxx...».

«¡Maldita sea! ¿Quieres dejar de decir eso? Eres un enfermo...».

«La gente no debería xxxxxxxxxxxx... [sonidos metálicos]...».

Ruido de agua..., un chirrido...

«...xxxxxxxxxxx...».

Golpes sordos...

«Lo digo en serio... taco...».

«xxxxx...».

Risas..., corrimiento de sillas..., un crujido..., murmullos...

Había irritación en el tono, cierta crispación en la voz de Lorna. Pasé la cinta otras dos veces, apuntando todo lo que oía con claridad, aunque no acababa de comprender el tema de la conversación. Me quité los auriculares. Me pellizqué el puente de la nariz y me pasé las manos por la cara. Me pregunté si los del laboratorio forense sabrían amplificar el sonido de una cinta como aquella. En tanto que investigadora privada, no era precisamente experta en equipos de alta tecnología. Una máquina de escribir portátil era lo más avanzado de que podía jactarme. El

problema era que no podía pedir ayuda a la policía sin dar ninguna explicación. A pesar de las garantías que había dado a Leda, esta mujer era culpable de retener no tanto pruebas, cuanto información que habría podido ser de interés para las investigaciones de la policía. Los polis se ponen de muy mal humor cuando menos se espera y no quería que se les despertase la curiosidad por algo que en principio no era mío.

¿A qué otra gente conocía? Busqué en las Páginas Amarillas de la guía telefónica, en los apartados de «Audífonos» y «Sonorización». Las empresas que figuraban ofrecían cines caseros de láser, televisores de pantalla gigante, diseño e instalación de sistemas de sonido, gráficas para el comercio, aparatos para sordos, pruebas de sordera y terapia oral.

Consulté el apartado de «Sonido», que estaba casi enteramente dedicado al diseño de teléfonos móviles e inalámbricos, y a la instalación de sistemas de comunicación en viviendas y empresas. Ah.

Miré el reloj: las nueve y cuarto. Consulté las páginas de abonados, busqué Radio K-SPL y llamé a Héctor Moreno a la emisora local de FM. Seguramente era demasiado pronto para localizarlo, pero al menos le dejaría un recado. Descolgaron después del tercer timbrazo.

—K-SPELL. Al habla Héctor Moreno.

—¿Héctor? No me lo puedo creer. Soy Kinsey Millhone. ¿Qué hace ahí tan temprano?

—Ah, hola. ¿Qué tal? Es que a veces cambio de turno. Así no caigo en el aburrimiento. ¿Y usted? ¿En qué anda ahora?

—Tengo una cinta magnetofónica que se oye fatal. ¿Conoce usted alguna forma de limpiarla?

—Depende de cómo esté, pero puedo intentarlo —dijo—. ¿Se pasa por aquí? Dejaré la puerta entornada.

—Voy enseguida.

Pasé de camino por el local de Rosie, le hablé de *Belleza* y le pedí huesos para perros. Horas antes había hervido un kilo de huesos de ternera para hacer caldo. Tuve que cogerlos del cubo de la basura y Rosie me envolvió dos en un papel mientras me daba el consejo de costumbre:

—Deberías tener un perro.

—Pero si nunca estoy en casa —repliqué. Siempre me da la lata con lo mismo. Que nadie me pregunte por qué. En mi opinión lo hace sólo por fastidiar. Cogí los huesos y emprendí la retirada con ánimo de concluir la conversación.

—Un perro es un excelente compañero y además proporciona protección.

—Lo pensaré —dije mientras se cerraba la puerta batiente de la cocina.

—Lígate a un tío mientras tanto.

Llegué a la emisora y entré. Héctor había dejado la puerta entornada y las luces del vestíbulo encendidas. Me adentré en el ambiente crepuscular de la escalera con el paquete de huesos en la mano. Al llegar abajo vi a *Belleza* aguardándome. Tenía el tamaño de un oseño y la inteligencia brillaba en sus ojos oscuros. Su pelaje era de color oro rojizo y con una capa inferior esponjosa y lanuda. Al verme, me dio la sensación de que se le ondulaba el pelo y emitió un gruñido grave y vibrante. Levantó la cabeza al olerme. Sin previo aviso, abrió la boca y lanzó un aullido que pareció durar varios minutos. No me moví, pero me di cuenta de que al oír su queja se me había erizado el vello. Estaba literalmente clavada al último peldaño y con la mano en la barandilla. En

su actitud había algo primitivo que me helaba el espinazo. Oí que Héctor la llamaba y a continuación el golpeteo de las muletas que producía el amo del animal al avanzar por el pasillo.

—¡Belleza! —exclamó.

Al principio, la perra se negó a claudicar. El hombre la llamó otra vez. Ella se volvió a mirarlo a regañadientes y advertí que se debatía. Era tozuda y parecía decidida. Se negaba a obedecer con la misma intensidad con que la atraía la sumisión. Se quejaba de un modo lastimero, con el código con que se transmiten los sentimientos en el reiterativo lenguaje de los perros. Volvió a aullar mientras me miraba.

—¿Qué le pasa? —murmuré.

—A mí, que me registren.

—Le he traído unos huesos.

—No es por la comida. —Se inclinó para acariciarla. El aullido se transformó en un gimoteo tan desdichado que me rompió el corazón. Héctor alargó la mano. Le di el paquete de huesos. El hombre me miró con extrañeza.

—Huele usted igual que Lorna. ¿Ha estado tocando algo suyo?

—No creo. Papeles tal vez —dije—. Había una bufanda suya en la caja, pero eso fue ayer.

—No se mueva de donde está y siéntese muy despacio.

Me agaché hasta adoptar la posición sentada. Héctor comenzó a hablarle a la perra en tono tranquilizador. *Belleza* me observaba con una mezcla de esperanza y confusión, pensando que yo era Lorna, pero sabiendo que no lo era. Héctor le dio los huesos, pero al animal no parecieron interesarle. Por el contrario, alargó el chato hocico y me olisqueó los dedos. Vi que le vibraban las fosas nasales mientras me observaba y analizaba los componentes de mi olor personal. Héctor le rascó las orejas y le manoseó el carnoso cuello. Al final, *Belleza* pareció aceptar que se había equivocado. Bajó la cabeza sin dejar de observarme con desconcierto, como si en cualquier momento pudiera convertirme en la mujer que ella esperaba.

Héctor se enderezó.

—Ya está mejor. Vamos. Hala. Quédeselos por ahora —dijo, devolviéndome los huesos—. Puede que llegue a la conclusión de que usted todavía le gusta.

Lo seguí hasta el pequeño estudio de la vez anterior. *Belleza* había recuperado su melancólica actitud vigilante y se echó entre los dos con la cabeza pegada a las patas. Me miraba de vez en cuando, pero se notaba que estaba deprimida. Héctor había preparado café; en la consola había un termo lleno, al lado de una pequeña caja de cartón y de un álbum de fotos encuadernado en piel. No protesté cuando me sirvió una taza, ya que a aquellas alturas no podía hacerme ningún daño. Se encaramó en el taburete y lo observé mientras bajaba el volumen de la pieza de jazz que estaba sonando para dar paso a otra cosa. Improvisó un comentario, fingiendo saber de antemano lo que en realidad leía en el estuche del compacto. Tenía la voz profunda y melodiosa. Puso una casete, ajustó el sonido y se volvió a mí.

—Probemos ahora con los huesos —dijo—. *Belleza* necesita estimularse, pobrecilla.

—Lo siento —dije—. Cuando revisé los papeles de Lorna llevaba estos mismos tejanos.

Abrí el envoltorio y me acuclillé junto a la perra. Héctor me orientó durante la operación. *Belleza* cedió por fin y me dejó acariciarle su peluda cabeza. Colocó un hueso entre sus patas y lo lamió a conciencia antes de hincarle el diente. No puso ninguna pega cuando me enderecé y me senté en otro taburete, al lado de Héctor. Este, mientras tanto, inspeccionaba un montón de antigüas

fotos en blanco y negro, enmarcadas por un ribete blanco y con los bordes ondulados. Había abierto la pequeña caja de fijadores angulares y las instantáneas que seleccionaba las pegaba en el álbum.

—¿De qué son?

—Se acerca el cumpleaños de mi padre y quiero darle una sorpresa. Casi todas se hicieron durante la segunda guerra mundial. —Me pasó la foto de un hombre de pie ante un micrófono, con camisa blanca de vestir y pantalones con la cinturilla llena de frunces—. Tenía cuarenta y dos años. Quiso enrolarse, pero el Tío Sam lo rechazó. Demasiado mayor, pies planos y el tímpano perforado. Trabajaba de locutor radiofónico en la WCPO de Cincinnati y le dijeron que lo necesitaban para contribuir a los esfuerzos de guerra, para mantener alta la moral aquí en la patria. Solía llevarme consigo. Seguramente se me contagió así la pasión por la radio. —Hizo el álbum a un lado—. Veamos lo que me ha traído.

Saqué la cinta del bolso y se la di.

—Se trata de una pequeña operación de espionaje que hizo una persona cuyo nombre prefiero no mencionar.

Miró la casete por ambos lados.

—No creo que pueda hacer mucho con esto. Pensaba que se refería usted a una cinta de ocho pistas como mínimo. ¿Sabe cómo funcionan?

—No tengo ni idea —dije.

—Estas cintas son de poliéster y por un lado tienen una emulsión que contiene óxido férrico. La señal eléctrica pasa por una bobina situada en el cabezal y crea un campo magnético. Las partículas de hierro se magnetizan y forman lo que en física se denomina dominios magnéticos. Pero no tiene sentido aburrirla con estas explicaciones —dijo—. El caso es que los equipos profesionales reproducen el sonido con una fidelidad infinitamente más alta que una cinta barata como esta. ¿Con qué se grabó? ¿Con un aparato para estudiantes con las pilas medio gastadas?

—Sí. Hay mucho ruido ambiental, chisporroteos y parásitos. No se oye casi nada.

—No me extraña. ¿Y qué ha utilizado para oírla? ¿La misma grabadora barata?

—De la familia —dije—. Me da la sensación de que no puede hacer usted nada.

—Bueno, puedo probar con el aparato que tengo en casa y ver qué consigo rescatar. Si el sonido no se grabó bien, no habrá forma de reproducirlo, pero tengo buenos bailes que podrían filtrar algunas audiodfrecuencias alargando y acortando la longitud de onda.

Le enseñé las notas que había tomado.

—Esto es lo que he podido entender. Donde no oía bien, he puesto equis y puntos suspensivos.

—¿Puedo quedarme la cinta? La revisaré esta noche, cuando vuelva a casa, y mañana mismo le diré lo que hay.

—No sé qué decirle. He jurado protegerla con la vida. No me gustaría tener que confesar que se la he dado.

—Pues no lo confiese. Si se la piden, usted me llama y pasa a recogerla.

—Héctor, es usted un pícaro.

—¿No lo somos todos?

Cogió la hoja de las anotaciones y fue a la otra estancia a hacer una fotocopia. A su regreso, le di una tarjeta de visita con mi dirección y teléfono particulares en el dorso. Cuando salí del estudio, *Belleza*, por lo visto, ya había llegado a la conclusión de que yo era de su trailla, aunque

muy inferior a ella en el orden jerárquico del grupo y por consiguiente necesitada de protección. Me acompañó con amabilidad hasta el pie de las escaleras, andando al mismo paso que yo y observándome mientras subía al vestíbulo. Me giré al llegar arriba y la vi inmóvil, con la cabeza alzada y mirándome fijamente a los ojos.

—Buenas noches, *Belleza* —dije.

Al salir del aparcamiento de la emisora, entreví a un hombre en bicicleta que pasaba por el cruce. Dobló la esquina y desapareció trazando sendos arcos luminosos con el faro frontal y el piloto trasero. De pronto, y durante unos segundos, los oídos se me llenaron de un rugido de intensidad creciente y la vista se me cubrió de puntos y zonas periféricas en negro. Bajé la ventanilla y tragué aire fresco a bocanadas. Una ola de sofoco me recorrió de arriba abajo y desapareció. Llegué al cruce, reduje la velocidad y miré a la derecha, pero no vi ni rastro del hombre. Las farolas formaban una hilera en retroceso de postes de tamaño decreciente que confluían en un punto y desaparecían.

Puse rumbo a la zona sur de State Street y me puse a peinar el campo de operaciones de Danielle. Necesitaba compañía o una noche de sueño reparador, lo que primero se presentase. Si encontraba a Danielle, compraríamos una botella de champaña y un cartón de zumo de naranja, y brindaríamos en honor de Lorna y por los buenos tiempos. Luego me iría a mi casa. Me detuve en el aparcamiento adjunto al Palacio de Neptuno y bajé del coche.

El ruido era mucho más ensordecedor que las noches anteriores y eso que me encontraba en el rincón más alejado del aparcamiento. El gentío era impresionante. Las puertas laterales que daban al aparcamiento estaban abiertas y parte de la muchedumbre se encontraba al aire libre. Un sujeto cayó de costado, arrastrando a dos mujeres consigo. Los tres quedaron tendidos y riendo en el asfalto. Era el ambiente de los jueves por la noche, un ambiente casi enloquecido a causa de la energía desatada, donde todo el mundo estaba decidido a pasárselo bien y a prepararse para el inminente fin de semana. La música hacía temblar las paredes. El humo de tabaco ascendía en el helado aire nocturno formando ondas y volutas. Oí que se rompía un vaso y que a continuación estallaba una carcajada histérica como si acabaran de dejar suelto un demonio. En el aparcamiento había un coche de la policía. Los coches patrulla solían pasar por el lugar cada dos horas. El agente de servicio aparca y se pasea por el antro por si hay delincuentes de poca monta e infracciones contra la ley que regula el consumo de bebidas alcohólicas.

Hice de tripas corazón y entré en el Palacio. Lo recorrí en sentido paralelo a la barra como un pez que nada contracorriente, atenta a los clientes congregados en espera de Danielle. Esta me había dicho que por lo general comenzaba a trabajar a las once, pero cabía la posibilidad de que antes se quedara un rato en la barra, tomando un trago. No vi ni rastro de la joven y en cambio vi a Berlyn, que se dirigía a la pista de baile. Vestía minifalda negra y camiseta roja de raso con unos tirantes finísimos. Llevaba el pelo demasiado corto para el moño que se había hecho, de suerte que había más cabello colgando que sujeto en lo alto de la cabeza. Sus pendientes eran dos aros dobles de bisutería que destellaban y le rebotaban en el cuello cuando se movía. Al principio creí que estaba sola, pero al cabo del rato distinguí a un individuo que avanzaba delante de ella abriéndose paso entre el gentío. Los bamboleantes bailarines cerraron filas y perdí de vista a la muchacha.

Volví a la puerta principal y rastree el aparcamiento sin resultados positivos. Puse en marcha el VW y recorrí los alrededores, deteniéndome en todas las esquinas donde había prostitutas. Diez

minutos más y me iría a casa. Al final me detuve pegada al bordillo de la acera y bajé la ventanilla. Una morena delgada como una escoba, con minifalda, camiseta de cuello recto y botas de vaquero se apartó de la pared en que estaba apoyada. Vino cansinamente hacia el coche y abrió la portezuela del copiloto. La piel de sus brazos frágiles y desnudos se le había puesto de gallina.

—¿Quieres compañía? —Estaba drogada y despedía el extraño tufillo de los consumidores de *crack*. La mirada se le desenfocaba de continuo y oscilaba igual que las imágenes de un telecanal mal sintonizado.

—Busco a Danielle.

—Danielle está ocupada, cariño, yo estoy en su lugar. Hago cualquier cosa que quieras y no hablo por hablar.

—¿Se ha ido a casa?

—Estará en su casa o donde regalen coca. Dame diez dólares más y me sentaré en tu boca.

—En verso —dije—. Qué simpática. Si no fuera porque el metro te cojea, serías Longfellow.

—Nena, no seas basta. ¿Es que no tienes pasta?

—Ni siquiera calderilla.

—Pues que te den morcilla. —Se apartó del coche y volvió al lugar de antes. Me alejé con la esperanza de no haber provocado en la muchacha un ataque de pareados. No se me había ocurrido que Danielle pudiera estar en su casa antes de comenzar la jornada laboral.

Seguí recto dos manzanas y torcí a la izquierda, introduciéndome en el estrecho callejón donde Danielle tenía su domicilio. Me detuve delante mismo de la propiedad y espí por entre los matorrales, recorriendo con los ojos el sendero de ladrillos que terminaba en su puerta. Las cortinas de las ventanas estaban corridas, pero se distinguía el resplandor de la luz. En realidad no sabía si se llevaba hombres a casa. Habría sido una medida práctica, puesto que quedaba cerca del Palacio, pero también es verdad que en el barrio había un par de pensiones de mala muerte y cabía la posibilidad de que la joven hubiese preferido hacer allí sus gestiones. Vi que una sombra cruzaba la ventana y deduje que Danielle estaba en posición vertical. El motor del coche ronroneaba ruidosamente y los faros taladraban la oscuridad como arietes afilados. Titubeé. Puede que estuviera sola y con ganas de compañía. Pero también podía estar ocupada. La verdad es que no quería verla en plena transacción laboral.

Mientras me debatía, apagué el motor y los faros. El callejón se perdió en una oscuridad semejante a la pez mientras los insectos nocturnos cantaban en medio del silencio espeso. Los ojos se me acostumbraron a la oscuridad al cabo de un minuto y el paisaje comenzó a adquirir forma y matices carboníferos. Bajé del coche y cerré la portezuela. Llamaría una sola vez. Si estaba ocupada, mala suerte. Pasé del callejón al sendero de ladrillos, con una mano en vanguardia para no tropezar con los cubos de la basura.

Llegué a la puerta y agucé el oído por si percibía voces o las risas prefabricadas de la televisión. Golpeé la puerta con los nudillos. Oí gemidos suaves, sensuales y reiterativos. Bueno, bueno. Me acordé del primer remolque al que me había trasladado al morir mi tía. Había regresado a las tantas cierta noche de verano y había oído gemir del mismo modo a una vecina que estaba embarazada. Como siempre he sido una buena ciudadana, me había acercado a la ventana del remolque contiguo, había dado unos golpecitos en el cristal y preguntado si necesitaba ayuda. Yo había creído que la señora estaba de parto y me di cuenta demasiado tarde de que no estaba trayendo al mundo ningún niño, sino que se lo estaban haciendo.

Advertí a mis espaldas que alguien salía de las sombras, cruzaba los arbustos y se internaba en el callejón. Oí unos pasos que se alejaban tranquilamente y que acabaron por desvanecerse. Se reanudó el gimoteo de Danielle y retrocedí. Me quedé mirando hacia el callejón con desconcierto. ¿Sería cliente suyo el hombre que acababa de ver? Pegué el oído a la puerta.

—¿Danielle?

No hubo respuesta. Volví a llamar. Silencio. Giré el tirador de la puerta. Cuando esta se abrió hacia dentro, las bisagras no produjeron el menor chirrido. Lo único que vi al principio fue la sangre.

La sala de urgencias del St. Terry era el caos, la antesala del purgatorio. Habían chocado seis vehículos en la autopista y todos los consultorios estaban llenos de heridos y moribundos. Sobre el paño blanco de las mamparas que delimitaban los cubículos se representaba una auténtica obra quirúrgica de sombras chinescas con un telón de fondo compuesto por carritos de instrumental, bombonas de oxígeno sujetas a la pared, bolsas colgantes de sangre y glucosa, y aparatos de rayos X. De tarde en tarde, los alaridos del paciente que ocupaba la camilla de ruedas interrumpían el apagado rumor de la actividad médica. En una camilla de lona, un accidentado abandonado a su suerte se retorció como si fuera presa de las llamas, mientras gritaba: «Por el amor de Dios..., por el amor de Dios». Apareció un celador y lo trasladó a un consultorio que acababa de quedar vacío.

Se había llamado a todos los médicos, enfermeras y ATS del hospital. Trabajaban en perfecta armonía, con movimientos rápidos y precisos. Lo que los culebrones hospitalarios omiten de manera sistemática es el dolor y los vómitos, las disfunciones corporales, las agujas hipodérmicas que se hunden en la carne, las moraduras, los temblores, las súplicas en voz baja. ¿A quién le interesa ver la realidad de la vida en una pantalla? Lo que queremos es el dramatismo de las situaciones sin la angustia subyacente.

En la sala de espera, los familiares a quienes se había comunicado el accidente tenían la cara gris y cansada. Hablaban entre susurros, repartidos en grupos de parientes, con el estómago encogido de miedo. Dos mujeres medio abrazadas lloraban desconsoladamente. Al otro lado de las puertas de vidrio, en un extremo del aparcamiento, los adictos a la nicotina se habían rodeado de una nube de humo. Había visto a Serena Bonney al poco de ingresar a Danielle, pero el ajetreo la había engullido.

Al entrar en la casa de la joven, la había visto desnuda en el suelo, con la cara tan rojiza y descarnada como una sandía sin pepitas. La sangre le brotaba de un corte de la cabeza y movía las extremidades sin orden ni concierto, como si quisiera alejarse de las lesiones internas que tenía. Me había desenchufado las clavijas de las emociones y había hecho cuanto había estado en mi mano por contener las diversas hemorragias mientras cogía el teléfono de la mesita de noche. El funcionario del 911 había avisado a un coche patrulla y a una ambulancia, que habían llegado al cabo de unos minutos. Dos enfermeros habían puesto manos a la obra inmediatamente.

A juzgar por las magulladuras, que formaban un dibujo de líneas superpuestas, parecían haberla golpeado con un objeto contundente y romo. Por lo visto, el arma había sido un trozo de cañería de plomo envuelto en un trapo que el agresor había arrojado entre los arbustos al

marcharse. El patrullero lo había encontrado al llegar y lo había guardado para que se hicieran cargo de él los técnicos que habían aparecido minutos más tarde. Una vez que el patrullero hubo precintado el escenario del delito, salimos al pequeño porche delantero, donde respondí a sus preguntas en medio de un charco de luz.

El callejón se había llenado de vehículos en el ínterin. Un bailoteo de pilotos azules ametrallaba la oscuridad mientras la radio de la policía emitía murmullos crujientes contrapunteados por intervalos de mutismo y parásitos. Un puñado de vecinos se había congregado en el patio contiguo y exhibía un vistoso muestrario de zapatos deportivos sin calcetines, zapatillas de andar por casa, abrigos y pijamas que asomaban por debajo de los anoraks. El patrullero se había puesto a interrogar a los curiosos, para saber si había habido otros testigos.

Un Mazda deportivo de color rojo brillante se detuvo en el callejón con un chirriar de neumáticos. Cheney Phillips bajó del vehículo y recorrió el sendero a zancadas. Advirtió mi presencia y cambió unas palabras con el patrullero para identificarse antes de entrar en casa de Danielle. Vi que se detenía en el umbral y retrocedía un paso. Desde allí inspeccionó con calma la sangrienta escena como si estuviese sacando una serie de fotos con exposición. Volví a representarme lo que ya había visto: la cama revuelta, los muebles caídos. Mientras tanto, habían envuelto a Danielle en unas mantas y la habían colocado en una camilla de ruedas. Dejé paso a los enfermeros mientras la sacaban por la puerta de la calle. Miré a los ojos al mayor de los dos.

—¿Puedo ir con ella?

—A mí me es igual, siempre que el inspector no ponga pegas.

Cheney oyó lo que decíamos y asintió con la cabeza para dar su conformidad.

—Nos veremos más tarde —dijo.

Introdujeron la camilla en la parte trasera de la ambulancia.

Dejé el VW donde estaba, a un lado del callejón que daba a la parte trasera de la casa de Danielle. Tomé asiento en la parte posterior de la ambulancia, junto al bulto envuelto en mantas, procurando no molestar al enfermero más joven, que no dejaba de inspeccionar las constantes vitales de la muchacha. Esta tenía los ojos amoratados y tan hinchados como un polluelo recién nacido. Se removía de vez en cuando, aturdida por el dolor y la conmoción.

—Tranquilízate, ya ha pasado todo. Te pondrás bien —le decía yo. Ignoraba si me oía, pero tenía la esperanza de que mis palabras de consuelo surtieran algún efecto. Se encontraba en un estado de semiinconsciencia. La luz oscilante del piloto amarillo se reflejaba en los escaparates de los comercios mientras corríamos por State Street. Era como si la estridente sirena no tuviera relación alguna con lo ocurrido. A aquella hora de la noche, las calles estaban prácticamente vacías y el traslado se hizo con bastante rapidez. No supimos nada del accidente múltiple de la Nacional 101 hasta que llegamos a la sala de urgencias.

Permanecí en la sala de espera alrededor de una hora, mientras la atendían. Ya se habían ocupado de casi todas las víctimas del accidente y el lugar comenzaba a despejarse. Sin darme cuenta me había puesto a hojear el número de la revista *Círculo familiar* de la vez anterior: las mismas mujeres perfectas con la misma dentadura impecable. El número de julio tenía las puntas gastadas. Varios reportajes habían sido arrancados y un lector había comentado el artículo sobre el climaterio masculino escribiendo observaciones groseras en los márgenes. Leí recetas rápidas para hacer barbacoas en el patio trasero, una sección de sugerencias de los lectores para resolver

diversos dilemas paternos en relación con las mentiras, los hurtos y el analfabetismo de los niños. Aumentaron mi fe en la generación venidera.

En aquel punto apareció Cheney Phillips. Tenía el pelo oscuro tan rizado como el de un perro de lanas de calendario y comprobé que iba vestido como para una boda: pantalón informal de algodón basto, americana, camisa blanca de vestir, calcetines negros y sandalias de cuero baratas. Se dirigió al mostrador de recepción y enseñó la chapa de policía para identificarse ante la empleada, que mecanografiaba a toda prisa formularios de ingreso. La mujer hizo una rápida llamada telefónica y vi que Cheney la seguía hasta la sala de operaciones donde había visto introducir a Danielle. Momentos después salió al pasillo hablando con un médico de la sala de urgencias. Aparecieron dos celadores empujando una camilla de ruedas. La cabeza de Danielle estaba totalmente vendada. Cheney adoptó una expresión neutra mientras se llevaban a la joven. El médico se introdujo en el consultorio contiguo.

Cheney alzó los ojos y me vio. Entró en la sala de espera y se sentó a mi lado en el sofá de mezclilla azul. Me tomó la mano y cruzó los dedos con los míos.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Se la han llevado al quirófano. El médico está preocupado por las hemorragias internas. Parece que el tipo la pateó a conciencia para despedirse. Le desencajó la mandíbula, le rompió varias costillas, le lesionó el bazo y sabe Dios qué más. Dice el médico que está hecha una ruina.

—Tenía un aspecto horrible —dije. Noté que, a modo de efecto secundario, el cerebro se me quedaba sin sangre. Me sentí cubierta de un sudor frío y me entraron ganas de vomitar. No soy impresionable, pero Danielle era una amiga y había visto lo que le habían hecho. Oír la lista de sus lesiones era un repaso demasiado vivido de lo que ya había presenciado. Apoyé la cabeza en las rodillas hasta que se me pasó el mareo. Era la segunda vez que me encontraba al borde del desmayo y sabía que necesitaba ayuda. Cheney me miraba con preocupación.

—¿Te traigo una Coca-Cola o un café? Seguramente no sabremos nada hasta dentro de una hora.

—No puedo irme. Quiero estar aquí cuando la saquen del quirófano.

—La cafetería está al final del pasillo. Diré a la enfermera dónde estamos y que nos avise si no hemos vuelto cuando salga.

—De acuerdo, pero díselo a Serena. La vi por allí hace un rato.

La cafetería había cerrado a las diez, pero encontramos una fila de máquinas expendedoras de bocadillos, yogures, helados, fruta fresca, y bebidas frías y calientes. Cheney sacó dos latas de Pepsi, dos bocadillos de jamón dulce y queso, y dos bandejas de poliuretano con sendas raciones de tarta de cerezas. Aún aturdida, me senté a una mesa vacía en un pequeño recodo lateral. Cheney volvió portando una bandeja con la comida, pajitas, servilletas de papel, cubiertos de plástico, sobres de sal y pimienta, y bolsitas de salsa picante, mostaza, tomate y mahonesa.

—Espero que tengas hambre —dijo. Se puso a preparar la mesa, extendió dos servilletas y dejó encima los condimentos.

—Supongo que sí, aunque me siento como si hubiera acabado de comer —dije.

—No puedes rechazar todo esto.

—Es un auténtico banquete —dije con una sonrisa. No tenía fuerzas ni para mover un dedo. Sintiéndome igual que una cría, miré a Cheney mientras desliaba los bocadillos y los condimentaba.

—Lo ideal es que tengan un aspecto asqueroso de verdad —dijo.

—¿Por qué?

—Porque así no nos daremos cuenta de lo insípidos que son. —Abrió las bolsitas de plástico con los dientes, las apretó y roció el relleno de los bocadillos con espesos fluidos de color amarillo y rojo. Sal, pimienta, mahonesa y salsa picante—. Anda, cuéntame lo que pasó —dijo con actitud indiferente mientras seguía con los preparativos. Abrió una lata de Pepsi y me tendió un bocadillo ya sazonado—. A comer se ha dicho. No se admiten protestas.

—Imposible resistirse. —Probé un bocado y casi me eché a llorar de lo picante que estaba. Gemí de placer y arrinconé la comida en un lado de la boca para poder hablar—. Vi a Danielle anteanoche. Cenamos juntas en mi casa. Le dije que podíamos vernos esta noche, pero se me ocurrió de pronto ir a su domicilio. —Me llevé la mano a la boca mientras tragaba y tomé un sorbo de Pepsi—. No sabía si estaba acompañada y esperé un rato en el coche, con el motor en marcha y mirando. Vi que había luz y al final me decidí a llamar a la puerta. Lo peor que podía pasar era que estuviese con un hombre, en cuyo caso me alejaría discretamente.

—Es probable que el hombre viese los faros de tu coche. —Cheney se había zampado medio bocadillo de tres bocados—. Nuestras madres nos matarían si nos vieran comer con estas prisas.

Yo tragaba con la misma voracidad que él.

—No puedo evitarlo. Está riquísimo.

—Bueno, sigue contando. No quería interrumpirte.

Me limpié la boca con una servilleta de papel.

—Como mínimo tuvo que oírme. Mi coche hace más ruido que una sierra mecánica.

—¿Lo viste salir de la casa?

Negué con la cabeza.

—Lo entreví cuando se alejaba. Me encontraba ya en el porche y oí gemir a Danielle. Al principio creí que eran gemidos de placer, que estaba en pleno trance pasional, o en pleno fingimiento, vamos. Cuando vi al individuo en el callejón, se me ocurrió que algo andaba mal. No sé qué fue. Objetivamente no había ningún motivo para relacionar al hombre con Danielle, pero se me antojó extraño. Entonces abrí la puerta.

—Seguramente la habría matado si no hubieras aparecido.

—No hables así, por favor. Estaba a punto de marcharme cuando lo descubrí.

—¿Sabrías describirlo? ¿Era alto? ¿Bajo?

—No sé. Sólo lo vi un instante y estaba muy oscuro.

—¿Estás segura de que era un hombre?

—Bueno, no podría jurarlo delante de un tribunal, pero si me preguntas por lo que pensé entonces, la respuesta es afirmativa. No es normal que una mujer reviente a otra con una cañería de plomo —dije—. Era blanco, eso sí lo sé.

—¿Qué más?

—Ropa oscura, y deduzco que llevaba zapatos de suela dura porque oí que rozaban el asfalto mientras se alejaba.

Lo hizo con toda tranquilidad. No corría. Andaba con naturalidad, como si hubiera salido a dar un paseo.

—¿Cómo sabes que no era así?

Medité la observación.

—Creo que porque no se volvió a mirarme. Solemos percibir la presencia de otra persona incluso en la oscuridad. Yo me di cuenta de que había alguien por allí. En una situación así, si una persona nos mira, nos volvemos a mirarla. Cuando más lo noto es cuando conduzco. Si me quedo mirando a otro conductor, parece que este se da cuenta y se vuelve a mirarme. Aquel hombre mantenía la cara recta, pero estoy convencida de que sabía que yo lo observaba.

Cheney se inclinó sobre su plato y se quedó mirando la ración de tarta.

—Un par de coches se puso a patrullar por la zona en cuanto recibimos la llamada, pero no se localizó a nadie.

—Puede que viva cerca de allí.

—O que tuviera el coche en los alrededores. ¿Te dijo Danielle si tenía que ver a alguien esta noche?

—No mencionó ninguna cita. Ahora que lo pienso, puede que fuera Lester. Danielle me dijo que estaba de un humor de perros, aunque la descripción es muy relativa. —La tarta se parecía a las que me daban en primera enseñanza: compota de cerezas mezclada con trocitos de fruta seca y alrededor una corteza acartonada que casi rompía las púas del tenedor. El primer bocado siempre era el mejor, el que descubría el pastel.

—Me cuesta creer que fuera Lester. Si Danielle queda lesionada, no puede trabajar. El Caraculo sólo piensa en los negocios. No se le iría la mano con sus mujeres. Lo más probable es que fuese un cliente.

—¿Que se enfadó con Danielle?

Me miró fijamente.

—No se trató de un arrebato. El individuo fue preparado, con una cañería forrada previamente para no dejar huellas.

Acabé el trozo de tarta y rebañé la bandeja de poliuretano con el tenedor. Observé los grumos rojizos que se me habían quedado entre los dientes del tenedor. Pensaba en los matones de la limusina, pero no sabía si contárselo a Cheney. Me habían advertido que no se lo dijera, pero ¿y si habían sido ellos? Desde su punto de vista, no acababa de comprender el motivo. ¿Por qué un abogado de Los Angeles iba a querer matar a una puta de Santa Teresa? Si quería tanto a Lorna, ¿por qué reventar a palos a su mejor amiga?

—Qué pasa —dijo Cheney.

—Me pregunto si esto tendrá algo que ver con la investigación que tengo entre manos.

—Todo es posible. Pero no lo sabremos hasta que le echemos el guante.

Se puso a recoger las servilletas arrugadas y las latas de Pepsi vacías, y amontonó en la bandeja las bolsitas de plástico gastadas. Lo imité, por hacer algo, y entre los dos limpiamos la mesa.

Cuando volvimos a la sala de urgencias, Serena llamó al quirófano y sostuvo una breve charla con una enfermera. Aunque agucé el oído, no pude enterarme de nada.

—Pueden irse a casa —nos dijo Serena—. Danielle sigue en el quirófano y cuando salga, tendrá que estar en recuperación durante una hora. Luego la llevarán a cuidados intensivos.

—¿Me dejarán verla?

—Puede que sí, pero lo dudo. No es usted de la familia.

—¿Está muy mal?

—Parece que se le han estabilizado las constantes vitales, pero no podrá saberse gran cosa

hasta que termine la operación. El único que puede darle detalles es el cirujano, pero tardará un rato aún.

Cheney no dejaba de mirarme.

—Si quieres, te acerco a tu casa.

—Preferiría quedarme —dije—. Vete tú si tienes otras cosas pendientes. Yo estoy bien. En serio. No hace falta que me cuides.

—No es ninguna molestia. En cualquier caso, no tengo nada mejor que hacer a estas horas. Busquemos un sofá y echas una cabezada.

Serena nos indicó la pequeña sala de espera adjunta a la UCI y allí nos dirigimos. Cheney tomó asiento y se puso a leer una revista mientras yo me encogía en un sofá que me quedaba un poco pequeño. El rumor que producía Cheney al pasar las páginas o al carraspear me producía un efecto sedante y el sueño me rodeó con sus brazos como una manta de lana. Al despertar, vi que la sala de espera estaba vacía, aunque Cheney me había echado la americana sobre los hombros y por lo tanto no podía andar lejos. Sentí la caricia sedosa del forro de la chaqueta, que olía a *after-shave* caro. Miré el reloj de la pared: eran las cuatro menos veinticinco. Me quedé inmóvil un rato, preguntándome si habría alguna manera de perpetuar aquella sensación de seguridad y calidez. Aprendería a vivir en el sofá de una sala de espera, a encargarme de las comidas, a satisfacer mis necesidades en el lavabo de señoras del final del pasillo. Sería más barato que pagar un alquiler y si me ocurría algo, los médicos estaban allí mismo.

Oí pasos y voces masculinas en el pasillo. Cheney apareció en la puerta y se apoyó en la jamba.

—Por fin has despertado. ¿Quieres ver a Danielle?

Me incorporé.

—¿Está consciente?

—En realidad, no. Acaban de sacarla del quirófano. Aún está dormida, pero ya la han ingresado en la UCI. He dicho a la enfermera de guardia que eres de la Brigada Anticorrupción y que necesitas identificar a un testigo.

Me restregué los ojos y me froté la cara. Me pasé las manos por el pelo y advertí que por una vez, gracias al virtuosismo peluquero de Danielle, no tenía todas las mechas de punta. Reuní fuerzas, bostecé como un hipopótamo e hice lo posible por despejarme. Me levanté y alisé el jersey que llevaba puesto. Algo que me llama la atención en la costumbre de vestir de manera informal es que siempre se tiene el mismo aspecto. Duermes con los tejanos y ni siquiera se nota. Nos servimos del teléfono interior que había en el pasillo para llamar al puesto de enfermeras de la UCI. Cheney gestionó los trámites y nos dejaron pasar.

—¿He de fingir que tengo chapa de policía? —le murmuré mientras avanzábamos por el pasillo.

—No te preocupes por eso. He dicho que vas disfrazada de mendiga.

Le propiné un leve empujón.

Esperamos delante de la habitación de Danielle y miramos por la ventanilla mientras una enfermera le comprobaba la presión sanguínea y le regulaba el gota a gota. Al igual que en la unidad de cardiología, aquellas habitaciones estaban dispuestas en herradura alrededor del cuarto de las enfermeras, desde donde podía verse a los pacientes para tener bajo control sus constantes vitales. Cheney había hablado con el médico y me puso al corriente de la situación de Danielle.

—Le han extirpado el bazo. Pero quien se encargó casi en exclusiva de la paciente fue el cirujano ortopédico. Le encajó la mandíbula y las clavículas y le soldó las costillas. Tenía dos dedos rotos y muchas magulladuras. En teoría tiene que recuperarse, pero tardará un tiempo. El corte de la cabeza parece que ha sido lo de menos. Contusiones leves y mucha sangre. Me ha pasado más de una vez. Date un cabezazo contra el botiquín y parecerá que vas a morirte desangrado.

La enfermera estiró las mantas de Danielle y salió de la habitación.

—Dos minutos —dijo, formando una V con dos dedos.

Nos quedamos mirándola en silencio, hombro con hombro, como padres que reflexionaran ante un recién nacido. Creer que Danielle fuera hija nuestra resultaba un poco difícil. Estaba casi irreconocible: los ojos amoratados, la mandíbula hinchada, la nariz con vendas y esparadrapo. Sobre las mantas yacía una mano entablillada. Todas las uñas, hasta hacía poco pintadas de rojo chillón, o le habían saltado o las tenía rotas, motivo por el que la joven parecía sangrar por la punta de los dedos hinchados. El resto del cuerpo era poco más que un bulto del tamaño de una niña. Oscilaba entre la vigilia y la inconsciencia, sin despertar lo suficiente para advertir que estábamos en la habitación. Parecía empequeñecida por la maquinaria que la rodeaba, aunque los aparatos y el personal infundían seguridad. Con la paliza que le habían dado, estaba donde tenía que estar.

Al salir de la UCI, Cheney me pasó el brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

Me apoyé en él durante unos segundos.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Fabuloso —dijo. Pulsó el botón de bajada del ascensor—. He dado instrucciones al médico. No se dará ninguna información sobre el estado de Danielle ni se dejará entrar a nadie.

—¿Crees que volverá el agresor?

—Parece que ha querido matarla una vez. No sabemos con cuánta seriedad se toma aquello del trabajo bien hecho.

—Me siento culpable. Como si esto estuviese relacionado con la muerte de Lorna —dije.

—¿Por qué no me lo cuentas?

—¿El qué? —Se abrieron las puertas del ascensor, entramos y Cheney apretó el botón que ostentaba el número uno. Comenzamos a bajar.

—Lo que no me has contado. Porque ocultas algo, ¿no es cierto? —Hablaba con desenvoltura, pero su mirada era penetrante.

—Sí, creo que sí —dije. Le hice un resumen de la conversación con el abogado de Los Ángeles y sus guardaespaldas. Al salir del ascensor, añadí—: ¿Tienes idea de quién puede ser ese hombre? Dijo que actuaba en representación de otro, pero a lo mejor se refería a sí mismo.

—Puedo preguntar. Sé que esos individuos vienen aquí para reposar y relajarse. Dame el teléfono y haré averiguaciones.

—Prefiero no dártelo —dije—. Cuanto menos sepa, mejor. ¿Controlan la trata de blancas de esta zona?

—Alguna cosilla de poca monta, tal vez. Nada de importancia. Seguramente controlan las operaciones locales, pero no creo que a un nivel que vaya más allá de la recaudación de beneficios. De los detalles prácticos se encargan los segundones.

Cheney había dejado el coche en una travesía más próxima a la entrada principal que a la de urgencias. Accedimos al vestíbulo. La tienda de regalos y la cafetería estaban cerradas y el interior en sombras podía verse por los grandes escaparates. En el mostrador de información había un hombre enzarzado en una nerviosa conversación con la paciente empleada. Cheney cambió de actitud y adoptó el talante típico de los policías. Su expresión se volvió implacable e imprimió a sus movimientos un aire de fanfarronería. Enseñó la chapa a la empleada con toda naturalidad y fulminando con la mirada al sujeto que estaba importunándola.

—Hola, Lester —dijo—. ¿Quieres venir un momento? Tenemos que hablar.

Lester Dudley modificó su actitud, abandonó la agresividad y sonrió con adulación.

—Hola, Phillips. Me alegro de encontrarlo aquí. Antes me pareció verlo, en la casa de Danielle. ¿Sabe qué ha pasado?

—Lo que justifica mi presencia aquí, de lo contrario no me verías. Es mi noche libre. Estaba en casa viendo la televisión cuando me llamó el funcionario de guardia.

—Espero que no estuviera solo. Detesto ver sin compañía a un tipo como usted. La oferta sigue en pie, de día o de noche, macho o hembra. Sean cuales fueren sus gustos, Lester Dudley siempre sabe...

—¿Estás alcahueteando, Lester?

—Sólo bromeaba, Phillips. Dios mío, ¿es que un hombre no puede gastar bromas? Conozco la ley tanto como usted, seguramente mejor, si vamos a ello.

Lester Dudley no cuadraba con la idea que tenía yo de los chulos. De lejos habría pasado por un adolescente huraño, de los que no pueden entrar sin sus padres en los cines donde ponen películas autorizadas para mayores. De cerca le eché cuarenta y tantos años, peso mosca, menos de un metro sesenta y cinco. Tenía el pelo oscuro, liso, engominado y peinado hacia atrás. Ojos pequeños, nariz grande y barbilla ligeramente huidiza. A causa de la delgadez del cuello, su cabeza tenía forma de nabo.

Cheney no se molestó en presentarnos, aunque no pasó inadvertida para Lester, que me miraba parpadeando y con malicia, como un animalejo del subsuelo que hubieran sacado repentinamente a la luz del día. Vestía como un jovencuelo: camiseta de punto, de manga larga y con franjas horizontales, tejanos, cazadora vaquera y Keds. Se había cruzado de brazos y tenía las manos en las axilas. Llevaba un reloj Breitling, seguramente de imitación, todo lleno de diales y demasiado grande para su muñeca; parecía más bien de esos que se consiguen enviando cromos y etiquetas.

—Bueno, ¿cómo está Danielle? La tía del mostrador parece que no quiere soltar prenda.

Sonó el mensáfono de Cheney y este miró el número que indicaba.

—Mierda... Enseguida vuelvo —murmuró.

Lester, puro nervio, dio un respingo y se quedó mirando a Cheney mientras se acercaba al mostrador. Me dije que era el momento de romper el hielo.

—¿Eres el representante personal de Danielle?

—Lester Dudley, el mismo que viste y calza —dijo, tendiéndome la mano.

Se la estreché a pesar de que no me gustaba la idea de tocarle.

—Kinsey Millhone —me presenté—. Soy amiga de Danielle. —Cuando se busca información, no hay que dejar que la repugnancia personal interfiera.

—Aquí la empleada está poniéndome difícil, no quiere informarme ni siquiera después de haberle aclarado quién soy. Seguro que va de feminista.

—Seguro.

—¿Y cómo está? Pobrecilla. Dicen que le han dado una paliza de muerte. Tiene que haber sido un «crackadicto». Son unos hijos de mala madre.

—Cuando quise hablar con el médico, ya se había ido —comenté—. Puede que hayan ordenado a la empleada no proporcionar información alguna.

—Qué dices. Si se le notaba el cachondeo. Estaba divirtiéndose a mi costa. No es que me moleste. Estas feministas no paran de dar cortes. Y todavía están erre que erre. Yo creía que ya habían tirado la toalla, pero no ha habido suerte. Fíjate, la semana pasada, sin ir más lejos, me vino uno de esos grupitos de rompelotas. Se me echaron encima igual que una tonelada de ladrillos, diciendo que yo hacía trata de blancas. ¿Te lo puedes creer? Valiente majadería. ¿Cómo pueden decir que me dedico a la trata de blancas cuando la mitad de mis chicas son negras?

—Te lo tomas demasiado al pie de la letra —alegué—. Creo que no te enteras de qué va.

—Yo te diré de qué va —dijo—. Esas muchachas ganan una pasta. Una pasta quiere decir billetes de los grandes, megadólares. Dime tú qué oficina de empleo va a darles una oportunidad así. No tienen estudios. El coeficiente intelectual de la mitad puede medirse con dos cifras. Y nunca las oírás protestar. ¿Tienen alguna queja? No, señora. Viven como reinas. Y te diré otra cosa. Esas rompelotas no les dan nada a cambio. Ni empleo, ni formación profesional, ni siquiera Seguridad Social. ¿Cómo van a despertar el interés de estas muchachas que tienen que ganarse la vida? ¿Sabes lo que les dije? «Señoras mías, yo soy un empresario y no he inventado el mercado. Es la ley de la oferta y la demanda». Las chicas prestan servicios de primera y eso es lo que hay. ¿Tú sabes lo que les duele? ¿Sabes cuál es el meollo del asunto? La represión sexual. Son unas castradoras y unos marimachos. Odian a los hombres y les revienta que gente de distinto sexo se lo pase bien.

—Puede —dije— que se opongán a la explotación de las jóvenes. Es una tontería que se me acaba de ocurrir.

—Bueno, si esa es su postura, ¿cuál es la acusación? —preguntó—. Yo pienso lo mismo que ellas. Pero me tratan como si yo fuera el enemigo y eso es lo que no comprendo. Mis chicas son limpias y están bien protegidas, y nadie puede decir lo contrario.

—¿Danielle estaba bien protegida?

—Pues claro que no —contestó, exasperado por mi cortedad—. Habría tenido que hacerme caso. Le dije: «No te llesves hombres a casa». Le dije: «No te trabajes a nadie sin que yo esté al otro lado de la puerta». Es mi trabajo. Así me gano las comisiones. Cuando ha quedado con alguien, la llevo personalmente en mi coche. Con un buen protector, ningún tarado le pone la mano encima. Pero no avisa y yo no puedo ayudarla. Es tan sencillo como hacer la O con un canuto.

—Puede que sea hora de que abandone el oficio —dije.

—Eso mismo dice ella, y yo le digo: «Chica, eso es asunto tuyo». Nadie obliga a mis chicas a trabajar. Si se quiere ir, allá ella. Lo que no sé es cómo se ganará la vida... —Dejó la frase en suspenso con un dejo de escepticismo en la voz.

—No sé a qué te refieres.

—Es que me la imagino trabajando en unos grandes almacenes, de camarera, algo así. Con un empleo de salario mínimo. Matarse así tiene que ser un infierno, claro, pero si a ella no le importa ser una desgraciada en este mundo, ¿quién soy yo para oponerme? Y ahora con cicatrices en la cara, puede que le sirvan para encontrar trabajo.

—Nadie ha hablado de cicatrices faciales —dije—. ¿De dónde has sacado la idea?

—No, si sólo es una suposición. Por ahí se dice que le han dado una paliza seria. Como es lógico, yo creí, entiéndeme, que se trataba de algún desdichado episodio que le había afectado a la cara. Es lamentable, claro, pero a muchos hombres les gusta contrarrestar la capacidad de una pobre muchacha para ganarse la vida, minar su confianza, ya sabes.

En aquel momento llegó Cheney y se puso a mirarnos con curiosidad.

—¿Todo bien?

—Claro, perfecto —reliqué escuetamente.

—Sólo hablábamos de asuntos profesionales —explicó Lester—. Aún no me he enterado de cómo está Danielle. ¿Se pondrá bien?

—Es hora de irse —le dijo Cheney—. Te acompañaremos al coche.

—Claro, muy bien pensado, sí. ¿Dónde la tienen? ¿En cirugía ortopédica? Si lo supiera, le enviaría unas flores. Me han dicho que le rompieron la mandíbula. Tuvo que ser un tarado harto de coca.

—Olvídate de las flores. No se da información. Ordenes del médico —expuso Cheney.

—Muy prudente. Yo mismo lo iba a sugerir. Hay que protegerla de la gente mala.

Cuando llegamos a la calle que discurre ante la fachada principal del St. Terry, nos despedimos estrechándonos la mano como si hubiéramos estado en una reunión empresarial. En cuanto Lester nos dio la espalda, me limpié la mano en los tejanos. Cheney y yo aguardamos en la acera hasta que vimos que se alejaba.

Eran casi las cuatro de la madrugada y el pequeño Mazda rojo de Cheney corría por las calles a oscuras. Llevaba la capota bajada y el viento me azotaba la cara. Eché atrás la cabeza y contemplé el cielo. En el flanco montañoso de la ciudad, las pendientes en sombras aparecían engalanadas con guirnaldas de farolas municipales tan titilantes como las bombillitas de los árboles navideños. En las casas ante las que pasábamos veía luces ocasionales, pertenecientes sin duda a los obreros madrugadores que enchufaban la cafetera de filtro y se dirigían tambaleándose a la ducha.

—¿Tienes frío?

—Está bien así —dije—. Lester parecía saber mucho sobre la agresión. ¿Crees que fue él?

—Si quiere que la chica trabaje, no —dijo.

A aquella hora, el cielo es de un gris continuo y uniforme que acaba fundiéndose con el negro de los árboles. El rocío empapa la hierba. A veces se oye el silbido blando de los aspersores electrónicos, programados para regar el césped antes de que salga el sol. Si continuaba el régimen pluvial de los últimos años, el empleo del agua tendría que limitarse y se secaría toda la hierba. Durante la última sequía, muchos propietarios habían tenido que regar el jardín con pintura verde.

Ya en Cabana Boulevard, un adolescente en monopatín corría por la acera en sombras. Se me ocurrió de pronto que lo lógico habría sido que apareciese el Juglar, el hombre de la bicicleta, con el piloto trasero y las piernas subiendo y bajando como émbolos. Empezaba a representar una caprichosa fuerza en acción, juguetona y maligna, un espejismo de mi fantasía que danzase delante de mí como la solución de un enigma. Adondequiera que yo fuese, aquel hombre acababa por aparecer, siempre dirigiéndose con prisa a alguna parte, pero sin llegar nunca a su punto de destino.

Cheney había reducido la velocidad y se inclinó hacia delante para mirar al joven del monopatín cuando lo adelantamos. Lo saludó con la mano y el joven le devolvió el saludo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Trabaja de noche en una casa de convalecencia —dijo—. Le quitaron el carnet por conducir borracho. Pero es un buen chico. —Momentos más tarde entrábamos en el callejón de Danielle, donde mi vehículo seguía estacionado. Nos detuvimos detrás del VW y Cheney puso el motor en punto muerto para reducir el ruido—. ¿Qué jornada haces? ¿Tienes tiempo de dormir?

—Eso espero —contesté—. Estoy muerta. ¿Tú te vas a trabajar?

—Me voy a casa a dormir. Un par de horas a lo sumo. Te llamaré más tarde. Si estás con ánimos, podríamos comer algo por ahí.

—Antes tendré que ver cómo se presenta el día. Si no me encuentras, deja un teléfono en el

contestador. Ya te llamaré yo.

—¿Vas a la oficina?

—La verdad es que había planeado pasar por casa de Danielle para limpiarla un poco. La última vez que la vi, todo estaba lleno de sangre.

—No tienes por qué hacerlo. El propietario ha dicho que el lunes que viene se presentará un equipo de limpieza para adecentarla. No puede ser antes. Pero es preferible eso a que te encargues tú.

—No me importa. Me gustaría hacer algo por ella. Tal vez coja la bata y las zapatillas y se las lleve al hospital.

—Tú misma —dijo—. Me quedará aquí hasta que arranques. Procura que te funcione el coche y que no te atrape el coco.

Abrí la portezuela, agarré el bolso y bajé del vehículo.

—Gracias por el paseo y por todo lo demás. En serio.

—De nada.

Cerré la portezuela y me dirigí a mi coche mientras Cheney vigilaba como un ángel guardián. El VW se puso en marcha sin hacer ruido. Le hice una seña con la mano para indicarle que todo estaba bien, pero no parecía dispuesto a marcharse. Me siguió a casa, a la que llegamos tras recorrer en columna las calles a oscuras. Por una vez encontré sitio para aparcar delante mismo de mi casa. Convencido por fin de que ya me encontraba en lugar seguro, Cheney puso la primera y se alejó.

Cerré el coche, crucé la verja, rodeé la fachada, abrí la puerta y entré. Recogí el correo que me habían echado por la ranura, encendí la luz, dejé el bolso y cerré la puerta de la calle. Empecé a desnudarme mientras subía la escalera de caracol, alfombrando el suelo de prendas como en esas escenas de las comedias románticas en que los enamorados se mueren de impaciencia. Yo también me moría, pero por dormir. Ya desnuda, estuve dando trompicones durante un rato mientras echaba las persianas, quitaba el sonido al teléfono y apagaba luces. Me metí debajo del edredón con un suspiro de alivio. Creía que estaba demasiado cansada para dormir, pero resultó que no.

Desperté a las cinco pasadas. Durante un instante creí que había dormido veinticuatro horas seguidas y que no tardaría en amanecer. Para orientarme en la semioscuridad, me quedé mirando la bóveda de plástico transparente que hay en el techo. Como en febrero anochece pronto, el día se retiraba ya igual que el agua sucia del fondo de una bañera. Revisé mi estado mental, me dije que había dormido lo suficiente, me entró hambre y salí de la cama. Me cepillé los dientes, me duché y me lavé el pelo. Acabadas estas operaciones, me puse una sudadera vieja y unos tejanos raídos. Ya en la planta baja, llené un cubo de plástico con trapos y productos de limpieza. Como ya había pasado la crisis inmediata, me dediqué a acumular bilis contra el agresor de Danielle. Los hombres que pegan a las mujeres son casi tan viles como los que pegan a los niños.

Llamé a Cheney, pero al parecer ya se había ido. Le dejé un mensaje en el contestador, indicándole la hora que era y que tenía demasiada hambre para esperarle. Al abrir la puerta de la calle, cayó al suelo un sobre comercial marrón, que habían encajado entre la puerta y la jamba. Héctor había garabateado unas líneas en el haz del sobre: «Viernes, 5,35 tarde. He llamado y no contestan. Dentro están la cinta y la transcripción corregida. Siento no poder hacer más. Llámeme cuando vuelva». Había añadido el teléfono de su casa y el de la emisora. Debía de haber llegado

y llamado mientras yo estaba en la ducha. Miré la hora. Por lo visto, sólo hacía quince minutos que había estado allí, de modo que aún no podía localizarlo en ninguno de los dos teléfonos. Guardé la cinta y la transcripción en el bolso y me dirigí a una cafetería donde servían desayunos las veinticuatro horas del día.

Miré las notas de Héctor mientras me ponía como una cerda devorando a toda velocidad una bandeja llena de la típica bollería que ha merecido el anatema de los expertos en nutrición. Héctor no había conseguido descifrar mucho más que yo. Había añadido lo siguiente a mis notas:

«Oye... detesto este asunto... yo pienso. No eres...».

«Vamos, vamos. Sólo bromeaba... (risas). Pero tienes que admitir que es una gran idea. Ella entra a la misma hora todos los días... hiato...».

«Estás enfermo...».

«La gente no debería meterse en mis... (sonidos metálicos)».

Ruido de agua..., un chirrido...

«Si pasa algo, yo...».

Golpes sordos...

«Lo digo en serio... retaco...».

«No hay conexión...».

Risas..., corrimiento de sillas..., un crujido..., murmullos...

Al final de la página, Héctor había trazado tres grandes signos de interrogación. Coincidió totalmente conmigo.

Al llegar a casa de Danielle, dejé el coche en el callejón, pegado al seto, igual que la noche anterior. Ya había oscurecido. Si seguía así, era probable que no volviese a ver el sol nunca más. Cogí la linterna, comprobé las pilas y vi que la luz que emitía aún era potente. Anduve unos minutos por los márgenes del callejón, sirviéndome de la linterna para inspeccionar los arbustos que crecían a ambos lados. No esperaba encontrar nada. Tampoco buscaba «pruebas» propiamente dichas. Sólo quería saber si había alguna forma de deducir las vías de escape del agresor. Había muchos lugares donde había podido esconderse, patios que había podido cruzar para acceder a las calles contiguas. A las tantas de la noche, hasta un frágil arbolillo podía servir de refugio. Por lo que sabía, el individuo se había situado a una distancia que le permitiera observar con facilidad y desde allí había contemplado la llegada de la ambulancia y de los coches de la policía.

Volví a la casa de Danielle, crucé el patio trasero y me dirigí al edificio principal. Subí los peldaños traseros y llamé a la iluminada ventana de la cocina. Vi al casero de Danielle lavando los platos de la cena y poniéndolos en el escurridor. Me vio casi al mismo tiempo que yo a él y apareció en la puerta de atrás secándose las manos con un trapo de cocina. Me dio una llave y durante unos minutos charlamos sobre la agresión. Se había acostado a las diez. Dijo que tenía el sueño ligero, pero que el dormitorio estaba en el primer piso, en la parte de la casa que daba a la calle, y que no había oído nada. Tenía setenta y tantos años y era militar retirado, aunque no dijo de qué ejército. Si sabía cómo se ganaba la vida Danielle, no hizo el menor comentario. Parecía tenerle tanto afecto como yo y fue lo único que tuve en cuenta. Fingí ignorar el estado de la muchacha, aunque le dije que estaba viva y que se esperaba que se recuperase. No me apremió para que entrara en detalles.

Volví a recorrer el sendero de ladrillo hasta el pequeño porche de Danielle. Los precintos de

la policía habían sido retirados, pero alrededor del tirador de la puerta y del jambaje aún podían verse rastros del polvo para la detección de huellas dactilares. Se buscarían huellas en el ensangrentado trozo de cañería envuelta en trapos, pero dudaba que proporcionase alguna pista. Entré en la vivienda y encendí la luz del techo. La sangre parecía una lámina del test de Rorschach, una mancha rojo oscuro aureolada de signos de admiración allí donde la violencia de los golpes había hecho saltar la sangre en dos chorros que habían salpicado la pared. La manchada alfombra había sido retirada, seguramente la habían echado al cubo de la basura que había en la parte trasera. La sangre del zócalo parecía un collar de lágrimas de pintura.

La casa constaba de habitación y media, y se había construido con cuatro cuartos. La recorrí entera, aunque había poco que ver. Al igual que la mía, era muy pequeña. Al parecer, la pelea con el agresor se había limitado a la estancia delantera, que estaba casi totalmente ocupada por una cama de matrimonio y un espacio para sentarse. Las sábanas y el edredón eran más bien cursis, de percal estampado con motivos florales blancos y rosa, con las cortinas a juego y un papel de pared a franjas igualmente blancas y rosa. La cocina consistía en una encimera portátil y en un microondas encaramado en una cómoda pintada.

El cuarto de baño era reducido, estaba pintado de blanco y cubrían el suelo anticuados baldosines blanquinegros. La pila tenía alrededor unos faldones con los mismos motivos florales del dormitorio. Danielle había comprado una cortina de algodón para la ducha que ratificaba sus obsesiones decorativas y que tenía en la parte superior un volante para tapar la barra. La pared que quedaba enfrente del retrete era una minigalería de pintura. Había colgadas juntas unas doce fotografías enmarcadas y varias estaban torcidas. Durante la agresión, Danielle tenía que haber salido despedida contra el tabique. Algunas se habían descolgado y yacían boca abajo en el suelo de baldosas. Las levanté con cuidado. Dos marcos se habían roto a causa del impacto, y el vidrio de las cuatro o se había resquebrajado o estaba roto. Puse las cuatro fotos juntas, tiré los cristales a la basura y enderecé las fotografías colgadas mientras las observaba. Danielle poco después de nacer. Danielle con papá y mamá. Danielle a los nueve años y con el pelo muy arreglado en una exhibición de danza.

Volví a la estancia delantera y encontré un grueso montón de bolsas marrones de papel empotradas entre la pared y la cómoda. Metí en una las fotos dañadas y la dejé junto a la puerta de la calle. En las tiendas de artículos de ocasión había visto marcos muy parecidos por dos dólares la unidad. Probablemente pasaría por alguna para comprar lo que hiciera falta reponer. Quité la ropa de la cama y la saqué al porche. Las salpicaduras de sangre se habían colado incluso en el dobladillo. Iría a la lavandería por la mañana. Cogí el cubo que había llevado, lo llené de agua caliente y añadí una corrosiva ración de sustancias limpiadoras. Lavé las paredes, barrí los zócalos y los suelos hasta que el agua jabonosa se volvió de un rosa espumoso. Vacíé el cubo, lo llené otra vez y seguí limpiando.

Cuando hube terminado, agarré la transcripción de la cinta magnetofónica, me senté en la cama y llamé a casa de Héctor con el teléfono de Danielle. Contestó al instante.

—Soy Kinsey. Me alegro de encontrarlo en casa. Pensé que podía estar camino de la emisora.

—Tan temprano imposible y hoy de ninguna de las maneras. Trabajo de sábado a miércoles, así que el jueves y el viernes suelen ser mi fin de semana. Anoche fue una excepción, pero procuro que estos imprevistos no sirvan de precedente. Esta noche tengo un plan envidiable. Bañaré a *Belleza* y luego ella me bañará a mí. Tiene la transcripción, supongo.

—Sí y siento no haberle visto. Estaba en la ducha cuando pasó usted por mi casa. —Durante varios minutos estuvimos lamentándonos de la mala calidad de la cinta magnetofónica—. ¿Qué piensa usted?

—Poca cosa. Descifré un par de palabras, pero nada que tenga lógica.

—¿Se le ha ocurrido alguna idea sobre el posible tema de la conversación?

—Ninguna. Lorna parece enfadada con el hombre. Es casi todo lo que he podido deducir.

—¿Está seguro de que es Lorna?

—Bastante, aunque no me atrevería a jurarlo.

—¿Y el hombre?

—No he reconocido la voz. No se parece a la de nadie que yo conozca. Escúchela usted otra vez, a ver qué oye. Podríamos turnarnos para llenar los fragmentos que faltan, como en un rompecabezas.

—No tiene por qué convertirse en el objetivo de nuestra existencia —dije—. Ni siquiera estoy segura de que sea importante, pero la oiré otra vez cuando vuelva a casa. —Miré la transcripción—. ¿Qué quiere decir esto de «hiato»? Suena raro, ¿no? ¿Hablaban de lingüística o de anatomía?

—No estaba totalmente seguro de que fuera esa la palabra, pero no se me ocurrió otra. La frase que no deja de darme vueltas en la cabeza es la que dice que «ella entra a la misma hora todos los días». No sé a qué rábanos se referirá.

—¿Y por qué «retaco»? Creo que es Lorna quien lo dice.

—Bueno, puede parecer extraño, pero creo que he conseguido algo en ese sentido. En mi opinión, Lorna no utiliza la palabra para calificar a nadie. Hay en la ciudad un sujeto al que llaman Retaco. Puede que Lorna estuviera hablando de él.

—Es una posibilidad interesante. ¿Lo conocía ella?

—Seguro que sí. Se llama John Stockton. Le dicen Retaco porque es bajo y gordo. Es un contratista...

—Un momento —dije interrumpiéndole—. Yo conozco ese nombre. Estoy casi segura de que lo mencionó Clark Esselmann..., en el caso de que sólo haya uno. ¿Es miembro de la Junta Municipal de Aguas de Colgate?

Se echó a reír.

—Ni por asomo. No lo admitirían. Habría conflicto de intereses. Se adjudicaría media docena de contratos muy lucrativos.

—Ya. Entonces no es probable que haya ninguna relación. ¿Hablaban Lorna con él o de él?

—Supongo que de él. La verdad es que podría haber alguna conexión marginal. Stockton tendría que recabar el permiso de la Junta de Aguas para construir lo que fuera. Puesto que Lorna cuidó de Esselmann, cabe la posibilidad de que oyese hablar del Retaco de manera circunstancial.

—Ya, pero ¿qué demuestra eso? En una ciudad de provincias como la nuestra se oye multitud de cosas, pero no por eso se mata a la gente. ¿Es difícil obtener un permiso para edificar?

—Solicitarlo es muy sencillo, pero con la escasez de agua que tenemos actualmente, conseguir que un plan de construcciones salga adelante es casi imposible.

—Pues qué bien —dije. Di un par de zarandeos mentales a la idea, pero no cosechó ninguna intuición—. No sé bien cómo encaja. Si hablaban a propósito del agua, podría enlazar de algún modo con «ella entra a la misma hora todos los días». Puede que se trate de nadar. Sé que Lorna hacía *footing*, pero ¿practicaba también la natación?

—Que yo sepa, no. Además, si el hombre está hablando con Lorna, ¿por qué dice «ella»? El individuo tiene que referirse a otra persona. Y Stockton no tiene nada que ver con piscinas. Construye centros comerciales y urbanizaciones —dijo Héctor—. Es posible que se refiriesen al trabajo. Ella entra «a trabajar» a la misma hora todos los días. O ella entra «en su casa» a la misma hora todos los días.

—Es verdad —dije—. Bueno, puede que se nos ocurra algo si nos concedemos un respiro. ¿Hay alguna otra cosa que le llamara la atención?

—Pues no. Sólo que Lorna parecía irritada.

—Eso me pareció a mí también y por eso escuché la cinta con tanta atención. Dijera lo que dijese el hombre, a Lorna no le gustó en absoluto.

—Desde luego. Y como acaba de decir usted, si queremos encontrarle la lógica al asunto, quizá sea mejor olvidarnos de él durante un rato. La llamaré si se me hace la luz.

—Gracias, Héctor.

Cuando cerré la casa y devolví la llave al casero de Danielle, eran casi las siete menos cuarto y la vivienda tenía mucho mejor aspecto. El olor del amoníaco le daba cierto aire de edificio público, pero de aquel modo, cuando volviera Danielle, por lo menos no se encontraría con un matadero. Fui en busca del coche cargada de objetos. Dejé el cubo de plástico en el asiento del copiloto y la ropa de la cama en el trasero, junto con la bolsa de papel que contenía los marcos rotos. Me senté al volante y durante unos momentos pensé en lo que haría a continuación. La sugerencia de Héctor tocante a que Stockton el Retaco era el individuo mencionado en la cinta magnetofónica tenía su punto de intriga. Por lo que había oído comentar a Clark Esselmann por teléfono, Stockton iba a estar presente en la siguiente reunión de la junta, que, según mis cálculos, se celebraría aquella misma noche. Con un poco de suerte, coincidiría con Serena y volvería a interrogarla sobre el dinero desaparecido.

Encontré una cabina en la gasolinera más cercana y busqué el número del Distrito de Aguas de Colgate. La jornada laboral había terminado hacía mucho, pero el contestador automático informaba sobre la reunión, que iba a celebrarse a las siete en la sala de conferencias de las oficinas del distrito. Volví al coche a toda velocidad, arranqué y puse rumbo al norte al llegar a la autopista.

Un cuarto de hora después estacionaba el VW en el aparcamiento de detrás del edificio, incómodamente consciente del chorro continuo de vehículos que tenía por detrás y por delante. Como si estuviéramos en una carrera automovilística, nos metíamos en plazas dispuestas en hilera. Apagué el motor, bajé y cerré el coche. No costaba averiguar dónde se celebraba la reunión, ya que bastaba con seguir a los demás asistentes. Vi luces encendidas en el otro extremo del edificio y anduve en aquella dirección a paso ligero, un tanto picada por la posibilidad de no encontrar ningún asiento libre.

La puerta de la sala de conferencias se encontraba en un pequeño patio cerrado. Vi por el ventanal que los miembros de la Junta de Aguas ya ocupaban su puesto. Entré con cierta ansiedad por instalarme mientras hubiera asientos disponibles. La sala era sosa y funcional: alfombra marrón, paredes decoradas con paneles de madera oscura, mesas plegables formando una L al fondo, y treinta y cinco sillas plegables para el público. A un lado, en una mesa, había un gran depósito de café, vasos de plástico, sobres de azúcar y un recipiente grande de leche evaporada. La iluminación consistía en tubos fluorescentes que nos teñían a todos la cara de color

amarillento.

La Junta de Aguas de Colgate constaba de siete miembros, todos con una placa con el nombre y el cargo grabados: consejero del distrito de aguas, administrador general, ingeniero jefe, presidente y cuatro directores, uno de los cuales era Clark Esselmann. El miembro llamado Ned, con el que el anterior había hablado por teléfono, tenía que ser Theodore Ramsey, que estaba sentado dos sillas más allá. Los «Bob» y «Druscilla» que había mencionado de pasada eran, respectivamente, Robert Ennisbrook y Druscilla Chatham.

Como era lógico y natural, los miembros de la junta de aguas se habían provisto de grandes jarras de agua fría, que consumían a manos llenas mientras hablaban sobre la escasez del preciado líquido. A algunos los conocía de nombre o por su reputación, pero no reconocí ninguna cara, salvo la de Esselmann. Serena estaba en primera fila, peleándose con sus efectos personales y procurando comportarse como si no estuviese preocupada por su padre. Esselmann, con traje y corbata, tenía un aire frágil pero resuelto. Ya estaba enfrascado en una conversación con la señora Chatham, la mujer que tenía a la izquierda.

Por entonces había mucho público y casi todas las sillas plegables estaban ocupadas. Vi una vacía y me lancé sobre ella, sin dejar de preguntarme qué hacía allí. Algunos asistentes llevaban maletín o un cuaderno abierto. El hombre sentado junto a mí había garabateado un comentario que al parecer retocaba mientras aguardábamos a que comenzara la sesión. Me volví a mirar las filas de asientos que tenía detrás; todos estaban ocupados. Por el ventanal vi que en la parte exterior había gente sentada a la mesa de estilo campestre y apoyada en la cerca de adorno. Los altavoces del patio permitían a la desbordante muchedumbre oír el desarrollo de las discusiones.

En la parte delantera de la sala había un montón de hojas con el orden del día y fui por una rápidamente. Suponía que el público podía dirigirse a la mesa con entera libertad. A este fin se rellenaban peticiones que se entregaban a continuación. Había un auténtico tráfico de consultas, multitud de personas que parecían conocerse, algunas organizadas en pequeños grupos que representaban una petición particular. Yo ni siquiera sabía de qué temas iba a hablarse y los puntos del orden del día me parecieron tan aburridos que ignoraba si me interesaban o no. Me pregunté si sabría identificar a Stockton el Retaco sin preguntar a nadie. Eran muchos los hombres que, sentados, parecían gordos y bajos.

A las siete y tres minutos se dio comienzo a la sesión recitando el nombre de los miembros presentes. Se leyó la memoria de la reunión anterior y se aprobó sin enmiendas. Se aprobaron sin discusión varios puntos de la lista de temas pendientes. Rumores, crujidos, toses y carraspeos por todas partes. Todos parecían hablar con monotonía y los temas se reducían por tanto a sus elementos más aburridos. Los miembros de la junta discutieron la política de servicios con la estratégica hostilidad que es típica de las minorías parlamentarias. Si se estaba consiguiendo algo, yo no me enteraba de nada. Lo que me llamaba la atención era que Clark Esselmann, al hablar por teléfono con Ned, se había mostrado muy vehemente. Por lo visto, las emociones se exasperaban entre bastidores, mientras que allí se hacía todo lo posible por ocultarlas en beneficio del servicio público.

Los miembros del público comenzaron a desfilar hacia la tribuna para dirigirse a la junta con apelaciones escritas que se leían con tal alarde de insipidez oratoria que las observaciones y comentarios se formulaban sin el menor asomo de espontaneidad, humor o dramatismo. Al igual que en las iglesias, la temperatura ambiente, entre el calor de los cuerpos y la calefacción, había

alcanzado ya niveles anestésicos. Después de haber dormido a trancas y barrancas durante los últimos cinco días, me costaba lo indecible no caerme de la silla.

Me avergüenza confesar que en cierto momento me quedé traspuesta; fue una especie de inmersión en la inconsciencia de la que me percaté únicamente porque la cabeza se me cayó hacia delante. Creo que reicidí minutos después porque cuando ya empezaba a disfrutar del anhelado abrazo de Morfeo me sobresaltó una acalorada discusión. Me di cuenta entonces de que me había perdido el primer asalto.

Clark Esselmann se había puesto en pie y apuñalaba con el dedo al hombre que ocupaba la tribuna.

—Es la gente como usted la que está destruyendo este condado.

El hombre al que se dirigía tenía que ser John Stockton el Retaco. Mediría un metro con sesenta y cinco, era muy corpulento, tenía la cara redonda e infantil, y el pelo negro y raleante. Sudaba copiosamente y durante toda la discusión no hizo más que pasarse el pañuelo por la cara.

—¿La gente como yo? Escuche, señor mío. Dejemos a un lado las personalizaciones. No se trata de mí. Tampoco se trata de usted. Se trata de puestos de trabajo para la comunidad. Se trata del desarrollo y el progreso de los ciudadanos de este condado, de...

—¡Tonterías! Se trata del dinero que usted quiere ganar, miserable hijo de puta. ¿Qué le importan a usted los ciudadanos del condado? Cuando esta..., esta abominación tenga lugar, usted estará muy lejos de aquí. Contando los beneficios obtenidos mientras nosotros tendremos que cargar con esta infamia durante siglos.

Al igual que los enamorados, Esselmann y Stockton, una vez enzarzados, parecían haberse olvidado del resto del mundo. La sala estaba electrizada y el público parecía vibrar de excitación.

La voz de Stockton era puro desdén en almíbar.

—Señor mío, a riesgo de caer en la ofensa, permítame formularle la siguiente pregunta: ¿qué ha hecho usted por generar empleo, construir viviendas o dar seguridad económica a los ciudadanos del Condado de Santa Teresa? Tenga la bondad de responder.

—No cambie de tema...

—Porque sólo hay una respuesta: nada. Usted no ha movido un dedo, no ha invertido ni un centavo ni ha contribuido con un triste ladrillo a la salud fiscal ni al bienestar de la comunidad en que vive.

—Eso es mentira..., ¡eso es mentira! —vociferó Esselmann.

—Ha bloqueado usted el crecimiento económico —prosiguió Stockton—, ha impedido la creación de empleo. Se ha opuesto al desarrollo, ha obstaculizado todo progreso. ¿Y cómo no? Usted ya no necesita nada. ¿Qué le importa a usted lo que nos suceda a los demás? Si por usted fuera, todos podríamos arrojarnos de cabeza al mar.

—¡Tiene muchísima razón al decir que puede usted arrojar de cabeza al mar! ¡Arrójese de una vez!

—¡Señores! —exclamó el presidente, que se había puesto en pie.

—Muy bien. Permítame decirle lo siguiente. Cuando usted haya muerto, y con usted la posibilidad de progresar, ¿quién pagará las consecuencias de su falta de imaginación?

—¡Señores! ¡Señores!

El presidente daba martillazos en la mesa sin que le hicieran el menor caso. Serena se había levantado de la silla y su padre la atajaba con imperiosos movimientos que sin duda la venían

amedrentando desde la infancia. Vi que se hundía en el asiento mientras el anciano vociferaba temblando:

—Joven, ahórrese los discursos para los Rotarios. Estoy harto de oír estas pamplinas de autobombo. En realidad, usted está en esto por el todopoderoso dólar y sabe que no miento. Si tan interesado está por el desarrollo y las oportunidades económicas, regale la tierra y todos los beneficios que espera conseguir. No se escude tras la retórica...

—Regale usted. ¿Por qué no da usted nada? Tiene usted más que todos nosotros juntos. Y no diga que me escudo tras la retórica, cerdo vanidoso...

Un guardia de seguridad apareció al lado de Stockton y le puso la mano en el brazo. Stockton se soltó con brusquedad, pero un colega de profesión apareció al otro lado y entre los dos se lo llevaron de la sala. Esselmann siguió en pie con los ojos chispeando de cólera.

En medio del rumor de conversaciones privadas que siguió, acerqué la cabeza a mi vecino de asiento.

—Detesto parecer ignorante, pero ¿qué ha motivado todo esto?

—John Stockton quiere conseguir un permiso de aguas para unas tierras que quiere reconvertir y vender a Marcus Petroleum.

—Creía que un asunto así tenían que resolverlo las autoridades del condado —dije.

—Y así ha sido. Se aprobó el mes pasado por cinco votos a favor y ninguno en contra, con la condición de que se empleara agua depurada del Distrito de Aguas de Colgate. Creíamos que iba a admitirse sin oposición, pero Esselmann ha organizado un contraataque.

—¿Y por qué tanto acaloramiento?

—Stockton tiene unos terrenos de los que quieren apropiarse las compañías petroleras. Pero sin agua no sirven para nada. Esselmann lo apoyaba al principio, pero ahora se opone. El Retaco se siente traicionado.

Rememoré la conversación telefónica de que había sido testigo. Esselmann había dicho que mientras él estaba en el hospital se trataba de convencer a la junta de no sé qué acuerdo.

—¿Ha estado Stockton haciendo gestiones mientras Esselmann estaba enfermo?

—Desde luego. Y a punto ha estado de salirse con la suya. Ahora que Esselmann ha vuelto, quiere utilizar toda su influencia para que se rechace la solicitud.

La mujer que teníamos delante se volvió con cara de pocos amigos.

—Los que tienen algo que decir, suben a la tribuna.

—Perdón.

El presidente de la junta se esforzaba por restablecer el orden, aunque el público no parecía particularmente interesado. Seguí hablando con la mano en la boca.

—¿Han votado ya? —dije en voz baja.

Mi informante negó con la cabeza.

—El tema se planteó hace un año y la junta de aguas creó una comisión para que investigara e hiciese sugerencias. Se llevaron a cabo estudios sobre las repercusiones en el medio ambiente. Ya sabe lo que son estas cosas. Más que nada, una táctica inmovilizadora para quitarse el asunto de encima. El contencioso no se sometió a votación en realidad hasta el mes siguiente. Por eso siguen citando a testigos.

La mujer que teníamos delante se llevó el dedo a los labios y abandonamos la charla.

Esselmann acababa de sentarse con brusquedad y con la cara encendida. Serena dio la vuelta a

la mesa y se puso a su lado, aunque al anciano no pareció gustarle. A Stockton el Retaco no se le veía por ninguna parte, pero se le oía en el patio, todavía dando gritos de furia. Alguien trataba de calmarlo sin ningún resultado digno de nota. La sesión se reanudó cuando el presidente abordó el siguiente punto del orden del día, una eficaz medida antidisturbios que no molestó a nadie. Cuando salí de la sala, Stockton se había ido y el patio estaba vacío.

Me dirigí al St. Terry y de camino llené el depósito del coche. Sabía que llegaría al hospital después de terminado el horario de visitas, aunque la UCI tenía sus propios usos y costumbres. A los familiares se les permitían visitas a razón de cinco minutos por cada hora. El hospital estaba tan iluminado como un centro turístico durante una noche de verano y tuve que rodear el edificio para encontrar sitio donde aparcar. Crucé el vestíbulo, giré a la derecha, me dirigí a los ascensores y subí al primer piso. Una vez arriba, me serví del teléfono de la pared para ponerme al habla con el interior de la unidad. La enfermera del turno de noche que contestó me atendió con educación, pero no reconoció mi nombre. Me hizo esperar sin comprobar si Danielle estaba efectivamente en la unidad. Me puse a mirar el paisaje marino al pastel que colgaba de la pared. La enfermera volvió a ponerse al teléfono al cabo de un rato, esta vez con actitud cordial. Cheney, al parecer, había dejado dicho que me permitieran la entrada. La enfermera pensó seguramente que yo era de la policía.

Me quedé en el pasillo y observé a Danielle por la ventanilla de la puerta. Le habían levantado un poco la parte superior de la cama. La joven parecía dormir. Tenía extendido el largo pelo negro sobre la almohada y a un lado del lecho. Las magulladuras de la cara parecían más pronunciadas aquella noche y el esparadrapo que le cruzaba la nariz contrastaba vivamente con sus ojos hinchados y tan negros que parecían tiznados de hollín. Tenía la boca amoratada y abultada. Sin duda le habían sujetado la mandíbula porque no tenía el típico aspecto colgante de las personas que duermen. El gota a gota seguía en el mismo sitio que antes, al igual que el catéter.

—¿Quiere hablar con ella?

Me giré y vi a la enfermera de la noche anterior.

—Prefiero no molestarla —dije.

—Tengo que despertarla de todos modos para tomarle las constantes vitales. Puede entrar conmigo. Pero no la ponga nerviosa.

—Descuide. ¿Cómo se encuentra?

—Se recupera muy bien. Se le han administrado muchos analgésicos y lo mismo está despierta que dormida. Dentro de un par de días la bajaremos seguramente a la unidad terapéutica, aunque pensamos que está más segura aquí.

Me quedé en silencio junto a la cama mientras la enfermera tomaba a Danielle la presión sanguínea y el pulso, y regulaba el goteo del gota a gota. Los ojos de la joven se abrieron de ese modo aturrido y perplejo de quien no puede recordar del todo dónde está ni por qué. La enfermera apuntó algo en la gráfica y salió de la habitación. La luminosidad de los ojos verdes de la

muchacha destacaban en la nebulosa de magulladuras que le teñían las ojeras.

—Hola —dije—. ¿Cómo estás?

—Mejor —dijo con los dientes apretados—. Me han cosido la mandíbula. Por eso hablo así.

—Lo suponía. ¿Te duele?

—Qué va, estoy como colocada. —Esbozó una sonrisa sin mover la cabeza—. Por si me lo vas a preguntar, no vi al tipo. Lo único que recuerdo es que abrí la puerta.

—Lógico —dije—. Con el tiempo, es posible que lo recuerdes.

—Ojalá no.

—Que sí, mujer. Cuando te canses, avísame. No quiero causarte problemas.

—Estoy bien. Me gusta la compañía. ¿Has averiguado algo?

—Poca cosa. Vengo de una reunión de la junta de aguas. Vaya zoológico. El viejo al que cuidaba Lorna se ha liado en una disputa a grito pelado con un contratista al que llaman Stockton el Retaco. Lo demás fue tan aburrido que estuve a punto de quedarme a dormir allí. —Emitió un murmullo para darme a entender que me escuchaba. Parecían pesarle los párpados y pensé que le faltaba muy poco para echarse también a dormir. Había mencionado el nombre de Retaco con la esperanza de que le tintineara en la cabeza la campanilla del reconocimiento, pero era muy posible que a la pobre muchacha no le sobrasen los badajos—. ¿Te habló Lorna alguna vez del tal Stockton el Retaco? —Ni siquiera sabía si me oía. En la habitación reinaba el silencio. Se reanimó de pronto.

—Cliente —dijo.

—¿Era un cliente? —dije con un sobresalto. Medité unos instantes para asimilar la información—. Vaya una sorpresa. No me dio la impresión de que el hombre fuera su tipo. ¿Cuándo fue?

—Hace mucho. Creo que sólo se vieron una vez. El otro es el hombre.

—¿Qué otro?

—El viejo.

—Has dicho el hombre.

—El hombre al que Lorna sacaba el dinero.

—No digas eso. Creo que lo confundes con otra persona. Clark Esselmann es el padre de Serena Bonney. El viejo al que cuidaba Lorna...

Alargó la mano sana y dio un tirón a la manta.

—¿Quieres algo?

—Agua.

Miré encima de la mesita de noche con ruedas. Ví una jarra llena de agua, un vaso de plástico y una pajita también de plástico con una articulación de fuelle hacia el centro.

—¿Beberás de esto? No hagas trampas porque no tengo nada mejor.

—No haré trampas... aquí —dijo con una sonrisa. Llené el vaso de plástico y doblé la pajita, se lo acerqué y volví a doblar la pajita hasta que le quedó a la altura de la boca. Dio tres ligeros sorbos al líquido—. Gracias.

—Hablabas de un hombre con quien Lorna estaba liada.

—Esselmann.

—¿Seguro que nos referimos a la misma persona?

—Es el suegro de su antiguo jefe, ¿no?

—Pues sí, pero ¿por qué no me lo dijiste antes? Puede tener importancia.

—Creía que te lo había dicho. ¿Tan importante es?

—Te lo diré cuando me lo cuentes todo.

—Le gustaba el vicio. —Hizo una mueca al cambiar de postura. La cara se le contrajo de dolor.

—¿Estás bien? No es necesario que hables en este preciso momento.

—No me pasa nada. Pero las costillas me duelen. Espera un poco. —Esperé mientras pensaba en la palabra «vicio». Me imaginé a Esselmann recibiendo palmadas en el pompis y contoneándose con un portalligas de señora. Advertí que Danielle pugnaba por recuperarse—. Lorna fue a la casa del viejo cuando este sufrió el ataque cardíaco, pero fue él quien se le insinuó. Le habló de sus gustos. A ella le traía sin cuidado. El dinero es el dinero y el viejo le pagaba una fortuna, lo que pasa es que Lorna no se lo esperaba porque el individuo parecía muy..., muy formal.

—Y que lo digas. ¿Y la hija no se enteró?

—Nadie se enteró. Tiempo después, Lorna se fue de la lengua. Según ella, el viejo lo supo y Lorna ya no volvió a verlo. Se sentía fatal. La hija quiso contratarla, pero el viejo no aceptó.

—¿Qué has querido decir con que el viejo lo supo? ¿Ante quién se fue Lorna de la lengua?

—No lo sé. Después de aquello, no volvió a entrarle en la boca ni una sola mosca. Decía que esa lección sólo se aprende una vez.

—Disculpe —dijo alguien detrás de mí. Era la enfermera de la UCI que cuidaba de Danielle—. Perdona la grosería, pero será mejor que se vaya. Los médicos no quieren que las visitas duren más de cinco minutos.

—Comprendo. Usted manda. —Miré a Danielle—. Seguiremos hablando de esto más tarde. Procura descansar.

—De acuerdo. —Los ojos volvieron a cerrarse. Permanecí allí otro minuto, más por mí que por ella, y salí de la habitación—. El celador del puesto de las enfermeras se quedó mirándome mientras me iba.

No me gustó evocar a Lorna Kepler en compañía de Clark Esselmann. ¿Vicio? Vaya ocurrencia. No tanto por la edad del anciano cuanto por su aire respetable. Me era imposible conciliar su formalidad con sus (presuntas) inclinaciones sexuales. Sin duda había estado casado con la madre de Serena cincuenta años o más. Y todo tenía que haber sucedido antes del fallecimiento de la señora Esselmann.

Di un rodeo de seis manzanas para acercarme a uno de esos establecimientos donde venden de todo y en el que compré cuatro marcos de veinte centímetros por veinticinco para reemplazar los rotos que me había llevado de casa de Danielle. Lorna y Clark Esselmann. Qué par. El establecimiento parecía lleno de objetos no menos contrastantes: preservativos y medicamentos para la artritis, cuñas de hospital y anticonceptivos. Ya que estaba allí, cogí un par de paquetes de tarjetas de fichero y volví a mi casa procurando pensar en otra cosa.

Estacioné el coche, abatí el asiento del conductor y saqué la caja de los papeles de Lorna de debajo de las sábanas ensangrentadas de Danielle. A pesar de que suelo tener la casa limpia como una patena, se diría que el estado interior del coche no me produce el menor remordimiento. Amontóné las compras encima de la caja y lo sujeté todo con la barbilla mientras entraba.

Me acomodé ante la mesa. No había transcrito ni ordenado las notas tomadas desde el segundo

día del caso y las fichas que había rellenado entonces me parecían a la vez insuficientes e inútiles. La información se acumula estrato tras estrato y se combina influyendo en la percepción global. Entre el cuaderno de notas, la agenda, los recibos de la gasolina, las facturas y el pasaje de avión, me puse a reconstruir los acontecimientos sucedidos entre el martes y aquel mismo día, pormenorizando las charlas que había sostenido con Roger Bonney, el jefe de Lorna, con Joseph Ayers y Russell Turpin en San Francisco, con Trinny, con Serena, con Clark Esselmann y con el (presunto) abogado de la limusina. A todo esto tenía que añadir las reservas de Danielle a propósito de la relación de Lorna con Clark Esselmann. La cual tendría que investigar cuando encontrase el modo. Porque no iba a preguntarle a Serena.

La verdad es que me animó ver lo mucho que había avanzado. En cinco días había elaborado una imagen bastante completa del estilo de vida de Lorna. Mientras recordaba, me quedé absorta sin darme cuenta. En cuanto rellené las fichas, las clavé en el tablón, que no era sino un batiburrillo de hechos e impresiones desordenados. Pero cuando volví a repasar la economía de Lorna y la cronología de los balances bancarios, me di cuenta de que se me había escapado un detalle. En la carpeta que contenía la documentación sobre los títulos de bolsa había un inventario de las joyas que la joven había asegurado. Se trataba de cuatro objetos: una gargantilla de granates, una pulsera a juego con idénticas gemas, unos pendientes y un reloj de diamantes; el total del valor estimado ascendía a veintiocho mil dólares. Según la descripción, los pendientes eran un aro doble de piedras de tamaño gradual, de medio quilate a un quilate. Ya los había visto y nada menos que en las orejas de Berlyn, aunque entonces había supuesto que eran de bisutería. Miré el reloj. Eran casi las once y me asustó comprobar que había trabajado durante casi dos horas. Agarré el teléfono y llamé a casa de los Kepler, con la esperanza de que no fuera demasiado tarde. Contestó Mace. El muy tarugo. Me reventaba hablar con él. Al fondo se oían los rugidos de un encuentro deportivo televisado. A juzgar por el entusiasmo del público, se trataba sin duda de algún campeonato de boxeo. Me introduje un dedo en la nariz para deformar la voz.

—Buenas noches, señor Kepler, ¿está Berlyn?

—¿Quién la llama?

—Marcy. Una amiga. Estuve ahí la semana pasada.

—Ya, bueno, pues ha salido. Ella y Trinny, las dos.

—¿No sabe dónde está? Teníamos que encontrarnos, pero he olvidado el lugar.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Marcy. ¿Ha ido al Palacio?

Guardó un siniestro silencio mientras al fondo alguien recibía una paliza descomunal.

—Mira, Marcy, que no me entere yo de que mi hija va a ese lugar. Porque si está en el Palacio, tendrá que vérselas conmigo. Te dijo que os veríais allí, ¿verdad?

—No, no —dije, aunque habría apostado lo que fuera a que estaba en el antro de marras.

Colgué. Aparté los papeles, me puse la cazadora, tomé el bolso y sólo me detuve para pasarme el peine por el pelo. Al abrir la puerta de la calle vi a un hombre en el umbral. Di un respingo y grité antes de advertir quién era.

—¡Mierda, J. D.! ¿Qué hace usted aquí? Me ha dado un susto de muerte. También él había dado un respingo al mismo tiempo que yo. Vi que se apoyaba en la jamba de la puerta.

—Por mil rayos. Es usted quien me ha asustado. Iba a llamar y la puerta se ha abierto de pronto. —Se había llevado la mano al corazón—. Espere a que recupere el aliento. Perdone si la

he asustado. Sé que tendría que haberla llamado antes por teléfono, pero pasaba por aquí y he decidido probar suerte.

—¿Cómo ha averiguado mi dirección?

—Usted le dio a Leda una tarjeta con su domicilio privado en el dorso. ¿Puedo pasar?

—De acuerdo, pero sea breve —dije—. Iba a salir. Tengo que ocuparme de un asunto. —Me aparté y no dejé de mirarle mientras se ponía de costado para entrar. No me gusta que nadie meta las narices en mi casa. Si no hubiera sido porque tenía un par de preguntas que hacerle, lo habría dejado en la calle. Parecía llevar la misma ropa de la vez anterior, aunque en mi caso pasaba tres cuartos de lo mismo. Los dos llevábamos conjuntos vaqueros, pero él calzaba botas de media caña y yo unos zapatos de deporte. Cerré la puerta y me dirigí al mostrador de la cocina para alejarlo del escritorio. Como casi todas las personas que ven mi casa por primera vez, miró a su alrededor con curiosidad.

—Está muy bien —dijo.

Le señalé un taburete y consulté la hora de reojo.

—Siéntese.

—Estoy bien así. No me quedará mucho rato.

—Me gustaría ofrecerle alguna cosa, pero lo único que tengo es pasta italiana cruda. ¿Le gustan los macarrones, por casualidad?

—No se preocupe, gracias —dijo.

Me senté en un taburete y dejé el otro libre por si cambiaba de idea. Se había quedado con las manos hundidas en los bolsillos traseros del pantalón y parecía nervioso. Me miraba a los ojos, pero apartaba la vista inmediatamente. La luz de mi sala de estar no le favorecía tanto como la de su cocina. Aunque cabía la posibilidad de que el entorno desconocido le hubiese formado nuevas arrugas de tensión. Me cansé de estar esperando a que abriese la boca.

—¿Quiere algo de mí?

—Bueno, verá, Leda me ha dicho que estuvo usted en casa. Yo llegué a eso de las siete y la encontré muy nerviosa.

—Claro, claro —dije con voz neutra—. ¿Y se enteró del motivo?

—Es por lo de la cinta magnetofónica. Le gustaría recuperarla, si no tiene usted inconveniente.

—Ninguno en absoluto. —Fui a la mesa y la saqué del sobre marrón donde la había metido Héctor. Se la entregué y se la guardó en el bolsillo de la cazadora sin mirarla siquiera.

—¿La ha oído? —preguntó. Se comportaba quizá con excesiva indiferencia.

—Por encima. ¿Y usted?

—Bueno, sé muy bien lo que hay en ella. Quiero decir que estaba al tanto de lo que hacía mi mujer.

Dije «Ya», afirmando con la cabeza a modo de evasiva. Pero había una vocecita que me decía por dentro: «Vaya, vaya. Esto se pone interesante».

—¿Por qué estaba nerviosa?

—Supongo que porque no quiere que se entere la policía.

—Le dije que no se la daría a nadie.

—Suele ser desconfiada. Entiéndame, es una mujer un poco insegura.

—Eso mismo pienso yo, J. D. —dije—. Lo que quisiera saber es qué la ha puesto tan intranquila como para decirle a usted que venga a mi casa.

—No está intranquila. Lo que pasa es que no quiere que usted crea que fui yo. —Se apoyó en la otra pierna y sonrió con turbación mientras musitaba un conciliador «mecachis en la mar»—. No quiere que me mire usted con lupa. Que me investigue. —Si hubiera habido una manchita en el suelo, seguro que la habría pisado con la punta de la bota.

—Yo investigo a todo el mundo. No es nada personal —dije—. Y puesto que está usted aquí, aprovecharé para hacerle una pregunta.

—Pues adelante. No tengo nada que ocultar.

—Alguien ha dicho que usted entró en la cabaña de Lorna antes de que apareciese la policía.

Arrugó el entrecejo.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No creo que sea ningún secreto. Serena Bonney.

—Bueno —dijo asintiendo—. Sí, es verdad. Mire, yo sabía que Leda había instalado el micrófono dentro de la casa. Estaba al tanto de lo de la grabadora y no quería que la policía la encontrase. ¿Qué hice? Abrí la puerta, metí la mano, corté el cable del micro y me lo llevé. No tardé ni un minuto. Por eso no lo mencioné en su momento.

—¿Sabía Lorna que la espiaban?

—Yo no le dije nada. La verdad es que estaba avergonzado por el comportamiento de Leda. Ya sabe, por su actitud. Trataba a Lorna con cierta altanería. Es joven e inmadura y Lorna ya me lo estaba poniendo difícil en relación con ella. Si le hubiera dicho que Leda nos espiaba, o se habría partido de risa o se habría irritado, y no creí que la relación que tenían ambas mujeres fuese a mejorar con ello.

—¿Se llevaban mal?

—Bueno, no. No se llevaban mal, es que no se llevaban muy bien.

—Leda tenía celos —sugerí.

—Puede que estuviera un poco celosa, supongo.

—Entonces ¿qué es lo que ha venido usted a decirme? ¿Que en el fondo todo va bien entre usted y Leda y que ninguno de los dos tenía motivos para quitar a Lorna de en medio?

—Es la verdad. Sé que, en cierto modo, usted piensa que tuve algo que ver con la muerte de Lorna...

—¿Por qué había de pensar yo una cosa así? Usted mismo me dijo que estaba fuera de la ciudad.

—Es cierto. También ella estaba fuera. Yo había quedado en ir a pescar con mi cuñado y en el último momento Leda decidió acompañarme a Santa María. Dijo que prefería estar con su hermana a quedarse sola aquí.

—¿Por qué me repite usted toda la historia? No lo entiendo.

—Porque se comporta usted como si no nos creyera.

—Por el amor de Dios, hombre, ¿cómo no voy a creerles si tienen los dos unas coartadas preciosas que valen para ambos?

—No son coartadas. Maldita sea. ¿Por qué dice que es una coartada si lo único que hago es contarle dónde estuvimos?

—¿Con qué vehículo fueron a Lago Nacimiento?

Titubeó.

—Con la furgoneta de mi cuñado.

—Santa María está a una hora de aquí. ¿Cómo sabe usted que Leda no volvió a Santa Teresa en su coche?

—No lo sé con absoluta certeza, pero puede usted preguntar a su hermana. Ella se lo dirá.

—Muy bien.

—Le repito que se lo dirá mi cuñada.

—Vamos, vamos. Si usted mentiría para proteger a Leda, ¿quién me dice que la hermana de Leda no mentiría también?

—Alguien tuvo que haberla visto el sábado. Creo recordar que dijo que aquella mañana iban a una presentación de productos cosméticos. Ya sabe, a uno de esos sitios donde una representante maquilla a todas las voluntarias para que compren los productos Mari Pili o lo que sea. No tiene por qué ponerse usted así.

—Mary Kay, no Mari Pili. Pero tiene usted razón. No debería ponerme así. Ya le dije a Leda que lo comprobaría todo. Si no he tenido tiempo de hacerlo, la culpa no es de ustedes, sino mía.

—¿Lo ve? ¿Lo ve? No sé cómo se las apaña, pero incluso cuando se disculpa, parece dar a entender todo lo contrario. ¿Por qué está usted tan huraña conmigo?

—J. D., estoy huraña porque tengo prisa y no entiendo a qué ha venido.

—A nada. Sólo a recoger la cinta. Pero pensé que, mientras estuviera aquí, bueno, podríamos... ya sabe, hablar de lo ocurrido. Además, es usted quien me ha preguntado. Yo no le he dicho que me pregunte nada. Y encima no hago más que empeorar las cosas.

—Está bien, lo acepto. Olvidémoslo. De lo contrario nos pasaremos toda la noche dándonos explicaciones.

—Hecho. Siempre que no siga usted enfadada.

—Nada, ni un pelo.

—Y que me crea.

—Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que lo aceptaba.

—Ah. Bueno, está bien. En fin, supongo que está bien.

Qué paciencia, Dios mío, qué paciencia.

Eran las once y veinte cuando me abrí paso entre el gentío que atestaba el Palacio de Neptuno. Los efectos especiales oceánicos se habían intensificado aquella noche. Las acuáticas luces azules se oscurecían gradualmente hasta volverse negras. Un tembloroso haz de luz barría la pista de baile imitando los reflejos del fondo de una piscina. Los rayos zigzagueaban en un cielo de mentirijillas y un viento invisible azotaba la superficie del mar. Oí el crujido de los palos del barco, el crepitar de la lluvia sobre cubierta, los gritos de los marineros que se ahogaban contra el telón de fondo del rock. Los ocupantes de la pista se contoneaban y agitaban los brazos en el aire cargado de humo. La música estaba tan fuerte que era casi como si no hubiese sonido, como si reinase el silencio, del mismo modo que el negro es la nada resultante de la intensificación de los colores.

Encontré sitio en la barra y pedí una cerveza mientras inspeccionaba a la muchedumbre. Los chicos llevaban rímel y lápiz de labios negro, mientras las chicas lucían peinados *punkies* y tatuajes barrocos. Yo procuraba no mirar a nadie directamente. La música cesó de pronto y la pista de baile empezó a despejarse. Me pareció reconocer una cabeza rubia y habría jurado que era la de Berlyn. La perdí de vista. Abandoné el taburete y la barra y avancé hacia la derecha,

mirando por encima de la circulante multitud hacia el punto donde me había parecido verla. Ya no la veía, pero estaba segura de que era ella.

Me detuve unos momentos junto a una pecera gigante de agua salada donde una anguila de malintencionados dientes devoraba a un indefenso pececillo. La vi de súbito sentada a una mesa con un gordo que llevaba camiseta corta de tirantes, pantalones militares de faena y unas pesadas botas del ejército; se había afeitado el cráneo, aunque tenía los hombros y los antebrazos cubiertos por una espesa alfombra de pelo; los puntos corporales donde no tenía vello se los había adornado con tatuajes de serpientes y dragones. Desde donde estaba le veía con claridad los huesos del cráneo y los pliegues de grasa alrededor del cuello. A menudo he pensado que los riñones carnosos son la parte del cuerpo humano que prefieren los alienígenas.

Veía a Berlyn de perfil. Se había quitado la cazadora de cuero, que en aquel momento colgaba del respaldo de la silla, prisionera de la correa del bolso. Llevaba puestos los pendientes, dos aros de diamantes engarzados que le colgaban de los lóbulos. La falda que vestía era de raso verde, y tan corta y ceñida como la negra. Mientras hablaba no paraba de toquetearse los pendientes, primero uno, luego el otro, para convencerse de que seguían en su sitio. Daba la sensación de estar pendiente de su propio efecto, como si no estuviese acostumbrada a llevar aquellos adornos. La luz de la vela que ardía en la mesa se reflejaba en las mil caras de las joyas.

La música retumbó de nuevo y la pareja volvió a la pista de baile. Berlyn seguía calzando los mismos zapatos de tacón alto y afilado, tal vez con ánimo de dar un poco de gracia a unos tobillos que por lo demás eran tan informes como las vigas de un porche. Y tenía un culo que parecía más bien una mochila sujeta a la cintura. La mesa contigua a la suya había quedado libre y me apoderé de la silla más próxima a los dos jóvenes. Trinny apareció de pronto a mi derecha. Había evitado mirarla, pero advertí que me había descubierto.

—Hola, Trinny. ¿Qué tal te va? No sabía que vinieras por aquí.

—Todo el mundo viene por aquí. Esto es fantástico. —Hablaba mirando a su alrededor y chascaba los dedos mientras daba barbillazos al aire para seguir el ritmo de la música. Puede que estuviese en celo.

—¿Has venido sola?

—No, con Berl. Se ve aquí con su novio porque mi padre no lo traga.

—No me digas que ha venido Berlyn contigo. ¿Dónde está?

—En la pista de baile. Estaba sentada ahí mismo.

Señaló hacia la pista de baile, miré en aquella dirección con los ojos entornados y vi a Berlyn mareando las caderas para provocar al gordo, cuya bamboleante cabeza rapada sobresalía entre las demás.

—¿Es ese el chico a quien tu padre no traga? Pues no sé por qué.

Se encogió de hombros.

—Será por el pelo. Mi padre es como muy tradicional. No le gusta que los chicos se afeiten la cabeza.

—Sí, pero ¿qué importancia tiene si le sobra el pelo en el resto del cuerpo?

Hizo una mueca.

—No me gustan los chicos con la espalda peluda.

—Oye, qué pendientes más bonitos lleva tu hermana. ¿Dónde los ha comprado? Ya quisiera yo unos así.

—Son de cristal.

—¿De cristal? Qué fuerte. Desde aquí parecen diamantes de verdad, ¿no?

—Tienes razón. Es como si realmente llevara diamantes.

—Los habrá comprado en una tienda de bisutería, de esas donde hay esmeraldas y rubíes de imitación. Pero, oye, por más que los miro, soy incapaz de ver la diferencia.

—Bueno, no sé.

Alcé los ojos. Junto a la silla de Trinny acababa de situarse un sujeto que daba barbillazos y chascaba mucho los dedos. La joven se levantó y comenzó a sacudir la pelvis con movimientos provocativos. Manoteé en el aire con ánimo de ver la pista por entre los serpeantes brazos.

—¿Os importa?

Empezaron a alejarse entre contorsiones hacia la pista de baile. Volví a ver a Berlyn y a su caballero andante y me fijé en sus bamboleantes cráneos. Me incliné como para atarme el zapato y metí la mano en el bolso de Berlyn. Palpé la billetera, la cajita del maquillaje, el cepillo de dientes. Me incorporé, me hice con el bolso del respaldo de la silla y puse el mío en su lugar. Me lo colgué del hombro y me dirigí al lavabo de señoras.

Había cinco o seis mujeres delante de sendas pilas y pertrechos cosméticos esparcidos por el estante que servía de base al espejo. Todas estaban absortas manoseándose el pelo, poniéndose colorete en las mejillas, pintándose los labios, y ni siquiera me miraron cuando me metí en un retrete y cerré la puerta con pestillo. Colgué el bolso del gancho que muy previsiblemente había instalado la dirección del establecimiento, y me puse a registrarlo a toda prisa.

La billetera no resultó muy instructiva: permiso de conducir, un par de tarjetas de crédito y, metidos entre los billetes de banco, unos cuantos recibos de compras hechas con tarjeta. En la página correspondiente del talonario de cheques figuraba una serie de ingresos a intervalos semanales, que supuse reflejaban el salario que cobraba en Reparaciones Kepler, S. A. El padre no tenía empacho en estafar a la pobre criatura. Al repasar los movimientos de los últimos meses, vi algún que otro ingreso de dos mil quinientos dólares, seguido por lo general de un pago efectuado a Viajes Holiday. Aquello era muy interesante. Vi también el pequeño joyero de terciopelo donde la joven guardaba sin duda los pendientes.

Registré el bolsillo interior de cremallera: antiguas listas de la compra, facturas de autoservicios, extractos bancarios. Y dos libretas de ahorros. La primera se había abierto con nueve mil dólares un mes después de la muerte de Lorna. Vi reembolsos ocasionales de dos mil quinientos dólares hasta llegar al saldo actual de mil quinientos. En la otra libreta había seis mil dólares. Tenía que haber otra cuenta en algún sitio. Los resguardos de papel carbón que registraban los ingresos y los reembolsos estaban al final de una libreta. Era una información que Berlyn no se atrevía a dejar en su casa. Si Janice descubría aquella cueva de Alí Baba, habría preguntas peliagudas. Saqué un resguardo de cada libreta.

Llamaron a la puerta del excusado.

—¿Te has muerto o qué?

—Ya va —dije.

Tiré de la cadena y el agua corrió ruidosamente mientras volvía a meterlo todo en el bolso. Salí del retrete con el bolso en bandolera. Una joven negra con peinado «afro» de los años setenta se coló en el excusado. Vi una pila libre y me froté las manos como si me hiciera falta. Salí de los lavabos y volví a la mesa en el momento en que la música acometía los ensordecedores acordes

finales. Los de la pista de baile prorrumpieron en aplausos, y se pusieron a dar silbidos penetrantes y patadas en el suelo. Me senté en la silla de antes e hice el cambio de bolsos.

Berlyn se acercaba ya con el gordo en retaguardia. La silla de la muchacha se inclinó peligrosamente. Fui a sujetarla, pero no con rapidez suficiente para impedir que el bolso y la cazadora de cuero cayeran al suelo.

Entreví la boca de Berlyn abriéndose de sorpresa al advertir que su silla se había volcado. La joven chorreaba sudor y tenía cara de pocos amigos, su estado natural, supuse. Le di la espalda bruscamente y me quedé mirando la barra. Di un sorbo a la cerveza con el corazón a mil por hora. Oí su exclamación de fastidio.

—Fíjate. ¡Jo-de-er! —Pronunció la ordinariez con tres notas musicales mientras se agachaba para recoger sus pertenencias y, al parecer, para comprobar al mismo tiempo el contenido—. Aquí han metido la mano.

—¿En tu bolso? —dijo el muchacho.

—Sí, Gary, en este bolso —replicó Berlyn con un dejo de sarcasmo.

—¿Falta algo? —El gordo parecía preocupado, pero no alarmado. Puede que estuviera acostumbrado al tono de voz de Berlyn.

—Oye, tú —dijo la joven y estaba claro que se dirigía a mí. Me rozó el hombro—. Estoy hablando contigo.

Me volví con cara de inocencia.

—¿Perdón?

—Mi madre. Pero ¿qué haces tú aquí?

—Ah, hola, Berlyn. Ya me parecía que me sonaba la voz —dije—. He visto a Trinny hace un rato y me ha dicho que estabas por aquí. ¿Pasa algo?

Dio una sacudida al bolso como si fuera un perrito travieso.

—Déjate de cuentos. ¿Lo has registrado?

Me puse la mano en el pecho y miré a mi alrededor con desconcierto.

—¿Yo? Pero si acabo de sentarme. Estaba en los lavabos.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Miré al muchacho.

—Está drogada, ¿verdad?

El joven puso los ojos en blanco.

—Venga, Berlyn, cálmate, ¿quieres? No estaba molestándote, así que dale una oportunidad.

—Cierra el pico. —Su pelo rubio parecía casi blanco a causa de las parpadeantes luces del techo. Se había perfilado los ojos en negro y el rímel le había agrupado las pestañas en pegotes tiesos y puntiagudos. Me fulminó con la mirada mientras se hinchaba como los gatos cuando se creen en peligro.

Paseé la mirada por sus facciones y la detuve en los pendientes de diamantes, que le

temblaban en los lóbulos. Seguí sonriéndole con simpatía.

—¿Acaso tienes algo que ocultar?

Se adelantó con ademán agresivo y durante un segundo pensé que iba a agarrarme por la pechera del jersey. Acercó tanto su cara a la mía que percibí la cerveza en su aliento, una forma un poco rara de invitarme.

—¿Qué has dicho?

—Digo —repuse vocalizando con claridad— que llevas unos pendientes muy bonitos. ¿De dónde los has sacado?

Se le demudó el semblante.

—No tengo por qué hablar contigo.

Miré al novio para ver cómo se lo estaba tomando. No parecía interesarle el asunto. Y por entonces ya me caía mejor que Berlyn.

—¿Y esto? ¿Quieres explicarme por qué tienes tanto dinero en las libretas de ahorros?

El gordo miró a Berlyn y luego a mí, al parecer perplejo.

—¿Te diriges a mí o a ella?

—A ella. Soy investigadora privada y trabajo en un caso —dije—. No creo que quieras participar en este lío, Gary. Por ahora no pasa nada, pero dentro de un minuto esto se va a poner muy feo.

Levantó a medias las manos.

—Oye, oye, si tenéis un asuntillo pendiente, arregladlo sin mí. Hasta otra, Berl. Yo me largo.

—Adiós, ¿eh? —le dije. Y a Berlyn—: Tengo el coche fuera. ¿Hablamos?

Nos sentamos en el VW. El aparcamiento contiguo al Palacio de Neptuno estaba tan animado como el interior del local. Dos patrulleros sostenían una ceremoniosa conversación con un adolescente que parecía tener problemas para mantenerse en posición vertical. Dos coches más allá del VW, una joven se sujetaba al parachoques de un vehículo mientras vaciaba el contenido del estómago. Empezaba a hacer frío y el cielo estaba totalmente despejado. Berlyn no me miraba.

—¿Empezamos por los pendientes?

—No. —Falta de cooperación y enfurruñamiento.

—¿Empezamos por el dinero que le robaste a Lorna?

—No tienes por qué adoptar esa actitud —dijo—. Lo que se dice robar, yo no robé nada.

—Te escucho.

Se removía con inquietud, seguramente mientras calculaba la cantidad de información que podía darme.

—Lo que voy a contarte es confidencial y de lo más secreto, ¿estamos? —dijo.

Levanté la mano como una *girl scout*. Me chiflan las confidencias y cuanto más secretas, mejor. Seguramente la delataría, pero la muchacha no tenía por qué saberlo. Siguió removiéndose y se mordisqueó la cara interior de las mejillas mientras se planteaba la forma de decirlo.

—Lorna llamó a mi madre y le dijo que iba a estar fuera. Mi madre me lo contó después, poco antes de irse a trabajar. Yo estaba nerviosa porque tenía que hablar con Lorna sobre un viaje a Mazatlán. Me había dicho que a lo mejor me echaba una mano y fui a su casa. Ví su coche, pero las luces de la casa estaban apagadas y cuando llamé, no respondió nadie. Supuse que estaba

fuera. A la mañana siguiente volví temprano para hablar con ella antes de que se fuese.

—¿Qué hora era?

—Entre las nueve y nueve y media. Tenía que entregar el dinero en la agencia de viajes a mediodía, de lo contrario perdería el anticipo que ya había entregado. Había dejado una paga y señal de mil dólares y tenía que entregar el resto o me quedaría sin lo abonado.

—¿Se trataba del viaje que hiciste en otoño del año pasado?

—Ajá.

—¿Por qué creías que Lorna tenía dinero?

—Lorna siempre tenía dinero. Lo sabía todo el mundo. Unas veces era generosa y otras no. Dependía de su estado de ánimo. Además, me había dicho que me ayudaría. Prácticamente me lo había prometido.

Iba a interrogarla sobre el último particular, pero me dije que era mejor dejarlo estar por el momento.

—Continúa.

—Bien, llamé a la puerta, pero no contestó nadie. Vi que su coche seguía allí y pensé que estaría en la ducha o haciendo lo que fuese; abrí la puerta y me asomé. Estaba en el suelo. Me quedé inmóvil, mirándola. Me impresionó tanto que no podía ni pensar.

—¿Estaba cerrada la puerta con llave la noche anterior?

—No lo sé. No giré el pomo. Ni siquiera se me ocurrió. El caso es que le toqué el brazo, estaba muy frío y supe que estaba muerta. Se notaba por el aspecto. Tenía los ojos abiertos de par en par y con la mirada fija. Era realmente asqueroso.

—¿Qué pasó luego?

—Me sentía fatal. Era horrible. Me senté y me eché a llorar. —Parpadeó con los ojos fijos en el parabrisas, que estaba un poco sucio para mi gusto. Deduje que se esforzaba por provocarse unas cuantas lágrimas para impresionarme con la veracidad de su angustia.

—¿No llamaste a la policía? —pregunté.

—Pues no.

—¿Por qué? Me gustaría saber tu punto de vista.

—No lo sé —dijo a regañadientes—. Tenía miedo de que creyeran que había sido yo.

—¿Por qué tenían que creer una cosa así?

—Ni siquiera podía demostrar dónde había estado antes porque había estado en casa sola. Mi madre estaba en casa, pero durmiendo, y Trinny estaba trabajando. ¿Qué habría pasado si me hubieran detenido? Mis padres se habrían muerto de la impresión.

—Claro. Querías protegerlos —dije con voz neutra.

—No sabía qué hacer. ¿No lo entiendes? Estaba deshecha. Contaba con aquel dinero y ya era demasiado tarde. Y la pobre Lorna. Me sentía muy triste. Me puse a pensar en todo lo que ya no podría hacer, casarse, tener hijos. Ya no podría viajar a Europa...

—¿Qué hiciste entonces? —interrogué, interrumpiendo la letanía. La voz había comenzado a temblarle. Sacó un arrugado pañuelo de papel y se lo pasó varias veces por la nariz.

—Bien. Yo sabía dónde guardaba Lorna los papeles de los bancos y me hice con el permiso de conducir y la libreta de ahorros. Estaba muy confusa y alterada. No sabía qué hacer.

—Me hago cargo. ¿Y después?

—Subí a mi coche, fui al valle y saqué del banco una parte de sus ahorros.

—¿Cuánto?

—No me acuerdo. Creo que mucho.

—Cancelaste la cuenta, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo—. Supuse que cuando descubrieran el cadáver, congelarían todas sus cuentas, como hicieron con mi abuela. ¿De qué iban a servir entonces? Lorna prometió ayudarme. Si se hubiera negado o me hubiese dado largas, habría sido distinto. Pero quería que yo tuviera el dinero.

—¿Y la firma? ¿Cómo lo arreglaste?

—Teníamos la misma caligrafía. Yo misma la enseñé a escribir antes de que fuese al parvulario. Como siempre había imitado mi caligrafía, no me costó imitar la suya.

—¿No te pidieron ningún documento acreditativo?

—Claro, pero nos parecíamos mucho. Yo tengo la cara más llena, era la única diferencia. Bueno, estaba también el color del pelo, pero son cosas que la gente modifica. Luego, cuando se publicó en la prensa, nadie pareció advertir la relación. No creo ni que publicaran su foto en el periódico de allí.

—¿Y el banco? ¿No envió la notificación de la cancelación de la cuenta?

—Sí, pero soy yo quien recoge el correo en mi casa. Todo lo que venía del banco lo apartaba y lo tiraba enseguida.

—Bueno, casi todo —dije—. ¿Qué más?

—Es todo.

—¿Y los pendientes?

—Ah, sí. Creo que no debería habérmelos quedado. —Hizo una mueca que venía a significar remordimiento y otras profundas reacciones emocionales—. Lo he estado pensando y me parece que debería devolver lo demás.

—¿A quién?

—Aún conservamos ropa y otras cosas tuyas. Se me ha ocurrido que podría guardar las joyas en algún bolso viejo, como el que le servía de escondite. En el bolsillo de su abrigo de pieles o en un lugar así, y luego, en fin, descubrirlo y hacer como que me llevo una sorpresa.

—No está mal pensado —dije. Se me estaba escapando algo, pero no acababa de comprender qué—. ¿Te importa que volvamos a lo del dinero? Cuando regresaste de Simi, aún tenías el permiso de conducir de Lorna y el dinero. Me interesaría saber qué hiciste a continuación. Es para hacerme una imagen de conjunto.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Mira, en el informe de la policía figuraba el permiso de conducir de Lorna; eso quiere decir que lo devolviste.

—Pues claro. Volví a dejarlo donde estaba. Sí, eso es.

—Ya. ¿En su billetera o un sitio así?

—Exacto. Comprendí entonces que era preferible que pareciese que había cancelado la cuenta ella misma, ¿entiendes?, que pareciese que había sacado el dinero antes de marcharse de la ciudad.

—Hasta aquí, te sigo —dije con precaución.

—Bien. Todos pensaban que ya se había ido, así que lo único que tenía que hacer era crear la impresión de que había estado viva todo el viernes.

—Un momento. Pensé que me hablabas del sábado. ¿Todo eso ocurrió el viernes?

—Tenía que ser viernes por fuerza. Los bancos no abren los sábados y tampoco mi agencia de viajes.

No me quedé con la boca abierta, pero así fue como me sentí. Me giré y la miré con fijeza, pero por lo visto no se percató. Estaba enfrascada en su recuento y seguramente no habría comprendido mi expresión de asombro. Berlyn era la más pasmosa mezcla de astucia y necedad que había en el mundo, y demasiado crecida para no darse cuenta.

—Me fui a casa. Estaba muy, muy nerviosa, así que dije a mi madre que tenía calambres y me metí en la cama. El sábado por la tarde, volví a casa de Lorna y entré el correo y el periódico matutino. No creía hacer mal a nadie. Quiero decir que los muertos no sienten, así que la cosa no podía tener importancia.

—¿Qué hiciste con la libreta de ahorros?

—Guardarla. No quería que nadie supiese que el dinero había volado.

—Esperaste un mes y entonces abriste dos cuentas de ahorros. —Lo dije conteniéndome, pues no quería conjugar lo que un profesor de lengua probablemente habría llamado presente de acusativo a grito pelado. Creo que Berlyn se percató un poco de lo que pasaba porque asintió con aire sumiso y arrepentido. Ignoraba lo que se había dicho a sí misma durante los diez meses transcurridos desde la muerte de Lorna, pero sospecho que no era exactamente lo que me estaba contando—. ¿No te preocupó que se encontraran tus huellas en casa de Lorna? —pregunté.

—La verdad es que no. Limpié todo lo que toqué para que no encontrasen huellas, pero aunque se me hubiera escapado alguna, pensé que no se consideraría anormal que hubiera estado allí. Era su hermana. Había estado en su casa muchas veces. Además, no se puede saber cuándo se ha dejado una huella dactilar.

—Me extraña que no te hayas comprado ropa u otro coche.

—No habría sido justo. Yo no le pedí dinero para comprar nada.

—Tampoco le pediste las joyas —dije con voz cortante.

—Pensé que no le importaría. Entiéndeme, ¿por qué iba a molestarse? Me quedé hecha polvo cuando la encontré. —Dejó de mirarme a los ojos y puso cara de preocupación—. ¿Y por qué iba a negármelo si ya nada podía hacerse?

—¿Sabes que infringiste la ley?

—¿De verdad?

—Infringiste unas cuantas —dije con amabilidad. Empezaba a notar que se me calentaba la sangre. Era como cuando se está a punto de vomitar. Y habría tenido que morderme la lengua porque me faltaba muy poco para estallar—. Pero hay algo más, Berlyn. Quiero decir que, aparte de cometer un robo mayor, de ocultar pruebas, de alterar el escenario del crimen, de poner trabas a la justicia y Dios sabe qué más cosas, ¡echaste a perder la investigación del asesinato de tu propia hermana! En este momento hay por ahí un cabrón que circula con entera libertad y todo por tu culpa. ¿Te enteras? ¿De dónde habrá salido una retrasada mental como tú? —Fue entonces cuando por fin se echó a llorar. Me incliné sobre ella y abrí la portezuela de su lado—. Baja. Vete a tu casa —dije—. Mejor dicho, ve al Café de Frankie y cuéntale a tu madre lo que hiciste antes de que lo lea en mi informe.

Se volvió para mirarme con la nariz roja, el rímel chorreándole por las mejillas y casi sin aliento; todo a causa de mi traición.

—Pero te dije que era secreto y confidencial. Me dijiste que no lo contarías.

—No te dije eso, pero si te lo dije, te mentí. En el fondo soy mala persona. Y perdona si no lo entiendes. Ahora, baja del coche.

Bajó y cerró de un portazo; el pesar se había transformado en cólera en diez segundos, reloj en mano. Acercó la cara a la ventanilla.

—¡Putá! —exclamó.

Arranqué y di marcha atrás tan furiosa, que a punto estuve de llevármela por delante. Me puse a dar vueltas por el barrio con la esperanza de encontrar a Cheney Phillips. Puede que estuviera de servicio y visitando a domicilio a las ramerás, igual que un médico. Lo que buscaba era sobre todo una forma de mantenerme ocupada mientras barajaba las implicaciones de lo que había dicho Berlyn. No me extrañaba que J. D. estuviese nervioso ni que se esforzara por concretar el día y la hora de su partida con Leda. Si habían matado a Lorna el viernes por la noche o el sábado, los dos estaban libres de sospecha. Pero si había sucedido un día antes, todo quedaba otra vez en el aire.

Doblé por Cabana y me dirigí al CC. Puede que Cheney estuviese allí. Aún no era medianoche. Se había levantado viento y soplabá, gimiendo entre los árboles, como si se acercase una tormenta, aunque no caía ni una gota. También se había revuelto el mar y cada vez que las olas se estrellaban ruidosamente contra la playa, saltaban furiosas ráfagas de espuma. Oí la alarma antirrobo de un vehículo estacionado en una travesía situada a mi izquierda; sonaba con notas prolongadas, como el aullido de un lobo. Con el raballo del ojo vi una rama seca que caía de una palmera y que cruzaba la calzada en sentido transversal.

Había pocos vehículos en el aparcamiento del Café Caliente. Pese a ser viernes por la noche, el local estaba tranquilo, sólo había un puñado de clientes y ningún rastro de Cheney. Antes de irme llamé a su casa desde el teléfono de monedas. O estaba fuera o no quería responder, así que colgué sin dejarle ningún recado en el contestador automático. No sabía qué me molestaba más, si lo que me había contado Berlyn o la revelación de Danielle acerca de Lorna y Clark Esselmann.

Di un rodeo por Montebello. Estaba inquieta. La finca de los Esselmann estaba en un callejón sin aceras ni farolas. Los faros del VW barrían la calzada. El viento seguía soplando. Incluso con las ventanillas subidas lo oía silbar entre los arbustos. Se había desprendido una rama de buen tamaño y tuve que reducir la velocidad para rodearla, sin dejar de mirar la tapia que bordeaba la finca. Todos los focos decorativos estaban apagados y la casa, cuya negra masa angulosa destacaba contra el cielo arcilloso, estaba sumida en completa oscuridad. No había luna. Una lechuza cruzó volando la calle, rozó la hierba del campo del otro lado y se elevó con un bulto oscuro en las garras. Hay muertes tan silenciosas como el vuelo de un pájaro y víctimas tan resignadas como un trapo sucio.

Las puertas de la verja estaban cerradas y era poco lo que alcanzaba a ver más allá del sombrío perfil de los enebros que bordeaban el camino de entrada. Retrocedí y di la vuelta, dejando el motor en punto muerto mientras meditaba mi próximo movimiento. Más tarde me preguntaría por lo que habría ocurrido si hubiera pulsado el botón del portero electrónico y pronunciado mi nombre. Seguramente no habría tenido importancia, pero nunca se sabe. Al final puse la primera, me dirigí a mi domicilio y me metí en la cama. El viento arrastraba las hojas secas depositadas en la claraboya, produciendo un rumor como de enanos que correteasen y que me acompañó mientras me sumergía en el sueño. En cierto momento, serían las tantas de la madrugada, habría jurado que un dedo frío me rozaba la mejilla. Desperté con un sobresalto. El

altillo estaba vacío y el viento ya no era más que un susurro.

El teléfono sonó a mediodía. Llevaba despierta una hora, pero me negaba a moverme. Consumada la emigración al reino de la noche, me repugnaba la idea de levantarme antes de las dos. El teléfono volvió a sonar. No es que necesitase seguir durmiendo, sino que no quería afrontar la luz diurna. Al tercer timbrado, cogí el aparato, me lo metí en la cama y me empotré el auricular entre el oído y la almohada.

—Diga.

—Soy Cheney.

Me apoyé en el brazo para incorporarme y me pasé la mano por el pelo.

—Ah, hola. Te llamé anoche, pero supongo que estarías fuera.

—No. Estaba en casa —dijo—. Vino mi novia y desconectamos el teléfono a las diez. ¿Te pasaba algo?

—Chico, tenemos que hablar. La investigación se ha ido a pique.

—Pues espera a que te cuente. Acaba de llamarme un colega de la comisaría del sheriff. Clark Esselmann ha sufrido un accidente esta mañana y ha muerto.

—¿Qué?

—Es de lo más increíble. Se electrocutó en la piscina. Supongo que quiso darse un chapuzón y se quedó frito. El jardinero también ha muerto. Se echó al agua para salvarlo y murió del mismo modo. La hija de Esselmann dice que oyó un grito, pero cuando salió a ver qué pasaba, los dos estaban muertos. Por suerte imaginó lo que pasaba y cortó la luz.

—Más extraño, imposible —murmuré—. ¿Y cómo es que no se accionó el interruptor de seguridad? Está para eso, ¿no?

—A mí no me preguntes. Ahora hay allí un electricista comprobando todo el tendido; ya veremos qué dice. En cualquier caso, Hawthorn está en la casa con los técnicos y yo voy para allá. ¿Te recojo con el coche?

—Dame seis minutos. Estaré en la acera esperándote.

—Hasta luego.

Cuando llegamos a la entrada de la finca de Clark Esselmann, Cheney pulsó el botón del portero electrónico y anunció nuestra llegada al barítono que estuviese al otro lado.

—Un momento, voy a consultar —dijo el individuo, interrumpiendo la comunicación. Por el camino había contado a Cheney todo lo que sabía sobre el enfrentamiento de Esselmann y Stockton el Retaco en la reunión de la tarde anterior. También le había detallado la charla con Berlyn y la confesión de Danielle acerca de las relaciones entre Esselmann y Lorna.

—Te has movido mucho —observó.

—No lo suficiente. Anoche estuve aquí mismo, pensando que debería hablar con él. No sabía lo que iba a decirle, pero la casa estaba a oscuras y no me pareció oportuno levantar a todo el mundo para interrogar al anciano acerca de sus presuntas perversiones sexuales.

—Bueno, pues ya es demasiado tarde.

—Sí, ¿verdad?

Se abrieron las puertas y fuimos por el serpenteante sendero, que estaba bordeado de vehículos: dos coches sin identificación, la furgoneta del electricista y un coche de la

administración del condado, seguramente del juez de instrucción. Cheney estacionó el Mazda detrás del último vehículo de la cola y continuamos a pie. Delante de la puerta principal había un coche patrulla de la comisaría del sheriff, un vehículo de socorro del cuerpo de bomberos y una ambulancia anaranjada y blanca. Un agente uniformado de la comisaría del sheriff se adelantó para impedirnos el paso. Cheney le enseñó la chapa, cambiaron unas palabras y el agente nos dejó pasar.

—¿Cómo es que te permiten la entrada? —murmuré mientras cruzábamos el porche.

—Le dije a Hawthorn que podía haber una relación circunstancial con un caso en el que hemos estado trabajando. No pone pegas siempre que no molestemos —dijo Cheney. Se volvió y me puso el índice ante la cara—. Como crees problemas, te retuerzo el pescuezo.

—¿Por qué tendría que crear problemas? Tengo tanta curiosidad como tú.

Nos detuvimos en la puerta y nos hicimos a un lado para que salieran los dos enfermeros del cuerpo de bomberos, que se iban ya con sus enseres, seguramente porque no se les necesitaba. Cruzamos la casa y accedimos a la gran cocina de aspecto rural. Todo estaba en silencio. No se oía nada, ni voces, ni aspiradoras, ni teléfonos. No veía a Serena ni a ningún miembro del servicio. El balcón estaba abierto y el patio, al igual que un plato de cine, rebosaba de personas cuya categoría y función no estaban claras a primera vista. Casi todos se mantenían a prudente distancia de la piscina, aunque el personal decisivo estaba absorto en el trabajo. Reconocí al fotógrafo, al juez de instrucción y a su ayudante. Dos policías de paisano tomaban medidas mientras dibujaban. Puesto que nos habían dejado entrar, nadie parecía cuestionar nuestro derecho a estar presentes. Por lo que pude colegir, aún no se había determinado que se hubiese cometido ningún delito, aunque se dedicaba una atención especialísima al lugar de los hechos a causa de la elevada posición social que había ocupado Esselmann en el municipio.

El cadáver de Esselmann y el del jardinero habían sido sacados del agua. Yacían juntos, discretamente tapados con sendas lonas. Los cuatro pies habían quedado al descubierto, dos descalzos y los otros dos con botas de trabajo. En la planta de los descalzos había rastros de quemaduras, manchas negras en puntos diversos. No había ni rastro del perro, que supuse estaría atado en alguna parte. Los otros dos enfermeros estaban juntos y callados, seguramente esperando a que el juez de instrucción los autorizara a trasladar los cadáveres al depósito. Saltaba a la vista que no tenían otra cosa que hacer.

Cheney me dejó a mi aire. Su derecho a estar allí era ligeramente superior al mío, pero mientras que él se creía libre para moverse a sus anchas, a mí me parecía más sensato no llamar la atención. Me giré para observar de lejos las fincas vecinas. De día, el terreno aparecía informalmente reticulado por setos y zonas de arbustos parduzcos que dormían el letargo invernal. Los arbustos en flor que rodeaban el patio formaban un muro cromático que llegaba a la altura del ombligo. Distinguí con claridad el lugar donde había estado trabajando el jardinero porque una parte del seto estaba cortada con limpieza, mientras que las ramas del resto seguían una línea accidentada. Las podadoras eléctricas yacían en el hormigón, donde sin duda las había dejado el jardinero antes de arrojarlas al agua. La piscina estaba en calma y su oscura superficie reflejaba un sector de la pronunciada pendiente del tejado. Puede que se debiese a mi imaginación calenturienta, pero habría jurado que en el aire matutino todavía flotaba un ligero olor a carne chamuscada.

Anduve por el patio, me dirigí hacia el pasillo cubierto que conectaba los cuatro garajes con

la mansión y cuando llegué di media vuelta. Me parecía absurdo que la muerte de Esselmann se considerase accidental, pero tampoco acababa de comprender su relación con la muerte de Lorna. Cabía la posibilidad de que la hubiera matado él, pero se me antojaba improbable. En el caso de que hubiera sentido remordimientos por su relación con la muchacha o de que hubiera temido que se airease la historia, cabía, efectivamente, la posibilidad de que hubiera optado por suicidarse, pero vaya forma tan grotesca de hacerlo. Por lo que sabía, la única persona que habría podido estar presente era Serena y esta habría muerto con él.

Advertí actividad en la parte de la casa más próxima a la piscina: era el electricista, que hablaba con los dos policías de paisano. Subrayaba sus explicaciones con ademanes y vi que la mirada de los tres iba de la caja de los fusibles al pequeño cobertizo que albergaba la bomba, el filtro y la caldera. El electricista se acercó al otro extremo de la piscina y se acuclilló, sin dejar de hablar, mientras un policía escrutaba el interior del agua. Se puso a gatas y acercó la cabeza a la superficie. Hizo una pregunta al electricista, se quitó la chaqueta, se subió la manga de la camisa y sumergió la mano. Llamaron al fotógrafo y el policía le dio una serie de instrucciones. El fotógrafo metió en la cámara un carrete nuevo y cambió el objetivo.

El otro policía se acercó al ayudante del juez y hablaron. El juez se había apartado y los dos enfermeros se pusieron a preparar el traslado de los cadáveres a la ambulancia. Las últimas noticias crearon al parecer una renovada inquietud entre los presentes y circularon de pareja en pareja mientras el grupo se reorganizaba. El policía se alejó y me encaminé hacia donde estaba el ayudante del juez, sabiendo que, con un poco de paciencia, mi radio portátil acabaría por sintonizar con la emisora informativa. El electricista había dejado la caja de herramientas en la mesa del patio y fue por ella. El ayudante del sheriff, mientras tanto, hablaba con el técnico de huellas, que hasta el momento había tenido poca faena. Los tres se pusieron a charlar con miradas ocasionales a la piscina. Oí que el electricista pronunciaba la palabra «hiato», que asocié inmediatamente con la transcripción que había hecho Héctor de la grabación magnetofónica. Le puse la mano en el brazo y se volvió.

—Perdona. No quisiera molestar, pero ¿qué has dicho?

—Que hay un problema con el IATO. Un cable estaba suelto, por eso no se accionó el interruptor de seguridad. Había estallado la bombilla de uno de los focos de la piscina y por ahí se produjo la descarga eléctrica.

—Pero creía que se decía IATT, interruptor automático de la toma de tierra.

—Es lo mismo. Lo decimos de las dos maneras. IATO es más cómodo y todo el mundo lo entiende. —El electricista era un veinteañero limpio y aseado, un miembro más de ese ejército de expertos que mitiga los sobresaltos de la civilización—. Es lo más raro que he visto en mi vida —remachó al ayudante del sheriff—. Para romper uno de esos focos hay que meter un palo desde arriba y dar un buen golpe. Ya averiguará el inspector cuándo se limpió la piscina por última vez, pero esto se ha hecho adrede. Y acabará en los tribunales, y se armará la gorda.

—¿Crees que pudo haberlo hecho el jardinero? —preguntó el técnico de huellas.

—¿El qué? No se rompe un foco de piscina por casualidad. Ya le he dicho al inspector que el vidrio es muy duro. Hay que golpear con fuerza. Si hubiera sido de noche, cuando los focos están encendidos, se habría notado. De día y con tantas baldosas negras, apenas se ve el fondo de la parte que no cubre y no digamos la parte profunda.

El inspector, que estaba en la otra parte del patio, llamó por señas al electricista, que echó a

andar hacia él. El ayudante del sheriff y el técnico de huellas cambiaron de conversación y se pusieron a comentar el caso de un individuo que se había electrocutado con la cortadora de césped, por culpa de su madre, que, al querer echarle una mano, había conectado el enchufe de tres varillas a un prolongador de dos. El aislante del hilo neutro estaba estropeado y se produjo un contacto directo entre el cable y el manillar metálico de la cortadora. El ayudante del sheriff entró en detalles al abordar el apartado de las lesiones, comparándolas con las sufridas por un niño que había mordisqueado un cable en el cuarto de baño, con los pies metidos en el agua.

Yo no dejaba de dar vueltas a la grabación magnetofónica, en particular a la frase «ella entra a la misma hora todos los días». Puede que Esselmann no fuera la víctima elegida en principio. Puede que la persona cuya muerte se había deseado fuese Serena. Busqué a Cheney, pero no lo encontré. Me acerqué al policía de paisano que tenía más cerca.

—¿Hay algún inconveniente en que hable con la hija del señor Esselmann? —pregunté—. Será sólo un minuto. Soy amiga suya.

—No quiero que meta usted las narices en la muerte del señor Esselmann. Es asunto mío.

—No se trata de él, sino de otra cosa.

Me observó un instante y apartó la mirada.

—Sea breve —dijo.

Crucé la cocina y me dirigí a la parte delantera de la casa. Giré a la derecha en el vestíbulo y subí las escaleras. No sabía cómo estaban distribuidos los dormitorios. Anduve por el pasillo de habitación en habitación. El pasillo se ramificaba al final y daba a una sala de estar en la parte derecha y a un dormitorio a la izquierda. Vi a Serena echada y tapada con una manta ligera en una cama de dosel. La habitación era soleada y espaciosa, tenía un papel de pared blanquiamarillo con pequeñas rosetas estampadas. De las ventanas colgaban cortinas blancas y todos los remates de madera se habían pintado de blanco.

No daba la impresión de estar dormida. Di unos golpes en la jamba y volvió la cabeza. No vi muestras de llanto en su cara. Estaba pálida, sin regueros de lágrimas, y en sus ojos había más resignación que tristeza, en el caso de que esta distinción sea factible.

—¿Han terminado ya? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Aún tardarán un rato. ¿Quiere que llame a alguien?

—No. Ya he avisado a Roger. Vendrá en cuanto se lo permita el trabajo de la depuradora. ¿Quería usted algo?

—Hacerle una pregunta, si no es molestia.

—No se preocupe. Adelante, hágala.

—¿Se baña usted en la piscina todos los días?

—No. Nunca me ha gustado la natación. A mi padre, en cambio, le apasionaba. Por eso mandó construir la piscina hace unos cinco años.

—¿Le gusta nadar a alguien más de la casa? Alguna doncella, la cocinera...

Meditó unos segundos.

—A veces vienen amistades y se bañan, pero nadie más lo hace —dijo—. ¿Por qué?

—He oído una conversación grabada con un magnetofón en unas circunstancias que prefiero no detallar. Lorna hablaba con un hombre que decía: «Ella entra a la misma hora todos los días». Pensé que podía referirse a la piscina, aunque cuando lo oí no parecía tener mucho sentido. Y me preguntaba si en la casa habría alguna «ella» que entrase en algún sitio «a la misma hora todos los días».

Sonrió con desgana.

—Bueno, la perra, pero sólo se mete en el agua con mi padre. La vio usted la otra noche. Solían jugar a recoger cosas, y cuando mi padre se daba un chapuzón, nadaba junto a él.

Al principio no entendí lo que me decía.

—Creía que el perro era macho. ¿No se llama *Max*?

—*Maxine*. *Max* es la forma abreviada —dijo—. Su verdadero nombre es mucho más largo, ya que es una perra de pedigrí certificado.

—Ya. *Maxine*. ¿Y se encuentra bien? No la he visto abajo. Pensé que estaría aquí con usted. Se incorporó hasta quedar sentada.

—Cielos. Gracias por recordármelo. Todavía está en la guardería. La entregué a primera hora de la mañana. El encargado vino expresamente para facilitar las cosas. Tenía que pasar a recogerla a las once, pero se me ha ido de la cabeza. ¿Tendría la bondad de decirle a la señora Holloway que vaya a buscarla? Que llame por lo menos para que sepan lo ocurrido. Pobre *Max*, pobre criatura. Se morirá de pena sin el amo. Eran inseparables.

—¿La señora Holloway es el ama de llaves? Tampoco la he visto, pero puedo avisar yo, si no le importa.

—Gracias. Podría recogerla Roger cuando venga. Es la Guardería Canina de Montebello, en el sector sur del barrio. El número está apuntado en la cocina. Pero no tiene usted por qué tomarse la molestia.

—No es ninguna molestia —dije—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, en serio. Sólo quiero estar un rato sola, luego bajaré. Seguramente tendré que hablar otra vez con el inspector. No puedo creer que haya ocurrido. Es grotesco.

—Tómese el tiempo que quiera —dije—. Diré a los de la guardería que recogerán a *Max* más tarde. ¿Quiere que cierre? Estará más tranquila.

—De acuerdo. Muchas gracias por todo.

—De nada. Y siento lo de su padre.

—Se lo agradezco.

Cerré la puerta al salir. Bajé a la cocina y llamé a la guardería. Dije que era amiga de Serena y que el padre había fallecido de manera inesperada. La mujer que estaba al otro lado del hilo se deshizo en condolencias. La guardería cerraba a las tres y la mujer dijo que podía acercarse a *Max* cuando saliese del trabajo. Garabateé una nota consignándolo y dando por sentado que la vería Serena o la señora Holloway.

Cuando volví al patio, ya se habían llevado los cadáveres. El fotógrafo había recogido los trastos y se había ido. Tampoco vi rastro del electricista, del juez de instrucción ni de su ayudante. El técnico de huellas trabajaba en lo suyo en el cobertizo que regulaba las funciones de la piscina. En el extremo más próximo de esta vi a Cheney hablando con el policía de paisano más joven, su colega Hawthorn, supuse, aunque no nos presentó. Al verme, dio por finalizada la charla y echó a andar hacia mí.

—¿Dónde te habías metido? Aquí ya queda poco por hacer. ¿Quieres irte?

—Contigo —dije.

Apenas si hablamos hasta que salimos de la casa y fuimos por el sendero hasta el lugar donde Cheney había dejado el coche.

—¿Cuál es la última teoría? —pregunté—. No puede haber sido un accidente. Es absurdo.

Cheney abrió la portezuela del copiloto para que subiera yo primero.

—En apariencia no, pero ya veremos qué *sale* de todo esto.

Cerró la portezuela, interrumpiendo la conversación, como quien dice. Me incliné sobre el asiento para abrir la otra portezuela, pero tuve que esperar a que diese la vuelta y tomara asiento

ante el volante.

—Deja de escurrir el bulto y concéntrate en lo que te digo. ¿Qué piensas?

—Pienso que hacer conjeturas es perder el tiempo.

—Vamos, Cheney. Ha tenido que ser asesinato. Alguien rompió el foco de la piscina y luego desconectó el IATO. En el fondo no crees que fuera un accidente. Fuiste tú quien dijo a Hawthorn que podía haber alguna relación circunstancial entre la muerte de Lorna y la de Esselmann.

—¿De qué relación hablas? —dijo con malicia.

—¡Eso es precisamente lo que te pregunto! —exclamé—. Maldita sea, estás poniéndome los nervios de punta. De acuerdo, hablaré yo primero. He aquí lo que creo.

Elevó los ojos al cielo con una sonrisa y giró la llave de contacto. Puso el brazo en el respaldo del asiento, miró por el retrovisor y cruzó la verja en marcha atrás con una temeridad que me dejó sin habla. Ya en la calzada, metió la primera y puso rumbo a mi casa. Por el camino le conté lo de la grabación clandestina de Leda. No llevaba encima la transcripción, pero el texto era tan elemental que no me costó recordarlo.

—Creo que el hombre está explicando su plan a Lorna. Se le ha ocurrido una idea para matar a Esselmann y se cree inteligente. Puede que piense que la chica lo encontraría gracioso, pero no es así. Óyela en la grabación y verás. Está cabreada y descompuesta y él trata de comportarse como si todo fuera una broma de mal gusto. El problema es que, por el solo hecho de contarlo, el hombre ha quedado comprometido. Si realmente tiene intención de seguir adelante, ella tiene que secundar el plan. Dada la reacción de Lorna, el hombre no confía en su discreción.

—¿Cuál es tu teoría entonces? En pocas palabras —dijo.

—Creo que la mataron porque sabía demasiado.

Cheney hizo una mueca.

—Sí, pero Lorna murió en abril. Si el hombre quería matar a Esselmann, ¿por qué ha esperado tanto tiempo? Si lo único que le preocupaba era que Lorna se fuese de la lengua, ¿por qué no mató al viejo inmediatamente después de matar a Lorna?

—No lo sé —reconocí—. Tal vez ha querido esperar a que las cosas se enfriaran. Si se hubiera movido demasiado aprisa, puede que hubiera despertado sospechas.

Aunque me escuchaba, era evidente que no estaba convencido.

—Vuelve al plan de asesinato. ¿Qué se propone el hombre?

—Creo que habla de una variante de lo que en realidad ha sucedido. Clark y *Max* hacen exactamente lo mismo todas las mañanas. El anciano tira un palo a la piscina y la perra se lanza por él. Es perdiguera de raza. Ha nacido para hacer eso. Después de jugar, los dos se bañan. Ahora viene el plan. Imagina que se ha electrificado la piscina. El anciano tira el palo. La perra se arroja al agua y sufre una descarga de mil demonios. Esselmann advierte que al animal le pasa algo, se tira al agua y muere también. Parece un accidente, un absurdo encadenamiento de circunstancias que deja a los demás sin saber qué hacer. Pobre anciano. Quería salvar a la perra y murió en el empeño. En el plano de la realidad, Serena envió la perra a la guardería canina y Clark se puso a nadar solo. En vez de Clark y la perra, tenemos a Clark y al jardinero, pero el esquema es el mismo.

Cheney permaneció un rato en silencio.

—¿Cómo sabes que es Lorna la que habla en la grabación? —dijo—. Nunca la habías oído. Puede que fuera Serena.

—¿Y qué hacía Serena en casa de Lorna? —repliqué. Me di cuenta de que era más divertido hacer preguntas que responderlas.

—Aún no he resuelto esa parte. Pero fíjate: Serena está trastornada porque no quiere que la perra sea el cebo, así que se lleva a *Max* a la guardería canina para eliminar la posibilidad.

—He hablado con Serena. La voz de la cinta no suena como la suya.

—Un momento. Eso no es una prueba. Has dicho que las voces estaban distorsionadas. También has hablado con J. D. y has admitido que su voz grabada no se parecía a su voz real.

—Es verdad —reconocí a regañadientes—. Pero has insinuado que Serena ha matado a su propio padre y no me lo creo. ¿Por qué iba a hacerlo?

—El anciano tiene mucho dinero. ¿No hereda ella todos sus bienes?

—Seguramente, pero ¿por qué matarlo? Ya había sufrido un ataque al corazón y estaba muy achacoso. Lo único que tenía que hacer Serena era esperar y probablemente no mucho. Además, la he visto con él y allí no había más que afecto. Una queja ocasional sobre su tozudez, pero era evidente que lo admiraba. En cualquier caso, veré si puedo recuperar la cinta para que la oigas.

—¿Quién la tiene?

—Leda. Mandó anoche a J. D. para pedírmela. Por lo menos es lo que él dice. La verdad es que, en el departamento de sospechosos, no son malos candidatos. Los dos estaban inquietos ante la posibilidad de que entregase la cinta a la policía. Tampoco tienen coartada. ¿Y sabes cómo se gana la vida J. D.? Es electricista. Si alguien sabe cómo electrocutar una piscina, es él.

—La ciudad está llena de personas con conocimientos suficientes para hacer una cosa así —repuso—. De todos modos, si tu teoría es acertada, quien matase a Esselmann tenía que ser alguien que conociera la casa, la piscina y lo que hacían el difunto y la perra cotidianamente.

—Es verdad.

—Lo que nos lleva otra vez a Serena.

—Es posible —dije con lentitud—. Aunque también Roger Bonney tenía conocimiento de todo lo que has dicho.

—¿Y sus motivos?

—No tengo ni idea, pero sin lugar a dudas es el vínculo entre Lorna y Esselmann.

—Bueno, pues ya lo tienes —dijo Cheney con un bufido—. Y si Roger conoce al Retaco, se habrá cerrado el círculo y podremos acusarlo de asesinato. —Lo decía en broma, pero acababa de poner el dedo en una llaga convincente que me produjo un estremecimiento de inquietud. Me acordé de Danielle y del hombre que se había escondido en la oscuridad del callejón.

—¿Cómo sabemos que no es el individuo que atacó a Danielle? Puede que la agresión esté en relación con todo lo demás.

Habíamos llegado a mi calle y Cheney redujo la velocidad hasta detener el coche. Puso el freno de mano, apagó el motor y se volvió a mirarme; ya no sonreía.

—Hazme un favor y piensa en otra cosa. El juego es divertido, pero sabes tan bien como yo que no significa nada.

—Barajo distintas teorías; es como tirar platos contra la pared para ver si alguno se queda pegado.

Me agarró del pelo y me dio un leve tirón.

—Pero ¿es que no lo comprendes? Aunque tengas razón y todas estas cosas estén relacionadas, no puedes liquidarlo por tu propia cuenta —dijo—. El caso pertenece al sheriff del

condado. No tiene nada que ver contigo.

—Ya lo sé.

—Entonces no me mires así. No es nada personal.

—Es personal. Sobre todo en lo que afecta a Danielle —dije.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Está a salvo.

—¿Durante cuánto tiempo? Uno de estos días la sacarán de la UCI. Los hospitales no son precisamente lugares de alta seguridad. Tendrías que ver a la gente que entra y sale de allí.

—En eso tienes razón. Pensaré algo para ver qué puede hacerse. Volveremos a hablar de esto muy pronto, ¿de acuerdo? —Sonrió y no pude por menos de devolverle la sonrisa.

—De acuerdo.

—Bien. Te daré el número de mi mensáfono. Si pasa algo, avísame.

—Descuida —dije. Me dio el número y me hizo repetirlo antes de poner en marcha el motor.

Me quedé en la acera mirando cómo se alejaba el Mazda, crucé la verja y rodeé el edificio para entrar en casa. Era sábado por la tarde, casi las tres. Nada más entrar, puse por escrito el número del mensáfono de Cheney y dejé el papel encima de la mesa. Me sentía en un estado de animación suspendida. La respuesta flotaba en algún punto periférico, como esas manchas del campo visual que se desplazan cada vez que tratamos de enfocarlas. Tenía que haber una cadena causal, algo que vinculase entre sí todas las piezas del rompecabezas. Necesitaba distraerme, arrinconar todas las preguntas hasta que aparecieran por lo menos algunas respuestas. Subí al altillo por la escalera de caracol, me desnudé y me puse la ropa y las zapatillas de correr. Me guardé en el bolsillo la llave de casa y comencé a hacer *footing* hasta Cabana Boulevard.

El día estaba despejado y el sol de media tarde bañaba las montañas en el horizonte como si fuera mermelada de oro. El océano era una cegadora alfombra de diamantes cuya salmuera impregnaba el aire de aromas. La carrera resultó un placer y me hizo recuperar todo el entusiasmo propio de la actividad física. Hice seis kilómetros, me sentí robustecida y al volver me di una ducha, me tomé un tazón de cereales y me comí una tostada mientras leía el periódico, que no había podido hojear por la mañana. Salí a hacer un par de recados, compré algo de comida y pasé por una tienda de licores. Eran casi las seis cuando por fin me encontré lo bastante relajada para tomar asiento ante el escritorio y encender la lámpara de mesa.

Volví a repasar las notas de las fichas. La intuición gobernaba mis movimientos, ya que no seguía la pista de nada en particular y sólo trataba de estar ocupada hasta aclarar lo que haría a continuación. Me quedé mirando la bolsa de papel que contenía los marcos rotos de Danielle. Recontra. Había olvidado llevar sus sábanas a la lavandería antes de que cerrasen; pero al menos colocaría los marcos nuevos. Fui al mostrador de la cocina con los marcos nuevos que había comprado. Acerqué la papelería y saqué las fotos de la bolsa de papel. Eran cuatro ampliaciones de veinte centímetros por veinticinco, todas en color. Desmonté el marco y separé el soporte de cartón de la primera; me puse a observarla: tres gatos encima de una mesa de estilo campestre. Uno, elegante y con la piel rayada de gris, estaba a punto de saltar al suelo, descontento al parecer de la inmortalización fotográfica. Los otros dos eran de pelo largo, uno de color crema claro y el otro negro, y miraban a la cámara con expresión de arrogancia el primero y de indiferencia el segundo. En el dorso de la foto, Danielle había apuntado la fecha y el nombre de los gatos: *Smokey, Tigger y Cbeshire*.

Al quitar la foto del marco, habían caído los dos pedazos del vidrio roto. Los tiré a la basura,

junto con el marco. Agarré un marco nuevo, le arranqué la etiqueta del precio y saqué la cartulina de ventanilla y el soporte de cartón. Coloqué la foto entre la cartulina y el cartón y le di la vuelta para comprobar que quedaba recta. Deslicé las tres superficies, cartulina, foto y cartón, entre el vidrio y los fijadores que sobresalían del marco. Volví a darle la vuelta. Estaba bien.

Me hice con la segunda foto y repetí la operación. El cristal de esta sólo estaba astillado en una esquina, pero no había manera de aprovechar el marco propiamente dicho. En la foto había dos muchachos y una joven en un bote de vela, los tres bronceados, con el pelo revuelto por el viento y sendas latas de cerveza en la mano. La foto la había hecho sin duda la misma Danielle. Tenía que haber sido tomada un día estupendo que había pasado con unos buenos amigos en una época en que la joven aún podía considerarse inocente. Yo misma había hecho excursiones así. Una vuelve agotada y llena de mugre, pero jamás olvida la experiencia.

En la tercera foto, Danielle aparecía bajo un arco de rejilla de madera blanca en compañía de un joven pulcro y aseado. A juzgar por el vestido que llevaba la muchacha, adornado con un ramillete en la cintura, deduje que la foto se había hecho durante la fiesta de fin del bachillerato. Danielle se había adentrado seguramente en la vida como una novicia entra en un convento, abriendo una brecha igual de ancha entre el pasado y el presente.

A la última foto se le había cambiado la cartulina de ventanilla, que reducía la instantánea a las dos figuras del centro: Danielle y Lorna, totalmente acicaladas y sentadas en un reservado. Parecía hecha por un fotógrafo ambulante que se ganase la vida retratando a la gente en la calle y en lugares públicos. Costaba adivinar dónde se había tomado, en Los Ángeles o en Las Vegas, en algún club nocturno donde se cenase y se bailara. Al fondo se veía el estrado de los músicos y un macetón. En la mesa a la que estaban sentadas las muchachas había copas de champaña. El marco era barato, pero la cartulina de ventanilla que aislaba a las jóvenes era de cierta calidad.

Las dos iban muy bien vestidas y estaban sentadas a una mesa redonda en un reservado de tabique acolchado y tapizado en cuero negro. Lorna estaba bellísima: el pelo oscuro, los ojos de color avellana, el rostro era un óvalo perfecto. Estaba seria, aunque en los labios le despuntaba un leve asomo de sonrisa. Llevaba un vestido de noche, de raso negro, manga larga y escote generoso y cuadrado. En las orejas le titilaban los pendientes de diamantes. Danielle llevaba un sombrero verde de ala corta, un ceñido *top* de lentejuelas y seguramente minifalda, pues ya conocía un poco los gustos de la joven. Se había recogido el largo cabello negro en un moño que le sobresalía por la nuca. Imaginé a Lorna emperifollándose como para salir con un compañero de instituto: dos putillas telefónicas en la gran ciudad. Detrás de Lorna, paralelo al tabique del reservado, se veía un antebrazo masculino. El corazón comenzó a acelerarse.

Saqué la foto del marco y le di la vuelta. Al quitar la cartulina de ventanilla, vi a las cuatro personas que habían estado en el reservado aquella noche: Roger, Danielle, Lorna y Stockton el Retaco. Ya está, ya está, me dije. Ya está. Quizá no todo, pero sí la clave del enigma.

Con la foto en la mano, fui al teléfono y llamé a Cheney por el mensáfono, añadiendo mi propio número y el signo # al oír la señal acústica. Colgué. Mientras esperaba a que me llamase, me senté a la mesa y me hice con las fichas, separando todas las tarjetas en que aparecía el nombre de Roger. Casi todas se referían a la conversación que había sostenido personalmente con él, aunque había notas marginales procedentes de mi entrevista con Serena. Miré las fichas clavadas en el tablón, pero no vi ninguna que lo mencionara. Desplegué las tarjetas en la mesa como si me echase las cartas del tarot. Vi las notas que había tomado después de hablar con él.

Roger me había dicho que Lorna lo había llamado el viernes por la mañana. Tracé un círculo alrededor del día, le puse un signo de interrogación, y uní ficha y foto con un clip.

Sonó el teléfono.

—Kinsey Millhone —dije de manera automática.

—Cheney. ¿Qué pasa?

—No estoy segura. Te cuento lo que he descubierto y me dices tu opinión. —Le expliqué por encima la forma en que las fotos habían caído en mi poder y le describí la que tenía delante—. Sé que bromeabas cuando relacionaste a Roger y el Retaco, pero la verdad es que se conocían, tanto como para irse de putas juntos. He repasado mis notas y he encontrado una incongruencia interesante. Roger me dijo que Lorna lo había llamado el viernes por la mañana, pero eso es imposible. Lorna ya estaba muerta.

Se produjo un breve silencio.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Yo tampoco. Por eso te he llamado —dije—. Mira, supongamos que Roger y el Retaco tenían intereses económicos comunes. Si Lorna contó a Roger lo de su relación con Esselmann, puede que utilizaran la información para presionar al anciano. Esselmann se negó...

—¿Y el Retaco lo mató por eso? Es absurdo. El Retaco está metido en multitud de proyectos. Si uno no le funciona, pasa a otro, y si este también le falla, aún tiene de sobra. Créeme. El Retaco es un empresario al que sólo le interesa el beneficio. Y punto. Muerto Esselmann, lo único que consigue es un retraso hasta que se nombre a otro que ocupe el lugar del difunto, etcétera, etcétera.

—Yo no hablo de Stockton. Creo que fue Roger. Era el único que tenía acceso a la maquinaria de la piscina. Tenía trato con Lorna. Estaba relacionado con todo. Y conocía a Danielle, por añadidura. Supongamos que él y Stockton negociaron aquella noche. Danielle es el único testigo que ha quedado.

—¿Y cómo lo demostrarás? No tienes más que especulaciones. Aire, humo y se acabó. No tienes nada concreto. Por lo menos, nada que puedas enseñar al fiscal del distrito, que nunca lo aceptaría.

—¿Y la grabación magnetofónica?

—Eso no prueba nada. De entrada es ilegal y ni siquiera sabes si la voz femenina es de Lorna. Podían estar hablando de cualquier cosa. ¿Conoces la anécdota de la vaca que daba leche agria? Han manipulado el escenario del crimen, manipulado las pruebas. Un buen abogado haría trizas tu hipótesis.

—¿Y el hecho de que Roger dijera que Lorna lo había llamado el viernes por la mañana?

—Se confundió. Lo llamó otro día.

—¿Y si voy a hablar con él con un micrófono oculto? Le preguntaría...

Me interrumpió con una mezcla de impaciencia e indignación.

—¿Qué le preguntarías? No vamos a instalarte ningún micrófono oculto. No seas burra. ¿Qué sugieres? ¿Ir a su casa? «Hola, Roger. Soy Kinsey. ¿A quién has matado hoy? Oh, no lo digo por nada, sólo sentía curiosidad. Perdona, ¿te importaría orientar la voz hacia esta flor artificial que llevo en el ojal?». No es cosa tuya. Acéptalo. No puedes hacer nada.

—Mentira. Eso es mentira.

—Bueno, es una mentira con la que tendrás que vivir. La verdad es que ni siquiera tendríamos

que sostener esta conversación.

—Cheney, estoy harta de que ganen los malos. Harta de individuos que cometen crímenes impunemente. ¿Por qué la ley los protege a ellos y no a nosotros?

—Te entiendo, Kinsey, pero eso no cambia las cosas. Aunque tuvieras razón en lo de Roger, no puedes empapelarlo, así que lo mejor es que lo dejes estar. Acabará cometiendo un error y entonces le echaremos el guante.

—Ya veremos.

—A mí no me vengas con «ya veremos». Si cometes una tontería, te empapelan a ti, no a él. Seguiremos hablando. Debo atender otra llamada.

Colgué con el cerebro echando humo. Sabía que Cheney estaba en lo cierto, pero la situación me reventaba y que tuviera razón aumentaba mi contrariedad. Estuve mirando la foto de Lorna y Danielle durante un minuto. ¿De verdad era yo la única persona que simpatizaba con ellas? Tenía la pieza que faltaba en el rompecabezas, pero no se me daba ninguna oportunidad para reordenar la figura. Aquella impotencia me resultaba humillante. Comencé a pasear por la estancia, sintiéndome una inútil. Volvió a sonar el teléfono y descolgué el auricular.

—Soy Cheney... —articuló con voz extrañamente apagada.

—Estupendo. Esperaba que volvieras a llamarme. Mira, aquí entre nosotros, hay una forma de solucionar esto —comenté. Pensaba que *me había* vuelto a llamar *para* pedirme disculpas por haber sido tan cazurro. Esperaba incluso que sugiriese alguna medida, algún paso que pudiéramos dar. No estaba preparada, pues, para lo que oí a continuación.

—La otra llamada era del St. Terry. La enfermera de la UCI. Hemos perdido a Danielle. Acaba de morir —dijo.

Parpadeé en espera de que terminase el chiste.

—¿De morir?

—Ha sufrido un paro cardíaco. Creo que le aplicaron los electrodos, pero ya era demasiado tarde para reanimarla.

—¿Que Danielle ha muerto? Eso es absurdo. La vi anoche mismo.

—Lo siento, Kinsey. Acabo de recibir la llamada. Estoy tan asombrado como tú. Detesto darte la noticia, pero pensé que debías saberlo.

—Cheney. —Me salía un tono de reproche mientras que el suyo era de simpatía.

—¿Quieres que vaya?

—No, no quiero que vengas. Quiero que dejes de machacarme el alma —le solté—. ¿Por qué me haces esto?

—Estaré ahí dentro de quince minutos.

Oí un chasquido y se interrumpió la comunicación.

Puse con todo cuidado el auricular en la horquilla. Todavía en pie, me llevé la mano a la boca. ¿Qué era aquello? ¿Qué pasaba? ¿Cómo podía haber muerto Danielle y que Roger siguiera en libertad? Al principio no sentí nada. La reacción inicial fue un vacío extraño, no ligado a ninguna sensación. Comprendía el contenido real de lo que Cheney me había dicho, pero no experimentaba la reacción emocional correspondiente. Semejante a un simio, había recogido la brillante moneda de la información y le había dado vueltas en la mano. Creía con la cabeza, pero no entendía con el corazón. Estuve impávida durante un minuto aproximadamente y, cuando los sentimientos se abrieron paso por fin, lo que sentí no fue dolor, sino una cólera en aumento. La rabia, semejante a

una antiquísima criatura que ascendiese de las profundidades, irrumpió en la superficie y estallé.

Cogí el teléfono, rebusqué en el bolsillo de los tejanos y saqué la tarjeta que me habían dado en la limusina. El número escrito a mano seguía allí como una mágica combinación de símbolos que evocara la muerte. Lo marqué sin dedicar ni un ápice de reflexión a lo que hacía. Me movía el imperioso apremio de actuar, la necesidad ciega de vengarme del responsable de aquel golpe. Contestaron a los dos timbrazos.

—¿Sí?

—Roger Bonney mató a Lorna Kepler —dije. Y colgué. Tomé asiento. Se me contrajeron las facciones y me brotaron las lágrimas.

Fui al cuarto de baño y miré por la ventana, pero la calle estaba a oscuras. Volví a la mesa. Dios mío. ¿Qué había hecho? Agarré el teléfono y marqué el mismo número de antes. Timbrazos sin fin. Nadie contestaba. Colgué. Saqué temblando la pistola del cajón del fondo e introduje por la culata un cargador lleno. Me coloqué el arma en la espalda, entre los tejanos y la camiseta, y me puse la cazadora. Tomé el bolso y las llaves del coche, apagué las luces y cerré la puerta al salir.

Llegué a la 101 e hice rumbo a Colgate. Miraba continuamente por el retrovisor, pero no vi ni rastro de la limusina. Me metí por la salida de Little Pony Road y doblé a la derecha, dejé atrás el área destinada a las ferias y llegué al cruce con State. Me detuve en el semáforo y empecé a tamborilear el volante con los dedos sin perder de vista el retrovisor. No había más que un detalle de color en el paseo, unas palabras escritas con tubos de neón encima de un establecimiento. SAV-ON, decía el rótulo. En el centro comercial que tenía a la izquierda se celebraba al parecer una campaña especial de ventas que iba a durar toda la noche. Los focos perforaban el cielo. Entre los postes colgaban banderas blancas de plástico. En la entrada del aparcamiento, un payaso y dos mimos hacían señas para que entrasen los coches que pasaban. Los dos mimos, con la cara pintada de blanco, se pusieron a ejecutar una pequeña pantomima. Ignoraba qué obra muda representaban, pero uno se volvió a mirarme en el momento en que abandonaba el semáforo. Le devolví la mirada, pero no vi más que tristeza en aquella boca curvada hacia abajo.

Dejé atrás una gasolinera a oscuras, con las áreas de servicio y los surtidores cerrados hasta el día siguiente. Oí sonar una alarma antirrobo, aparentemente de una tienda cercana, pero no vi un solo coche de la policía y ningún peatón echó a correr para averiguar qué pasaba. Si se trataba efectivamente de ladrones, podían estar tranquilos. Estamos tan acostumbrados a que suenen las alarmas que ya no les prestamos atención, pues damos por sentado que los dispositivos se han disparado solos y sin motivo justificado. Seis manzanas más allá llegué a un cruce menos espectacular y tomé la carretera que conducía a la depuradora.

La zona estaba casi despoblada. Veía de vez en cuando un edificio a la derecha, pero los campos que se extendían más allá de la carretera estaban cubiertos de matas y pedruscos. Los coyotes chillaban y aullaban a lo lejos; estaban sedientos y bajaban de las montañas. Me parecía demasiado temprano para que los depredadores asomaran la nariz, pero los animales tenían sus propias leyes. Aquella noche habían salido a cazar y estaban atentos al olor de las posibles víctimas. Imaginé que por el campo corría un animal indefenso, temeroso de perder la vida. Los coyotes matan con rapidez, por suerte para la presa, aunque saberlo no era precisamente un consuelo.

Giré al llegar a la entrada de la depuradora. Las luces del edificio estaban encendidas y había

cuatro coches delante de la fachada. Dejé el bolso en el coche y cerré este con llave. Seguía sin haber rastro de la limusina. Me dije no obstante que el individuo no utilizaría la limusina para hacer el trabajo. Seguramente enviaría a sus matones, que registrarían primero la casa de Roger, estuviera donde estuviese. En el sendero había estacionada una furgoneta de la administración del condado. La toqué al llegar a su altura. La capota estaba todavía caliente. Subí los peldaños que conducían a la puerta, totalmente iluminada. Sentía en los riñones el bulto tranquilizador de la pistola. Crucé las puertas de vidrio.

No había nadie en recepción. Lorna Kepler se había sentado allí hacía mucho tiempo. Me atraía la idea de imaginarla trabajando allí día tras día, recibiendo a los visitantes, contestando al teléfono, cambiando unas frases con el técnico de control y los mecánicos de mantenimiento. Puede que hubiera sido su última esquirra de fingimiento, el ademán definitivo hacia su conversión en persona normal y corriente. Por otro lado, puede que sintiera auténtico interés por los filtros oxigenadores y los depósitos de mezcla.

El interior del edificio parecía estar en silencio. Los tubos fluorescentes se reflejaban en el suelo de baldosas enceradas. El pasillo estaba vacío. De un despacho del fondo brotaban acordes de una emisora que radiaba música *country*. Oí que daban golpes en una cañería, pero el ruido venía de las profundas entrañas del edificio. Anduve aprisa por el pasillo y miré a la izquierda al llegar al despacho de Roger. La luz estaba encendida, pero no había ni rastro del hombre. Oí que se acercaban unos pasos. Un sujeto vestido con mono y tocado con gorra de béisbol dobló la esquina y avanzó hacia mí. No pareció cuestionar mi presencia, aunque se quitó educadamente la gorra al verme. Su pelo era una masa de rizos grises que se le amontonaban en la parte superior de la cabeza, como si llevase casco.

—¿Quiere algo?

—Busco a Roger.

Señaló al fondo.

—Es el que está dando ceporrazos a los conductos de las muestras. —Tenía cincuenta y tantos años, la cara ancha y un hoyuelo en la barbilla. Sonrisa simpática. Me tendió la mano—. Soy Delbert Squalls.

—Kinsey Millhone —dije—. ¿Puede avisar a Roger de que estoy aquí? Es urgente.

—Desde luego. En realidad voy allí. ¿Quiere acompañarme?

—Gracias.

Deshizo lo andado y abrió la puerta de paneles de vidrio que daba a la zona que había visto la vez anterior: cañerías multicolores, una pared llena de contadores. Vi en el suelo el agujero que se lo tragaba todo. En un extremo habían puesto conos de plástico naranja para advertir a los desprevenidos del peligro que comportaba caerse.

—¿Cuántas personas hay trabajando esta noche?

—Vamos a ver. Cinco, contándome yo. Venga por aquí. Espero que no padezca usted claustrofobia.

—En absoluto —mentí. Lo seguí hasta la abertura. Durante la visita anterior había visto un río de agua negra, silencioso, que olía a productos químicos, jamás había tenido ante mí algo así. Ahora veía luces y tristes muros de hormigón con una franja descolorida por donde había pasado el agua. Tuve que tragar saliva—. ¿Adónde se ha ido el agua? —pregunté.

—Cerramos las puertas de la esclusa y el agua la absorbe un par de depósitos grandes —dijo

en tono coloquial—. Tarda unas cuatro horas. Lo hacemos una vez al año. Se están reparando unos conductos de muestras de postoxigenación. Estaban casi totalmente corroídos. Se han pasado los meses gorgoteando hasta que los hemos cerrado. Tenemos diez horas para repararlos, luego volverá a correr el agua.

Una serie de peldaños metálicos, clavados en el muro como si fueran grapas, descendía al fondo del canal. El golpeteo había cesado. Delbert se dio la vuelta, metió el pie en la abertura y comenzó a bajar. *Tinc, tinc, tinc*, hacían sus zapatos al rozar los peldaños de metal mientras descendía. Me adelanté, me di la vuelta y comencé a bajar yo también.

Al tocar fondo, a cuatro metros de profundidad, nos encontramos en el canal de absorción por el que habían pasado millones de litros de agua. Allí siempre era de noche y la única luna que brillaba era una bombilla de doscientos vatios. El pasadizo olía a tierra y humedad. Vi la puerta de la esclusa en el oscuro extremo del túnel y manchas sedimentarias en el suelo. Aquello era como hacer espeleología, que no es una de mis pasiones. Vi a Roger, con la espalda hacia nosotros, enfrascado en una cañería del techo. Estaba medio subido a una escalera de mano a unos cinco metros de distancia, con una gran bombilla, protegida por una rejilla metálica, enganchada en la cañería que tenía más cerca de la cara. Vestía mono azul y botas negras de goma hasta el muslo. Vi una cazadora vaquera colgada del hierro de sujeción de la escalera. Hacía frío allí abajo y me alegré de haber llevado la cazadora conmigo.

—¿Eres tú, Delbert? —preguntó Roger sin girarse.

—Soy yo. Vengo con una amiga tuya. La señorita..., ¿cómo ha dicho? ¿Kenley?

—Kinsey —corregí.

Roger se volvió. La luz se reflejó en sus ojos y eliminó todo el color de sus facciones.

—Bueno —dijo—. Estaba esperándola.

Delbert había puesto los brazos en jarras.

—¿Quieres que te eche una mano?

—No hace falta. Anda, ve a ayudar a Paul.

—De acuerdo.

Delbert comenzó a subir la escalera y nos dejó solos. Le desaparecieron la cabeza, la espalda, las caderas, las piernas, las botas. Roger bajó de la escalera en que estaba limpiándose las manos con un trapo. Yo no sabía qué hacer. Vi que recogía la cazadora y que introducía la mano en uno de los bolsillos de la pechera.

—No es lo que usted piensa —dije—. Mire, Lorna iba a casarse el fin de semana en que la mataron. A comienzos de esta semana, un individuo me hizo subir a una limusina donde había dos matones con un bulto aquí, bajo la solapa del abrigo... —La voz se me fue.

Tenía en la mano un objeto del tamaño de un *talkie*: funda de plástico negro, un par de botones en la parte delantera.

—¿Sabe lo que es esto?

—Parece un arma inmovilizadora.

—Exacto. —Apretó un botón y dos finas agujas salieron disparadas de sendas bobinas eléctricas que generaban ciento veinte mil voltios. En cuanto me tocaron las agujas, caí al suelo totalmente insensibilizada. No podía moverme. No podía respirar. El cerebro comenzó a funcionar al cabo de unos segundos. Sabía lo que había pasado, pero ignoraba qué hacer al respecto. De todas las reacciones que había previsto en aquel hombre, aquella no figuraba en la

lista. Yacía de espaldas igual que una lápida, tratando de encontrar la manera de llenar los pulmones de aire. Ninguno de mis miembros quería responder. Roger, mientras tanto, me cacheaba; encontró la pistola y se la guardó en el bolsillo del mono.

Yo emitía un sonido, pero creo que apenas se oía. Se acercó a la pared y subió la escalera. Creí que iba a dejarme allí. Lo que hizo, por el contrario, fue mover la trampilla para cerrar el agujero de entrada.

—Así tendremos más intimidad —dijo mientras bajaba. Agarró un cubo de plástico que había a un lado, le dio la vuelta y se sentó en él, no muy lejos de mí. Se agachó para acercar la cabeza—. Pónmelo difícil y te asfixiaré con la cazadora. Estás débil y no te dejaré señales.

Aquello era lo que había hecho con Lorna, pensé. Le había disparado con un arma inmovilizadora y puesto una almohada en la cara. Tenía que ser breve. Me sentía como una criatura en las primeras etapas del desarrollo que moviera los miembros al azar mientras se esforzaba por volverse. Me las arreglé para ponerme de costado entre gruñidos. Acabé jadeando, mirando el suelo húmedo con el rabillo del ojo. Algo se me clavaba en la mejilla: antracita, lodo, conchas de molusco. Reuní fuerzas e hice palanca con el brazo derecho para incorporarme. Oí que se abría la trampilla.

—¿Roger? —dijo Delbert Squalls.

—¿Sí?

—Hay aquí un tipo que quiere verte.

—Mierda —murmuró Roger. Y a Delbert—: Dile que subo enseguida.

Lo miré, todavía incapaz de hablar, y vi que le recorría la cara una mueca de impaciencia. Me pasó los brazos por debajo y me colocó en posición sentada, con la espalda apoyada en la pared. Quedé igual que una muñeca de trapo, con las piernas estiradas, los pies torcidos hacia fuera, los hombros caídos. Por lo menos podía respirar. Oí que alguien andaba arriba. Quería avisarle. Quería decirle que cometía una gran equivocación. Mientras me entretenía emitiendo gruñidos, Roger subió la escalera, haciendo *tinc, tinc, tinc* con los pies. La cabeza y los hombros desaparecieron. Sentí que las lágrimas me inundaban los ojos. Tenía los miembros entumecidos a causa de la descarga eléctrica. Procuré mover los brazos, pero el resultado fue tan ineficaz como cuando advertimos que se nos han dormido las extremidades. Me puse a girar la muñeca para acelerar la circulación. Tenía todo el cuerpo extrañamente anestesiado. Agucé el oído, pero no oí nada. Hice un esfuerzo, conseguí caer de costado y quedé apoyada en las manos y las rodillas, posición en la que permanecí jadeando hasta que pude ponerme en pie. No sé cuánto duró. Arriba todo era silencio. Me así a la escalera. Comencé el ascenso al cabo de unos instantes.

Cuando salí del agujero, no vi a nadie en el pasillo. Eché a andar como pude. Ya me movía un poco mejor, pero sentía los brazos y piernas raramente desconectados. Llegué al despacho de Roger y asomé la cabeza, apoyada en la jamba. No había nadie. En el centro de la carpeta secante estaba mi pistola. Me acerqué, la tomé y me la introduje otra vez en la espalda.

Salí del despacho y me dirigí a recepción. Delbert Squalls estaba sentado a la mesa, hojeando la guía telefónica, sin duda para pedir unas pizzas para el personal del turno de noche. Alzó los ojos cuando llegué a su altura.

—¿Dónde ha ido Roger? —pregunté.

—No me diga que la había dejado allí abajo. Ese hombre no tiene modales. Pues llega usted tarde. Se fue con el tipo del abrigo. Dijo que volvería enseguida. ¿Quiere dejarle una nota?

—No creo que haga falta.

—Ya. Bueno, allá usted. —Siguió hojeando la guía.

—Buenas noches, Déibert.

—Adiós. Que usted lo pase bien —se despidió, echando mano del teléfono.

Salí del edificio. La noche era fría. El viento había vuelto a levantarse y el cielo, aunque despejado, olía a lluvias lejanas que avanzaran hacia nosotros. No había luna y las estrellas parecía que hubieran estallado contra las montañas.

Bajé los peldaños y me dirigí al lugar donde había estacionado el coche. Subí al vehículo, giré la llave de contacto y salí a la carretera que conducía a la ciudad. Al pasar por el cruce me pareció ver una limusina deslizándose en la oscuridad.

Epílogo

A Roger Bonney no se le ha vuelto a ver desde aquella noche. Sólo unas cuantas personas comprenden lo que le ocurrió en realidad. Tuve una larguísima charla con el teniente Dolan y con Cheney Phillips, y por una vez dije la verdad. Dada la magnitud de lo que yo había hecho, me pareció que tenía que cargar con toda la responsabilidad. Al final, y después de muchas deliberaciones, llegaron a la conclusión de que marear el asunto no conducía a ninguna parte. Hicieron las gestiones que suelen llevarse a cabo cuando se investiga la desaparición de una persona, pero sin ningún resultado. Y así hasta la fecha.

Ahora, en lo más profundo de la noche, pienso en el papel que representé en la historia de Lorna Kepler, en el apaciguamiento de aquellos fantasmas. El homicidio despierta en nosotros el deseo primitivo de devolver el golpe, el impulso de infligir un daño equivalente al daño que nos han causado. Pero la satisfacción de nuestros males depende, en un porcentaje muy elevado, de los mecanismos de la justicia. Puede que hayamos creado la torpe contención de los tribunales para tener a raya nuestro salvajismo. El problema es que las soluciones de la ley se nos antojan tibias muy a menudo y nos dejan inquietos y frustrados en nuestro anhelo de reparación. ¿Qué hacer entonces?

En cuanto a mí, la pregunta con que he de cargar es tan sencilla como obsesionante: después de haberme perdido en la oscuridad, ¿encontraré el camino de regreso?

Atentamente,
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creó el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de alter ego, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.

Notas

[1] Conventículo: del latín *conventiculum*, junta ilícita y clandestina de algunas personas. (N. del E. D.) <<

[2] Ginny Maes: forma familiar de referirse a la Government National Mortgage Association, fondo de inversiones del Estado que emite acciones públicas. (*N. del T.*) <<